

Sharpe



y la batalla de Vitoria

Bernard Cornwell

Lectulandia

Durante 1813, las tropas napoleónicas se ven acorraladas en una encrucijada de caminos entre el río Zadorra y los Pirineos. Sus días en la Península están contados, si la infantería británica continúa empujándolas hacia la frontera; la batalla de Vitoria puede ser decisiva. El triunfo en Vitoria de las fuerzas de Richard Sharpe depende de la alianza entre Inglaterra y España, y Pierre Ducos, oficial de los servicios secretos franceses, ha encontrado su oportunidad para dinamitarla y, al mismo tiempo, vengarse de Sharpe.

Cuando una atractiva espía toma cartas en el asunto, Sharpe se ve envuelto en unas arriesgadas intrigas políticas que ponen su vida en peligro. Pero es un hombre de acción y sabe resolver los problemas: en el fragor de la batalla y con la bayoneta calada. Gracias a hombres como Sharpe, Wellington ascendió a mariscal de campo en junio de ese mismo año.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Sharpe y la batalla de Vitoria

Richard Sharpe - 17

ePub r1.0

viejo_oso 25.06.13

Título original: *Sharpe's Honour*
Bernard Cornwell, 1985
Traducción: Carmen Soler Rodríguez

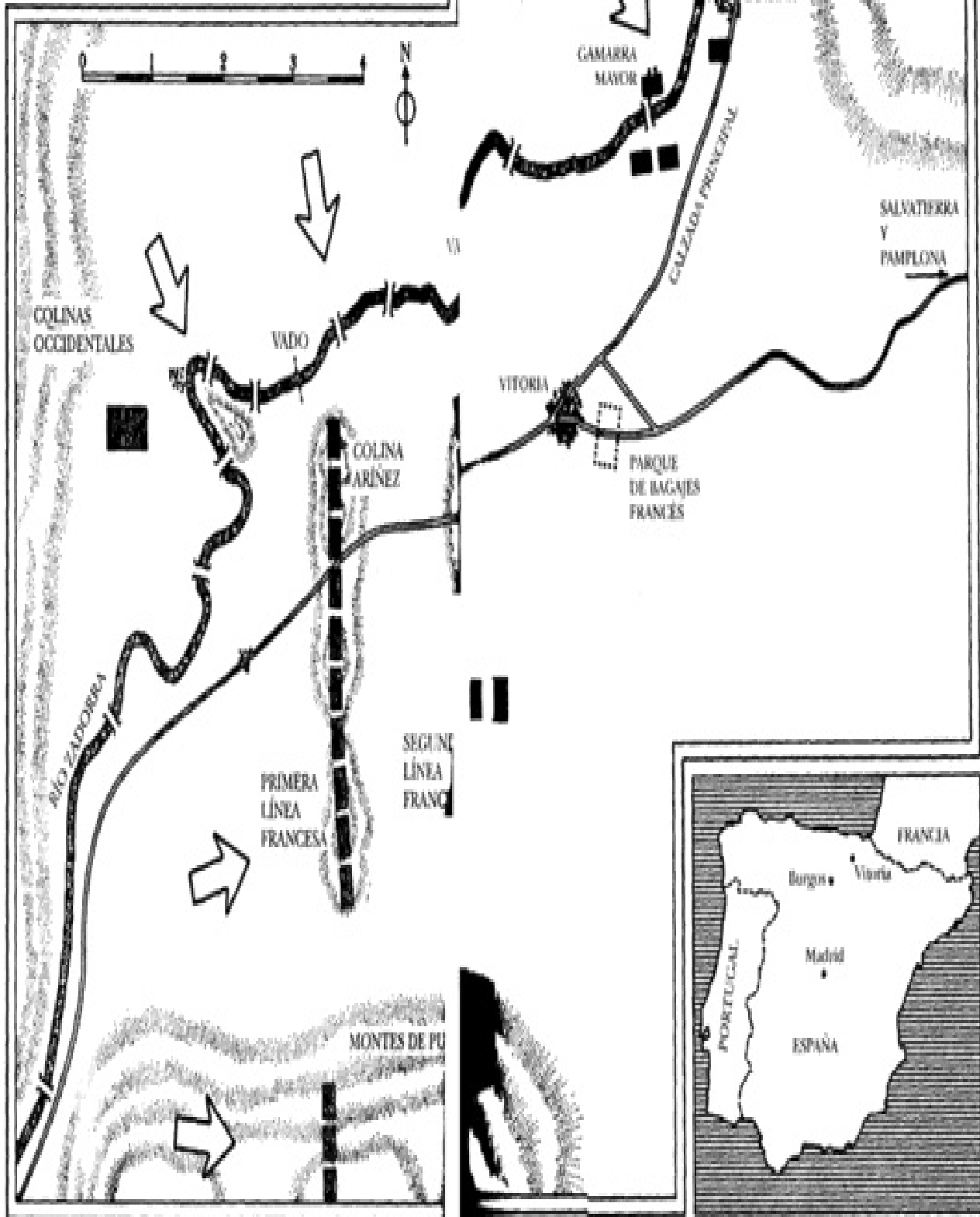
Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

LA BATALLA DE VITORIA

21 de junio de 1813

Posiciones francesas y líneas de ataque británicas



Prólogo

Había un secreto que iba a hacerle ganar la guerra a Francia. No se trataba de un arma secreta, ni de una estrategia sorpresa que obligara a los enemigos de Francia a batirse en retirada, sino de una estratagema política que echaría a los británicos de España sin disparar un solo mosquete. Era un secreto que había que guardar y que tenía un precio.

Con este fin, un día crudo de invierno de 1813, dos hombres iban ascendiendo las colinas al norte de España. Cuando llegaron a una bifurcación del camino tomaron el sendero menor. Fueron ascendiendo por senderos helados, subiendo cada vez más alto por un lugar de rocas, águilas, viento y crueldad, hasta que al final, en un sitio desde donde se veía el mar lejano brillando bajo el sol de febrero, alcanzaron un valle oculto que olía a sangre.

En la punta del valle había unos centinelas; hombres envueltos en harapos y pellejos, hombres cuyos mosquetes tenían las bocas ennegrecidas. Hicieron detener a los viajeros, les dieron el alto y luego, de forma incomprensible, se arrodillaron frente a uno de los jinetes, el cual les dio la bendición con su mano enguantada. Los dos hombres siguieron cabalgando.

El más bajo de los dos viajeros, el que guardaba el más secreto de todos los secretos, tenía el rostro delgado, cetrino, marcado por la viruela. Llevaba unas lentes que le rozaban detrás de las orejas. Hizo detener su caballo encima de una plataforma de piedra que se había formado cuando se extraía hierro de ese valle. Miró con frialdad la escena que se le ofrecía abajo.

—Pensaba que no había corridas en invierno.

Se trataba de una corrida rudimentaria, nada que ver con el esplendor del espectáculo que se daba en las plazas de las ciudades grandes del sur. Un centenar de hombres jaleaba desde los laterales del foso de piedra, mientras que, por debajo de ellos, dos hombres martirizaban a un toro negro, furioso y escurridizo a causa de la sangre que le manaba de los músculos debilitados del pescuezo. El animal ya estaba débil, había sido mal alimentado durante el invierno y las embestidas resultaban penosas, se esquivaban con facilidad y pronto le llegaría la muerte. No lo mataban con la espada tradicional, ni con el cuchillo pequeño clavado entre las vértebras, sino con un hacha.

Un hombre enorme, vestido de cuero bajo una capa de piel de zorro, era el que ejecutaba. Blandió el hacha grande; la hoja brillaba bajo el pálido sol. El animal intentó esquivar el golpe, no lo consiguió y lanzó un último e inútil desafío hacia el cielo mientras el hacha le segaba la vida, atravesando hueso y venas y tendones y músculos, y los hombres que había alrededor del pozo rocoso vitoreaban.

El hombre bajo, cuyo rostro reflejaba desagrado por lo que había visto, hizo un

gesto señalando al que sostenía el hacha.

—¿Es ése?

—Ese es, comandante. —El sacerdote grande observó al hombre pequeño con lentes como si le complaciera su reacción—. Ése es el Matarife.

El Matarife resultaba aterrador. Era grande, fuerte, pero lo que causaba miedo era su rostro. Tenía una barba tan tupida que su cara parecía mitad humana y mitad animal. La barba le crecía hasta los pómulos, de manera que sus ojos, pequeños y astutos, aparecían en una línea entre la barba y el cabello. Era la cara de una bestia que ahora levantaba la vista por encima del toro muerto y miraba a los dos jinetes que estaban por encima de él. El Matarife se inclinó burlescamente. El sacerdote le devolvió el saludo levantando una mano.

Los hombres que estaban alrededor del pozo rocoso, guerrilleros que seguían al Matarife, exigían un prisionero. El cuerpo del toro era arrastrado rocas arriba, para reunirse con los otros tres animales muertos que habían dejado su sangre sobre la piedra helada y blanca.

El hombre menudo frunció el ceño.

—¿Un prisionero?

—No podía usted pretender que el Matarife no le hubiera preparado una bienvenida, comandante. Después de todo, aquí no viene un francés cada día. —El sacerdote estaba disfrutando con el desconcierto del francés—. Y sería prudente mirar, comandante. Si lo rechazara sería considerado un insulto a su hospitalidad.

—Maldita sea su hospitalidad —dijo el hombre menudo, pero se quedó.

Este francés menudo no era un hombre que impresionara a la vista; los lentes le rozaban la piel, su aspecto era decepcionante. Pierre Ducos era considerado comandante, aunque si ésa era su verdadera graduación o si tenía alguna en el ejército francés, nadie lo sabía. A ningún hombre le llamaba señor, a no ser que se tratara del emperador. Era medio espía, medio policía y totalmente político. Era Pierre Ducos el que le había sugerido el secreto a su emperador y era Pierre Ducos quien tenía que hacer que el secreto se hiciera realidad y entonces ganar la guerra para Francia.

Un hombre de pelo rubio, vestido tan sólo con una camisa y un pantalón, era empujado entre los cuerpos de los toros. Llevaba las manos atadas a la espalda. Parpadeaba como si lo hubieran sacado de repente de un lugar oscuro a la luz del día.

—¿Quién es? —preguntó Ducos.

—Uno de los hombres que apresó en Salinas.

Ducos gruñó. El Matarife era un jefe guerrillero, uno de los muchos que infestaban las colinas del norte. Hacía poco había sorprendido un convoy francés y había hecho una docena de prisioneros. Ducos tiró de la patilla de sus lentes.

—Cogió a dos mujeres.

—Así es —confirmó el sacerdote.

—¿Qué les ha sucedido?

—¿Le importa mucho, comandante?

—No —contestó Ducos con tono agrio—. Eran putas.

—Putas francesas.

—Siguen siendo putas —dijo con desagrado—. ¿Qué les ha pasado?

—Ejercen su oficio, comandante, pero les pagan con la vida en lugar de con dinero.

Al hombre rubio lo habían llevado al fondo del pozo rocoso y allí le desataron las manos. Flexionó los dedos al aire frío y crudo, mientras se preguntaba qué le iba a suceder en aquel lugar que apestaba a sangre. El ambiente entre los espectadores era de diversión expectante. Permanecían callados, pero sonreían con burla pues sabían lo que ocurriría.

Lanzaron una cadena al fondo del pozo. Allí se quedó, eslabones de hierro oxidado entre la sangre de toro que humeaba bajo el frío. El prisionero temblaba. Dio un paso atrás cuando un hombre levantó uno de los extremos de la cadena, pero luego accedió tranquilamente cuando le ataron los eslabones al antebrazo izquierdo.

El Matarife, con su espesa barba salpicada de la sangre del toro, cogió el otro extremo de la cadena. La enrolló alrededor de su brazo izquierdo y se rió del prisionero.

—Voy a contar cómo mueres, francés.

El prisionero francés no entendió lo que le decía. Sin embargo, sí entendió que le lanzaban un cuchillo; un cuchillo largo y bien afilado idéntico al arma que el Matarife tenía en la mano. La cadena que unía a ambos hombres medía diez pies.

El sacerdote sonrió.

—¿Conoce este tipo de combate?

—No.

—Requiere habilidad.

—Indudablemente —contestó Ducos con sequedad.

El Matarife tenía esa habilidad. Había luchado encadenado y con un cuchillo muchas veces y no temía a oponente alguno. El francés era valiente, pero estaba desesperado. Atacaba con fiereza pero torpemente. La cadena le hacía perder el equilibrio, estaba angustiado, recibía cortes, y con cada tajo del cuchillo del Matarife los guerrilleros que observaban iban contando. «¡Uno!» acogió una cuchillada que le abrió la frente al francés hasta el hueso. Con el «¡dos!» vio que su mano izquierda se le rajaba entre los dedos. Los números aumentaban.

Ducos observaba.

—¿Cuánto dura?

—Tal vez cincuenta cuchilladas —contestó el sacerdote encogiéndose de hombros—. Quizá más.

Ducos miró al sacerdote.

—¿Le gusta?

—Yo disfruto con todas las actividades humanas, comandante.

—Salvo una, sacerdote —dijo Ducos sonriendo.

El padre Hacha volvió a mirar al pozo. El sacerdote era un hombre corpulento, tan corpulento como el propio Matarife. No mostraba aflicción mientras el prisionero era acuchillado, rajado y desollado. El padre Hacha era en gran medida el compañero ideal para el comandante Pierre Ducos. Al igual que el francés, era medio espía, medio policía y totalmente político, salvo que su política era la de la Iglesia y debía sus habilidades a la Inquisición española. El padre Hacha era un inquisidor.

«¡Catorce!» gritaron los guerrilleros. Ducos, sorprendido por la sonoridad del grito, volvió a mirar al pozo.

El Matarife, a quien no había tocado el cuchillo del prisionero, le había sacado el ojo izquierdo a su oponente con exquisita destreza. El Matarife se limpió disgustado la punta de la hoja en la manga de cuero.

—¡Venga, francés!

El prisionero se tapaba el ojo destrozado con la mano izquierda. La cadena se tensaba, los eslabones producían un ligero ruido en el pozo y la tensión de la cadena le hizo olvidar la mano ensangrentada y el dolor. Sacudía la cabeza medio sollozando, sabiendo que la forma en que moriría sería larga y dolorosa. La muerte de los franceses siempre lo era cuando eran capturados por los guerrilleros y también era así la muerte de los guerrilleros capturados por los franceses.

El francés estiraba de la cadena, intentando resistirse a la fuerza, pero era impotente contra el hombre enorme. De repente la cadena se sacudió, el francés cayó y fue arrastrado por el fondo del pozo como un pez. Cuando el español se detuvo, el francés intentó levantarse, pero una bota le golpeó en el antebrazo izquierdo y le rompió los huesos, y volvió a arrastrarlo. Los guerrilleros que observaban se reían de los chillidos de dolor mientras la cadena estiraba del miembro roto. El rostro de Ducos no reflejaba nada.

El padre Hacha sonrió.

—¿No está usted disgustado, comandante? Es un compatriota.

—Odio toda crueldad innecesaria.

Ducos volvió a empujar sus lentes. Eran unos lentes nuevos, traídos de París. Los viejos se los había roto el día de Navidad un oficial británico llamado Richard Sharpe. Esa afrenta todavía le dolía a Ducos, pero, como decían los españoles, esa venganza sería un plato que se comería frío.

Al llegar a veinte, el francés perdió el ojo derecho. Al llegar a veinticinco, sollozaba pidiendo clemencia, incapaz de luchar, con los pantalones sucios y hechos jirones y brillantes de sangre fresca. Al llegar a treinta, sin aliento y sollozando, el

prisionero murió. El Matarife, indignado por la falta de lucha del prisionero y aburrido del espectáculo, le cortó la garganta y siguió rajando hasta que tuvo la cabeza en sus manos. Se la lanzó a los perros a los que habían separado a golpes de los toros muertos. Se desenrolló la cadena del antebrazo izquierdo, enfundó el cuchillo mojado y volvió a mirar a los dos jinetes. Le sonrió al sacerdote.

—¡Bienvenido, hermano! ¿Qué me has traído?

—Un huésped —contestó el sacerdote con convicción.

El Matarife se echó a reír.

—¡Llévalo a la casa, Tomás!

Ducos siguió al inquisidor entre las rocas manchadas de rojo del mineral de hierro hasta una casa de piedra con mantas por ventanas y puertas. En el interior de la vivienda, calentada por un fuego que llenaba las paredes húmedas de humo, esperaba una comida. Había estofado de ternilla y grasa, hogazas, vino y queso de cabra. Lo servía una muchacha de rostro delgado y marcado con una cicatriz. El Matarife penetró en la cálida humedad de la pequeña estancia, y junto con él la peste a sangre fresca, y se reunió con ellos.

El Matarife estrechó al sacerdote entre sus brazos. Eran hermanos, aunque resultaba difícil entender que el mismo vientre hubiera dado vida a dos hombres tan diferentes. Eran iguales en estatura, pero en nada más. El inquisidor era sutil, inteligente y delicado mientras que el Matarife era bruto, alborotador y salvaje. El jefe de los guerrilleros era el tipo de hombre al que despreciaba Pierre Ducos, quien admiraba la inteligencia y odiaba la fuerza bruta, pero el inquisidor no le prestaría su ayuda al francés a menos que confiara en su hermano y fuera tenido en cuenta en su plan.

El Matarife se llevó unas cucharadas del estofado a la boca. La salsa de la carne le chorreaba por la barba. Miró con sus ojos pequeños y enrojecidos a Ducos.

—Es usted valiente al venir aquí.

—Vengo con la protección de su hermano.

Ducos hablaba perfectamente español, así como otra media docena de lenguas.

El Matarife sacudió la cabeza.

—En este valle, francés, está bajo mi protección.

—Entonces se lo agradezco.

—¿Ha disfrutado viendo cómo moría su compatriota?

Ducos siguió hablando con suavidad.

—¿Quién no disfrutaría viendo su destreza?

El Matarife se echó a reír.

—¿Quiere ver cómo muere otro?

—¡Juan! —gritó el inquisidor. Era el hermano mayor y su autoridad intimidó al Matarife—. Hemos venido por trabajo, Juan; no por placer. —Hizo una señal en

dirección a los otros hombres de la estancia—. Y hablaremos a solas.

A Ducos no le había resultado fácil ir a ese lugar. Sin embargo, la situación de la guerra era tal que había accedido a las demandas del inquisidor.

Ducos había aceptado sentarse a esa mesa con su enemigo porque la guerra le iba mal a Francia. El emperador había invadido Rusia con el ejército más grande de los tiempos modernos, un ejército que había sido derrotado en un invierno. Ahora el norte de Europa amenazaba a Francia. Los ejércitos de Rusia, Prusia y Austria presentían la victoria. Para combatirlos, Napoleón se llevaba tropas de España, en el mismísimo momento en que el general inglés Wellington se reforzaba. Tan sólo un tonto tendría confianza ahora en una victoria militar francesa en España y Pierre Ducos no era tonto. Sin embargo, si los ejércitos no podían derrotar a los británicos, la política podría hacerlo.

La muchacha delgada, temblando de miedo hacia su amo, servía vino áspero en las copas de cuerno montadas en plata. La plata llevaba grabada la «N» laureolada de Napoleón, un botín que había obtenido el Matarife en uno de sus ataques a los franceses. Ducos esperó a que la muchacha se hubiera ido; entonces, con su voz baja y profunda habló de política.

En Francia, en el lujo del castillo de Valencay, estaba prisionero el rey español. Para su gente, Fernando VII era un héroe, el rey perdido, el rey legítimo, un símbolo de su orgullo. No sólo luchaban para expulsar al invasor francés, sino para restaurar a su rey en su trono. Ahora Napoleón proponía devolverles a su rey.

El Matarife hizo una pausa. Cortaba el queso de cabra con el cuchillo que había torturado y matado al prisionero.

—¿Devolverlo? —dijo con incredulidad.

—Le devolveremos el trono —dijo Ducos.

Fernando VII, explicó el francés, sería enviado de vuelta a España. Sería devuelto como se merecía, pero tan sólo si firmaba el Tratado de Valencay. Ese era el secreto; el tratado, un tratado que, para la mente inteligente de Ducos, era una idea de genio. En él se aseguraba que el estado de guerra que desgraciadamente se había declarado entre España y Francia había terminado. Se firmaría la paz. Los ejércitos franceses se retirarían de España con la promesa de que las hostilidades no se reanudarían. España sería una nación libre y soberana con su propio y amado rey. Los prisioneros españoles que estaban en campos franceses serían enviados a casa; los trofeos españoles devueltos a sus regimientos. El orgullo español se vería bruñido por la adulación de los franceses.

Y como compensación, Fernando tan sólo tenía que prometer una cosa: que daría por terminada su alianza con los británicos. Se ordenaría al ejército británico que abandonara España y si vacilaba entonces no tendría forraje para sus caballos, comida para sus hombres o puertos para sus barcos de aprovisionamiento. Un ejército

hambriento no era un ejército. Sin disparar un tiro, Wellington se vería expulsado de España y Napoleón podría llevarse todos y cada uno del cuarto de millón de soldados franceses que había en España y conducirlos contra los enemigos del norte. Era la jugada de un genio. Y, obviamente, un secreto. Si el gobierno británico siquiera soñara que tal tratado se estaba preparando, entonces el oro británico correría, se ofrecerían sobornos y el populacho de España se levantaría contra el pensamiento de una paz con Francia.

El tratado, admitía Ducos, no resultaría popular en España. La gente corriente, los campesinos cuyas tierras y mujeres habían sido devastados por los franceses, no recibirían bien una paz con su acérrimo enemigo. Tan sólo su bienamado y ausente rey los persuadiría de aceptarlo y éste dudaba. Fernando VII quería palabras tranquilizadoras. ¿La nobleza de España lo apoyaría? ¿Y los generales españoles? ¿Qué diría, lo más importante de todo, la Iglesia? El trabajo de Ducos consistía en contestarle esas preguntas al rey y el hombre que le proporcionaría las respuestas a Ducos era el inquisidor.

El padre Hacha era inteligente. Había medrado en la Inquisición por su inteligencia y sabía cómo usar los archivos secretos que el Santo Oficio tenía de todos los hombres eminentes de España. Podía emplear a sus compañeros inquisidores en toda España para recoger cartas de tales hombres, cartas que se le presentarían al rey prisionero y que le confirmarían que una paz con Francia resultaría aceptable a suficientes nobles, hombres de Iglesia, oficiales y comerciantes para llevar a cabo el tratado.

El Matarife escuchaba todo esto. Cuando la historia acabó se encogió de hombros, como dando a entender que tales cuestiones políticas no eran asunto suyo.

—Yo soy un soldado.

Pierre Ducos tomó un sorbo de vino. Una ráfaga de aire levantó una de las mantas húmedas de una ventana e hizo vacilar la vela de sebo que les alumbraba la comida. Sonrió.

—Su familia había sido rica.

El Matarife pinchó con su cuchillo unos restos de queso.

—Sus tropas destruyeron nuestra riqueza.

—Su hermano —continuó Ducos con cierto tono de burla— ha puesto precio a la ayuda que me va a prestar.

—¿Un precio? —inquirió el rostro barbudo al pensar en dinero.

Ducos le devolvió la sonrisa.

—El precio es la devolución de la fortuna familiar... y más.

—¿Más? —preguntó el Matarife mirando a su hermano.

El sacerdote asintió con la cabeza.

—Trescientas mil monedas, Juan.

El Matarife se echó a reír. Dirigió la mirada a su hermano y luego al francés; vio que ninguno de ellos sonreía, que la suma era correcta, y dejó de reír. Se quedó mirando a Ducos con aspecto beligerante.

—Nos está engañando, francés. Su país no pagará nunca esa suma. ¡Nunca!

—El dinero no provendrá de Francia —dijo Ducos.

—¿De dónde entonces?

—De una mujer —contestó Ducos en voz baja—. Pero primero tiene que producirse una muerte, luego un encarcelamiento y ahí, Matarife, es donde entra usted.

El jefe de los guerrilleros miró a su hermano buscando confirmación, la obtuvo y volvió su atención hacia el francés bajito.

—¿Una muerte?

—Una muerte. El marido de la mujer.

—¿Un encarcelamiento?

—La mujer.

—¿Cuándo?

Pierre Ducos vio que el guerrillero sonreía y sintió que la esperanza se apoderaba de él. El secreto estaría a resguardo y Francia salvada. Iba a comprar, con trescientas mil monedas que no eran suyas, el futuro del Imperio de Napoleón.

—¿Cuándo? —volvió a preguntar el guerrillero.

—En primavera —dijo Ducos—. Esta primavera. ¿Estará preparado?

—Siempre que sus tropas me dejen tranquilo —contestó riendo el Matarife.

—Eso se lo prometo.

—Entonces, estaré preparado.

El trato se cerró con un apretón de manos. El secreto estaría a salvo, el Tratado que derrotaría a Gran Bretaña se firmaría y de paso Pierre Ducos se vengaría del inglés que le había roto sus lentes. Cuando llegara la primavera y los ejércitos se prepararan para combatir en una guerra que, en el plazo de un año, dejaría de librarse a causa del tratado secreto, un hombre llamado Richard Sharpe, un soldado, moriría.

Capítulo 1

El comandante Richard Sharpe, un día húmedo de primavera en que un viento frío azotaba un valle rocoso, estaba sobre un antiguo puente de piedra y miraba fijamente el camino que conducía al sur hacia un paso bajo en la cima rocosa. Las colinas permanecían oscurecidas por la lluvia. Detrás de él y en posición de descanso, había cinco compañías de infantería, con los percutores de los mosquetes envueltos en trapos y las bocas tapadas con corchos para impedir que la lluvia penetrara en los cañones.

Sharpe sabía que la cumbre estaba a quinientas yardas de distancia. Dentro de unos momentos el enemigo aparecería sobre aquella cima y su misión consistía en impedir que atravesara el puente. Un trabajo sencillo, el trabajo de un soldado. Resultaba más fácil porque la primavera de 1813 era tardía, el tiempo no había llevado a esas colinas fronterizas más que lluvia y el río que corría bajo el puente era profundo, rápido e infranqueable. El enemigo tendría que ir hasta el puente donde Sharpe esperaba o no atravesar la corriente de agua.

—¿Señor? —inquirió D'Alembord, capitán de la compañía ligera, con tono receloso como si no quisiera tentar el mal humor del comandante Sharpe.

—¿Capitán?

—Se acerca el oficial del estado mayor, señor.

Sharpe soltó un gruñido, pero no dijo nada. Oía los cascos lentos detrás de él; entonces el caballo se encontró delante y un teniente de caballería excitado lo miró desde arriba.

—¿Comandante Sharpe?

Un par de ojos oscuros, duros y airados recorrieron las espuelas doradas del teniente, luego subieron por sus botas, por la capa de lana azul salpicada de barro hasta encontrarse con los ojos del alterado oficial del estado mayor.

—Me está usted estorbando, teniente.

—Lo siento, señor.

El teniente movió su caballo a un lado con presteza. Había cabalgado mucho, había recorrido un territorio difícil y estaba orgulloso de ello. Su yegua estaba inquieta, del mismo humor que su jinete.

—Saludos del general Presten, señor, y el enemigo viene por su lado.

—Tengo piquetes en la cresta —dijo Sharpe descortés—. Hace media hora que vi al enemigo.

—Sí, señor.

Sharpe miró hacia la cima. El teniente se estaba preguntando si lo que debía hacer era alejarse con su caballo y en silencio, cuando de repente el alto fusilero volvió a mirarlo.

—¿Habla usted francés?

El teniente, nervioso por estar por primera vez ante el comandante Richard Sharpe, asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

—¿Bien?

El caballero sonrió.

—*Très bien, monsieur, je parle...*

—¡No le he pedido que me haga una maldita demostración! Contésteme.

El teniente se sintió aterrorizado ante aquella reprobación tan salvaje.

—Lo hablo bien, señor.

Sharpe se quedó mirándolo. Al teniente le pareció que ésa debía de ser la forma de mirar de un verdugo a una víctima regordeta y que había disfrutado de privilegios.

—¿Cómo se llama, teniente?

—Trumper-Jones, señor.

—¿Tiene un pañuelo blanco?

—Sí, señor —contestó Trumper-Jones mientras consideraba que aquella conversación resultaba cada vez más extraña.

—Bien.

Sharpe volvió a mirar hacia la cima y hacia la hondonada, entre las rocas, allí donde el camino se fundía con la línea del horizonte. Pensaba que el día les había traído mucho trabajo. El ejército británico estaba desalojando las carreteras que se dirigían al este desde la frontera portuguesa. Hacían retroceder a las avanzadas de los franceses y eliminaban sus guarniciones, preparando los caminos para la campaña de verano del ejército. Y en aquel día de lluvia intermitente y viento frío cinco batallones británicos habían atacado una pequeña guarnición británica en el río Tormes. Cinco millas detrás de los franceses, sobre la ruta de su retirada, se encontraba el puente. Sharpe, con la mitad de un batallón y una compañía de fusileros, había sido enviado después de una noche de marcha tortuosa para cortar la retirada. Su misión era sencilla: retener a los franceses el tiempo suficiente para que los demás batallones avanzaran por detrás y los aniquilaran. Era así de simple; sin embargo, a medida que la tarde transcurría, Sharpe se ponía de mal humor y se amargaba.

—¿Señor?

Sharpe levantó la mirada. El teniente le ofrecía un pañuelo de lino doblado. Trumper-Jones sonreía nervioso.

—¿Quería usted un pañuelo, señor?

—¡No quiero sonarme la nariz, tonto! ¡Es para la rendición! —exclamó Sharpe frunciendo el ceño mientras se alejaba unos pasos.

Michael Trumper-Jones clavó la mirada tras él. Era cierto que mil quinientos

franceses se aproximaban a la pequeña fuerza de menos de cuatrocientos hombres, pero nada de lo que Trumper-Jones oyera respecto a Richard Sharpe le había predispuesto a pensar en una repentina rendición. La fama de Sharpe había llegado hasta Inglaterra, de donde hacía poco que Michael Trumper-Jones se había embarcado para enrolarse en el ejército, y cuanto más se había acercado a las líneas de batalla, más había oído ese nombre. Sharpe era el modelo de soldado, un hombre cuya aprobación buscaban con afán los otros hombres, cuyo nombre se utilizaba como sinónimo de profesionalidad y, al parecer, un hombre que ahora pensaba en rendirse sin siquiera luchar. El teniente Michael Trumper-Jones, horrorizado sólo de pensarlo, miró furtivamente a un rostro oscurecido por el sol y el viento. Era un rostro atractivo, que sólo echaba a perder una cicatriz que le tiraba del ojo izquierdo y le daba un aspecto burlón y astuto. Trumper-Jones no lo sabía, pero ese aspecto que le confería la cicatriz desaparecería con una sonrisa.

Lo que más le sorprendía a Trumper-Jones era que el comandante Richard Sharpe no llevaba señales de su graduación, ni faja ni charreteras; en realidad nada, salvo la gran espada de caballería abollada a su costado, indicaba que era un oficial. Parecía, pensaba Trumper-Jones, la auténtica imagen de un hombre que se había hecho con la primera águila francesa capturada por los británicos, que había asaltado la brecha en Badajoz y cargado junto con los alemanes en García Hernández. Su aspecto confiado hacía que resultara difícil creer que inició su carrera en la tropa. Y más aún difícil de creer que fuera a rendirse con sus numerosos hombres sin haber luchado antes.

—¿Qué está mirando, teniente?

—Nada, señor.

Trumper-Jones supuso que Sharpe observaba las colinas del sur. Así era, pero se había percatado de la mirada fija del teniente, y le había molestado. Odiaba que le señalaran, que lo observaran. Tan sólo se encontraba a gusto aquellos días con sus amigos. También era consciente de que su actitud hacia el joven oficial había sido innecesariamente ruda. Levantó la vista hacia él.

—Hemos contado tres cañones. ¿Está de acuerdo?

—Sí, señor.

—¿De cuatro libras?

—Eso creo, señor.

Sharpe gruñó. Vigilaba la cresta. Confiaba en que con las dos preguntas le cayera mejor al oficial, aunque en realidad Sharpe no era amable con ningún desconocido en aquellos días. Se había sentido agobiado desde Navidad, debatiéndose entre intensos remordimientos y una desesperación salvaje por la muerte de su mujer en las nieves de la Puerta de Dios. A la mente le venía espontáneamente la imagen de la sangre en su garganta. Sacudió la cabeza, como para sacarse esa imagen de dentro. Se sentía culpable de la muerte de su mujer, se sentía culpable por haberle sido infiel, se sentía

culpable de no haber correspondido a su amor como se merecía, se sentía culpable de haber dejado a su hija sin madre.

Estaba sin dinero a causa de esa culpa. Su hija, que aún no tenía dos años, se educaba con un tío y una tía, y Sharpe había llevado todos sus ahorros, robados al gobierno español,^[1] y se los había dado a Antonia, su hija. No le quedaba nada, salvo su espada, su fusil, su catalejo y las ropas que llevaba a la espalda. Le daba envidia el joven oficial del estado mayor, con los arneses de su caballo caro, la vaina dorada y las botas nuevas de cuero.

Se oyó un murmullo tras él en la tropa. Los hombres habían visto las figuras pequeñas que se distinguían de repente sobre la cima sur. Sharpe se dio la vuelta.

—¡tallón! —Se hizo un silencio—, ¡tallón! ¡tención!

Las botas de los hombres resonaron sobre las rocas mojadas. En dos filas, se extendían hasta el otro lado de la boca del pequeño valle que conducía hacia el norte.

Sharpe los miraba fijamente, sabedor de su nerviosismo. Ésos eran sus hombres, de su batallón, y confiaba en ellos, incluso contra un enemigo que los superaba en efectivos.

—¡Sargento Huckfield!

—¡Señor!

—¡Despliegue los estandartes!

Los hombres, pensó el teniente Michael Trumper-Jones, sonreían burlonamente, algo impropio de un momento de tal solemnidad. Entonces vio por qué. Los «estandartes» no eran los propios de un batallón: en su lugar había jirones de tela atados a dos troncos de abedul sin ramas. La lluvia hacía que quedaran colgados mustios y sin brío, de manera que desde cualquier distancia resultaba imposible ver que las banderas no eran más que dos capas adornadas con vueltas amarillas arrancadas de las casacas de los soldados. En la parte superior de ambos estandartes se había envuelto más tela amarilla para que parecieran, al menos a distancia, la corona de Inglaterra.

Sharpe percibió la sorpresa del oficial del estado mayor.

—Los medios batallones no llevan estandartes, señor Trumper-Jones.

—No, señor.

—Y los franceses lo saben.

—Sí, señor.

—Así que ¿qué van a pensar?

—Que tiene usted un batallón completo, señor.

—Exactamente.

Sharpe volvió su atención hacia el sur, dejando a Michael Trumper-Jones extrañado de por qué este engaño era un prolegómeno necesario a la rendición. Decidió que era mejor no preguntar. La cara del comandante Sharpe no animaba a las

preguntas ociosas.

Y no era de extrañar, pues el comandante Richard Sharpe, mientras miraba fijamente hacia la cresta del sur, estaba pensando que el valle de aquel río era un lugar desdichado, poco adecuado y estúpido para morir. A veces se preguntaba si una vez muerto volvería a encontrarse con Teresa, si vería su rostro delgado y brillante que siempre lo recibiera con una sonrisa; un rostro del cual, a medida que su muerte se desvanecía, había perdido los detalles en su recuerdo. Ni tan siquiera tenía un retrato de ella; su hija, que se criaba con su familia española, no tenía retrato de su madre o de su padre. Sharpe sabía que el ejército se iría de España un día; él marcharía con él y su hija quedaría a merced de la vida, del mismo modo que él se había quedado huérfano de pequeño. «La desgracia engendra desgracia», pensó, y entonces le consoló recordar que los tíos de Antonia eran unos padres mejores y más cariñosos de lo que él hubiera sido.

Una ráfaga de viento azotó el valle con lluvia, oscureciendo la vista y silbando sobre las piedras del puente. Sharpe levantó la vista hacia el oficial a caballo.

—¿Qué ve usted, teniente?

—Seis jinetes, señor.

—¿No tienen caballería?

—No que hayamos visto, señor.

—Entonces son sus oficiales de infantería. Los cabrones están planeando nuestra muerte ahora.

Sonrió amargamente. Deseaba que aquel mal tiempo acallara, que el sol calentara la tierra... Se quitó de la cabeza el recuerdo del invierno.

Entonces, la línea del horizonte, allí donde se cruzaba con la carretera, se vio de repente llena de uniformes azules de los franceses. Sharpe contó las compañías mientras avanzaban hacia él. Seis. Eran la vanguardia, los hombres que recibirían la orden de abalanzarse sobre el puente, pero no hasta que los cañones franceses estuvieran colocados.

Aquella mañana Sharpe había tomado prestado el caballo del capitán Peter D'Alembord y cabalgó por la ruta por la que se acercarían los franceses una docena de veces. Se había situado en el lugar del mando rival y había discutido consigo mismo hasta estar seguro de lo que haría el enemigo. Ahora, mientras observaba, estaban haciendo justo lo que había pensado.

Los franceses sabían que una gran fuerza británica estaba detrás de ellos. No se atrevían a dejar la carretera y abandonar sus cañones para ir hacia las colinas, pues allí serían carnaza para los guerrilleros. Querrían hacer volar el bloqueo de la carretera con rapidez, y sus herramientas para semejante trabajo serían sus cañones.

Unas ciento cincuenta yardas por debajo de la cresta, allí donde la carretera viraba por última vez hacia el fondo del valle, había una plataforma plana de piedra que

sería idónea para la artillería. Desde allí los franceses podrían lanzar sus botes de metralla contra las dos filas de Sharpe, los destrozarían de forma sangrienta y cuando los británicos estuvieran dispersados, rota la formación, y heridos y moribundos, la infantería cargaría contra el puente con las bayonetas. Desde la oportuna plataforma rocosa los cañones franceses podrían disparar por encima de las cabezas de su propia infantería. La plataforma era perfecta para aquello, tanto que Sharpe había puesto allí un grupo de trabajo por la mañana y les había hecho limpiar el lugar de los cantos rodados que pudieran molestar a los artilleros.

El quería los cañones franceses allí. Había invitado a los franceses a poner sus cañones allí.

Observaba a las tres dotaciones de artilleros avanzar poco a poco por el camino abrupto. Los soldados de infantería ayudaban a frenar las ruedas. Cada vez descendían más. Cabía la posibilidad, lo sabía, de que llevaran los cañones al terreno llano del otro lado del puente, pero para evitar esto había dispuesto a un puñado de fusileros de la compañía ligera del South Essex en la orilla del río. Los franceses los verían allí, temerían la precisión y el efecto de las balas y, así lo esperaba él, decidirían colocar los cañones fuera del alcance de los fusiles.

Así lo hicieron. Sharpe observaba aliviado que las dotaciones saltaban sobre la plataforma, mientras se desenganchaban los arzones y adelantaban la munición preparada.

Sharpe se volvió.

—¡Destaponar las bocas!

Las dos filas de casacas rojas quitaron los tapones del cañón de los mosquetes y sacaron los trapos húmedos de las llaves.

—¡Presenten!

Los hombres se colocaron los mosquetes al hombro. Los franceses verían el movimiento. Estos temían la velocidad del fuego de mosquete británico, el ritmo bien entrenado de la muerte que había recorrido tantos campos de batalla en España.

Sharpe dio la espalda a sus hombres.

—¿Teniente?

—¿Señor? —contestó Michael Trumper-Jones con un chillido. Volvió a repetir la palabra con voz más grave—. ¿Señor?

—Ate el pañuelo en su sable.

—Pero señor...

—Obedezca las órdenes, teniente.

Lo dijo de manera que sólo llegara a oídos de Trumper-Jones, pero el tono de las palabras era frío y duro.

—Sí, señor.

Las seis compañías de ataque francesas se encontraban a doscientas cincuentas

yardas. Estaban dispuestos en columna, con las bayonetas preparadas, listos para avanzar cuando los cañones hubieran hecho su trabajo.

Sharpe tomó el catalejo de su mochila, desplegó los tubos y miró hacia los cañones. Veía los botes de metralla, esas latas de metal que esparcían las balas formando un abanico mortal, que eran introducidos en la boca de los tres cañones. Este era el momento en que él odiaba ser comandante. Tenía que aprender a delegar, dejar que otros hombres hicieran el trabajo difícil y peligroso; sin embargo, mientras los artilleros franceses hacían los últimos ajustes en las gualderas de los cañones, deseaba estar con la compañía de fusileros que le habían asignado para ese día de trabajo.

El primer bote de metralla era empujado dentro del cañón.

—¡Ahora, Bill! —gritó Sharpe.

Michael Trumper-Jones se preguntaba si se suponía que tenía que contestar y decidió que era mejor no decir nada.

A la izquierda de la carretera, desde las altas rocas que dominaban el camino, aparecieron bocanadas blancas de humo. Segundos después se oyó el chasquido de los fusiles. Tres de los artilleros ya estaban abatidos. Los franceses nunca estaban preparados para los fusileros. Como no usaban fusiles, pues preferían la escopeta de ánima lisa que disparaba mucho más deprisa, no tomaron precauciones frente a los hombres con casaca verde que hacían uso de la cobertura con mucha destreza y que podían matar a trescientos o cuatrocientos pasos. Ahora ya habían abatido a la mitad de los artilleros, las rocas estaban bien envueltas en el humo de los fusiles, los chasquidos se seguían oyendo y las balas giraban entre las dotaciones de los cañones. Los fusileros se cambiaban de posición para apuntar del otro lado del humo de los disparos anteriores y disparaban contra los caballos de tiro, de manera que los cañones no pudieran moverse, y mataban a los artilleros para que los cañones inmovilizados no pudieran disparar.

A la retaguardia del enemigo, que estaba en el camino detrás de los cañones, la hicieron avanzar corriendo a paso ligero. Les hicieron formar por debajo de las rocas y les ordenaron ascender, pero las rocas eran abruptas y los fusileros, más ágiles que sus enemigos pesadamente cargados. El ataque francés consiguió, finalmente, detener el fuego de los fusileros contra los artilleros y, de éstos, los que habían sobrevivido salieron a rastras de la protección de los arzones para continuar cargando.

Sharpe sonrió.

Había un hombre en aquellas colinas llamado William Frederickson, medio alemán, medio inglés, un soldado tan temible como ninguno de los que Sharpe hubiera conocido. Sus hombres le llamaban Dulce William, tal vez debido a que el parche que llevaba en el ojo y su rostro marcado con cicatrices resultaban espantosos. El Dulce William dejó que los artilleros supervivientes quedaran al descubierto;

entonces ordenó a los fusileros que estaban a la derecha del camino que abrieran fuego.

Los últimos artilleros se desplomaron. Los fusileros, reaccionando a los gritos de Frederickson, cambiaron de objetivo y se dirigieron contra los oficiales montados de la infantería. El enemigo, con unos cuantos disparos certeros de fusil, se había quedado sin artillería y se veía sumido en un caos repentino. Aquél era el momento que Sharpe esperaba para poner en práctica su otra arma.

—¿Teniente?

Michael Trumper-Jones, que estaba intentando esconder la bandera blanca y mojada que colgaba de la punta de su sable, miró a Sharpe.

—¿Señor?

—Vaya hacia el enemigo, teniente, salúdelos de mi parte y sugiérales que abandonen las armas.

Trumper-Jones se quedó mirando fijamente al fusilero alto y de tez oscura.

—¿Que se rindan, señor?

Sharpe frunció el ceño.

—¿No querrá que nos rindamos nosotros, verdad?

—No, señor —contestó Trumper-Jones sacudiendo la cabeza con demasiado énfasis. Se preguntaba cómo persuadir a mil quinientos franceses de que se rindieran a cuatrocientos soldados de infantería británicos mojados y desconsolados—. Por supuesto que no, señor.

—Dígales que tenemos un batallón de reserva aquí, que hay seis más detrás de ellos, que tenemos caballería en las colinas, que tenemos cañones acercándose. ¡Dígales cualquier mentira que se le ocurra! Pero salúdelos de mi parte y sugiérales que ya han muerto demasiados hombres. Dígales que tienen tiempo para destruir sus banderas. —Miró por encima del puente. Los franceses se arrastraban rocas arriba; sin embargo, eran todavía demasiados los fusiles que disparaban, amortiguados por el aire húmedo, para decirle a Sharpe que los hombres morían inútilmente aquella tarde—. ¡Vamos, teniente! ¡Dígales que tienen quince minutos o atacaré! ¿Corneta?

—¿Señor?

—Toque diana. No deje de tocar hasta que el teniente llegue hasta el enemigo.

—Sí, señor.

Los franceses, advertidos por la corneta, observaron al jinete solitario que cabalgaba hacia ellos con el pañuelo blanco levantado. Con cortesía, ordenaron a sus hombres que cesaran el fuego contra los fusileros escurridizos que estaban en las rocas. El humo del combate se desvaneció con una ráfaga de viento y lluvia mientras Trumper-Jones desaparecía en el interior de un grupo de oficiales franceses. Sharpe se dio la vuelta.

—¡Descanso!

Las cinco compañías se relajaron. Sharpe miró hacia la orilla del río.

—¡Sargento Harper!

—¿Señor?

Un hombre enorme, cuatro pulgadas más alto que los seis pies de Sharpe, se acercó desde la orilla. Era uno de los fusileros que, junto con Sharpe, se habían quedado colgados en aquel batallón de casacas rojas como parte de los desechos de la guerra. Aunque los hombres del South Essex iban de rojo y llevaban el mosquete de corto alcance, este hombre, como los demás fusileros de la antigua compañía de Sharpe, todavía vestía el uniforme verde y portaba un fusil. Harper se detuvo junto a Sharpe.

—¿Cree usted que los cabrones se rendirán?

—No tienen otra opción. Saben que están atrapados. Si no pueden deshacerse de nosotros en una hora, están acabados.

Harper se echó a reír. Si Sharpe tenía un amigo, éste era el sargento. Habían compartido todos y cada uno de los campos de batalla en España y Portugal y la única cosa que Harper no podía compartir eran los remordimientos que obsesionaban a Sharpe desde la muerte de su esposa.

Sharpe se frotó las manos para aliviar el frío impropio de la estación.

—Quiero un poco de té, Patrick. Tiene usted mi permiso para hacer un poco.

Harper sonrió burlescamente.

—Sí, señor —contestó con el acento del Ulster.

El té estaba todavía caliente entre las manos de Sharpe cuando regresó el teniente Michael Trumper-Jones con el coronel francés. Sharpe ya había ordenado que bajaran las banderas falsas y ahora avanzaba al encuentro de su desesperado enemigo. Rechazó coger la espada del hombre. El coronel, que sabía que no podía tomar el puente sin sus cañones, se avino a los términos. Se consolaba, dijo, al rendirse a un soldado de la reputación del comandante Sharpe. Este se lo agradeció y le ofreció un té.

Dos horas más tarde, cuando el general Preston llegó con sus cinco batallones, extrañado porque no había oído fuego de mosquete delante de él, se encontró con mil quinientos prisioneros franceses, tres cañones capturados y cuatro carros de suministros. Los mosquetes franceses estaban amontonados en el camino. El botín que se habían llevado del pueblo en el que se acuartelaron estaba en las mochilas de los hombres de Sharpe. Nadie del South Essex, ni uno solo de los fusileros de Frederickson, estaba siquiera herido. Los franceses habían perdido siete hombres, y otros veintiuno estaban heridos.

—¡Felicitaciones, Sharpe!

—Gracias, señor.

Un oficial tras otro le fueron felicitando. El le quitó importancia. Explicó que en

realidad los franceses no tenían otra opción, ya que no podían romper su posición sin cañones; sin embargo, lo siguieron felicitando hasta que, con timidez y turbado, regresó caminando hasta el puente. Atravesó las aguas agitadas y se encontró con el oficial de intendencia del South Essex, un oficial rechoncho llamado Collip que había acompañado al batallón durante la marcha nocturna.

Sharpe hizo retroceder a Collip hasta una hendidura de las rocas. El rostro de Sharpe resultaba sombrío como la muerte.

—Es usted un hombre afortunado, señor Collip.

—Sí, señor.

Collip estaba aterrorizado. Hacía tan sólo dos meses que estaba en el South Essex.

—Dígame por qué es usted un hombre con suerte, señor Collip.

Collip tragó saliva nervioso.

—¿No va a haber castigo, señor?

—Nunca hubiera habido castigo alguno, señor Collip.

—¿No, señor?

—Porque era culpa mía. Yo le creí cuando me dijo que podía quitarme el equipaje de las manos. Me equivoqué. ¿Y usted?

—Lo siento mucho, señor.

Durante la noche Sharpe y sus capitanes se habían adelantado con los fusileros de Frederickson. Lo habían hecho para mostrarles el camino que habían de tomar y dejaron a Collip con los tenientes para que condujera a los hombres. El regresó y descubrió a Collip en el borde de una profunda hondonada que habían atravesado con gran dificultad. Sharpe había conducido a los fusileros del otro lado, descendiendo por una orilla escarpada, vadeando una corriente fría como el hielo que le llegaba hasta la cintura cargada con las aguas de primavera, luego ascendiendo a rastras por la orilla alejada, con las ropas heladas y empapadas.

Cuando regresó en busca de las cinco compañías se encontró con que le esperaba un fracaso.

El señor Collip, el oficial de intendencia, había decidido hacerles más fácil el paso a los casacas rojas. Había hecho una cuerda con las correas de los mosquetes, un gran lazo que se podía estirar sin límite por encima de la sima, y en la cuerda había colgado atravesando la hondonada todas las armas, mochilas y cantimploras de los hombres. En el último paso los portafusiles anudados se desataron y toda la munición de mosquete del South Essex se fue río abajo.

Cuando los franceses se aproximaban al puente tan sólo los fusileros de Sharpe tenían municiones. Los franceses podían haber tomado el puente con una descarga de mosquetes, pues Sharpe no tenía nada con qué enfrentarse.

—Nunca jamás, señor Collip, separe a un hombre de sus armas y municiones. ¿Me lo promete?

—Sí, señor —asintió Collip con energía.

—Creo que me debe una botella de algo, señor Collip.

—Sí, señor. Por supuesto, señor.

—Buenos días, señor Collip.

Sharpe se alejó. De repente sonrió, tal vez porque las nubes que había al oeste se abrían y un rayo de sol rojo descendió sobre el escenario de su victoria. Fue en busca de Patrick Harper, se quedó con sus antiguos fusileros y bebió té con ellos.

—Un buen día de trabajo, chicos.

Harper se echó a reír.

—¿Les ha dicho a los cabrones que no teníamos municiones?

—Siempre has de dejarle a un hombre su orgullo, Patrick —dijo Sharpe, echándose a reír él también.

No reía desde Navidad. Pero ahora, con este primer combate de la nueva campaña, había sobrevivido al invierno y conseguido la primera victoria de la primavera; anhelaba al menos un verano libre de las penas y los líos del pasado. El era un soldado, iba a la guerra, y el futuro se presentaba brillante.

Capítulo 2

En un día de sol en que los vencejos se afanaban construyendo los nidos en la antigua mampostería del castillo de Burgos, el comandante Pierre Ducos oteaba desde las murallas. Iba descubierto. El ligero viento del oeste le levantaba el cabello negro mientras observaba el patio del castillo. Toqueteaba las patillas de sus lentes y hacía una mueca de dolor, pues el metal curvado le escocía la piel.

Seis carros enormes eran arrastrados por los adoquines. Unas lonas alquitranadas tapaban las cargas, unas lonas que iban atadas con cuerdas y abultadas por el cargamento. Los bueyes cansados eran golpeados hasta el otro extremo del patio donde los carros, con gran esfuerzo y griterío, eran aparcados junto al muro de la torre de homenaje. Los carros iban con una escolta de jinetes que llevaban lanzas de hojas brillantes de las que colgaban estandartes rojos y blancos.

Los soldados de la guarnición del castillo observaban la llegada de los carros. Por encima de sus cabezas, en la parte más alta de la torre de homenaje, la bandera tricolor francesa ondeaba amenazadora al viento. Los centinelas oteaban el vasto campo y se preguntaban si la guerra volvería a lamer otra vez esta antigua fortaleza española que vigilaba la calzada principal desde París a Madrid.

Se oía un repiqueteo de cascos en la puerta de entrada y Pierre Ducos vio un carruaje brillante y reluciente que entraba a rebosar en el patio. Iba tirado por cuatro caballos blancos enjaezados con cadenas de tirantes de plata. El carruaje era conducido con demasiada velocidad, pero eso, decidió Ducos, era típico de la dueña. En España la conocían por la Puta Dorada.

Junto al carruaje, allí donde se detuvo bajo la mirada de Ducos, había un general de caballería. Era un hombre bastante joven, la verdadera imagen de un héroe francés, cuyo uniforme vistoso estaba almidonado para aguantar el peso de sus medallas. Saltó del caballo, hizo una señal al cochero para que se hiciera a un lado, abrió la portezuela del carruaje e hizo descender los escalones con un ademán. Se inclinó.

Ducos, como un animal de presa que observa a su víctima, miraba fijamente a la mujer.

Era hermosa esta Puta Dorada. Los hombres que la veían por primera vez apenas podían creer que ninguna otra mujer fuera tan bella. Su piel era tan blanca y pura como las conchas de perlas blancas de las playas de Vizcaya. Su cabello era dorado. Una combinación casual de labios y hueso, de ojos y piel le habían dado un aire de inocencia que hacía que los hombres quisieran protegerla. Pierre Ducos conocía a pocas mujeres menos necesitadas de protección.

Era francesa. Su nombre de soltera era Hélène Leroux y llevaba sirviendo a Francia desde los dieciséis años. Había dormido en los lechos de los poderosos y

había sacado de sus almohadas los secretos de sus naciones, y cuando el emperador tomó la decisión de anexar España a su Imperio, envió a Hélène como arma.

Había fingido ser hija de unas víctimas del Terror. Se casó, siguiendo instrucciones de París, con un hombre cercano al rey español, un hombre que estaba enterado de los secretos de España. Ella seguía casada, aunque su marido estaba bien lejos, y hacía uso del título que él le había dado. Era la marquesa de Casares el Grande y Melida Sadaba. Era hermosa como un sueño de verano y traidora como el pecado. Era la Puta Dorada. Ducos sonrió. Un halcón, sobrevolando alrededor de su víctima, acaso sentiría la misma satisfacción que el comandante francés con lentes mientras ordenaba a su asistente que le diera sus saludos a la marquesa, con respuesta; lo que proviniendo de Ducos equivalía a una orden, así que su señoría se presentó ante él inmediatamente.

La marquesa de Casares el Grande y Melida Sadaba, que olía a agua de rosas y sonreía dulcemente, fue conducida a la habitación vacía del comandante Ducos una hora más tarde. Levantó la vista de la mesa.

—Llega tarde.

Ella le lanzó un beso con su mano cubierta por un guante de encaje y pasó junto a él hacia el baluarte.

—El campo está precioso hoy. Le he pedido a su delicioso y tímido teniente que me traiga algo de vino y de uva. Podríamos comer aquí fuera, Pierre. Su piel necesita algo de sol. —Se tapó la cara con una sombrilla y le sonrió—. ¿Cómo está, Pierre? ¿Se pasa las noches bailando, como siempre?

Él no hizo caso de su burla. Se quedó en la puerta y su voz sonó profunda y dura.

—Tiene seis carros en esta fortaleza.

Ella fingió temor.

—¿El emperador le ha hecho su comandante de carros? Le felicito.

Él sacó un trozo de papel doblado del bolsillo de su chaleco.

—Están cargados con vajillas de oro y plata, pinturas, monedas, tapices, estatuas, tallas y una bodega de vino empaquetada en serrín. El valor total se ha calculado en trescientas mil monedas españolas.

Se quedó mirándola con un silencio triunfante.

—Y algunos muebles, Pierre. ¿Sus espías no han encontrado los muebles? Algunos son muy valiosos. Una cama árabe preciosa con incrustaciones de marfil, un escritorio con laca de China que le gustaría, y una cama con espejos.

—Y sin duda, la cama en la que convenció al general Verigny de que le vigilara los bienes robados.

El general Verigny era el oficial de caballería cuyos hombres habían vigilado los carros en su trayecto desde Salamanca.

—¿Robados, Pierre? Todo nos pertenece a mí y a mi querido marido. Yo simplemente pensaba que mientras Wellington nos amenaza con derrotarnos trasladaría nuestras pocas pertenencias domésticas a Francia. Considéreme tan sólo una simple refugiada. ¡Ah! —le sonrió al ayudante de Ducos, que había traído una bandeja sobre la que había una botella de champán abierta, un solo vaso y un plato con uva blanca—. Póngalo sobre el pretil, teniente.

Ducos esperó, frunciendo el ceño, hasta que su ayudante se hubo marchado.

—Las pertenencias están cargadas en carros del ejército francés.

—Carros confiscados, Pierre.

—Confiscados por el oficial de intendencia del general Verigny.

—Cierto —sonrió ella—. Un hombre apreciado.

—Y yo voy a anular su confiscación.

Hélène lo miró. Le tenía miedo a Pierre Ducos, aunque no iba a darle la satisfacción de mostrarle ese temor. Reconoció la amenaza que él le brindaba. Ella huía de España, huía de la victoria con la que amenazaba Wellington, y se llevaba consigo la riqueza que la haría independiente de cualquier tragedia que pudiera cernerse sobre Francia. Ahora Ducos amenazaba aquella independencia. Arrancó un grano del racimo.

—Dígame, Pierre, ¿pide usted el desayuno con una amenaza? Si quiere algo de mí, ¿por qué no me lo pide sencillamente? ¿Acaso es que quiere compartir mi botín?

Él frunció el ceño al oír esto. Nadie podía acusar a Pierre Ducos de codicia; cambió de tema.

—Quería saber qué le parecía el regreso de su marido de América.

Ella se echó a reír.

—¿Quiere que vuelva a su lecho, Pierre? ¿No le parece que ya he sufrido demasiado por Francia?

—¿Todavía le ama?

—¿Amarme? Qué palabra tan rara proviniendo de usted, Pierre. —Hélène levantó la vista hasta la bandera tricolor—. Todavía me desea.

—¿Sabe que es una espía?

—Estoy segura de que alguien se lo ha dicho, ¿no le parece? Pero Luis no se toma a las mujeres en serio, Pierre. Pensará que me hice espía porque era infeliz sin él. Cree que una vez él haya regresado y yo me encuentre bien arropada bajo su cúpula de cristal todo volverá a ir bien otra vez. Me puede gruñir lo que quiera y luego llorarle a su confesor. Los hombres son tan estúpidos...

—O quizás es que usted escoge hombres estúpidos.

—Menuda conversación de tocador estamos teniendo. —Ella le sonrió con inteligencia—. Así pues, ¿qué quiere, Pierre?

—¿Por qué ha regresado a casa su marido?

—No le gusta el clima de Sudamérica, Pierre. Le produce gases, dice. Sufre de flatulencias. Una vez hizo azotar a un criado que se echó a reír cuando se le escaparon.

—Ha ido a ver a Wellington.

—¡Por supuesto que ha ido! ¡Luis es el nuevo héroe de España! —exclamó ella echándose a reír.

Su marido había conducido a un ejército español contra los rebeldes en la Banda Oriental, la tierra al norte del Río de la Plata. Los rebeldes, al ver a España humillada por los franceses, estaban intentando arrebatarle la independencia a los españoles. Para sorpresa de la marquesa y, es más, para sorpresa de mucha gente, el marqués los había derrotado. La dama escupió una pepita por encima del pretil.

—¡Debía superarlos por cien a uno! ¿O tal vez dejó ir los gases delante de sus caras? ¿Cree que esa es la respuesta, Pierre? ¿Uva? —Hélène sonrió ante el silencio de Ducos y se sirvió champán—. Dígame por qué me cita aquí con su encanto acostumbrado y su consideración.

—¿Su marido quiere que vuelva?

—Ya sabe que sí. Estoy segura de que ha interceptado usted todas sus cartas. Su lujuria excede a su patriotismo.

—Entonces quiero que le escriba una carta.

La mujer sonrió.

—¿Sólo eso? ¿Una carta? Entonces ¿me podré quedar con mis carros? —preguntó con voz de muchachita.

Él asintió.

Hélène lo observaba, recelosa de un negocio tan fácil. De repente, su voz se volvió dura.

—¿Va a dejar que traslade mis bienes a Francia tan sólo por una carta?

—Una carta.

Ella se encogió de hombros.

—¿Me dará credenciales?

—Por supuesto.

Hélène dio un sorbo de champán.

—¿Qué escribo?

—Dentro.

Él había escrito la carta y ella tan sólo tenía que copiarla en el papel de escribir con el blasón de la familia de su marido. Hélène admiró la eficiencia de Ducos por haber robado el papel para que ella lo tuviera preparado. Ducos le ofreció la única silla de la estancia, una pluma recién cortada y tinta.

—Esmérese en la redacción, Hélène.

—No resultará difícil, Pierre.

La carta explicaba una historia desgarradora. Contestaba a una carta anterior del marqués y decía que ella no quería otra cosa que reunirse con él, que la alegría de su regreso la había llenado de esperanzas y anhelos, pero que le daba miedo ir con él mientras estuviera bajo el mando de Wellington.

Tenía miedo porque había un oficial inglés que la había perseguido de la forma más vil, la había insultado a ella y a su marido y le había lanzado toda suerte de ultrajes. Ella se había quejado, decía, al generalísimo inglés, pero no había nada que hacer porque el oficial ofensor era amigo de Wellington; temía por su virtud y hasta que el oficial no fuera trasladado de España a ella le daba miedo ir junto a su marido. El oficial, escribió, ya había intentado violarla una vez; en tal intento tan sólo lo había derrotado el hecho de encontrarse borracho. Hélène no se sentiría a salvo mientras ese hombre vil, el comandante Richard Sharpe, estuviera vivo. Firmó la carta, dejando caer unas gotas de champán sobre la tinta para que la escritura pareciera teñida de lágrimas; luego le sonrió a Ducos.

—¿Quiere que se batan en duelo?

—Sí.

Ella se echó a reír.

—¡Richard lo machacará!

La mujer sonrió.

—Dígame, Pierre. ¿Por qué quiere que Richard mate a mi marido?

—Resulta obvio, ¿no le parece?

Si su marido, un grande de España y un héroe repentino e inesperado, muriera a manos de un inglés, entonces la frágil alianza entre España e Inglaterra correría peligro. La alianza era una cuestión de conveniencia. Los españoles no sentían amor por los ingleses. Les molestaba tener que necesitar la ayuda del ejército británico para expulsar a los franceses. Era cierto que habían hecho a Wellington generalísimo de todos sus ejércitos, pero eso era un reconocimiento a su talento. Ella observó cómo Ducos secaba la tinta con arena.

—Sabe bien que no habrá duelo, ¿verdad?

—¿No? —contestó él sacudiendo la arena en el suelo.

—Arthur no se lo permitirá. —«Arthur» era Wellington—. ¿Qué hará entonces, Pierre?

El no hizo caso de la pregunta.

—¿Sabe que esto es la garantía de muerte del comandante Sharpe?

—Sí.

—¿No le preocupa?

Ella sonrió con elegancia.

—Richard sabe cuidar de sí mismo, Pierre. Los dioses le sonríen. Además, yo hago esto por Francia, ¿no es así?

—Por sus carros, querida Hélène.

—Oh, sí, por supuesto. Mis carros. ¿Cuándo obtendré el pase para ellos?

—Para el próximo convoy que vaya al norte.

Ella asintió y se puso de pie.

—¿Realmente cree que van a luchar, Pierre?

—¿Tiene eso importancia?

—Preferiría ser una viuda. —Sonrió—. Una viuda rica. La viuda dorada.

—Entonces ha de desear que el comandante Sharpe le complazca.

—Siempre lo ha hecho, Pierre.

La habitación se llenó con su perfume.

Él dobló la carta.

—¿Él le gusta?

Hélène inclinó la cabeza a un lado y pareció que lo pensaba.

—Sí. Tiene la virtud de la simpleza, Pierre, y lealtad.

—Poco de su gusto, hubiera dicho.

—Qué poco conoce mis gustos, Pierre. ¿Puedo retirarme? ¿Puedo regresar a mis placeres?

—¿Su sello?

—Ah.

Ella se quitó un anillo que llevaba sobre el guante de encaje y se lo tendió. Él lo apretó en la cera caliente y le devolvió el sello.

—Gracias, Hélène.

—No me dé las gracias, Pierre. —Lo miró fijamente, con una ligera sonrisa burlona en el rostro—. ¿Abre las cartas que me envía el emperador, Pierre?

—Por supuesto que no.

Él frunció el ceño ante tal pensamiento, mientras que en su interior se preguntaba cómo conseguía Napoleón enviar esas cartas sin que sus hombres lo impidieran.

—Así lo suponía —dijo ella humedeciéndose los labios—. Sabe que todavía le gusto.

—Creo que le siguen gustando todas sus amantes.

—Es usted tan dulce, Pierre —dijo ella, haciendo girar la sombrilla cerrada entre sus manos—. ¿Sabe que me considera casi una experta en asuntos españoles? ¿Que incluso me pide consejo?

—¿Ah, sí? —dijo Ducos mirándola.

—He de felicitarle, Pierre. Le dije al emperador que su idea del tratado resultaba magnífica. —Sonrió al percibir la sorpresa en su rostro—. ¡De verdad, Pierre! Magnífica. Ésa fue la palabra exacta que utilicé. Por supuesto, le dije que primero había que derrotar a Wellington, pero ¿y si no lo hacíamos? ¡Magnífica! —Sonrió de nuevo, una sonrisa victoriosa—. ¿Así que no va a impedir que mis carritos crucen la

frontera, verdad?

—Yo ya he hecho mi promesa.

—¿Pero a quién se la ha hecho, dulce Pierre? ¿A quién? —Dijo estas dos últimas palabras mientras abría la puerta. Volvió a sonreír—. Buenos días, comandante. Ha sido un pequeño placer.

El escuchó sus tacones contra las piedras del pasillo y se sintió enfadado y amargado. Napoleón, siempre loco por un par de piernas en la cama, ¿le había hablado a la Puta Dorada de Valencay? ¿Y ahora ella se atrevía a amenazarlo? Si sus endebles carros no llegaran a Francia, ¿entonces ella traicionaría a su país revelando la existencia del tratado?

Avanzó hacia las murallas. La carta que ella había escrito estaba en su mano y era la clave para el tratado. Ese mismo día se la daría al inquisidor y mañana éste, junto con su hermano, iniciaría el viaje hacia el oeste. Dentro de tres días, decidió, el asunto sería irreversible, y en el plazo de dos semanas cerraría esa hermosa boca para siempre.

Observó cómo la mujer saludaba al general Verigny abajo, vio que ambos subían al carruaje y pensó con qué alegría vería caer a esa puta. ¿Ella se atrevía a amenazarlo? Entonces viviría para arrepentirse de esa amenaza toda una eternidad.

Volvió a su despacho. El la desafiaba. El salvaría a Francia, derrotaría a Gran Bretaña y sorprendería al mundo con su inteligencia. Durante unos segundos, dando la espalda a la magnífica vista que se ofrecía desde las murallas de Burgos, se imaginó a sí mismo como el nuevo Richelieu, la nueva estrella brillante de la gloria de Francia. No podía perder, lo sabía, pues había calculado los riesgos. Ganaría.

Capítulo 3

—¡Tiendas! —espetó Sharpe—. ¡Maldita sea, mierda de tiendas!

—A punto para dormir, señor.

El sargento Patrick Harper mantenía una expresión imperturbable. Los hombres del South Essex que observaban sonrieron entre dientes.

—Malditas tiendas.

—Tiendas limpias, señor. Delicadas y blancas, señor. Podríamos plantar flores alrededor por si los chicos tuvieran nostalgia de casa.

Sharpe dio una patada a uno de los enormes bultos de lona.

—¿Quién diablos necesita tiendas?

—Los soldados, señor, por si tienen frío y se mojan de noche.

El marcado acento del Ulster de Harper estaba teñido de diversión.

—Espero que la próxima vez nos den camas, señor, con sábanas limpias y muchachitas para que nos arropen durante toda la noche. Y orinales, señor, con la inscripción Dios salve al rey en el borde.

Sharpe volvió a dar una patada al montón de tiendas.

—Le ordené al oficial de intendencia que las quemara.

—El no puede hacer eso, señor.

—¡Por supuesto que puede!

—Ha firmado, señor. Cualquier pérdida se deducirá de la paga, señor.

Sharpe iba dando vueltas alrededor del montón de bultos obscenos. ¡De todas las cosas ridículas, inútiles y estúpidas, la Guardia real había enviado tiendas! ¡Los soldados siempre habían dormido al raso!

Sharpe se había despertado por la mañana con el cabello helado pegado al suelo, se había despertado con las ropas empapadas, ¡pero nunca había querido una tienda! Él era un soldado de infantería. Un infante tenía que marchar y avanzar deprisa, y las tiendas los harían demorarse.

—¿Cómo se supone que hemos de acarrear estos malditos trastos?

—Mulas, señor, mulas para tiendas. Una para dos compañías. Serán distribuidas mañana, señor.

—¡Santo Dios!

—Probablemente no tenía una tienda, señor.

Sharpe sonrió, porque se estaba divirtiendo, pero el repentino envío de tiendas del cuartel general le planteaba unos problemas que él no necesitaba. Harían falta cinco mulas para cargar con las tiendas. Cada mula podía acarrear doscientas libras, más treinta libras de forraje que mantendría al animal vivo durante seis días. Si marcharan en una campaña como la del verano pasado entonces tendría que tener en cuenta que se quedarían cortos de forraje y mulas extra tendrían que cargar con el forraje extra.

Pero las mulas extra también tendrían que alimentarse, lo que significaba más mulas aún, y si calculaba una marcha de seis semanas eso equivalía a novecientas libras extra de forraje. Esto eran unas cuatro o cinco mulas más, pero estas mulas necesitarían unas setecientas libras extra de alimento que requerirían cuatro mulas más, que también necesitarían forraje; y así hasta llegar a la conclusión certera de que harían falta catorce mulas extra simplemente para mantener vivas a las cinco mulas de las tiendas. Intentó descargar su ira propinándole un nuevo puntapié a otra tienda.

—¡Dios, Patrick! ¡Es ridículo!

Hacía tres días que los franceses se habían rendido a ellos en las colinas. Habían marchado en dirección norte desde el puente, abandonando súbitamente los accesos a Salamanca y adentrándose en un área de colinas y senderos malos. Esperándolos estaba el grueso del ejército y un montón de aquellas malditas tiendas grisáceas. Sharpe frunció el ceño.

—Las dejaremos en depósito.

—¿Y que nos las roben, señor?

Sharpe soltó un reniego. Lo que quería decir Harper, por supuesto, era que el almacenero vendería las tiendas a los españoles, afirmarían que se las habían robado y las cargaría en las cuentas del batallón.

—¿Conoce al almacenero?

—Ajá —contestó Harper con aire de duda.

—¿Cuánto?

—Bastante.

Sharpe volvió a renegar. Desde luego podía sacar cinco libras de las cuentas del batallón para sobornar al almacenero, pero el asunto resultaba un fastidio.

—¿No es amigo suyo, ese almacenero?

—Es de County Down —dijo Harper como si eso significara algo—. Vendería a su maldita madre por un chelín.

—¿No tiene nada con ese cabrón?

—No —dijo Harper, sacudiendo la cabeza.

—Le conseguiré algo.

Podía vender una de las mulas que llegarían al día siguiente, asegurar que había muerto de muermo y de sabe Dios qué, y vería si alguien se atrevía a preguntarle. Sacudió la cabeza con exasperación, luego le sonrió burlescamente al gran sargento.

—¿Cómo está su mujer?

—¡Espléndida, señor! —sonrió Harper ampliamente—. Resplandeciente. Yo creo que le gustaría prepararle una de sus comidas.

—Iré esta semana.

Isabel era una muchacha española, pequeña y morena, a la que Harper había rescatado del horror de Badajoz. Desde aquella noche terrible había seguido con

lealtad al batallón, junto con las otras esposas, amantes y putas que conformaban la cola desmañada de cualquier ejército en marcha. Sharpe sospechaba que Harper se casaría antes de acabar el año.

El enorme irlandés se echó el chacó hacia atrás y se rascó el pelo lleno de arena.

—¿Ha dado con usted el español?

—¿El español?

—Un oficial; un auténtico petimetre. Iba husmeando por ahí esta mañana, sabe. Parecía que hubiera perdido la bolsa. Siniestro como un maldito juez.

—Yo estaba aquí.

—Probablemente no era importante —dijo Harper, encogiéndose de hombros.

Pero Sharpe frunció el ceño. No sabía por qué, pero su instinto, que lo mantenía vivo en el campo de batalla, de repente le estaba advirtiendo de un problema. El aviso era suficiente para destruir el pequeño momento de felicidad que le había proporcionado insultar las tiendas. Era como si, en un día de esperanza y paz, hubiera olido de pronto a la caballería francesa.

—¿Cuándo estuvo aquí?

—Al amanecer —contestó Harper sintiendo la alerta repentina—. Era un tipo joven.

A Sharpe no se le ocurría una razón por la que un oficial español quisiera verlo, y cuando algo no tenía razón de ser, podía ser peligroso. Le dio un puntapié a las tiendas.

—Avísame si lo vuelve a ver.

—Ajá, señor.

Harper observó a Sharpe, que caminaba hacia el cuartel general del batallón. Se preguntaba por qué la mención del español con uniforme vistoso había sumido a Sharpe en una tensión tan repentina. Tal vez, pensó, se trataba del sentimiento de culpa y dolor de Sharpe. Harper podía entender el dolor, pero sentía que el humor de Sharpe no era simplemente eso. Al enorme irlandés le parecía que su amigo había empezado a odiarse a sí mismo, tal vez culpándose por la muerte de su mujer y el abandono de su hija. Fuera lo que fuera, pensó Harper, esperaba que pronto el ejército se volviera a poner en marcha contra los franceses. Junto a aquel puente, mientras los soldados de infantería no intercambiaron ni un disparo, Harper había percibido la antigua energía y entusiasmo. Cualquiera que fuese la tristeza de Sharpe, no había mermado su habilidad para el combate.

—Necesita una buena batalla —le dijo a Isabel aquella noche.

Ella emitió un sonido despreciativo.

—Necesita una esposa.

Harper se echó a reír.

—Eso es lo único en lo que pensáis las mujeres. ¡Matrimonio, matrimonio,

matrimonio!

El había estado bebiendo con los otros sargentos del batallón; regresó tarde y encontró la comida que ella le había preparado fría.

Isabelle empujó los huevos en la sartén como si esperara que al cambiarlos de posición su aspecto mejoraría.

—¿Y qué pasa con el matrimonio?

Harper, que percibía el matrimonio en su propio horizonte, decidió que la discreción era lo mejor del valor.

—Nada en absoluto. ¿Tienes pan?

—Ya sabes que sí. Cógelo tú mismo.

La discreción tenía sus límites, sin embargo. El trabajo de un hombre no era irse a buscar el pan, ni llegar a la hora para comer. Harper se sentó en silencio mientras Isabel refunfuñaba del alojamiento y se quejaba de la patrona, y de la mujer del sargento Pierce, que había robado un cubo de agua; también le dijo que podía ir a ver a un sacerdote antes de que empezara la campaña para hacer una buena confesión. Harper lo iba escuchando todo a medias.

—Me veo venir problemas.

—Tienes razón.

Isabel sacó los huevos y los puso en un plato de hojalata.

—Gran problema si no vas a buscar el pan.

Ella cuando hablaba inglés lo hacía con acento de Irlanda del norte.

—Ve a buscarlo tú, mujer.

Isabel dijo algo que Harper con su español no pudo entender, pero fue hacia el rincón de la estancia y descubrió la barra oculta.

—¿Qué tipo de problema, Patrick?

—Está aburrido.

—¿El comandante?

—Ajá. —Harper se dignó cortar la hogaza con la bayoneta de su rifle—. Está aburrido, cariño, y cuando está aburrido se mete en líos.

Isabel sirvió el vino.

—¿Otro arco iris?

Harper se echó a reír. A él le gustaba decir que el comandante Sharpe siempre perseguía la marmita de oro que había al final de cada arco iris. Encontraba las marmitas con bastante frecuencia, pero, según Harper, siempre las rechazaba porque no tenían la forma adecuada.

—Ajá. El cabrón vuelve a perseguir un arco iris.

—Debería casarse.

Harper, diplomático, se quedó en silencio, pero su instinto, al igual que el de Sharpe, percibió de pronto un peligro. Estaba recordando el repentino cambio de

humor de Sharpe cuando mencionó al español. Harper tuvo miedo, porque sabía que Richard Sharpe era capaz de buscar el arco iris en el mismo infierno. Miró a su mujer, que esperaba una palabra de elogio, y le sonrió.

—Tienes razón. Necesita una mujer.

—Matrimonio —dijo ella cáustica, pero él vio que estaba complacida. Le apuntó con la cuchara—. Tú, cuídalo, Patrick.

—Es lo bastante grande para cuidar de sí mismo.

—Sé de hombres grandes que no pueden ir a buscar el pan.

—Eres una mujer con suerte, eso es lo que eres.

Harper le sonrió burlescamente, pero en su interior se preguntaba qué era lo que había alarmado a Sharpe. De la misma manera que presentía sus perspectivas de matrimonio, sentía que algún problema amenazaba a su amigo.

—¡Ah, Sharpe! ¿Ningún problema? ¡Bien!

El teniente coronel Leroy se estiraba los guantes de piel. Hasta hacía pocas semanas era comandante, pero ahora el americano legitimista había conseguido su ambición de tomar el mando del batallón. El guante de la mano derecha escondía las terribles heridas de quemadura que había recibido el año anterior en Badajoz. Nada podía ocultar la horrible cicatriz, arrugada, que surcaba el lado derecho de su rostro. Miró al cielo de la mañana.

—No va a llover hoy.

—Esperemos que no.

—¿Llegan diez mulas, hoy?

—Eso tengo oído, señor.

—Sabe Dios para qué necesitamos las tiendas.

Leroy se encorvó para encender un cigarro largo y delgado con una vela que, por órdenes suyas, se mantenía encendida en el cuartel general del batallón precisamente con esa finalidad.

—Las tiendas sólo van a ablandar a los hombres. También podríamos ir a la guerra con lecheras. ¿Puede perder esos malditos tratos?

—Lo intentaré, señor.

Leroy se puso su sombrero bicornio, bajándose la parte delantera para que le diera sombra a su rostro terrible y delgado.

—¿Qué más hay hoy?

—Mahoney se lleva la segunda y la tercera de marcha. Prácticas de tiro para los nuevos reclutas. Revista a las dos.

—¿Revista?

Leroy, cuya voz todavía guardaba la entonación de su Nueva Inglaterra nativa, frunció el ceño a su único comandante. Joseph Forrest, el otro comandante del

batallón, había sido destinado al estado mayor de Lisboa para ayudar a organizar las provisiones que llovían sobre aquel puerto.

—¿Revista? —preguntó Leroy—. ¿Para qué diablos necesitamos pasar revista?

—Órdenes tuyas, señor. Revista dominical.

—Dios, lo había olvidado —dijo Leroy soltando el humo en dirección a Sharpe y sonrió—. Ocúpese usted, Richard, le irá bien.

—Gracias, señor.

—¡Bien, me voy! —dijo Leroy complacido.

Lo habían invitado al cuartel general del puente a pasar el día y preveía vino y cotilleos a partes iguales. Cogió la fusta.

—Asegúrese de que el cura les suelta a esos cabrones un sermón enardecedor. No hay nada mejor que un sermón para poner a los hombres de un humor adecuado para matar franchutes. He oído que hay un español que le busca.

—Sí.

—¿Qué quería?

—No ha dado conmigo.

—Bien, dígame que no, sea lo que sea que quiera, y pídale dinero prestado.

—¿Dinero?

Leroy se volvió justo en la puerta.

—El ayudante me dice que le debe al comedor de oficiales dieciséis guineas. ¿Es cierto?

Sharpe asintió con la cabeza y Leroy le apuntó con la fusta.

—Páguelas, Richard. No quiero que se muera y deba dinero al maldito comedor.

Se fue caminando por la calle hacia su caballo, que esperaba, y Sharpe se volvió hacia la mesa con papeleo pendiente.

—¿De qué diablos se está riendo?

—De nada, señor —contestó Paddock, el secretario del batallón, sacudiendo la cabeza.

Sharpe se sentó frente al montón de trabajo. Sabía que Paddock sonreía porque Leroy le había dicho a Sharpe que pagara sus deudas, pero éste no podía pagarlas. Le debía cinco chelines a la lavandera, al cantinero dos libras y Leroy, con razón, le exigía a Sharpe que se comprara un caballo. Como capitán, Sharpe no había querido un caballo; prefería mantenerse sobre sus botas como sus hombres, pero como comandante la altura añadida resultaría útil en el campo de batalla, al igual que la velocidad. Pero un buen caballo no podía conseguirse por menos de ciento treinta libras y él no sabía de dónde iban a provenir esos fondos. Soltó un suspiro.

—¿Puede falsificar mi maldita firma?

—Sí, señor, pero sólo en las pagas. ¿Té, comandante?

—¿Queda algo del desayuno?

—Voy a mirarlo, señor.

Sharpe se fue abriendo paso entre los papeles: los informes de material y los informes semanales, así como el nuevo reglamento general de la brigada y el ejército; la advertencia de costumbre del capellán general de mantenerse alerta con los metodistas subversivos y una orden proveniente de Wellington que recordaba a los oficiales que era obligatorio quitarse el sombrero cuando un sacerdote llevaba la Sagrada Forma a un moribundo. No preocupar a los españoles era el mensaje de esta orden y Sharpe acusó recibo y se preguntó de nuevo quién debía de ser el español.

Firmó con su nombre tres docenas de veces, abandonó el resto de trabajo burocrático y salió a la luz del sol primaveral para comprobar los piquetes y observar a los reclutas, enviados en barco desde Inglaterra, que disparaban tres rondas de fuego de mosquete. Escuchaba la queja usual del oficial de servicio referente a la ración de buey y se metió por la parte trasera de las casas para esquivar al cantinero portugués que buscaba a sus deudores. El cantinero vendía tabaco, té, agujas, hilo, botones y todas esas cosillas indispensables en la vida de un soldado. El cantinero del South Essex, que tenía un pequeño establo de putas feísimas, era el hombre más rico que acompañaba al batallón.

Sharpe esquivaba a ese hombre. Se preguntaba si el cantinero compraría la mula de las tiendas, aunque sabía que tan sólo pagaría la mitad de su precio. Sharpe podría considerarse afortunado si le sacaba quince libras al cantinero, menos las dos libras que debía y menos otras cinco para sobornar al almacenero. A Paddock, el secretario, habría que comprarle su silencio. Sharpe supuso que conseguiría siete u ocho libras del trato, lo suficiente para que los oficiales estuvieran contentos. Soltó un taco. Ojalá el ejército estuviera en marcha y luchando, demasiado ocupado para preocuparse de trivialidades como las cuentas impagadas.

El combate del puente había sido una falsa alarma. El sospechaba que había supuesto una treta, una forma de hacer creer a los franceses que los británicos volvían sobre los pasos del año pasado y marchaban hacia Salamanca y Madrid. Pero en contra de ello, el batallón había forzado la marcha hacia el norte, donde se encontraba reunido el grueso del ejército británico. Los franceses protegían la puerta de entrada a España y Wellington planeaba utilizar la trasera. «Pero que empiece pronto», rogaba Sharpe. Estaba aburrido. En lugar de combatir se preocupaba del dinero y tenía que organizar una revista dominical.

El general había ordenado que todos los batallones que no tuvieran su propio capellán tenían que recibir al menos un sermón de un sacerdote de otra unidad. Ese día le tocaba al South Essex y Sharpe, sentado sobre el caballo de repuesto del capitán D'Alembord, miraba fijamente a las diez compañías del South Essex que estaban de cara al hombre de Dios. Sin lugar a dudas se preguntaban por qué, después de estar liberados durante años de tales ocasiones, de repente tenían que verse

intimidados por un hombre rechoncho y calvo que les decía que tenían que considerarse afortunados. Sharpe no hacía caso del sermón. Estaba pensando en cómo podía persuadir al cantinero para que comprara una mula cuando el hombre ya tenía media docena para llevar sus mercancías. Entonces apareció el español.

El reverendo Sebastian Whistler estaba enumerando las bendiciones de Dios; pan recién hecho, madres, té recién hecho y cosas así, cuando Sharpe vio que los ojos del batallón se apartaban de los del predicador. Él mismo miró y vio que se acercaban al campo donde se había dispuesto el desfile dominical, alejado de los ojos católicos de los españoles, dos oficiales españoles y un sacerdote asimismo español.

El petimetre cabalgaba delante de sus dos compañeros. Era un hombre joven uniformado con tal esplendor, tan llamativo, que se hacía digno del adjetivo petimetre. Llevaba un uniforme de un blanco immaculado, con cordones dorados, adornado con una faja de seda azul en la que brillaba una estrella de plata. Su gabán estaba ribeteado de escarlata, el mismo color de la brida de cuero de su caballo. De su silla de montar colgaba una vaina decorada con piedras preciosas.

El batallón, sin hacer caso de los requerimientos del reverendo Sebastian Whistler de que habían de contentarse con la humilde suerte y no codiciar las riquezas que tan sólo los conducirían a la tentación, observaba al hombre tan ricamente uniformado que cabalgaba detrás del sacerdote y se detenía a unos pasos de Sharpe.

Los otros dos españoles refrenaron las riendas a unas cincuenta yardas de distancia. El sacerdote, montado sobre un gran caballo bayo elegante, vestía de negro, con un sombrero caído sobre los ojos. Sharpe vio que el otro hombre era un general, no menos. Era un español alto y corpulento con sus mejores galas de cordones dorados y parecía que miraba fijamente al oficial de fusileros.

El joven vestido con el uniforme blanco y espléndido tenía un rostro delgado y orgulloso, con unos ojos que miraban desdeñosos al inglés. Esperó hasta que el sermón hubo terminado, hasta que el sargento mayor del regimiento puso firmes a los soldados y los mosquetes al hombro y entonces habló en inglés.

—¿Es usted Sharpe?

Sharpe contestó en español.

—¿Quién es usted?

—¿Es usted Sharpe?

Sharpe se dio cuenta, por la mala educación deliberada, de que su instinto no se había equivocado. El había sentido el problema, pero ahora que estaba delante no le temía. El hombre hablaba con la voz teñida de desprecio y odio, pero un hombre, al contrario de un terror informe, podía matarse. Sharpe se alejó del español.

—¡Sargento mayor del regimiento!

—¿Señor?

El sargento mayor del regimiento MacLaird se volvió hacia la formación, llenó de

aire los pulmones y su grito bramó por el campo.

—¡'tallón! ¡Saludo!

Sharpe observó cómo los mosquetes caían de los hombros, se detenían, golpeaban sobre los cuerpos; entonces el pie derecho retrocedía y las espadas de los oficiales se elevaban. Él se volvió y sonrió al español.

—¿Quién es usted?

Sharpe vio que el general español devolvía el saludo. MacLaird gritó «armas al hombro» y se dirigió a Sharpe.

—¿Rompan filas, señor?

—Que rompan filas, sargento mayor.

El español con uniforme blanco espoleó su caballo para que avanzara hasta la línea de visión de Sharpe.

—¿Es usted Sharpe?

Sharpe lo miró. El inglés que hablaba el hombre era bueno, pero Sharpe prefirió contestar en español.

—Soy el hombre que le rajará el cuello si no aprende a ser educado.

Habló en voz baja y vio que sus palabras se veían recompensadas por un ligero temblor de miedo en la cara de aquel hombre. El oficial ocultaba su nerviosismo con una baladronada.

El español se puso tieso en su silla.

—Soy Miguel Mendora, comandante Mendora.

—Me llamo Sharpe.

Mendora asintió. Durante uno o dos segundos no dijo nada; entonces, con la rapidez de un escorpión al ataque, azotó con su mano derecha y dirigió a la cara de Sharpe un golpe punzante. El golpe no le alcanzó. Sharpe había luchado en todos los bajos fondos desde Londres a Calcuta y lo vio venir. Lo había visto en los ojos de Mendora. Se balanceó hacia atrás, dejando que la mano con el guante blanco pasara de largo. Percibió la rabia en el español, mientras que dentro de él sintió la calma glacial que le invadía en la batalla. Sonrió.

—He conocido a lechones con más hombría que usted, Mendora.

Mendora no hizo caso del insulto. Había hecho lo que le habían ordenado y había sobrevivido. Entonces miró a su derecha y vio a los soldados que habían roto filas que se dirigían hacia él. Habían visto cómo intentaba golpear a su oficial y se encontraban excitados y enardecidos. Mendora volvió a mirar a Sharpe.

—Esto era de parte de mi señor.

—¿Quién es?

Mendora no hizo caso de la pregunta.

—Usted va a escribir una carta de disculpa, una carta que él utilizará como le parezca. Después de esto, puesto que no es usted un caballero, renunciará a su

ascenso.

Sharpe tenía ganas de reír.

—¿Quién es su general?

El comandante Mendora sacudió la cabeza.

—El marqués de Casares el Grande y Melida Sadaba.

De repente, el recuerdo de aquella belleza perfecta que escondía a la mujer defectuosa le invadió de tal forma que la excitación regresó abrasadora. ¡Hélène! Era con Hélène con quien había traicionado a Teresa, y comprendió que la venganza de aquella traición le llegaba. Tenía ganas de reírse en voz alta. ¡Hélène! Hélène la del cabello de oro, la de la piel blanca sobre las sábanas negras, la mujer que lo había utilizado al servicio de la muerte, pero que, así lo pensaba él, tal vez lo había amado un poco.

Miró al general, detrás de Mendora. El había creído, por las descripciones de Hélène, que su marido sería un hombre bajo y gordo. Gordo lo era, pero era una gordura musculada y corpulenta. Parecía alto. Sharpe seguía estando excitado. La marquesa era la criatura más bella que él hubiera visto, una mujer a la que amó durante una estación; luego la había perdido. Pensaba que se había ido para siempre, pero allí estaba su marido de vuelta de las colonias españolas con los cuernos en la cabeza. Sharpe le sonrió a Mendora.

—¿Cómo he ofendido a su amo?

—Usted sabe cómo, señor.

Sharpe se echó a reír.

—¿Me llama usted señor? ¿Ha recuperado sus modales?

—¿Su respuesta, comandante?

¿Así que el marqués sabía que le habían puesto los cuernos? Pero ¿por qué diablos había escogido a Sharpe? Debía de haber medio batallón de hombres con los que tendría que batirse para recuperar el honor que Hélène se había tomado a la ligera. Sharpe sonrió.

—No va a conseguir una carta mía, comandante, ni mi dimisión.

Mendora ya se esperaba esa respuesta.

—¿Me dirá el nombre de su segundo, señor?

—Yo no tengo segundo.

Sharpe sabía que Wellington había prohibido todos los duelos. Si él se arriesgaba, era cosa suya, pero no iba a hacer peligrar la carrera de otro hombre. Miró al marqués y consideró que un hombre tan corpulento sería de movimiento lento.

—Escojo las espadas.

Mendora sonrió.

—Mi amo es un gran espadachín, comandante. Tendrá más oportunidades con una pistola.

Los soldados miraban boquiabiertos a los dos oficiales a caballo. Presentían, aunque no podían oír las palabras, que algo dramático sucedía.

Sharpe esbozó una sonrisa.

—Si necesito consejo para saber cómo luchar, comandante, lo buscaré en un hombre.

El rostro orgulloso de Mendora miraba con rabia al inglés, pero mantuvo la compostura.

—Hay un cementerio en el camino hacia el sur, ¿lo conoce?

—Lo encontraré.

—Mi amo estará allí a las siete de la tarde. No esperará mucho. Espero que su valor sea suficiente para la muerte, comandante.

Hizo que su caballo girara y volvió a mirar a Sharpe.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Sharpe dejó que se diera la vuelta—. ¡Comandante!

—¿Señor?

—¿Va un sacerdote con ustedes?

El español asintió.

—Es usted muy observador para ser inglés.

Sharpe volvió a dirigirse en inglés deliberadamente.

—Asegúrese de que conoce la oración de los muertos, español.

Se oyó un grito que provenía de los hombres que observaban.

—¡Mate al cabrón, Sharpe!

El sonido se levantó, creció, y algún chistoso empezó a gritar «¡un ring!, ¡un ring!», el grito habitual cuando surgía una pelea entre las líneas del batallón. Sharpe vio que una mirada de furia atravesaba el rostro de Mendora; entonces el español espoleó el caballo y lo puso al galope contra un corrillo de hombres que se alejaron de su paso y jalearon su retirada. El marqués de Casares el Grande y Melida Sadaba y su sacerdote galoparon tras él.

Sharpe no prestó atención a los gritos de los hombres que tenía cerca. Vio marchar a los tres españoles y se dio cuenta de que, so pena de perder todo lo conseguido en su ejército, no debía ir al cementerio y combatir en el duelo. Lo darían de baja; sería afortunado, si ganaba, de que no lo acusaran de asesinato. Por otro lado, estaba el recuerdo de la marquesa, de su piel entre las sábanas, su cabello sobre la almohada, sus risas en la habitación en penumbra. Tenía en la mente que el comandante español había intentado golpearle. A eso se sumaba su aburrimiento, su incapacidad para rechazar un reto, y, por encima de todo, la sensación de un asunto inacabado, de un remordimiento que exigía su precio, de un remordimiento que le ordenaba pagar ese precio. Les gritó a los hombres que se callaran y miró entre la muchedumbre de soldados en busca del hombre que quería.

—¡Harps!

Patrick Harper se abrió paso entre los hombres y levantó la vista hacia Sharpe.

—¿Señor?

Sharpe cogió la espada. Era una espada que el sargento Harper había vuelto a labrar para él mientras Sharpe yacía en el hospital de Salamanca. Era una hoja barata, una de las muchas fabricadas en Birmingham para la caballería pesada británica, casi una yarda de acero pesado, torpe y desequilibrado, salvo entre las manos de un hombre fuerte.

Sharpe le lanzó la espada al irlandés.

—Afílemela, Harps. Bien afilada.

Los hombres vitorearon, pero Harper sostenía la espada sin alegría alguna. Levantó la mirada hacia Sharpe y percibió la locura en el rostro moreno y marcado con la cicatriz.

Sharpe recordaba un rostro de belleza delicada, el rostro de una mujer que los españoles ahora llamaban la Puta Dorada. Sharpe sabía que no podría poseerla nunca, pero podía luchar por ella. Podía abandonarlo todo por ella, ¿qué otra cosa podía hacer un guerrero por una mujer hermosa? Sonrió. Lucharía por una mujer que era conocida como una traidora, y porque, de un modo oscuro que no entendía del todo, creía que ese desafío, ese duelo, ese riesgo era como una expiación de la culpa que le atormentaba. Lucharía.

Capítulo 4

—Es usted lento, Sharpe, muy lento.

El capitán Peter D'Alembord, que había ocupado la plaza de Sharpe como capitán de la compañía ligera, había pasado su fina espada por la guardia de Sharpe y ahora la punta oscilaba una pulgada por debajo del silbato plateado enfundado en el cinturón cruzado del comandante. D'Alembord, un hombre delgado y de una gran elegancia, se había ofrecido voluntario, con cierta timidez, para controlar la excitación de Sharpe. También había investigado al enemigo y sus noticias eran desalentadoras.

—Parece que el marqués es bastante bueno.

—¿Bueno?

—Le dio lecciones Bouillet en París. Dicen que era capaz de vencerlo. Así y todo, no hay de qué preocuparse. El viejo Bouillet debía de haber envejecido, tal vez era lento.

D'Alembord sonrió, dio un paso atrás y elevó la espada.

—*En garde?*

Sharpe se echó a reír.

—Voy a cortar a ese cabrón en trocitos.

—Esperemos que la primavera sea eterna, mi querido Sharpe. Levante su espada, voy a pasarla a la izquierda. Avisándole habría de ser capaz de detenerme. *Engage.*

Las hojas vibraron, chirriaron, se retiraron, sonaron y de repente, con una velocidad cegadora, D'Alembord había pasado la guardia de Sharpe a la izquierda y su espada estaba otra vez preparada para partirle el tronco a Sharpe. El capitán D'Alembord frunció el ceño.

—Si me oscureciera el pelo con hollín, Sharpe, y me pintara una cicatriz en la cara, tal vez pudiera pasar por usted. Es la mejor esperanza de supervivencia.

—Tonterías. Voy a convertir a ese cabrón en carne picada.

—Parece haber olvidado que él ha empuñado antes la espada.

—Es viejo, está gordo y lo voy a destrozar.

—Todavía no tiene los cincuenta —dijo suavemente D'Alembord—, y no se equivoque con esa cintura. El espadachín más rápido que he visto era más gordo que un tonel. ¿Por qué no eligió las pistolas? ¿O cañones de doce libras?

Sharpe se echó a reír y levantó su espada grande y recta.

—Ésta es una hoja con suerte.

—Sinceramente, así lo deseo por su bien. Por otro lado, la astucia es normalmente más útil que la suerte en un duelo.

—¿Se ha batido en duelo?

D'Alembord asintió con la cabeza.

—Casi por eso estoy aquí, Sharpe. La vida tenía una pequeña dificultad.

Lo dijo como quitándole importancia, aunque Sharpe adivinaba la ruina que el duelo había significado para D'Alembord. Sharpe había sentido curiosidad por saber por qué aquel hombre alto, elegante y presumido se había alistado en un regimiento de línea como el South Essex. D'Alembord, con sus vueltas de encaje immaculadas, sus cubiertos de plata y vasos de vino de cristal que eran transportados con cuidado por sus criados de campamento en campamento, se hubiera sentido más en casa en un regimiento de la Guardia real o con un elegante uniforme de caballería. Sin embargo, estaba en el South Essex, buscando oscuridad en un regimiento poco elegante mientras el escándalo corría por Gran Bretaña y era un ejemplo para Sharpe de cómo un duelo podía echar a perder una carrera. Sharpe sonrió.

—Supongo que debió de matar a su hombre.

—No tenía intención. Quería herirlo ligeramente, pero se metió en la hoja. Muy desagradable. —Soltó un suspiro—. Si usted se dignara sostener esta cosa más como una espada y menos como un instrumento para partir, se podría conservar una pizca de esperanza. Parte del objetivo del ejercicio es defender el propio cuerpo. Vigile, es posible que se desmaje de horror cuando lo vea. Es ciertamente medieval. A duras penas es un instrumento de esgrima.

Sharpe sonrió.

—Yo no hago esgrima, D'Alembord. Yo lucho.

—Estoy seguro de que es muy desagradable para su oponente. Insisto en ir como su segundo.

—Sin segundos.

D'Alembord se encogió de hombros.

—Ningún caballero lucha sin segundo. Iré. Además, tal vez pueda persuadirle de no seguir adelante con esto.

Sharpe envainaba la espada que Harper había afilado bien.

—¿No seguir adelante con esto?

D'Alembord abrió de un empujón la puerta del establo donde, para diversión de los criados de los oficiales y mozos de cuadra, habían estado practicando.

—Le van a enviar a casa deshonorado, Sharpe. El general se desayunará mañana sus tripas.

—Wellington no sabrá nada de esto.

D'Alembord miró compasivamente a su oficial superior.

—La mitad del maldito ejército lo sabe, mi querido Sharpe. ¡No puedo entender por qué lo aceptó! ¿Es porque aquel hombre le golpeó?

Sharpe no respondió. La verdad era que su orgullo se había visto ofendido, pero había más que eso. Era su obstinada superstición de que la Suerte, la diosa de los soldados, exigía que él aceptara. Además, lo hacía por la marquesa. D'Alembord suspiró.

—¿Una mujer, supongo?

—Sí.

El capitán de la compañía ligera se alisó una arruga de la manga.

—Cuando yo me batí en duelo, Sharpe, luego descubrí que la mujer era la que lo había provocado. Se supo que ella estaba observando.

—¿Qué sucedió?

Sus hombros elegantes se encogieron.

—Después de que lo atravesara ella regresó con su marido. Resultó todo bastante absurdo e innecesario. ¿Realmente se empeña en este duelo, Sharpe?

—Sí.

Sharpe no iba a dar explicaciones, ni siquiera estaba seguro de que pudiera explicar el enredo de culpabilidad, lujuria, orgullo y superstición que lo conducían a la locura. En lugar de eso se sentó y le pidió al criado a gritos que trajera té. El criado era un español que hacía un té asqueroso.

—Yo le echaré ron. ¿Se ha parado a pensar —y D'Alembord se inclinó frunciendo el ceño y mostrando cierta turbación en el rostro— que algunas personas se alistan en este regimiento solamente porque usted está en él?

Sharpe frunció el ceño al oír estas palabras.

—Tonterías.

—Si usted se empeña, mi querido Sharpe, pero es cierto. Hay al menos dos o tres jóvenes matamoros que creen que usted va a conducirlos a la gloria, tal es su reputación. Les resultará muy triste si descubren que sus senderos de gloria no conducen más que a la alcoba de una mujer.

Pronunció las últimas palabras con una inflexión irónica que le insinuaba a Sharpe que era una cita que debía conocer. Sin embargo, Sharpe no aprendió a leer hasta bien entrado en los veinte; había leído pocos libros y ninguno de ellos era de poesía.

—¿Shakespeare? —intentó adivinar.

—Thomas Gray, querido Sharpe. «Los senderos de gloria no conducen más que a la tumba». Espero que no sea así para usted —sonrió.

Lo que su sonrisa no le decía a Sharpe era que el capitán D'Alembord, que era un hombre sensato y eficiente, ya había intentado asegurarse de que aquella locura no condujera a Sharpe ni a la tumba ni al deshonor. D'Alembord había enviado al teniente Harry Price con uno de sus caballos más rápidos en busca del coronel Leroy, para que regresara al batallón y ordenara a Sharpe que no se batiera con el español. Si el comandante Richard Sharpe era tan idiota como para desear su propia destrucción batiéndose en un duelo contra las órdenes expresas de Wellington, el capitán D'Alembord lo impediría. Rogó por que Harry Price llegara a la brigada a tiempo; luego cogió el vaso de ron que le tendía el criado y lo levantó hacia Sharpe.

—Por su cuchilla, Sharpe. Que corte con grandeza.

—¡Que mate al cabrón! —exclamó Sharpe y luego tomó un sorbo de té—. Y espero que haga daño.

Se fueron a caballo al cementerio para alejarse de las curiosas tropas del South Essex que querían seguir a su comandante y ver cómo ensartaba al aristócrata español. D'Alembord, un jinete nato, condujo a Sharpe dando un rodeo. Sharpe, montado una vez más en uno de los caballos de repuesto de D'Alembord, se preguntaba si tenía que hacer caso del consejo del joven y regresar.

Se estaba comportando de forma estúpida y lo sabía. Tenía treinta y seis años, al fin era comandante, y lo estaba echando todo a perder por mera superstición. Se había alistado en el ejército hacía veinte años, entre un grupo de reclutas hambrientos, para eludir una acusación de asesinato. A partir de ese inicio poco propicio había formado parte del pequeñísimo grupo de hombres que ascienden de sargento a oficial. Había hecho más. La mayoría de hombres que ascienden desde la tropa acaban sus días como tenientes, supervisando los almacenes del batallón o encargados de la instrucción de los cuadros. La mayoría de estos hombres, afirmaba Wellington, acababan borrachos. Sin embargo, Sharpe siguió ascendiendo. De alférez a teniente, de teniente a capitán, y de capitán a comandante, y los hombres lo veían como uno de los pocos, de los poquísimos, que podía ascender desde la tropa hasta conducir un batallón.

El era capaz de tener al mando un batallón y lo sabía. La guerra todavía no había terminado. Los franceses podrían estar retirándose de toda Europa, pero ningún ejército enemigo había traspasado la frontera francesa. Aunque la campaña de ese año fuera tan brillante como la del año pasado y obligara a los franceses a retroceder hasta los Pirineos, el combate sería duro, ya que, a diferencia del último año, los británicos se verían obligados a abrirse paso entre las montañas altas y frías. En esas luchas morirían tenientes coroneles y dejarían sus batallones a nuevos mandos.

Sin embargo, él lo arriesgaba todo. Hizo girar a su caballo por entre fresnos de brillante follaje que había en la cima de una colina que daba a su destino y pensó en la marquesa, en sus ojos mirándolo; se dio cuenta de que lo arriesgaba todo por una mujer que jugaba con los hombres y por otra que estaba muerta. Nada de eso tenía sentido: tan sólo lo guiaba una superstición de soldado que le decía que no hacerlo era exponerse al olvido.

D'Alembord refrenó a su caballo en el borde de la colina.

—¡Santo Dios! —Extrajo un cigarro, encendió una cerilla con su pedernal y dirigió la mirada hacia el valle—. ¡Parece un día de carreras!

El cementerio español era un recinto amurallado construido a las afueras de la ciudad. Los muros gruesos y enormes, divididos en nichos para los muertos, estaban

abarrotados de hombres. Se veían los colores de los uniformes de España y Gran Bretaña; los españoles, hacia el oeste y norte; los británicos, hacia el sur y el este, sentados y de pie junto al muro como si estuvieran esperando una corrida de toros. D'Alembord se revolvió en su silla.

—¡Yo suponía que esto era privado!

—También yo.

—¡No puede seguir con esto, Sharpe!

—He de hacerlo.

Se preguntaba si otro hombre, un viejo amigo como el comandante Hogan o el capitán Frederickson, podía haberlo convencido de detener esa tontería. Tal vez porque D'Alembord era un recién llegado al batallón y era un hombre de una elegancia natural que Sharpe envidiaba, éste estaba intentando impresionarlo.

D'Alembord sacudió la cabeza.

—Está usted loco, señor.

—Tal vez.

El capitán dejó ir el humo hacia el cielo del atardecer y señaló con su cigarro hacia el sol que estaba bajo en el oeste. Se encogió de hombros, como si aceptara lo inevitable de la lucha.

—Usted se encarará al norte y al sur, pero él intentará maniobrar para que el sol le dé en los ojos.

—Ya lo había pensado.

D'Alembord no hizo caso de la aceptación desagradable del consejo.

—Supongamos que empezamos con usted en el sur.

—¿Por qué?

—Porque es ahí donde están las tropas británicas y ahí es donde usted irá a quitarse la casaca.

Sharpe no había pensado en lo formal que sería eso, que él se quitaría la querida casaca de fusilero y lucharía con su camisa mugrienta.

—¿Y qué?

—Pues que él le atacará por la izquierda, intentando que usted vaya hacia la derecha. Hará una finta a la derecha y una estocada a la izquierda. Esperará que usted haga lo contrario. Si yo fuera usted, haría de su finta su ataque.

Sharpe sonrió burlón. Siempre había tenido la intención de recibir clases de esgrima, pero nunca encontró tiempo para ello. En una batalla un hombre no practicaba esgrima, sino que luchaba. El espadachín más delicado se encontraba arrollado en un campo de batalla por el miedo a las bayonetas y el acero salvaje; sin embargo ese atardecer no habría locura bajo el humo de la batalla, tan sólo habilidad fría y muerte.

—La última vez que luché con un buen espadachín gané.

—¿Sí? —preguntó D'Alembord mostrando una sorpresa jocosa.

—Conseguí que atravesara mi muslo con su hoja. Eso la dejó atrapada y lo maté.

D'Alembord se quedó mirando fijamente al comandante, cuya fama había alcanzado Gran Bretaña, y comprendió que no mentía. Se encogió de hombros.

—Está usted loco.

—Eso ayuda cuando se lucha. ¿Descendemos?

D'Alembord escrutaba el cementerio y el camino en busca de una señal de que el teniente Price traía al coronel Leroy al duelo, pero no veía jinetes. Se encogió por dentro.

—A nuestro destino, a nuestro destino.

—No tiene por qué venir, D'Alembord.

—Cierto, señor. Diré que fui un pobre inocente al que usted engañó.

Espoleó su caballo y descendió los pastos de la ladera de la colina.

Sharpe le siguió. Era una tarde hermosa, una promesa del verano en las flores bajo los cascos de su caballo y en el aire cálido y fragante. Había algunas nubes aborregadas en el oeste, cada nube diminuta con un tinte rosado como si fueran las bocanadas del humo de un cañón que se alejan de un campo de batalla.

Los hombres que estaban sentados en el muro del cementerio vieron a los dos jinetes que se acercaban, reconocieron la casaca verde y se elevó un grito como si Sharpe fuera un boxeador profesional llegado para disputar un centenar de *rounds* con los puños desnudos. A su derecha, acercándose desde la ciudad, vio un coche oscuro con cortinillas en las ventanas y en la portezuela, aunque estaba demasiado lejos para distinguir los detalles, había un escudo de armas.

El lo conocía. Había sido cuarteado una y otra vez con los años, pues la familia de Casares el Grande y Melida Sadaba había reunido más riquezas y privilegios y ahora, a principios del siglo XIX, el blasón era un mosaico de la historia de la nobleza española. Y dentro de esa familia, casándose con el viudo sin hijos cercano al trono español, había entrado la mujer de cabellos dorados que era una traidora. La Marquesa. A ella le complacería, pensó Sharpe, saber que dos hombres se iban a enfrentar con las espadas desenvainadas a causa de su relato.

Los vítores eran respondidos por abucheos por parte de los españoles cuando él se agachaba bajo el arco de la entrada del cementerio. Las sombras de las tumbas labradas eran largas. Las llores se marchitaban en las macetas. Una vieja dama, cubierta con un pañuelo negro, no hacía caso del ruido indecoroso que mancillaba el lugar de descanso de su familia.

D'Alembord llevó a Sharpe al lado sur del camposanto y allí desmontaron. Las tropas británicas, mezcladas con algunos de los duros soldados de la legión alemana del rey, le gritaron a Sharpe que matara al español, que le diera al cabrón una lección. Entonces Sharpe oyó que el extremo opuesto del cementerio estallaba en vítores, se

dio la vuelta y vio a su oponente que entraba en el camposanto. El marqués llevaba la espada larga colocada a la manera española por debajo del brazo. El sacerdote iba junto a él, mientras que el comandante Mendora caminaba detrás. La vieja se arrodilló ante el sacerdote, quien le hizo la señal de la cruz y luego le tocó la cabeza cubierta con el pañuelo.

D'Alembord sonrió a Sharpe.

—Voy a mantener una conversación de cortesía. Intentaré persuadirlos de que se retiren.

—No van a hacerlo.

—Por supuesto que no. Los tontos no lo hacen nunca.

D'Alembord se encogió de hombros y caminó hacia el grupo de españoles. El comandante Mendora, el segundo del marqués, fue a su encuentro.

Sharpe intentaba no hacer caso de los vítores, los insultos y los gritos. Ahora ya no podía echarse atrás. En menos tiempo del que tardaría el sol en ocultarse, él habría cambiado su vida. Había aceptado el reto y nada volvería a ser igual después. Tan sólo alejándose en ese momento, negándose a batirse en duelo, podría salvar su carrera. Sin embargo, hacer eso era perder su orgullo y negar el destino.

Desenvainó la gran espada y este gesto hizo que sus seguidores elevaran otro vítor enorme. Vio que algunos del South Essex se las habían arreglado para llegar al lugar y empujaban para hacerse sitio en el extremo superior del amplio muro. Lo jalearon cuando levantó la espada y el sol recorrió el acero. Con esa hoja, pensó, había matado al hermano de la marquesa. ¿Iba ahora a matar a su marido?

Levantó la vista. El marqués se había quitado la casaca con incrustaciones de oro. Dobló la espada y el acero vibró como un látigo. Era un hombre grande, musculoso, lo bastante fuerte para aguantar su enorme peso con ligereza. Sharpe todavía no le había visto la cara al aristócrata. A menudo se había preguntado con quién se había casado Hélène. Recordaba que ella le habló a menudo de la piedad de su marido. Eso explicaba, pensó Sharpe, la presencia del sacerdote alto que se inclinaba para hablar con urgencia hacia el marqués.

D'Alembord se volvió y se dirigió por el camino lleno de malas hierbas hacia Sharpe.

—Usted se encarará al norte. El combate acaba con la muerte o si, a juicio de los segundos, un hombre se encuentra tan malherido que no puede continuar. ¿Satisfecho?

Sharpe asintió con la cabeza. Era un atardecer cálido. Sentía que el sudor le chorreaba bajo la camisa. Le entregó su espada a D'Alembord, se desató el cinturón, luego se quitó la casaca. De repente se dio cuenta de que la camisa de lino fino que llevaba era un regalo de la marquesa. Volvió a coger la espada y la levantó en dirección al sol como si algún antiguo dios la fuera a bendecir para darle suerte.

—¿Ahora?

—Parece un momento tan bueno como cualquier otro.

Sharpe avanzó. Sus botas altas francesas crujían sobre las piedras del camino. Se batirían allí donde los caminos se cruzaban en el centro del cementerio, allí donde el marqués intentaría que Sharpe se volviera hacia el sol deslumbrante para atravesarlo con su hoja fina y brillante.

Se detuvo frente a su enemigo. Miró fijamente sus ojos vacíos e inexpresivos e intentó imaginarse a Hélène casándose con ese hombre. Había debilidad en aquella cara gorda y orgullosa. Sharpe intentó captarla, intentó analizar a ese hombre cuya destreza había de derrotar. Pensó que tal vez el marqués era un hombre nacido para una grandeza de la que nunca se había considerado a sí mismo digno. Tal vez era por eso que rezaba tanto y era tan orgulloso.

El marqués miraba a Sharpe viendo en él al hombre que creía que había insultado a su mujer y que intentó forzarla. El marqués no sólo luchaba por Hélène, ni por su orgullo, sino por el orgullo de toda España que se había visto humillada al tener que hacer generalísimo a un inglés. El marqués recordaba lo que el inquisidor, el padre Hacha, le había dicho de ese hombre. Rápido pero inexperto. Sharpe sabía que el marqués intentaría matarlo como si fuera un buey. Movía nerviosamente la espada en su mano. Resultaba extraño que un inquisidor tuviera que llevar la carta de Hélène. Se quitó ese pensamiento de la cabeza.

—¿Está usted preparado, señor? —preguntó Mendora.

El rostro del marqués hizo un leve movimiento. Estaba preparado.

—¿Comandante Sharpe?

—Sí.

El comandante Mendora curvó su espada otra vez y el acero silbó en el aire. El inquisidor estaba con un doctor junto al carruaje del marqués. D'Alembord miró esperanzado hacia la entrada del cementerio, pero allí no había nadie. Sintió la inutilidad de aquella estupidez y entonces Mendora los llamó para que se adelantaran.

—¿Sus espadas, caballeros?

Las botas de Sharpe resonaron sobre la arena gruesa. Si de verdad tenía problemas, pensó, entonces podría hacer ver que se caía, coger un puñado de piedras y lanzarlas para cegar al hombre enorme que avanzaba con cautela. ¿Qué había dicho D'Alembord? ¿Que fintaría hacia la derecha e iría a la izquierda? ¿O era al revés?

Levantó su espada grande y recta, que parecía torpe frente a la hoja bruñida y delgada que avanzaba junto a ella. Las espadas se tocaron.

Sharpe quería saber si detectaba un temblor en el puño del otro hombre, pero no, las hojas permanecieron quietas mientras Mendora desenvainaba su propia espada para sostenerla por debajo de las hojas levantadas; luego elevó su arma para separar las dos espadas. El duelo había comenzado.

Ninguno de los hombres se movió.

Se miraban uno a otro, esperando. Sharpe tenía ganas de gritar, como gritaba en un campo de batalla para asustar a sus oponentes, pero se sintió amilanado por la formalidad del escenario. Estaba batiéndose en duelo contra un aristócrata y sentía que se tenía que comportar como se esperaba que lo hiciera. Esto no era como una batalla; esto era demasiado frío y ritualista. Costaba creer que en una tarde cálida como aquélla un hombre tuviera que caer y desangrar su vida sobre la grava.

La espada del marqués descendió lentamente, la alargó, tocó la hoja de Sharpe, luego vaciló con un movimiento rápido y vibrante y Sharpe retrocedió dos pasos.

El marqués seguía observándolo. Lo único que había hecho era probar la velocidad de Sharpe. Lo próximo que probaría sería su habilidad.

Sharpe intentaba desperezarse del extraño letargo. Parecía imposible que aquello fuera real, que la muerte esperara allí. Vio que el marqués volvía a avanzar; su paso no era un indicio de la rapidez que Sharpe ya había visto y éste también se adelantó, alargó su espada y el marqués retrocedió.

Las tropas vitorearon. Querían sangre, querían un remolino furioso con el campeón situado sobre el cuerpo destrozado del otro hombre. El marqués intentó forzarlo. Se adelantó con una rapidez sorprendente, con su hoja temblorosa pasó la guardia de Sharpe haciendo una finta por debajo de la pesada espada de caballería y atacando a la derecha del comandante.

Sharpe se opuso con desesperación, a sabiendas de que la rapidez lo había derrotado; pero con una suerte que no merecía, sintió que la punta de la hoja del marqués se alojaba en el agujero con borlas de la empuñadura de su espada. Pareció que se quedaba pegada allí y Sharpe tiró de su arma acercándosela al marqués, con la esperanza de romper la delgada hoja del hombre, pero el noble dio la vuelta, retiró su espada y los vítores de los espectadores se oyeron más fuertes. Habían tomado las contras desesperadas por un ataque violento. A Sharpe le daba el sol en los ojos. Con facilidad y soltura, el marqués le había hecho girar.

El aristócrata sonrió. Conocía la velocidad y la habilidad del inglés, y lo único que importaba en esos momentos era escoger cómo había de morir Sharpe.

Parecía que éste lo sabía, pues atacó de repente; arremetió contra el hombre grueso, haciendo uso de su propia velocidad, pero su hoja no daba en el blanco. Sonaba contra la hoja más delgada, restregaba, lanzaba rayos de sol a los ojos de los espectadores y, aunque el marqués retrocedía a paso rápido, repelía los ataques con facilidad. Tan sólo una vez, cuando Sharpe se acercaba más e intentaba meter su espada en los ojos del marqués, el español viró a un lado con desespero y perdió la compostura. La recuperó enseguida, parando con elegancia la siguiente estocada, girando la hoja de Sharpe y contraatacando desde su pie más atrasado.

El contraataque fue rápido como el de un halcón, una cuchillada de acero como

un latigazo cuando el marqués pasó bajo la guardia, la punta le elevó y Sharpe hizo a un lado la hoja de su enemigo, moviendo providencialmente su mano en la dirección correcta. Se arrepentía de haber escogido las espadas porque el marqués era un espadachín distinguido. Sharpe volvió a atacar, no le dio a nada y vio la sonrisa en la cara del marqués cuando el aristócrata paró el ataque con tranquilidad.

La sonrisa era un error.

Maldita aristocracia y malditas buenas maneras; aquel era un combate a muerte. Sharpe le gruñó al hombre, blasfemó y sintió que la ira le invadía, una ira que en la batalla siempre parecía manifestarse en una fría lentitud. Era como si el tiempo fuera más despacio, como si pudiera ver el doble de claro, y de repente se dio cuenta de que si quería ganar el combate tenía que atacar como siempre lo había hecho. El aprendió a luchar en los bajos fondos y era allí donde tenía que llevar a ese aristócrata grueso y sonriente que se creía que tenía a Sharpe derrotado.

El marqués se adelantó buscando con su hoja situar la espada de Sharpe de manera que él pudiera deslizar el acero bajo la guardia del inglés y acabar con él.

—Ella le llamaba cerdo, español. —Sharpe vio el parpadeo de sorpresa que mostraba el rostro del marqués, oyó el siseo desaprobatorio de Mendora—. Un cerdo gordo, sin aliento, hijo de cerda, cerebro de cerdo.

Sharpe se echó a reír. Tenía la espada bajada. Estaba invitando al ataque, lo incitaba.

El capitán D'Alembord frunció el ceño. No eran modales decentes, pero él presentía algo más. Sharpe era ahora el dueño de la situación. El marqués creía que tenía derrotado al fusilero, pero lo único que había conseguido era incitarle a la lucha. Esto ya no le parecía a D'Alembord un duelo; parecía una reyerta que acabaría en carnicería.

El marqués quería matar. No entendía por qué el inglés tenía la guardia bajada. Intentó no hacer caso de los insultos, pero le destrozaban la honra.

—¡Venga, cerdo! ¡Venga!

Sharpe se hizo a un lado para esquivar el sol y el marqués vio que el inglés perdía el equilibrio cuando su bota golpeó una gran piedra que había en el camino. Percibió la alarma en el rostro de Sharpe mientras sacudía el brazo en el que sostenía el arma para que se mantuviera recto. El marqués avanzó con fuerza el pie derecho, gritó triunfante y arremetió con la espada para atravesar a Sharpe.

Este se había dado cuenta de que su fingida pérdida de equilibrio había invitado la estocada directa, y desvió la espada de un golpe con un grito que se oyó en todo el cementerio. Levantó la rodilla izquierda, volvió a gritar cuando el marqués chilló y atacó con la pesada guardia de manera que el acero penetró de golpe en el esternón del español, lo lanzó hacia atrás, y el siguiente golpe segador de la espada le arrancó de cuajo al marqués la hoja de la mano. Sharpe, con la ira de la batalla bulléndole en

el interior, echó hacia atrás la pesada espada para asestar el golpe mortal. Se oyó un disparo.

El marqués sabía que la muerte estaba en el acero brillante y cegador de sol. Nunca se había enfrentado a una fuerza como aquella, una fuerza animal absoluta que le gruñía; sacudió la cabeza y se preguntó por qué la gran espada no avanzaba. Durante un segundo, al tiempo que sentía el temblor en sus piernas, tuvo la ligera esperanza de que el inglés le dejara recoger la espada que le había arrebatado de la mano cuando le golpeó el guardamano delicadamente labrado.

Entonces vio que el inglés bajaba la espada. Vio que retrocedía y de repente oyó el fragor de cascos. Los vítores que se oían desde el muro del cementerio se acallaron. El eco del disparo de pistola se tornó en silencio.

Cuatro jinetes se habían escondido bajo la puerta. Ahora cabalgaban hacia el lugar donde se cruzaban los caminos en el centro del cementerio. El coronel Thomas Leroy iba a la cabeza, con el sempiterno cigarro en la boca. En la mano llevaba una pistola humeante. Detrás de él cabalgaban dos policías militares y un oficial español.

—¡Comandante Sharpe! —gritó Leroy con voz seca.

—¿Señor?

—Ha escogido usted un lugar raro para hacer prácticas.

Leroy descendió del caballo y le lanzó las riendas a D'Alembord. Su rostro quemado y desfigurado hizo que el marqués frunciera el ceño con desagrado. Leroy hizo un gesto con la cabeza.

—Venga conmigo, Sharpe.

Sharpe dudó, pero Leroy volvió a dar la orden, con voz más dura, y Sharpe, con su espada en la mano, siguió a su coronel por el camino hacia el norte entre las tumbas intrincadas.

—Es usted un estúpido idiota, Sharpe.

—Sí, señor.

—¡Dios del cielo!

Parecía que el americano se hubiera quedado sin palabras. Se quitó el cigarro de los labios, escupió un trocito de hoja en la grava y se quedó mirando a su comandante.

—¡He conocido a chavales de ocho años más sensatos! ¿Qué demonios está usted haciendo?

—Resolviendo una cuestión de honor, señor.

—¡Honor! —El rostro marcado con la cicatriz se crispó de rabia—. No hable de honor, Sharpe. ¡Usted está aquí porque es tonto! —Miró hacia la izquierda—. ¿Capitán D'Alembord?

—¿Señor?

—Hágame el favor de traer sus caballos.

Sharpe frunció el ceño.

—¡Señor!

Leroy se volvió de golpe hacia él y el cigarro le dio a Sharpe en la cara.

—¡Silencio! ¡Está bajo mis órdenes! —Leroy vio que el fusilero estaba a punto de protestar y señaló con la cabeza a uno de los policías militares que tenía detrás—. Y si desobedece las órdenes, Sharpe, le haré arrestar. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Coja su casaca. Se va de aquí. —Leroy sacudió la cabeza con amarga frustración—. ¡No puedo dejar el batallón ni un solo día!

—¡Señor! —Era el comandante Mendora, que con cara de desprecio avanzaba como un felino hacia Leroy y Sharpe—. ¿Hay una tregua?

Leroy se volvió hacia el hombre uniformado de blanco y Sharpe vio que el español sentía repugnancia de la cicatriz. Leroy intentaba controlar su ira.

—¿Comandante?

—¿El comandante Sharpe no puede luchar? ¿Tiene miedo, tal vez?

Leroy empujó a Sharpe a un lado. Se quedó mirando fijamente a Mendora con su rostro destrozado.

—Escuche, usted, hijo de puta, cabrón emperifollado. ¡No ha habido duelo, no hay duelo, no ha habido nunca un duelo! ¡Esto ha sido una práctica de esgrima entre amigos! ¿Me entiende?

Mendora lo entendió. Ante el rostro airado del americano tan sólo asintió con la cabeza. No dijo nada cuando Leroy le ordenó a Sharpe con acritud que le siguiera.

Los soldados españoles jalearon cuando Sharpe se marchó. Le acusaban de cobardía, de falta de virilidad, de tener miedo a combatir. Era una herida en el amor propio de Sharpe, una vergüenza que tuvo que soportar hasta que Leroy lo alejó del lugar.

—Nunca más, Sharpe, ¿entendido? —le dijo Leroy frunciendo el ceño.

—Sí, señor.

—Recuerde que ahora me debe una carrera —dijo Leroy con pena—. Otra falta de mierda más y le hago embarcar en dirección a la maldita Inglaterra. ¿Me entiende?

—Sí, señor.

—Éste es ahora mi batallón, Sharpe. Va a ser bueno. Usted va a ayudarme a hacerlo bueno.

—Sí, señor.

—Y gracias a Dios el coronel Álvarez estaba en la brigada. Le hará entrar en razón a ese estúpido. No ha sucedido nada, ¿lo entiende?

—Sí, señor.

El americano no parecía impresionado por la contrición que mostraba Sharpe.

—¡Dios! Si el general se enterara de esto le haría picadillo. De verdad que se lo

merece. Es usted tonto.

—Sí, señor.

—Ahora vaya a emborracharse. El sargento Harper dice que su mujer le ha cocinado algo. No quiero ver su horrible rostro hasta mañana.

—No, señor.

Escarmentado, avergonzado, humillado por los gritos de sus enemigos, pero con su carrera a salvo, Sharpe vio cómo Leroy se alejaba. Los policías militares, que no eran necesarios, siguieron al coronel.

D'Alembord se quedó con Sharpe.

—Parece que nuestro coronel tiene la oportunidad de aparecer en el momento adecuado.

Sharpe, humillado por el comentario mordaz, asintió. D'Alembord sonrió.

—Tenía usted razón.

—¿Razón?

—Estaba a punto de cortar al cabrón a trocitos.

Sharpe sonrió con amargura.

—La próxima vez lo haré.

—Con el mayor de los respetos, señor, no sea un tonto de mierda. —Suspiró—. Ha sobrevivido usted a un duelo con su carrera intacta. Dése por satisfecho.

—Estoy deshonrado.

D'Alembord se burló de él con una risotada.

—¡Honor! —Se llevó a Sharpe fuera del camino, hacia los fresnos de la colina—. El honor, mi querido Sharpe, es tan sólo una palabra tras la cual escondemos nuestros pecados. He aprendido que siempre desaparece cuando se abre la puerta de la alcoba de una dama.

D'Alembord sonrió a su comandante, recordando el momento imponente en que había visto que Sharpe dejaba de intentar practicar esgrima y empezaba a luchar. Entonces había entendido, incluso mejor que en el puente donde esperaron sin municiones, por qué aquel hombre era un ejemplo de soldado.

—¿Cree usted que si llevo vino podré compartir su cena?

—Estoy seguro de que Harps estará encantado.

—Seguro: es buen vino. Podemos celebrar su carrera restablecida.

Sharpe lo siguió. La ira había desaparecido, se sentía idiota. Leroy tenía razón; su trabajo era hacer del South Essex lo mejor y la ocasión no había sido nunca tan propicia. El batallón tenía un buen coronel y los oficiales nuevos, como D'Alembord, prometían. De repente, sintió como si un juez de la horca le hubiera concedido un aplazamiento. Se había salvado de su estupidez y cabalgaba hacia una campaña, un verano y un futuro. La locura se había esfumado, el pesimismo se había desvanecido y él estaba vivo.

Capítulo 5

Aquella noche, tras gruesas cortinas y en una estancia revestida de madera oscura y alumbrada con velones que lanzaban su luz vacilante sobre un crucifijo de oro, el marqués de Casares el Grande y Melida Sadaba rezaba. Se preguntaba por qué el inquisidor le había entregado la carta de su mujer, sentía curiosidad porque una carta mereciera un mensajero tan eminente, pero ahora lo entendía. Los labios del marqués se movían, los dedos pasaban las cuentas; sus ojos miraban fijamente al crucifijo hasta que pareció que la pequeña imagen de oro se movía y flotaba ante él. Sacudió la cabeza para aclararse la vista.

—¿Qué le pasará al inglés?

—Wellington lo enviará a casa —contestó el inquisidor con voz profunda—. Wellington necesita la alianza con los españoles.

El marqués, arrodillado, gimió al ponerse de pie.

—Tenía que haberlo matado.

—Su honor está intacto. El que huyó fue él, no usted.

El marqués se volvió para mirar al padre Hacha. El inquisidor tenía todo lo que el marqués estimaba en un sacerdote; era un hombre alto y fuerte, de rostro adusto y feroz, un guerrero de Dios que sabía que la compasión era un lujo en la lucha contra el mal. El marqués, que anhelaba para sí la dureza que veía en el inquisidor, frunció el ceño.

—¡No entiendo qué lo movió a hacer eso! ¡Insultarla!

—Es inglés, proviene de los bajos fondos, es un pagano.

—Tenía que haberlo matado.

—Dios lo hará.

El marqués se sentó frente al inquisidor. Estaban en la habitación del marqués, cedida por el alcalde de esa pequeña ciudad para pasar la noche. La luz de las velas vacilaba sobre las colgaduras rojas de la cama, sobre la imagen del Señor crucificado y sobre la cara adusta y cortante del hombre de la Inquisición española. El marqués miró fijamente los ojos oscuros.

—¿Elena vendrá conmigo? —preguntó usando el nombre español de su mujer.

El inquisidor asintió.

—Ha de hacer penitencia, por supuesto.

—Por supuesto.

El marqués sintió un estremecimiento interior. Sobre la mesita junto a la cama estaba el retrato de ella, el retrato que había viajado con él hasta la Banda Oriental y en el que se apreciaba su piel pura, los ojos grandes y su cara delicada. Había espiado para los franceses y el marqués no lo ignoraba, pero el inquisidor le había asegurado que su espionaje era una simple debilidad de mujer.

—Ella os echaba de menos, mi señor; se vio tentada por la soledad y la tristeza. Ha de hacer penitencia pública.

—¿Y la hará?

—Está ansiosa por gozar de vuestro favor, mi señor.

El marqués asintió con la cabeza. Había mantenido una discusión franca, embarazosamente franca, con su siniestro inquisidor. Sí, el sacerdote le había dicho que corrían rumores respecto a la marquesa, pero ¿qué mujer no provocaba rumores? ¿Y había algo de verdad en los rumores? El sacerdote sacudió la cabeza en señal de negación. No había nada.

Tal vez como el padre Hacha admitió abiertamente que su mujer había espiado para su país natal, el marqués creía la mentira referente a su fidelidad. Quería creerla. Sabía, con culpabilidad y en secreto, que había sido un error casarse con ella, pero qué hombre no hubiera querido casarse con aquella muchacha encantadora y frágil. Sabía que se había casado por lujuria, por pecado y por ello se había confesado cientos y cientos de veces. Parecía que ahora sus oraciones eran escuchadas y ella quería su perdón y su amor. Le ofrecería ambos.

Se los ofrecería porque el sacerdote le había expuesto esa noche una imagen brillante del futuro de España, un futuro, le había dicho el inquisidor, en el que el marqués desempeñaría un papel eminente, una parte vital.

—Usted siempre estuvo cerca del viejo rey, señor.

—Cierto.

—Su hijo le necesita.

España, había oído el marqués, lo necesitaba. El inquisidor dijo que la guerra contra los franceses era un error. Ciertamente, la habían empezado los franceses, pero ahora veían que lo que más les interesaba era la paz. Querían llevarse a sus ejércitos formados en orden de batalla de España y un único obstáculo se interponía ante ellos: la alianza británica.

El inquisidor habló del tratado secreto. Lo había hecho porque quería ganarse la confianza de este hombre. El marqués escuchó. Al principio se había sentido ofendido por la callada maquinación que acabaría con la ruptura de la promesa hecha a los británicos, pero cuanto más escuchaba más sentía que la gloria y la emoción le invadían.

A España, dijo el inquisidor, Dios le había otorgado el Imperio. Era la recompensa por derrotar a los musulmanes en Europa. Ahora, a causa de la guerra contra Francia, el Imperio se escurría. Los españoles, dijo el sacerdote, tenían la deuda con su Dios de mantenerlo. Si firmaba la paz con Francia el ejército se iría al extranjero como guerreros de Dios. El tratado secreto que se estaba fraguando en Valencay le otorgaría a España la paz en casa y la gloria fuera. Esto atraía al marqués. No sentía ningún aprecio por el gobierno que mandaba en aquella parte de España

que no ocupaban los franceses. Era, desde su perspectiva, un gobierno liberal y peligroso que intentaría introducir un parlamento y limitar el poder real. En su opinión, España tenía que ser gobernada por el rey y de acuerdo con la Iglesia, no por una chusma chillona con ambiciones de advenedizo. Había más. Mientras escuchaba sentado al inquisidor, el marqués se enteró de lo que proponía ahora la Junta de Cádiz. Los liberales, que gobernaban el país en ausencia del rey Fernando VII, estaban intentando dismantelar el poder de la Iglesia en España.

—¡No puede ser cierto!

Como respuesta, el inquisidor sacó del bolsillo y le entregó al marqués una copia de una ley nueva, una ley que había declarado, en el espacio de los dos últimos meses, que la Inquisición española quedaba abolida. Todavía existía en la España ocupada por los franceses aquel cuerpo nacido de las pesadillas protestantes del siglo XVI; la Inquisición, que predicaba el amor de Dios con las hogueras del dolor y las espadas de la tortura. Ahora, privados de sus tormentos y aceros ardientes, eran un cuerpo de policía moral para el pueblo español, otorgando licencias de matrimonio a los que probaban que eran puros, de sangre cristiana, vigilando siempre a los sospechosos de ser moros o judíos. Eran los espías de Dios, la policía secreta del cielo, y su poder se veía amenazado. La Junta los había disuelto.

El rey Fernando VII, cuyo amor por las mujeres se equiparaba con su temor de Dios, no estaba de acuerdo con que se hubiera de abolir la Inquisición. Tal vez espieran para Dios, pero sus informes le llegaban al rey de España y ningún reino de la tierra tenía un cuerpo de informadores tan eficiente como el que tenía el rey español con sus leales inquisidores.

—Si restauramos a su majestad —había dicho el inquisidor—, entonces guardamos nuestra Iglesia. La paz con Francia, mi señor, es la única esperanza de España.

El marqués de Casares el Grande y Melida Sadaba estuvo totalmente de acuerdo con tales afirmaciones.

—¿Y qué es lo que quiere de mí?

El inquisidor dijo su mentira suavemente.

—Quiero que usted capte apoyos entre nuestros amigos, entre los oficiales del ejército, entre sus admiradores, señor. —Se encogió de hombros—. Cuando llegue el momento, señor, los campesinos no se regocijarán.

—Oodian a los franceses.

—Pero aman a su rey. Necesitan un liderazgo firme, ejemplar, proveniente de la Iglesia y de los nobles. De usted y de mí, señor.

El marqués asintió con la cabeza. De repente el futuro era dorado. Su mujer, con quien se había casado por lujuria, estaba deseosa de hacer penitencia. Regresaría con él escarmentada y humillada, amante y leal, para ser la esposa de un hombre que

ayudaría a su rey a conducir a España hacia un futuro venturoso y brillante. Y para ayudar al marqués, para guiarlo, consolarlo, apoyarlo, tendría a aquel seco y serio inquisidor con su mente sutil y su agudo ingenio. De repente, los acontecimientos del día, el duelo abortado y la escapada de la muerte, parecían triviales comparados con aquel futuro.

—Nos ha sido a todos útil hoy, mi señor —dijo el inquisidor sonriendo.

—¿Útil?

El padre Hacha se puso de pie.

—El inglés se echó atrás. Es usted un héroe para el ejército: ha derrotado usted al inglés ante sus ojos. Ahora, por donde usted vaya, mi señor, otros le seguirán.

El marqués se imaginó a sí mismo alejando al ejército de la alianza británica. Se imaginó recibiendo al rey Fernando VII a las puertas de España; vio la gloria. Incluyó la cabeza para recibir la bendición del inquisidor, a quien le habían ofrecido, y que había aceptado, la habitación contigua. El sacerdote tomó con firmeza entre sus manos la cabeza del marqués.

El inquisidor, que había contado mentiras durante toda la noche, lo bendijo. Decía en serio las palabras que pronunciaba. Deseaba que Dios bendijera a ese hombre que se había casado tan mal y que ahora era un peón de la lucha en defensa de la Inquisición. Bendijo al marqués en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y deseó que su señoría durmiera bien.

—Gracias, padre.

—Le deseo buenas noches, mi señor.

En su habitación, el inquisidor se arrodilló y rezó pidiendo perdón a Dios por las mentiras que había contado y todo el engaño. Dios lo entendería. Lo que el padre Hacha había hecho esa noche era con objeto de proteger la Iglesia de Dios. No cabía intención más noble. Se levantó, abrió su misal y se acomodó a la espera de la hora mágica en que su hermano, supuesto criado del inquisidor, desempeñaría su papel para restaurar la gloria del reino de Dios de España.

El capellán privado del marqués tenía la obligación de estar en pie cada mañana a las cuatro y media para despertar a su amo a las cinco. Luego, hasta las seis y media, los dos hombres rezaban juntos. Después de esto el marqués desayunaba, luego iba a su primera misa del día. El cielo con el que soñaba el capellán era un lugar donde nadie se movía de la cama hasta mediodía. Bostezó. Besó su escapulario y luego se lo colgó al cuello. Se preguntaba si el inquisidor iría con ellos esa mañana y deseó que no fuera así. El padre Tomás Hacha asustaba bastante al capellán privado del marqués; aquel hombre tenía demasiada fuerza. Además, la Inquisición resultaba espantosa de cualquier modo, su poder secreto y penetrante, sus juicios crueles. El capellán prefería una religión más suave.

Los criados que dormían fuera de la habitación de su amo se despertaron cuando las pisadas del capellán sonaron en las escaleras. Uno de ellos se sentó y se rascó la mejilla.

—Buenos días, padre.

—Buenos días, hijo.

El capellán abrió uno de los postigos del rellano y vio el amanecer gris que se extendía desde las colinas oscuras.

—¡Va a hacer buen día!

Unos perros ladraban en la ciudad. En algún lugar un gallo cantó. El capellán vio, oscuras entre las sombras de la calle, las formas de los cañones británicos. El ejército español y el británico se reunían allí para zambullirse en la España tomada por los franceses. Se alegró de no tener nada que ver con ello. Luchar contra los rebeldes en la Banda Oriental al norte del Río de la Plata ya había sido bastante, pero el pensamiento de esos cañones grandes chillándose unos a otros le resultaba aterrador. Se dirigió a la habitación del marqués y llamó suavemente a la puerta. Sonrió a los criados.

—¿Una noche tranquila?

—Muy tranquila, padre.

Volvió a llamar. Uno de los criados se desabrochó junto al orinal que había en una esquina del descansillo.

—Estuvo despierto hasta tarde, padre. Probablemente todavía esté dormido.

—¿Tarde?

—El padre Hacha estuvo con él. —El criado bostezaba mientras meaba—. Rece por mí, padre.

El capellán sonrió, luego empujó la puerta para abrirla. La habitación estaba a oscuras, toda la noche cerrada con las grandes colgaduras de terciopelo en las ventanas.

—¿Mi señor?

No hubo respuesta detrás de los cortinajes de la cama. El capellán cerró la puerta en silencio tras él y luego fue a tientas por entre los muebles extraños y pesados hasta que llegó a la ventana. Pensó en lo ricos que eran estos comerciantes de provincia que podían comprar tal mobiliario, luego tiró de la cortina y la habitación se inundó de una luz grisácea.

—¿Mi señor? Soy yo, el padre Pello.

Ningún sonido. El uniforme del marqués estaba colgado con cuidado de la puerta de un armario; sus botas, con la horma dentro, colocadas debajo. El capellán retiró los cortinajes de la cama.

—¿Mi señor?

Lo primero que pensó fue que el marqués estaba durmiendo sobre una almohada

de terciopelo rojo. Su segundo pensamiento fue de alivio. No habría oraciones esa mañana. Podía irse a la cocina y tomar un desayuno sin prisa. Entonces vomitó.

El marqués estaba muerto. Le habían cortado el cuello de manera que la sangre había empapado la funda de almohada y las sábanas de hilo. Tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos perdidos mirando al cabecero. Una mano colgaba por el borde de la cama. El capellán intentó gritar pero no le salió ningún sonido. Intentó moverse, pero parecía que sus pies estuvieran pegados al suelo alfombrado. El vómito le manchó el escapulario y salpicó la mano rechoncha del muerto. Parecía que el marqués tuviera dos bocas, una ancha y roja, la otra pálida y discreta.

El capellán volvió a chillar y esta vez su voz, gruesa por el vómito que tenía en la garganta, le salió como un grito extraño.

—¡Guardias!

Entraron los criados, pero en vano. El cuerpo estaba frío, la sangre sobre la ropa de cama se había secado. El comandante Mendora, el asistente del general, entró con la espada desenvainada, seguido por el inquisidor vestido con su camisa de dormir. Incluso el rostro duro del inquisidor palideció ante la carnicería que había en la cama. Al marqués de Casares el Grande y Melida Sadaba lo habían matado mientras dormía, abriéndole la garganta, y habían enviado su alma al juicio del cielo, donde, el inquisidor rezaba en alto con su voz profunda y terrible, el alma de su asesino le seguiría pronto para un castigo horrible y merecido.

Fueron a buscar al comandante Richard Sharpe a las ocho esa misma mañana. El batallón estaba formado, las compañías ya estaban dirigiéndose a sus tareas.

Richard Sharpe, como sucedía con frecuencia a primera hora de la mañana, estaba de mal humor. Tenía la boca ácida del mucho vino de la noche anterior. Esperaba con ansia un segundo desayuno y se sentía tan sólo culpable a medias de que su nuevo rango le permitiera tales lujos. Le había hurtado algunos huevos a Isabel, había una lonja de beicon que pertenecía a la comida de los oficiales y Sharpe ya casi podía saborear la comida.

Por primera vez, esa mañana no tendría que hacer el trabajo de tres hombres. El coronel Leroy se llevaba a la mitad de las compañías para una marcha larga; a los otros los habían destacado para ayudar a acarrear los grandes pontones de los puentes por la ruta principal, preparados para marchar sobre el territorio francés. Pensó amargamente que podría ponerse al día con el papeleo. Recordó que tenía que intentar venderle una de las mulas nuevas al cantinero, aunque ya se vería si aquel hombre rico y astuto quería comprar uno de aquellos animales medio jadeantes que venían con la brigada. Tal vez el cantinero la compraría por su peso. Sharpe se volvió para llamar al secretario del batallón, pero no llegó a dar el grito. Se encontró con la policía militar.

A la cabeza de la policía iba, aunque pareciera extraño, el comandante Michael Hogan. Él no era un policía. Era el jefe de los servicios de información de Wellington y un buen amigo de Sharpe. Era un irlandés de mediana edad cuyo rostro respiraba normalmente buen humor y astucia, pero esa mañana estaba muy serio. Refrenó su caballo junto a Sharpe. Hogan llevaba un caballo de más. Su voz resultó forzada, triste, poco natural.

—He de pedirle su espada, Richard.

La sonrisa con que Sharpe había recibido a su amigo se tornó en preocupación.

—¿Mi espada?

Hogan suspiró. Se había presentado voluntario para esto, no porque quisiera hacerlo, sino porque era su deber de amigo. Era un deber, lo sabía, que iba a resultar más penoso a medida que avanzara el día.

—Su espada, comandante Sharpe. Está bajo arresto.

Sharpe tenía ganas de echarse a reír. Las palabras no le causaban impresión.

—¿Estoy qué?

—Está bajo arresto, Richard. Más que nada por su propia seguridad.

—¿Mi seguridad?

—Todo el ejército español le quiere muerto —dijo Hogan alargando la mano—. Su espada, comandante, si me hace el favor.

Detrás de Hogan los policías militares se removían sobre los caballos.

—¿De qué se me acusa? —preguntó Sharpe con una voz repentinamente fría, a pesar de que ya se estaba desabrochando el cinturón de la espada.

—Se le acusa de asesinato —respondió Hogan con la misma frialdad.

Sharpe dejó de desabrocharse el cinturón. Se quedó mirando fijamente al comandante.

—¿Asesinato? —Lentamente, como en un sueño, Sharpe se quitó la espada de la cintura—. ¿Asesinato? ¿De quién?

Hogan se inclinó y cogió la espada de Sharpe. Enrolló las correas y el cinturón en la vaina metálica.

—El marqués de Casares el Grande y Melida Sadaba. —Observó el rostro de Sharpe, leyendo en él la inocencia de su amigo, pero sabiendo lo inútiles que eran las cosas—. Hay testigos.

—¡Mienten!

—Monte, Richard. —Le señaló el caballo de más. Los policías militares, hombres de rostro blanco vestidos con casacas rojas y sombreros negros, miraban con hostilidad al fusilero. Llevaban carabinas cortas en las pistoleras de la silla. Hogan hizo girar a su caballo—. Los españoles dicen que ha sido usted. Vienen por usted. Si no lo pongo bajo llave lo arrastrarán hasta el árbol más cercano. ¿Dónde están sus cosas?

—En mi alojamiento.

—¿En qué casa?

Sharpe se lo dijo y Hogan destinó a dos de los policías a que fueran a buscar las pertenencias del fusilero.

—¡Alcáncennos!

Hogan se lo llevó rodeado de policías y Sharpe fue cabalgando hacia un problema mayor de lo que hubiera soñado. Le acusaban de asesinato y lo conducían, bajo la luz del sol brillante de un nuevo día, hacia una celda, un juicio y lo que pudiera venir luego.

Capítulo 6

Cabalgaron durante una hora, siguiendo los valles camino del cuartel general del ejército. El comandante Hogan, con vergüenza e incomodidad, dejaba a la policía entre él y Sharpe.

En la ciudad, donde penetraron por callejuelas, Sharpe fue conducido a la casa donde estaba acuartelado el mismísimo Wellington. Desmontó, lo condujeron al patio del establo y lo encerraron en una estancia pequeña y sin ventanas. El suelo enlosado y el muro estaban manchados de sangre. Sobre las manchas de sangre, en la pared encalada, había unos clavos largos y oxidados. Sharpe supuso que allí se habían colgado liebres o conejos cazados, pero la suma de los clavos oxidados y la sangre hacía que tuviera un aspecto más siniestro. La única luz que había penetraba por encima y por debajo de la puerta, que encajaba mal. Había una mesa, dos sillas y un olor insidioso a orines de caballo.

Cerraron la puerta con llave. Al otro lado Sharpe oía las botas de sus guardias en el patio del establo. También oía los ruidos caseros del sonido de cubos, del agua que corre por la piedra y de los caballos que se mueven en sus compartimientos. Se sentó, puso los pies sobre la mesa y esperó.

Hogan había cabalgado rápido. Cuando llegaron a la casa se despidió brevemente, sin palabras de esperanza, y dejó a Sharpe solo. Asesinato. Sharpe conocía muy bien la pena por eso, pero parecía irreal. ¿El marqués muerto? No entendía nada. Si lo hubieran arrestado por batirse en duelo, lo hubiera entendido. Podría haber soportado una de las frías azotainas verbales de Wellington, pero este apuro no tenía sentido. Esperaba.

La luz del sol que penetraba por debajo del dintel se iba moviendo por el suelo a medida que la mañana avanzaba. Olía el tabaco quemado de la pipa de su centinela. Oyó a hombres que reían en los establos. La campana de la iglesia del pueblo dio las once y entonces se oyó el chirrido del cerrojo de la puerta; Sharpe quitó los tacones de la mesa y se puso en pie. Un teniente vestido con una casaca azul de un regimiento de caballería entró en la estancia. Parpadeó cuando sus ojos pasaron del brillo de la luz del sol a la sombra de la celda improvisada, y luego sonrió nervioso mientras ponía un montón de papeles encima de la mesa.

—¿Comandante Sharpe?

—Sí.

Aquel joven le resultaba conocido.

—Soy Trumper-Jones, señor, el teniente Trumper-Jones.

El muchacho esperaba que Sharpe lo reconociera. Sharpe recordó que había habido un coronel de caballería que se llamaba Trumper-Jones que perdió un brazo y un ojo en Rolica.

—¿Conocí a su padre?

—No lo sé, señor. —Trumper-Jones se quitó el sombrero y sonrió—. Nos conocimos la semana pasada.

—¿La semana pasada?

—En la batalla, señor.

—¿Batalla? Oh. —Sharpe lo recordó—. ¿Es usted el ayudante de campo del general Preston?

—Sí, señor. —Trumper-Jones puso algunos papeles encima de la mesa—. Y su oficial defensor.

—¿Mi qué? —gruñó Sharpe haciendo que Trumper-Jones reculara hacia la puerta que el guardia había cerrado.

—Soy su defensor, señor.

Sharpe se sentó. Se quedó mirando al joven asustado que parecía recién salido del colegio. Señaló la silla vacía.

—Siéntese, Trumper-Jones, por el amor de Dios. ¿Defenderme de qué? —Ya lo sabía, pero quería volver a oírlo.

Trumper-Jones se adelantó nervioso. Puso su sombrero encima de la mesa junto a sus papeles y se apartó un mechón de cabello castaño claro de la frente. Carraspeó.

—Se le acusa del asesinato del general español Casares, el marqués de...

—Ya sé quién diablos es. —Sharpe observaba a Trumper-Jones, que removía sus papeles—. ¿No hay una taza de té en este maldito lugar?

La pregunta hizo que Trumper-Jones se pusiera más nervioso.

—No tenemos mucho tiempo, señor.

—¿Tiempo?

—El consejo de guerra está convocado para las doce y media, señor. Hoy —añadió débilmente.

—¡Santo Dios! —gritó Sharpe.

Trumper-Jones no dijo nada. Le ponía nervioso el fusilero con la cara marcada que ahora apoyaba los codos encima de la mesa.

—¿Es usted abogado, Trumper-Jones?

—No, señor.

—¿Ha hecho esto alguna vez?

—No, señor —sonrió ligeramente—. Sólo llevo aquí un mes.

—¿Dónde está el comandante Hogan?

—No lo sé, señor.

—¿Y cómo piensa probar mi inocencia, Trumper-Jones?

El joven se apartó el mechón de la frente. Su voz era como la de D'Alembord, pero sin su confianza. Sonrió nervioso.

—Me temo que parece poco prometedor, señor.

—Explíquese.

Trumper-Jones parecía más contento ahora que podía leer sus papeles.

—Parece señor, que usted conoció a la marquesa de Casares el Grande...

—Cierto.

—Y que la amenazó, señor —dijo Trumper-Jones con timidez.

—¿Que hice qué?

Trumper-Jones casi saltó de la silla.

—Usted la amenazó... —Se ruborizó—. Bueno, usted la amenazó, señor.

—¡Yo no hice semejante cosa!

Trumper-Jones tragó saliva, se aclaró la voz y señaló un trozo de papel.

—Hay una carta, señor, de su señoría a su marido, y dice...

Sharpe se reclinó.

—Dispéñeme, teniente. Conozco a la marquesa. Admitamos que tienen una carta. Siga.

Así que ella provocó el duelo. D'Alembord se lo había insinuado, pero Sharpe se negó a creerlo. Supuso que tenía sentido. Sin embargo, le costaba aceptar que una mujer que lo había amado pudiera traicionarlo tan fácilmente. Trumper-Jones volvió a apartarse el cabello de la frente.

—¿La carta provocó un duelo, señor, que a usted se le impidió acabar?

—Cierto.

Todo resultaba tan inútil...

—Y como le impidieron luchar, señor, la acusación alega que usted fue al alojamiento del general la noche pasada y lo asesinó.

—No es cierto.

—Tienen un testigo, señor.

—¿De verdad? —dijo Sharpe con tono desdeñoso—. ¿Quién?

Los papeles crujieron.

—Un tal capitán Morillos, señor, del regimiento de la princesa. Estaba al mando de la guardia en casa del general Casares la noche pasada y vio a un oficial de fusileros británico que salía de allí a las tres de la madrugada. Dice que el oficial llevaba una espada recta.

Eso era un buen detalle, pensó Sharpe. A los oficiales de fusileros les daban sables curvos de caballería y tan sólo Sharpe llevaba una espada recta. Sacudió la cabeza.

—¿Y por qué no detuvo a ese hombre el capitán Morillos?

—Le habían dado la orden de detener a los hombres que entraran en la casa, señor, no a los que salían.

—Continúe.

Trumper-Jones se encogió de hombros.

—Eso es todo, señor. Yo pensaba, señor... —Se detuvo, otra vez nervioso.

—¿Bien?

—Yo pensaba, señor, que si presentáramos su hoja de servicios al tribunal, señor, tendrían que ser indulgentes. El águila, señor, el pelotón suicida en Badajoz... —Su voz se iba apagando.

Sharpe sonrió.

—Usted quiere que me declare culpable y confíe en que no hagan fusilar a un héroe, ¿no es eso?

—Colgar, señor —corrigió Trumper-Jones y se ruborizó—. Le rebajarán de su graduación y lo matarán como a un criminal. Sólo, por supuesto, si...

—¿Si me declaran culpable?

—Sí, señor.

Sharpe se quedó mirando los clavos oxidados de la pared. Por supuesto, aquello no estaba sucediendo. En cualquier momento se despertaría y sentiría el alivio extraordinario de que era un sueño. Se reiría de ello, le explicaría al sargento Harper que había soñado... ¡que le hacían un consejo de guerra!

Salvo que no era un sueño. Lo habían abandonado a su suerte y entendía por qué. Pero entenderlo no hacía disminuir la amargura. Un general español había sido asesinado, y Sharpe conocía muy bien el débil compromiso entre los británicos y los españoles. El orgullo español estaba preocupado porque necesitaban a los británicos para echar a los invasores de su tierra y su gratitud era susceptible a causa de ese orgullo. Wellington, después de este golpe a la alianza, se movía con rapidez para ofrecer a los españoles un sacrificio.

Sin embargo, alguien más se estaba moviendo deprisa, alguien que quería ver a Sharpe muerto. Miró al nervioso Trumper-Jones y, con una voz que parecía cansada y agotada, le pidió que le leyera la copia que tenía de la carta de la marquesa. Nada de ello era cierto, por supuesto, pero la carta existía como una prueba condenatoria.

—Quiero papel, tinta y una pluma —ordenó al joven oficial.

—Pero señor...

—¡Vaya a buscarlos!

Estuvo escribiendo durante una hora, sin prestar atención al teniente Trumper-Jones. Relató al comandante Hogan su propia versión de los acontecimientos de la noche, le describió las mentiras que había en la carta de la marquesa y advirtió a su amigo de que había algún tipo de intriga, que él no conocía. Aunque Sharpe estuviera muerto Hogan no podría decir que no le había advertido. Sin embargo, ¿cuál era la intriga? ¿Qué intención tenía la muerte de Sharpe? El podía entender el asesinato del marqués, porque algo así debilitaría la frágil alianza, pero no veía el propósito una intriga que tuviera como fin de su propia muerte y tampoco creía que la marquesa buscara su muerte. Dobló la carta.

—Esto ha de ir al comandante Hogan.

—Sí, señor.

Entonces se oyeron las botas en el patio, el chirrido del cerrojo y el repentino chorro de luz brillante cuando la puerta se abrió. Un sargento, a la cabeza de la escolta de Sharpe, sonrió con burla al fusilero.

—Buena suerte, señor.

Sharpe sonrió, pero no dijo nada. La suerte, pensó, lo había abandonado. No había tenido suerte alguna desde aquel día en la Entrada de Dios cuando Teresa murió; recordaba cómo, durante la noche anterior a aquella muerte, Obadiah Hakeswill lo había maldecido. Lo habían maldecido, su nombre enterrado en una piedra. El sargento Hakeswill, que reclutó a Sharpe, que consiguió que lo azotaran de forma que sus cicatrices todavía desfiguraban su espalda y que se había convertido en su peor enemigo, estaba muerto; Sharpe le había disparado. Este se preguntaba cuántas horas pasarían antes de que también a él lo lanzaran a una trinchera poco profunda y le lanzaran la tierra seca de España a paladas sobre su cadáver. Siguió al sargento hacia su destino.

Un tal comandante Vaughn, galés y afable, era el oficial de la acusación. Su tono, sedoso y musical, consiguió imbuir sus palabras de un pesar sincero al tener, tal como dijo, este desgraciado deber: el de acusar a un oficial tan famoso por su gallardía. Los oficiales sentados a la mesa no miraron a Sharpe. El general sir Edward Pakenham, ayudante del general y cuñado de Wellington, presidía. Tres oficiales españoles, con los rostros como máscaras, se quedaron mirando al prisionero.

El comandante Vaughn, pese a sus palabras de condolencia, le ofreció al tribunal una versión rápida y condenatoria de los acontecimientos de la noche. Al comandante Sharpe le habían impedido defender su honor en un duelo. Esto le causó rencor. Salió de noche y mató al marido de una mujer a la que había perseguido con vileza. Sentía mucho tener que presentar esa prueba, pero no tenía elección, y mostró la carta escrita y sellada por la marquesa.

Ned Pakenham levantó la carta como si estuviera apestada y se la volvió a entregar a Vaughn. La carta se hizo constar como prueba.

Vaughn le enseñó la carta a Sharpe.

—¿Reconoce la letra, comandante? Recuerde que está bajo juramento.

Sharpe alzó la vista hacia el rostro rechoncho e inteligente.

—La marquesa es una francesa, una espía, y...

—Gracias, comandante; tan sólo le preguntaba si reconocía la escritura. ¿La reconoce?

Así era, pero no tenía sentido hacer que las cosas se pusieran todavía peor para él.

—No podría decirlo.

Vaughn regresó a su mesa.

—Afortunadamente, tenemos testigos que sí pueden hacerlo.

Sharpe levantó la voz.

—Tengo otra carta de...

—¡Nos incumbe esta carta, comandante!

Vaughn replicó cortante, pero Pakenham levantó la mano. Miró a Sharpe a los ojos por primera vez desde que el fusilero entrara en la estancia.

—¿Tiene usted otra carta de esta dama?

Sharpe asintió con la cabeza. No le había hablado a Trumper-Jones de la carta porque no tenía confianza en la aptitud del joven.

—Me escribió, señor, después de la muerte de mi mujer. Quería darme el pésame. Se lamenta de no poder presentármelo en persona. —No pudo evitar una ligera sonrisa. Resultaba poco probable que semejante carta proviniera de una mujer que había sido acosada. Percibió un atisbo de esperanza en el rostro del teniente Trumper-Jones.

—Quisiera que esa carta también constara, señor.

Los oficiales que estaban tras la mesa sonrieron, presintiendo una victoria de Sharpe. Pakenham se reclinó.

—¿Tiene la carta, comandante Sharpe?

—Está en mi mochila, señor.

—¿Comandante Vaughn? —Pakenham se volvió hacia el galés—. ¿Tiene alguna objeción?

—No, señor, ninguna. Pero he de decirle al tribunal que ya hemos confiscado las pertenencias del prisionero, las hemos registrado y no se ha encontrado dicha carta.

—¡Está en mi mochila! —dijo Sharpe con obstinación.

Vaughn suspiró.

—El comandante Michael Hogan dirigió el registro, señor. No se descubrió carta alguna.

Los oficiales sentados a la mesa volvieron a mirar el trapo verde sobre el que reposaban sus papeles. La espada de Sharpe, su vaina y su empuñadura abolladas por la guerra estaban en la parte delantera de la mesa.

El capellán del marqués, mediante un intérprete, testificó que había encontrado a los criados del marqués dormidos fuera de la habitación de su amo. Tal vez, propuso, el prisionero les había dado un brebaje para dormir. El capitán Morillos, un verdadero toro, prestó declaración. Había visto, bajo la luz de una antorcha sujeta en la puerta del jardín de la casa, a un oficial de fusileros que salía a las tres de la madrugada. No, no le vio la cara al hombre, pero reconoció el uniforme inglés y la espada de caballería pesada.

Hacía calor en la sala. Sharpe se notaba el sudor en la camisa. Escuchaba

inútilmente mientras el teniente Trumper-Jones no conseguía hacer mover al capitán Morillos ni una pulgada. El capitán afirmaba que tenía un conocimiento profundo de los uniformes y espadas y estaba seguro de lo que había visto.

Sharpe no tenía otra defensa que la inocencia. Cenó con Harper, Isabel y D'Alembord, pero se fue antes de medianoche. Había dormido en su alojamiento, pero no tenía testigos que pudieran jurar que lo habían visto en toda la noche. El comandante Vaughn se apartó una mosca que revoloteaba delante de su cara.

—Comandante Sharpe, ¿conocía usted a la marquesa de Casares el Grande y Melida Sadaba?

—Sí.

—¿Y ese conocimiento —subrayó con delicadeza esa palabra— dio lugar al desafío que usted aceptó ayer?

—No.

—¿No?

—Nunca la acosé.

—Nos sentimos encantados de oír eso. —Vaughn sonrió y dio dos pasos meditados en el centro de la sala—. Pero ¿la conocía?

—Sí.

—¿Bien? ¿La conocía bien?

—Sí, pero...

—De acuerdo, es suficiente. Comandante, ¿le desafió el comandante Mendora, ayudante de campo del general?

—Sí.

—¿Y usted aceptó el desafío?

—Sí.

—¿Aun a sabiendas de que aceptar tal desafío estaba contra el reglamento de este ejército?

Sharpe miró al rostro pagado de sí mismo.

—También penetré en la brecha de Badajoz sin recibir órdenes.

Dos de los oficiales de la mesa sonrieron. Vaughn tan sólo arqueó una ceja.

—¿Otro acto impetuoso, comandante?

Sharpe no dijo nada. Vaughn suspiró y regresó a su mesa. Ordenó sus papeles como si no fuera a necesitarlos mucho más.

—¿Le impidieron acabar el duelo?

—Así fue.

—Debemos estar agradecidos de que alguien cumpliera con su deber ayer. Podría decirse, comandante, que sintió que le estafaban una muerte.

Sharpe frunció el ceño.

—No.

—¡Ah! ¿Tal vez se batía en duelo para ejercitarse?

—Luchaba por mi honor.

Vaughn no dijo nada. La palabra se quedó colgando, cursi y tonta, entre el desconcierto de la sala.

Los oficiales del tribunal intentaron encontrar más pruebas, pero no había ninguna. Sharpe no tenía testigos. Se le ordenó que regresara a la estancia encalada para esperar el veredicto. Tan sólo pasaron diez minutos antes de que lo escoltaran de vuelta. Era culpable.

El teniente Trumper-Jones, con el cabello tapándole un ojo, hizo un discurso sorprendentemente apasionado en favor del prisionero. Describió su gallardía, enumeró sus hazañas en el campo de batalla, citó el diario *The Times*, que lo había llamado «hijo leal de Albión». A causa de su heroísmo, por su contribución a la guerra, el tribunal tenía que ser indulgente con el prisionero, concluyó Trumper-Jones.

El comandante Vaughn admitió la gallardía. También señaló que España había confiado a Wellington su orgullo y sus ejércitos. Esta confianza se había quebrado. Los españoles sospecharían de la buena fe de un aliado que dejaba que el asesinato de uno de sus principales ciudadanos, un general gallardo que había aplacado una revuelta en la Banda Oriental, quedara impune. Por el interés de la alianza, y también por justicia natural, había que pedir la pena máxima. Parecía apesadumbrado, pero hablaba con la seguridad de un hombre que conocía el resultado. El general Pakenham estaba incómodo. El también estaba bajo órdenes allí. Sus ojos no miraron al prisionero cuando dio la orden de que el comandante Sharpe fuera degradado y expulsado del ejército. Cuando tales formalidades concluyeran, lo cual sería, dijo, hacia las cuatro de aquella tarde, Richard Sharpe había de ser escoltado a la plaza mayor de la ciudad y allí, en presencia de cuatro batallones españoles, lo colgarían.

De mala gana, mostrando dolor en sus ojos, Pakenham se dirigió a Sharpe.

—¿Tiene algo que decir?

Sharpe le devolvió la mirada desafiante.

—Permiso para morir con casaca de fusilero, señor.

—Denegado.

Parecía que Pakenham quisiera añadir que Sharpe había deshonrado su uniforme, pero las palabras no le salieron.

—Este juicio ha acabado. —Se puso de pie y sacaron a Sharpe de la sala, maniatado, condenado al cadalso.

Capítulo 7

Lord Stokeley, uno de los ayudantes de campo de Wellington, se preguntaba si habría que servirles vino a los oficiales españoles que iban a ser testigos de la ejecución.

Wellington lo miró con sus fríos ojos azules.

—Es una ejecución, Stokeley, no un maldito bautizo.

Stokeley decidió que era mejor no comentar que en su familia se servían bebidas en ambos casos.

—Muy bien, señor.

Decidió que no había visto nunca a su señor de tan mal humor.

Ni él tampoco. El daño que podía sufrir la débil alianza entre británicos y españoles era inmenso. Ningún soldado español, por lo que sabía Wellington, sentía afecto alguno por el marqués de Casares el Grande y Melida Sadaba, pero su asesinato lo había convertido en un mártir de España.

Los condenados clérigos habían sido rápidos, como de costumbre, en predicar sus diatribas antiprotestantes, pero Wellington se enorgullecía de haber sido igual de rápido. El culpable había sido juzgado, lo iban a colgar, y todo ello antes de que el sol que se había levantado con aquel asesinato se pusiera. Los españoles, dispuestos a elevar protestas, se encontraron sin motivos para ello. Se declaraban satisfechos con el castigo justo y rápido de su señoría.

Los soldados españoles que estaban en la plaza del pueblo agradecieron un descanso en su tarea diaria. Habían estado haciendo mucha instrucción, marchando durante días enteros, y se despertaban con los huesos molidos para enfrentarse a más instrucción. Sin embargo, esa tarde era como una fiesta. Los habían conducido a la plaza, batallón tras batallón, para ser testigos de la muerte de un inglés.

La horca se había construido con una carreta del ejército que estaba aparcada contra la pared encalada de la casa del sacerdote. Había un gancho muy oportuno en la parte superior de la pared. Un sargento inglés, sudando con su uniforme de policía militar, subió por una escalera con la cuerda y la hizo pasar por el gancho. La plaza estaba llena de policía militar. Corría el rumor de que hombres del South Essex, junto con algunos fusileros, planeaban rescatar a Richard Sharpe del cadalso. Parecía una amenaza poco probable, pero se la habían tomado en serio. Los policías militares llevaban los mosquetes cortos cargados con las bayonetas y observaban los callejones y las calles que daban a la plaza.

Los primeros oficiales españoles llegaron al cuartel general. Parecían contenerse. Con la mayor de las prudencias evitaron colocarse en las ventanas que daban a la plaza, pero el comandante Mendora, vestido con su uniforme de un blanco brillante con una banda negra en la manga derecha, observó cómo el sargento colgaba la

cuerda en su sitio. Lord Stokeley se preguntó si al comandante le apetecería una taza de té. Al comandante no le apetecía.

El sargento de la policía militar se puso en lugar seguro fuera de la escalera y tiró del lazo para asegurarse de la firmeza de gancho. Aguantaba su peso. La cuerda, que se soltó de su puño, giró lentamente bajo la suave brisa.

El padre Hacha, con los hábitos negros manchados de blanco por el polvo de la plaza, se abrió paso entre los oficiales hasta llegar junto a Mendora.

—Nos lo tenían que haber entregado para su castigo.

El comandante miró la cara severa del sacerdote.

—¿Señor?

—La ejecución es demasiado rápida. —Su voz profunda invadía la estancia—. España no estará contenta, caballeros, hasta que estos paganos se hayan ido.

Se levantaron algunos rumores de aprobación, pero no muchos. A la mayoría de españoles que estaban presentes le gustaba servir bajo el generalísimo Wellington. De él habían aprendido cómo había que organizar un ejército y los nuevos regimientos de España eran unas tropas de las que se enorgullecería cualquier oficial. Pero ninguno, ni el más ferviente partidario de la alianza británica, deseaba contrariar a un inquisidor. La Junta podía haber abolido la Inquisición española, pero hasta que desapareciera definitivamente, ningún hombre quería que su nombre apareciera en las listas de sus libros secretos. El inquisidor se quedó mirando la cuerda.

—Tenían que haberlo ejecutado con el garrote.

Algunos de los soldados españoles que había en la plaza hubieran estado de acuerdo con el inquisidor. La horca, decían, era demasiado rápida. Tenían que haber traído uno de los garrotes que el ejército español llevaba consigo, sentar al inglés en su silla e ir apretando muy lentamente el tornillo que le rompería el cuello. Un buen verdugo podía prolongar la ejecución durante una hora, algunas veces aflojando la presión de la rosca para darle a la víctima falsas esperanzas, antes de girarla finalmente y romperle el cuello y que la cabeza del condenado cayera de golpe hacia atrás.

Otros decían que la horca también podía durar tanto. Todo dependía, decían, de la caída. Si al hombre simplemente lo colgaban, sin dejarlo caer, entonces podía durar medio día. En cualquier caso, era mejor permanecer en aquella plaza polvorienta esperando una ejecución que estar de instrucción en las colinas.

—La Puta Dorada es ahora una viuda muy rica —comentó un coronel español.

Se oyeron risas ante tal observación.

—¿Muy rica? —preguntó un comandante de artillería.

—¡Sabe Dios lo que valía él! Millones.

—No conseguirá la tierra —señaló uno—. No se atreverá a dejarse ver en España una vez los franceses se hayan ido.

—Aun así —dijo el coronel encogiéndose de hombros—. Ella debe de valer unos cientos de miles en monedas y vajillas. ¿Y qué pasa con el título?

El comandante Mendora, azorado por la conversación, nombró fríamente a un duque, un primo, en quien recaía el título. Se negó a dar una cantidad estimada de la fortuna de su amo.

El inquisidor escuchaba la conversación, percibiendo la avaricia y la envidia. Se volvió hacia la ventana y miró el cadalso improvisado en el que moriría un hombre inocente. Era lamentable, pero al inquisidor le complacía que el inglés, Sharpe, fuera un pecador cuya muerte no afligiría al Todopoderoso. La cuerda de la horca lanzaba una sombra negra y puntiaguda en la pared encalada. La muerte del marqués era más penosa. El marqués, cuando menos, era cristiano, aunque un hombre débil. Ahora estaba en el cielo, donde la debilidad era una virtud.

Había muerto con rapidez, apenas una sacudida en su rostro cuando el carnicero, con mano fuerte, le había rebanado la garganta. El inquisidor rezó mientras su hermano mataba, con palabras tiernas, encomendando el alma al cielo mientras el cuchillo le cortaba los tendones, la tráquea y los músculos hasta la gran arteria de la que chorreaba la sangre, mientras el cuerpo del marqués daba una sacudida violenta. El hombre apenas se había despertado mientras moría. El Matarife había observado con codicia el crucifijo de oro y su hermano lo sacó con prisas de la habitación.

La muerte del marqués salvaría a España y dejaba libre su fortuna, que iría a parar a la Iglesia. Esos oficiales que discutían su testamento lo hacían con desconocimiento, pues ahora, con esa muerte detrás de él, el inquisidor se haría legalmente con la fortuna que estaba cargada en los carros de la marquesa y que valía trescientas mil monedas, más millones en tierras y propiedades. Sonrió.

La familia del inquisidor se había empobrecido con la guerra y ahora, con esta fortuna, se equipararía con los más grandes de España, pues tan sólo era digna de un hombre que pretendía ser el líder tras el débil rey de España. Con la fortuna de Casares el Grande y Melida Sadaba respaldándole, el inquisidor sabía que llegaría a obispo, luego a arzobispo y finalmente a cardenal. Se situaría detrás del trono y ante el altar mayor; sería poderoso y España sería grande. Sus ambiciones, no para sí sino para la Iglesia y para la Inquisición, se harían realidad y todo ello por el precio de una muerte.

Ahora que el marqués estaba muerto, el inquisidor le proporcionaría al comandante Ducos las garantías de apoyo que convencerían a Fernando VII para firmar el tratado secreto. Los británicos se irían de España, los franceses marcharían pacíficamente y España volvería a ser fuerte. Su imperio se vería restaurado, su rey se sentaría glorioso en el trono y la Iglesia recuperaría su poder. Todo ello por una insignificante muerte. Una muerte para otorgarle a su familia el dinero que significaba poder, poder que se utilizaría para la gloria de Dios. El inquisidor se

perdonó a sí mismo la muerte; había sido por Dios.

Un murmullo se levantó entre la muchedumbre de soldados que abarrotaban la plaza. Se elevó, se convirtió en un grito de excitación y el ruido coincidió con la puerta que se abría en la amplia estancia donde estaban reunidos los oficiales españoles. Lord Wellington, con rostro severo, entró en la habitación. Frunció el ceño mirando a los hombres reunidos, meneó la cabeza con frialdad y luego miró por una de las ventanas. Sus ayudantes de campo se arremolinaron a su alrededor. Mendora vio que el general llevaba las manos cogidas en la espalda y que movía los dedos. Los oficiales españoles se callaron, turbados ante el frío rostro de su generalísimo.

El prisionero, con la cabeza descubierta de manera que el viento le sacudía el cabello largo y negro, avanzaba por un estrecho pasillo que se había abierto entre la muchedumbre. Le hicieron subir las escaleras improvisadas hasta el fondo del carro. Era más alto que los guardias con casacas rojas que lo custodiaban.

Iba vestido con una camisa blanca mugrienta y los pantalones anchos y blancos de la infantería inglesa, de manera que para los españoles que observaban desde el cuartel general parecía que fuera vestido de penitente. El inquisidor rezaba una oración; su voz profunda y dura se oía en la estancia. Wellington miró irritado al sacerdote pero no dijo nada. Algunos de los oficiales españoles sabían que Richard Sharpe le había salvado una vez la vida al general; lo rescató de las bayonetas de tropas indias hacía años, y ahora el general veía cómo ahorcaban a aquel hombre. Sin embargo el rostro de Wellington, con su nariz aguileña, no dejaba traslucir ninguna emoción.

El prisionero llevaba las manos atadas. Parecía que mirara con desinterés a la muchedumbre. Estaba muy lejos de los oficiales españoles para que éstos le vieran la cara con claridad, sin embargo parecía que les sonriera con burla y desprecio. Los soldados que observaban estaban callados.

Una segunda escalera más corta se había situado contra el muro encalado y los guardias empujaron al prisionero hacia ella. Le costó subir los travesaños con las manos atadas, pero los soldados le ayudaron. El sargento de la policía militar subió por la escalera más larga, alcanzó el lazo y se lo pasó al prisionero por el cabello negro. Tensó el nudo y luego bajó al carro.

Algunos de los oficiales españoles vigilaban los callejones que daban a la plaza. Pensaban en el rumor de que los hombres de Sharpe podrían intentar rescatar a su oficial, pero no había hombres furiosos entre los centinelas. No se oían ladridos de perro, no se oían pisadas; tan sólo la luz del sol que daba sobre las tejas gruesas y rojas y las volutas de humo que salían de los fuegos de las cocinas manchaban el aire que cubría la ciudad.

El condenado se mantenía en pie con dificultad sobre la escalera, con la cuerda alrededor de su cabeza inclinada. El sargento miró a su oficial.

Al teniente de la policía militar le desagradaba aquel trabajo, pero las órdenes eran órdenes. El comandante Sharpe sería ahorcado a la vista de las tropas españolas. Levantó la mirada hacia el hombre que estaba en la escalera, apoyó el cuerpo en el muro y vislumbró una mirada final de los ojos oscuros, maravillándose ante un hombre capaz de sonreír con burla en aquellos momentos. Entonces el teniente dio la orden.

—Proceda, sargento.

Las palabras salieron como un graznido. La muchedumbre abrió la boca y luego jaleó. Los policías militares retiraron la escalera de debajo del condenado. Durante un instante los pies calzados con botas quedaron sobre el travesaño que caía, luego resbalaron; él cayó y la cuerda se tensó de golpe. Rebotó, volvió a caer y luego osciló y dio algunas vueltas. Parecía que su cuerpo se arqueaba mientras pendía. Los pies se sacudían en el aire, daban patadas en la pared y él se retorció de manera que su cara descubierta miraba fijamente la plaza abarrotada.

Los ojos se le salían, la lengua empujaba hacia los labios, el cuello estaba estirado de forma grotesca y la cabeza inclinada. Los españoles observaban con fascinación. Volvió a dar una sacudida, luchando hacia arriba en busca de aire y entonces el sargento inglés dio un salto hacia arriba, cogió al hombre por uno de los tobillos y lo estiró hacia abajo. El peso extra le partió el cuello. El sargento soltó el tobillo del hombre y lentamente, mientras el cuerpo se balanceaba, las piernas se enderezaron unas pulgadas. Estaba muerto.

Un ataúd aguardaba en el fondo del carro; tablas de pino, cepilladas burdamente y claveteadas. Bajaron el cuerpo. El cabello se había manchado de blanco con la cal cuando el cuerpo se sacudió. Le quitaron las botas al cadáver, pero no había nada más de valor. Lo metieron en el ataúd, pero era demasiado alto para aquella caja; el sargento le cogió el mosquete a uno de sus hombres y le dio con la culata; sudando y gruñendo, volvió a golpear, y las espinillas rotas dejaron que se le pudieran forzar las piernas hacia el interior. La tapa se cerró con clavos.

Wellington observaba fijamente todo aquello con desagrado. Cuando hubo terminado, cuando los batallones españoles abandonaban la plaza y la caja de pino era conducida fuera, volvió sus fríos ojos sobre los oficiales reunidos.

—Ha terminado, caballeros. ¿Tal vez podemos ahora continuar con la guerra?

Fueron marchando de la habitación en silencio. La muerte del marqués no había conseguido dividir a los británicos y a los españoles. El generalísimo había hecho su sacrificio de sangre para mantener viva la alianza y ahora había una guerra en la que luchar.

Junto a un camino, bajo las altas montañas donde los lobos aullaban entre rocas grises, enterraron el cadáver con las piernas rotas. Los policías militares lanzaron

rocas sobre la tumba poco profunda para impedir que las rapaces excavaran en busca del cuerpo y lo dejaron sin señal alguna. Aquella noche un campesino clavó una cruz en el sitio, no por respeto, sino para asustar al espíritu protestante y mantenerlo bajo tierra. El inquisidor y el Matarife, cabalgando en dirección nordeste, pasaron por la tumba.

El Matarife refrenó el caballo.

—Tenía que haber visto cómo moría.

—Era mejor que no te viera nadie, Juan.

El Matarife se encogió de hombros.

—No he visto nunca ahorcar a un hombre.

El inquisidor lo miró con incredulidad.

—¿Nunca?

—Nunca —contestó el Matarife como avergonzado.

—Pues busca a uno y cuélgalo.

—Lo haré.

—Pero primero ocúpate de nuestro próximo asunto. —El sacerdote espoleó el caballo—. ¡Y date prisa!

Llevaban documentos que les permitirían atravesar las líneas británicas y francesas; las noticias que portaban acabarían con la guerra y devolverían la vieja gloria a España. El inquisidor le dio gracias a Dios y aceleró el paso.

Capítulo 8

El valle era un paso entre montañas. Era alto. Desde el borde oeste, allí donde descendía hasta un río muy abajo, se podía ver Portugal. Las colinas de Tras os Montes, la tierra tras las montañas, eran como crestas de un azul púrpura que se volvían cada vez más oscuras y más confusas hasta que el horizonte se convertía en un simple borrón, como una mancha de color de agua oscura en el lienzo de un pintor.

Las laderas del valle estaban cubiertas de espinos. Las flores se veían blancas bajo la luz del sol. El camino que ascendía el paso escarpado y atravesaba el valle alto estaba bordeado con zuzones amarillos que los españoles llamaban la hierba de Santiago. En los pastos en el fondo del valle pastaban ovejas y conejos. Los cuervos anidaban sobre salientes de piedra, los zorros cazaban en los márgenes de los espinos, mientras que los lobos vagaban por las colinas salpicadas de piedras que rayaban el cielo formando una barrera serrada.

Había un pueblo en el valle elevado, pero estaba vacío. Las puertas de las cabañas las había arrancado de los goznes y quemado uno de los ejércitos que luchaban en España.

En el extremo oeste del valle, donde la cima dejaba ver la espléndida vista de la tierra tras las montañas, había dos grandes construcciones. Ambas estaban en ruinas. En el lado norte, bajo y achaparrado, había un antiguo convento. Todavía aguantaban los dos claustros, aunque el superior estaba muy dañado por una gran explosión que destruyó la antigua capilla. El convento hacía tiempo que estaba abandonado. Malas hierbas crecían en el embaldosado con dibujo, las hojas embozaban los canales que antes habían llevado agua al jardín inferior.

Hacia el sur, cerrando el paso, había un castillo. Todavía se podía subir a la parte más alta de la torre del homenaje o ir al cuartel de la guardia, pero hacía siglos que no vivía un señor allí. Ahora era un hogar para los cuervos y los murciélagos colgaban de las estancias altas y oscuras.

Más al este y más alto aún, dominando la tierra que se extendía muchas millas a la redonda, había una antigua atalaya. También se podía subir a ella, aunque la escalera de caracol tan sólo conducía a una construcción destrozada.

El valle alto se llamaba la Entrada de Dios. Junto al castillo, sobre la hierba llena de cagarrutas de conejos como balas de mosquete diminutas, había un montículo largo y poco elevado. Era una tumba, y en la tumba estaban los cuerpos de los hombres que murieron defendiendo su paso en invierno. Ellos eran pocos y sus enemigos muchos; sin embargo, habían retenido el paso hasta que llegaron auxilios. Al mando estaba un soldado, un fusilero, Richard Sharpe.

A los franceses que murieron, y habían sido muchos, los enterraron con gran

premura en una fosa común junto al pueblo. En invierno los animales carroñeros escarbaron la tierra que había sobre la tumba y se comieron la carne que allí encontraron.

Ahora, cuando los días de primavera ya eran casi veraniegos y el riachuelo en la Entrada de Dios disminuía de caudal, los huesos de los franceses muertos estaban esparcidos por el pueblo. Las calaveras yacían como una cosecha monstruosa de champiñones.

En el sur había una guerra, los ejércitos avanzaban hacia la campaña de ese año, pero en la Entrada de Dios, donde Sharpe libró su guerra contra un ejército, no había más que muerte, el viento que movían los espinos y las calaveras que sonreían desde la hierba. Era un lugar sin interés para ambos ejércitos, un lugar de fantasmas, muerte y soledad, un lugar olvidado.

La ciudad de Burgos se encontraba en el lugar en que la calzada principal se bifurcaba. La carretera venía de la frontera francesa hasta San Sebastián, luego se sumergía hacia el sur entre las montañas donde los guerrilleros convertían cada viaje en un infierno para los franceses. El peligro de emboscada desaparecía al llegar a Vitoria, luego la ruta se adentraba en las colinas otra vez, yendo siempre hacia el sur, hasta que llegaba a las amplias llanuras donde se ubicaba Burgos.

Era el camino por el cual los franceses habían invadido España. Era el camino por el que se retirarían. En Burgos el camino se dividía. Un ramal iba hacia el sur a Madrid; el otro, al sur y al oeste hacia Portugal y el Atlántico. Burgos era el cruce de la invasión, el guardián de la retirada, la fortaleza de las llanuras. Aunque no era una fortaleza grande, en los últimos días del verano de 1812 había resistido a un sitio británico. El castillo todavía tenía las cicatrices que le habían dejado las balas de cañón y las bombas. En 1812 el castillo impidió a los británicos perseguir a los franceses hasta el otro lado de los Pirineos, y este verano, los hombres temían que fuera a hacer el mismo trabajo contra un ejército británico reforzado.

A Pierre Ducos no le importaba. Si los soldados perdían España, entonces su tratado secreto salvaría a Francia. El inquisidor, de vuelta a Burgos, había prometido que enviaría, en el plazo de un mes, las cartas que ya iba recogiendo la amenazada Inquisición española. Las cartas convencerían a Fernando VII de dar su apoyo al tratado francés.

Los dos hombres se encontraron, no en el castillo, sino en una de las casas altas y lóbregas de la ciudad. Ducos hizo una mueca de dolor pues sus lentes le rozaban la piel escocida. Siguiendo el consejo de un médico del ejército se había puesto grasa de eje detrás de las orejas para protegerlas del metal que le rozaba, pero le seguían produciendo irritación. Al menos tenía el consuelo de saber que el hombre que le había roto sus otras gafas tan cómodas estaba muerto.

—Ahorcado —dijo el inquisidor.

—Ahorcado con rapidez.

Lo dijo con rencor, como si realmente creyera que Sharpe era el responsable de la muerte del marqués.

Ducos tan sólo sentía una cosa respecto a la muerte de Richard Sharpe. Le hubiera gustado que el inglés supiera que era él, Ducos, el que había atravesado una nación y maquinado la venganza. Le gustaba que sus víctimas entendieran quién los había vencido y por qué habían sido derrotados. Ducos hacía gala de su inteligencia como otros hombres exhibían sus medallas. Se sacó unos papeles del bolsillo.

—Los carros de la marquesa están en el castillo.

—¿Nos los van a entregar?

—Si me da usted una dirección... —dijo Ducos sonriendo—. ¿La catedral, tal vez?

El inquisidor no parpadeó ante la mofa.

—Mi casa, comandante.

—¿En Vitoria?

—En Vitoria.

—¿Y le dará las riquezas a la Iglesia?

—Lo que haga con las riquezas es algo entre Dios y yo.

—Por supuesto. —Ducos volvió a tocarse las gafas—. Irán hacia el norte con el próximo convoy. La verdad, padre, es que las riquezas no son tuyas. Pertenece a la viuda.

—No, si se va de España.

—Lo cual estábamos de acuerdo en que era insensato.

Ducos sonrió. No quería que Hélène le gimoteara al emperador explicándole cómo él le había estafado sus riquezas.

—¿Así que se ocupará usted de ese asunto?

—Cuando sea oportuno.

—Esta noche es oportuno. —Ducos empujó los papeles sobre la mesa—. Éstas son sus disposiciones. Los hombres de Casapalacio vigilan la ruta oeste.

El inquisidor cogió los papeles y Ducos echó una mirada por la ventana hacia el oeste. Los vencejos cortaban el aire cálido con sus alas curvas. Detrás de ellos, detrás de las últimas casas de la ciudad, la llanura estaba seca. Vio el pueblo lejano donde la única torre de un castillo pequeño lanzaba su larga sombra. Aquella torre era otra guarnición francesa, un lugar donde la caballería estaba estacionada para mantener la calzada principal libre de guerrilleros. Esa noche, cuando los vencejos hubieran regresado a sus nidos y la llanura estuviera a oscuras, la marquesa viajaría hacia aquella torre, al encuentro de su amante el general Verigny.

Era un trayecto seguro. La tierra alrededor de Burgos estaba libre de guerrilleros;

el terreno era demasiado plano y estaba muy patrullado por las guarniciones francesas de la llanura. Sin embargo, esa noche la marquesa no estaría a salvo. Las tropas que vigilaban el camino servían a Francia, pero no eran francesas. Eran españolas, los restos del ejército reclinado hacía cinco años, un ejército de españoles que creían en las ideas francesas, en la libertad, igualdad y fraternidad; pero la derrota, la desesperanza y la desertión habían mermado sus filas. Sin embargo, todavía había dos batallones de tropas españolas y Ducos había ordenado que les dieran aquel servicio esa noche.

El inquisidor lo miró.

—¿Ella va esta noche?

—Como la noche pasada y la noche anterior. Tienen unos apetitos prodigiosos.

—Bien.

—¿Y su hermano?

—Espera en el norte.

—Espléndido. —Ducos se puso en pie—. Le deseo la mayor de las suertes, padre.

El inquisidor se quedó mirando a aquel hombre sutil e inteligente.

—Recibiré mis cartas pronto.

—Nunca lo he dudado —contestó Ducos sonriendo—. Déle recuerdos a Hélène de mi parte. Dígale que confío en que su matrimonio dure mucho y sea muy feliz. — Se echó a reír, se volvió y salió de la habitación.

Esa noche el inquisidor planeaba una boda. Pronto la marquesa llevaría, en la mano izquierda, un anillo de boda. No se casaría con algún grande de España, sino con un hombre que había nacido en circunstancias humildes y vivido en la pobreza y en la lucha. Se convertiría en la novia de Cristo. Ella era rica con avaricia, sin embargo el testamento del marqués contenía una pequeña y no insólita cláusula que no había escapado a la Inquisición. Si su viuda hacía votos para entrar en un convento, la fortuna del marqués iría a parar a la Iglesia.

Con ese propósito la llevarían a un convento en el norte del país, un convento lejano, escondido y remoto. Allí se vería enterrada en vida en la soledad silenciosa de las hermanas, mientras que el inquisidor, en nombre de Dios, se quedaría con su herencia. Sería legal, no habría escándalo, pues quién iba a discutir la decisión de una mujer de entrar en un convento. El padre Hacha percibía la belleza de aquella conspiración. Ahora no podía fallar. El marqués estaba muerto, su única heredera se iba a hacer monja y la Inquisición sobreviviría.

Aquella noche un carruaje salió de Burgos a las nueve de la noche. Iba tirado por cuatro caballos cuyas cadenas eran de plata. Los caballos eran blancos, el carruaje, azul oscuro, tan brillante que reflejaba las estrellas, y su elegante perfil se veía recorrido por líneas de pintura plateada. Las ventanas iban tapadas con cortinas.

Delante del carruaje iban cuatro mozos, cada uno aguantaba una linterna. Dos linternas más se habían montado encima del carruaje. Los postillones llevaban armas cargadas.

El cochero se detuvo en el límite de la ciudad y miró al teniente que estaba al mando del puesto de guardia.

—¿Todo bien allá delante?

—¿Van muy lejos?

—Dos pueblos.

El teniente español hizo señas al coche de proseguir.

—No tendrán problemas.

Miró el elaborado escudo de armas pintado en el carruaje y se preguntó adonde iría esa noche la Puta Dorada. Tan sólo una hora antes un inquisidor había pasado por el puesto de guardia y el teniente se divirtió con la idea de que ahora se vendía a los curas. Se echó a reír y se volvió hacia sus hombres.

La luz de la luna hacía que el camino pareciera una cinta blanca y recta que se extendía por la llanura hasta llegar a un pueblo, a una milla justa de la ciudad. Allí la carretera zigzagueaba entre casas, cruzaba un vado y luego corría recta hacia las luces del puesto avanzado de caballería.

El carruaje se movía deprisa, cada rueda levantaba una nube de polvo que se elevaba pálida en la noche. Las linternas amarillas vacilaban. El olor de la ciudad quedó atrás, el tufo de estiércol podrido, caballos y humo de cocinas. Allí se respiraba un perfume a hierba. Una cortina del carruaje se descorrió y una cara blanca miró contra el cristal.

La marquesa estaba enfadada. Pierre Ducos se había negado a extenderle el pasaporte que permitiría la marcha de sus carros. Había alegado que era una menudencia, un error del secretario, pero ella no creía que ningún error de un subalterno fuera a impedir que Pierre Ducos llevara a cabo lo que quería. Ella sospechaba que planeaba quedárselos y le había escrito al respecto al emperador, pero podían pasar semanas antes de que recibiera una respuesta, si llegaba alguna; semanas durante las cuales los carros podían desaparecer. Había decidido esa noche que intentaría convencer al general Verigny de que tenía que robar los carros. Tenía que desafiar a Ducos, ir al castillo con sus hombres y sacar los carros. Ella sabía que el general Verigny, a pesar de todas sus medallas, temía a Ducos. Tendría que persuadirlo, y se preguntaba si tal vez la indirecta de que un matrimonio no era impensable resultaría.

El carruaje redujo la marcha en un cruce, pasó por encima de las rodadas transversales y luego delante de una casa con las ventanas rotas y sin puerta. La dama oyó el chirrido del freno en la llanta de la rueda y supo que se acercaban al vado donde el camino serpenteaba entre casas.

El freno chirrió y el carruaje se estremeció. Ella oyó al cochero que gritaba a los caballos mientras el carruaje se balanceaba, aminoraba la marcha y se detenía. Frunció el ceño. Intentó ver algo a través de la ventana, pero la llama del farol la cegaba. Levantó la correa de cuero y dejó caer la ventanilla.

—¿Qué pasa?

—Una muerte, señora.

—¿Una muerte?

Se inclinó fuera de la ventana. Delante de ellos, justo donde el camino daba una vuelta y descendía hacia el riachuelo poco profundo, un sacerdote llevaba la Sagrada Forma para dar la extremaunción. Detrás de él iban dos monaguillos. Los soldados que vigilaban el lugar se habían descubierto. Se dio cuenta de que los soldados eran españoles leales a Francia.

—¡Dícales que se muevan! —exclamó irritada.

—Viene un carruaje del otro lado. Tendremos que esperar igualmente, señora.

La dama tiró de la correa y subió la ventana de golpe; el sonido del otro carruaje que traqueteaba hacia ella quedó amortiguado. Se acomodó en los cojines de terciopelo. Maldito Pierre Ducos, pensó, y maldita la renuencia que mostraba Verigny a oponerse a él. Pensó en el rey José, el hermano de Napoleón y rey marioneta francés de España. Si se firmaba el tratado, reflexionó, entonces José perdería su trono. Se preguntaba si, revelándole el secreto, éste la recompensaría con la orden de que dejaran salir los carros; si así fuera, incluso el rey José se atrevería a desafiar al leal criado de su hermano, Pierre Ducos.

El otro carruaje se detuvo. Ella oyó el grito del cochero y supuso que los soldados querían registrarlo. Sonrió; nadie se atrevía a registrar su carruaje. Entonces la puerta se abrió. Ella se volvió, una mano le agarró del cuello de la capa y vio a un sacerdote que entraba en el carruaje.

—¿Quién es usted?

Hélène tenía una pistola bajo los almohadones. Intentó alcanzarla con la mano derecha.

El hombre se quitó el sombrero ancho. El farol protegido que había en el interior del carruaje dejó ver un rostro fuerte y grande con ojos más duros que la piedra.

—¿Es usted la marquesa de Casares el Grande y Melida Sadaba?

—Sí —contestó ella con voz glacial—. ¿Y usted?

—El padre Hacha.

Vio que había hombres en el exterior del carruaje, sus siluetas se veían débiles en la calle iluminada por la luna. Volvió a mirar al sacerdote y observó que su ropa era más fina que lo que ella hubiera esperado para un cura párroco normal. La dama percibió la violencia de aquel hombre, su fuerza y su hostilidad. Era una pena, pensó, que un hombre como ése dedicara su vida a Dios.

—¿Qué quiere?

—Tengo noticias para usted.

Ella se encogió de hombros.

—Diga.

El inquisidor se sentó en el asiento frente a ella. Parecía llenar el pequeño carruaje con su enorme presencia. Su voz era incluso más profunda que la de Ducos.

—Su marido está muerto.

Ella se quedó mirándolo. No dijo nada. De cada oreja le colgaba un racimo de diamantes. La capa que llevaba, aunque la noche no era fría, estaba ribeteada de piel blanca. De su cuello, donde la mano izquierda aguantaba el cuello de piel, colgaban más diamantes.

—¿No me ha oído?

—Le he oído. —La dama sonrió—. ¿Quiere que le recompense por traerme la noticia? El cochero le dará una moneda.

El rostro del inquisidor permanecía impassible.

—El adulterio es un pecado, mujer.

—Una imprudencia es mala educación. Déjeme, sacerdote.

El la señaló con su mano oscura y fuerte.

—Usted es una adúltera.

Hélène dio unos golpes en la ventana y le gritó al cochero que continuara. El carruaje no se movió; ella tiró enfurecida de la correa y la ventana cayó de golpe.

—¡He dicho que adelante!

Los soldados españoles, incómodos pero obedientes, rodearon el carruaje. Con ellos había hombres con hábitos largos y oscuros. Ella buscó a tientas la pistola entre los almohadones, pero la mano fuerte del inquisidor le alcanzó la muñeca y la apartó.

—Es usted una adúltera, mujer.

Ella intentó soltarse, pero él la cogía con firmeza. La dama llamó a los criados, pero el inquisidor se limitó a sonreír.

—Sus criados obedecerán a su Dios, algo que usted nunca hizo. Usted es una adúltera, y su marido y su amante están muertos.

—¿Mi amante?

—El inglés.

Ella creyó que hablaba del general Verigny, ahora se daba cuenta de que se refería a Richard Sharpe. Sintió remordimientos al oír la noticia; sabía que su carta le había causado la muerte, pero sus propios problemas eran demasiado inmediatos para que el sentimiento de culpa durara.

—¡Déjeme marchar!

—Está usted bajo arresto, mujer.

—¡No sea impertinente!

—Usted es española por su matrimonio y está en la jurisdicción de esta diócesis.

El sacerdote tiró de la dama haciendo que gritara de dolor, pero nadie se movió para ayudarla.

La arrastró fuera del carruaje y la empujó al interior del segundo coche, donde dos mujeres, ambas con caras severas y arrugadas y cubiertas con capuchas blancas, la esperaban. La marquesa gritó a sus criados pidiendo ayuda, pero estaban rodeados por soldados con mosquetes y monjes con bastones; entonces la puerta del coche se cerró de golpe y se puso en camino de una sacudida. El inquisidor tomó asiento frente a ella. Cuando la dama volvió a gritar él se inclinó sobre ella y la hizo callar.

Al cochero de la marquesa le ordenaron que regresara a la ciudad. El comandante español, a quien le habían dado la consigna de obedecer la citación del tribunal eclesiástico, se preguntó dónde llevarían a la Puta Dorada. Le habían dicho que no preguntara, que no se preocupara, que tan sólo obedeciera. Escuchó cómo el coche oscuro traqueteaba en la noche; luego gritó a sus hombres que regresaran a sus puestos.

El general Verigny observaba desde la torre; esperaba ver aparecer los faroles del carruaje por el camino blanco. Esperó mientras la luna se ocultaba debajo de las montañas. Esperó hasta que los relojes dieron las dos y entonces comprendió que no vendría. Pensó en enviar a algunos de sus hombres hacia Burgos para ver si el carruaje de la marquesa había tenido algún problema, pero decidió que probablemente ella estaba flirteando con otro hombre. Renegó, se preguntó si alguno conseguiría dominar a la zorra y se fue a la cama.

El viento de la noche agitaba los espinos en la Entrada de Dios. Los murciélagos aleteaban en la torre del homenaje en ruinas. Una nube tapaba la luna. Las estrellas brillaban.

Tres jinetes ascendían el paso. Avanzaban lentamente. Llegaban tarde. Tenían que haber llegado cuando aún hubiera luz de día, pero habían tardado cuatro horas en encontrar un sitio para cruzar el último río. Todavía tenían los uniformes húmedos. Se detuvieron en la cima del sendero. No se movía nada en el valle, no se veían luces en el pueblo, ni en la atalaya, ni en el convento, ni en el castillo.

—¿Por dónde?

—Por aquí.

Un hombre con un uniforme oscuro como la noche conducía a sus dos compañeros hacia el convento en ruinas. Ató los caballos en una reja junto a la arcada destrozada, donde les quitaron las sillas. Luego abrió una red de forraje. Esparció la comida para los caballos y condujo a sus compañeros al claustro superior. Sonrió. Le era más familiar que el castillo.

El hombre mayor echó una mirada por el claustro derruido.

—¿Los franceses capturaron esto?

—Sí —contestó el hombre con uniforme oscuro que estaba encendiendo un fuego—. Pero Sharpe se ocupó de ellos. —Señaló hacia la capilla en ruinas—. Uno de sus cañones.

En las ruinas donde había crecido la mala hierba había un resplandor de luna sobre el bronce donde un cañón caído estaba medio tapado por vigas y piedras.

El tercer hombre era joven, tan joven que muchos hubieran dicho que era simplemente un niño. Todavía no se afeitaba. Era el único de los tres que no llevaba uniforme, aunque tenía un fusil colgado al hombro. Parecía nervioso. Observaba al que llevaba uniforme oscuro mientras éste encendía un fuego, realizando el trabajo con toda la destreza de un veterano.

El hombre uniformado de oscuro era temible. Tenía un sólo ojo, el otro lo llevaba tapado con un parche negro y su rostro marcado con cicatrices era duro y feroz. Era medio alemán y medio inglés y su apodo en el Sesenta Regimiento era Dulce William. Era el capitán William Frederickson, el fusilero que tendió la emboscada a los artilleros franceses en el puente y que, en Navidad, luchó a las órdenes de Sharpe en ese valle alto. Había regresado a la Entrada de Dios como guía del comandante Michael Hogan y del joven y callado español.

Hogan estaba inquieto. Fue caminando por el claustro, haciendo preguntas respecto a la batalla y mirando fijamente al castillo donde Sharpe ofreciera la resistencia final y rechazara el último ataque francés. El Dulce William iba contestando las preguntas mientras preparaba la comida, aunque el joven español se dio cuenta de que el oficial de fusileros tuerto estaba alerta y escuchaba los sonidos extraños que se oían al otro lado del edificio en ruinas.

La comida consistió en vino, pan, queso y los cuartos de una liebre que Frederickson había cazado anteriormente aquel día y que ahora asaba en la baqueta de su rifle. Del oeste soplabla viento, del lejano océano, que hizo que el fusilero tuerto levantara la cabeza y husmeara. El viento anunciaba lluvia, la promesa de una tormenta de verano que azotaría las montañas.

—Tenemos que meter los caballos dentro cuando hayamos comido.

Hogan se sentó junto al fuego. Dio un tirón a sus pantalones como para que se secaran con rapidez. Hizo una señal al nervioso muchacho español para que se uniera a ellos; luego echó una mirada por las sombras oscuras del convento en ruinas.

—¿Usted cree en los fantasmas, Frederickson?

—No, señor. ¿Y usted?

—Soy irlandés. Creo en Dios Padre, Hijo y en los vientos de Shee.

Frederickson se echó a reír. Cogió un cuarto de liebre de la baqueta y lo dejó en el plato de hojalata de Hogan, puso un segundo trozo en su plato; luego depositó una porción bien grande en el del muchacho. Hogan y el muchacho español observaron

que sacaba un cuarto plato de su mochila, en el que puso el último cuarto de liebre. Hogan empezó a hablar, pero el fusilero sonrió con burla y le hizo una señal para que se quedara en silencio.

Frederickson colocó el plato junto a él y luego alzó la voz.

—¡Le he oído hace un par de minutos, cabrón ruidoso! ¡Venga a comer!

Se oyó una risita proveniente de los claustros. Una bota resonó sobre una baldosa rota y Richard Sharpe salió caminando de entre las sombras y se sentó junto a ellos en la Entrada de Dios.

Capítulo 9

—¿Quién era?

Hogan se encogió de hombros.

—Se llamaba Liam Dooley. Era del condado de Clare. A él y a su hermano menor los iban a colgar por saquear una iglesia. Le prometí al soldado Dooley que dejaría vivir a su hermano si se avenía a esa pequeña charada. —Volvió a encogerse de hombros—. Así que un bribón murió y dos viven.

Sharpe bebió vino. Llevaba dos semanas esperando en la Entrada de Dios, obedeciendo las instrucciones de Hogan, que en la oscuridad de la noche de su «ejecución», lo había enviado en secreto al norte del país.

—¿Cuántas personas saben que estoy vivo?

—Nosotros —contestó Hogan señalando a Frederickson y al chico español—, el general y seis policías militares. Nadie más.

—¿Patrick?

—No —contestó Hogan encogiéndose de hombros—. No está contento.

Sharpe sonrió.

—Un día le daré una sorpresa.

—Si vive usted para dársela —dijo Hogan ásperamente. Se chupó los dedos que estaban manchados con el jugo de la liebre—. Oficialmente usted está muerto. No existe. No hay comandante Sharpe y no existirá nunca a menos que usted se justifique.

Sharpe le sonrió.

—Sí, señor Hogan.

Hogan frunció el ceño ante la frivolidad de Sharpe. William se echó a reír y le pasó a Sharpe un pesado odre de vino. El viento refrescante removía el fuego y soplaba el humo hacia el muchacho español, que era demasiado tímido para moverse. Hogan sacudió la cabeza.

—Es usted un maldito tonto. ¿Por qué tenía que aceptar ese dichoso desafío?

Sharpe no dijo nada. No podía explicarles a sus amigos cómo su sentimiento de culpa por la muerte de Teresa lo había inducido a batirse con el marqués. No podía explicar que a veces sentía regocijo al aceptar grandes riesgos.

Hogan lo observó, luego buscó en un bolsillo y sacó un trozo de papel doblado.

—Esto es suyo.

El papel crujió cuando Sharpe lo desdobló. Sonrió. Era la carta de la marquesa que le daba el pésame después de la muerte de Teresa, la carta que él había querido presentar en el consejo de guerra.

—¿La escondió usted?

—Tenía que hacerlo, ¿no cree? —dijo Hogan como a la defensiva—. ¡Dios!

Teníamos que arreglar la maldita alianza. Si no le hubieran declarado culpable, los españoles no hubieran vuelto a confiar en nosotros.

—Pero yo no era culpable.

—Lo sé —dijo Hogan de malhumor—. Por supuesto que no es usted culpable; Wellington sabe que usted no es culpable; es bien consciente de que si usted se dispusiera a asesinar a alguien lo haría correctamente y no le pescarían. ¡De haber creído en su culpabilidad le hubiera puesto él mismo la cuerda en el cuello!

Frederickson rió levemente. Sharpe echó la carta a las llamas y el repentino flogonazo le iluminó la cara curtida por el sol. Hogan vio cómo la carta se arrugaba.

—Entonces, ¿por qué le escribió esa sarta de mentiras a su marido?

Sharpe se encogió de hombros. Llevaba quince días haciéndose esa pregunta.

—Tal vez quería que muriera. Está destinada a heredar una gran fortuna y creo recordar que tiene gustos caros.

—Salvo en los hombres —dijo Hogan con acidez—. Pero si lo que quería era verlo muerto, ¿por qué le implicó a usted? Parece que tenía a alguien dispuesto a obligarla. —Iba desmigajando distraído un trozo de pan—. Ella tenía que haber sabido que con ello lo metía en problemas. Yo creía que usted le importaba.

Sharpe no dijo nada. El no creía que le importara tan poco a Hélène, que fuera tan insensible. El no la entendía, de hecho pensaba que no entendería nunca la manera de ser de la gente que vivía en casas grandes y tenía derecho a privilegios por nacimiento, pero no creía que la marquesa le deseara ningún mal.

—¿Bien?

Sharpe miró al irlandés.

—No creo que ella deseara mi muerte.

—Usted mató a su hermano.

Sharpe se encogió de hombros.

—A Hélène no le gustaba aquel cabrón.

—¿Está seguro?

—¿Quién diablos lo sabe? —Sharpe se echó a reír—. Nunca pareció que lo quisiera. El era un cabrón arrogante.

—Mientras que usted es, por supuesto, la esencia de la humildad —dijo Hogan agriamente—. Así que ¿quién iba a querer ver muerto a un santo como usted?

Sharpe sonrió y se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Tal vez —dijo el Dulce William en voz baja— los franceses tan sólo querían enfrentar a españoles y británicos, y junto con ello hacer que ahorcaran a un héroe. —Sonrió—. Los periódicos de París se regocijarían con todo ello. Tal vez falsificaron la carta de la marquesa.

—No lo sé. Sé que Hélène ha regresado a España. Sabe Dios por qué —manifestó

Hogan e hizo un gesto de frustración.

Advirtió el repentino interés de Sharpe y se dio cuenta de que su amigo aún estaba enamorado de la mujer de oro.

El muchacho español, que no había hablado desde que entraron en el convento, intentó alcanzar nervioso un pellejo de vino. Frederickson le acercó uno.

Hogan tembló repentinamente. El viento era más fuerte, sonaba sobre las piedras rotas y levantaba las chispas del fuego en la oscuridad.

—¿Y por qué diablos trajo un inquisidor su carta?

—¿Un inquisidor? —preguntó Sharpe—. ¿De la Inquisición española?

—Sí.

—¡Yo pensaba que se habían quedado sin gente para quemar hace años!

—No es así.

Hogan había hablado mucho con el capellán del marqués y se había enterado de algunas cosas referentes al misterioso inquisidor que trajo la carta incriminatoria.

—Se llama padre Hacha y tiene el alma de una serpiente. —Hogan frunció el ceño en dirección a Sharpe—. A Hélène no le habrá dado por la religión, ¿no?

—No creo —contestó Sharpe sonriendo.

—La gente más rara lo hace —dijo Hogan de mal humor—. Pero, si así fuera, dudo que tramara un asesinato. —Se encogió de hombros—. O acaso sí. La religión le hace cosas raras a la gente. Se hizo un silencio. Frederickson cogió un trozo de tabla recogida de la capilla destrozada y lo echó al fuego. El chico español observaba a uno y a otro, preguntándose de qué hablaban. Se quedó mirando a Sharpe. Lo sabía todo de Sharpe y el chico estaba preocupado. Quería su aprobación.

Hogan miró de repente hacia la entrada en ruinas.

—¿Sabe lo que es un torno?

Sharpe le cogió un cigarro a Frederickson, se inclinó hacia delante y lo encendió en las llamas.

—No.

Frederickson, a quien le gustaban los edificios antiguos, sabía lo que era un torno pero se quedó callado.

—Aquí debió de haber uno —dijo Hogan señalando la entrada en ruinas del convento—. Tan sólo los he visto en España. Son como alacenas giratorias construidas en la pared exterior de un convento. Puedes depositar algo en el interior de la alacena desde el exterior, llamar a la campana y una monja desde dentro gira el torno. Tiene divisiones, así que no puedes ver el interior mientras la alacena gira. Lo que sea que se ponga dentro simplemente desaparece y el otro extremo de la alacena es la que da a la calle. —Tomó un sorbo de vino—. Las utilizaban para los bastardos. Una chica tiene un bebé, no puede mantenerlo, así que lo lleva al torno. No hay preguntas. Las monjas no saben quién es la madre y ésta sabe que el bebé está en

buenas manos. Es limpio. Es mejor que dejar al pequeño morir en una cuneta.

—O alistarse en el ejército —dijo Frederickson.

Sharpe no entendía la finalidad de aquella historia, pero sabía que no tenía que preguntarlo. El viento traía nubes que tapaban las estrellas.

Hogan se encogió de hombros.

—A veces me siento como la persona que está dentro del convento. El torno gira, dentro hay un bebé y yo no sé de dónde viene, cómo se llama, quién lo ha puesto allí o qué cabrón se lo pasó bien con la chica y luego la abandonó. Es algo con cierto misterio, pero hay una diferencia. —Levantó la vista del fuego y la dirigió a Sharpe—. Mi trabajo consiste en resolver el misterio. El torno me ha descargado esta cosa en el regazo y usted va a averiguar quién la ha puesto aquí. ¿Lo entiende?

Sharpe asintió con la cabeza. Pensó en que debería ser el comandante de un batallón que iba hacia la guerra. Debería estar preparando a sus hombres para permanecer en la línea de mosquetes y lanzar la muerte hacia un ejército atacante, pero en lugar de eso iba a hacer de espía de Hogan. Se había ganado el trabajo por estúpido, por aceptar el duelo. Y el resultado era este encuentro secreto en las colinas y la oportunidad de acercarse de nuevo a una mujer que una vez considerara inalcanzable, una mujer que había sido su amor durante una estación corta y traicionera en Salamanca.

—Le entiendo.

—Averigüe, regrese y quizá, Richard, tan sólo quizás, el general le devolverá su graduación.

—¿Quizá?

—A Wellington no le gustan los tontos. —Un poco de lluvia siseó al caer sobre el fuego. Hogan se acercó la capa—. Rece por que yo tenga razón.

—¿Respecto a qué?

El irlandés se quedó mirando el fuego.

—No entiendo esto, Richard, de verdad que no. ¡Es tan intrincando! Matar a un general, enviar a un inquisidor, señalarle a usted como el asesino. Algo pensó en todo esto, alguien lo planeó, y yo no puedo convencer a mi estúpido cerebro de que lo hicieron simplemente para verlo a usted ahorcado. Por muy loable que sea la intención, ¿por qué matar a un marqués por ello? No. —Frunció el ceño—. Los cabrones están tramando algo. Lo siento en los huesos, pero no sé lo que es. Así que usted lo averigua. Y si no lo averigua, no regrese.

Dijo estas últimas palabras con brutalidad. Nadie dijo nada. Más lluvia cayó sobre las llamas. Uno de los caballos relinchó suavemente.

Hogan señaló al chico español.

—Se llama Ángel.

Sharpe miró al muchacho y asintió. Ángel le contestó al fusilero con una sonrisa

tímida.

—Se lo voy a dejar a usted y lo quiero de vuelta entero porque es útil. No me importa si usted no regresa, pero quiero a Ángel.

Ángel sonrió nervioso. Hogan levantó la mirada al cielo.

—También tengo un caballo para usted; uno mejor de lo que usted se merece. Y esto. —Sacó algo de su mochila y se lo entregó a Sharpe.

Era un catalejo, el catalejo de Sharpe. Se lo habían regalado hacía diez años cuando lo ascendieron a oficial. Tenía una plaquita de bronce incrustada en la curva del cañón de nogal y en el bronce estaba grabado: En agradecimiento. AW. 23 de septiembre de 1803.

Si no hubiera sido por aquel día, reflexionó Sharpe mientras cogía la lente, ahora no estaría vivo. Sin duda, Wellington había recordado el día en que habían picado su caballo y se vio lanzado hacia las bayonetas de los enemigos. Un sargento llamado Richard Sharpe le salvó la vida al general aquel día, haciendo retroceder al enemigo hasta que el general consiguió ponerse en pie. Debía de ser duro, pensó Sharpe, ver a un hombre que te ha salvado la vida condenado a la horca por un crimen que no ha cometido.

Sharpe miró a Hogan.

—¿Me ha traído la espada?

—Sí.

—¿Y más municiones?

Hogan lo había enviado al norte sólo con su fusil.

—Sí.

—Así que ¿qué hago con su caballo y Ángel?

—Va a resolver mi misterio. —Hogan se puso rapé en la mano, lo sorbió y luego estornudó. Por una vez no renegó después del estornudo—. Podía haber enviado a uno de mis hombres, pero usted tiene una ventaja.

—¿Cuál?

Hogan miró a Sharpe.

—Usted conoce a Hélène. Lo único que deseo es que ella quiera volver a verlo y que le hable. Encuéntrela, acurrúquese con ella, averigüe qué diablos está pasando y salve su miserable carrera.

Frederickson se echó a reír. Sharpe bebió un chorrito de vino del odre.

Hogan señaló a Ángel con la cabeza.

—Ángel es su espía. No se preocupe si le parece joven: lleva trabajando conmigo desde los trece años. Él puede ir donde usted no puede. Y usted tiene otra ventaja. Hélène es bastante conocida. Si ustedes dos se acercan a veinte millas de donde se encuentre, oirán hablar de ella. ¿Sabe cómo la llaman los españoles?

—La Puta Dorada —dijo Sharpe en voz baja. Era un apodo merecido; sin

embargo su uso le ofendía—. ¿Los guerrilleros me ayudarán?

—¿Quién sabe? Creen que usted está muerto, así que use otro nombre. —Sonrió con burla—. No se haga llamar comandante Hogan, por favor. Supongo que tendrá que acudir a los guerrilleros, pero éstos no sienten ningún afecto por la marquesa. A pesar de ello, puede que le ayuden.

—¿Por dónde empezaría a buscar?

—Burgos o Vitoria —dijo Hogan con decisión—. Burgos porque es la encrucijada de los ejércitos franceses y si ella está en España tiene que haberlo atravesado, y Vitoria porque es de allí el inquisidor. No es mucho, bien lo sabe Dios, pero es mejor que nada. —Frunció el ceño mirando al cielo como si estuviera molesto por la lluvia—. Hay otra cosa más.

Sharpe sonrió con ironía.

—¿Está usted dejando las malas noticias para el final?

—Si los franceses le capturan, Richard, gritarán con entusiasmo su victoria desde cada tejado de Europa. Probarán que engañamos a los españoles con una ejecución, lo enseñarán como un oso de feria para probar la perfidia británica. O, si no lo hacen, sencillamente le matarán. Usted está oficialmente muerto, después de todo, así que no tienen nada que perder. —Miró fijamente al fusilero—. Así que no se deje capturar. —Hogan dijo esto con firmeza y, para insistir en el mensaje, lo repitió—: No se deje capturar.

Ese era el temor de Hogan. Había sido el temor de Wellington también, cuando Hogan sugirió enviar a Sharpe a resolver el misterio. El general se crispó al oír el nombre de Sharpe.

—¿Y si cogen a ese idiota, Hogan? ¡Santo Dios! ¡Los franceses nos destrozarán! No. No funcionará, no funcionará.

—No le cogerán, señor —le prometió Hogan a Wellington.

Hogan ya había enviado a Sharpe a la Entrada de Dios y rezaba por que ninguna patrulla de caballería perdida hubiera encontrado al fusilero. Tardó dos días en persuadir al general; su único argumento era que nadie más que Sharpe podría acercarse a la marquesa con seguridad. El general aceptó con renuencia. El había querido enviar a Sharpe de regreso a Inglaterra con la orden de no volver al ejército.

—Si esto sale mal, Hogan, usted también tendrá que ocultarse.

—No saldrá mal, señor. Se lo prometo.

Wellington miró con aire burlón al jefe de sus servicios de información.

—¿Un hombre contra un ejército?

—Sí, señor.

Y ese hombre ganaría, creía Hogan con fervor, porque perder no entraba en el mundo de Sharpe.

Ahora observaba a Sharpe, con el rostro iluminado por las llamas en la Entrada de

Dios, y se preguntaba si éste viviría para regresar al ejército. Lo enviaba únicamente con un niño a adentrarse en las líneas enemigas para encontrar a una mujer que era tan traicionera como bella, pero Hogan no tenía elección. Para ese verano el general planeaba una campaña que podía destruir el poder de Francia en España, pero los franceses sabían lo potente que era la amenaza y se defenderían, utilizando todas las armas de traición y sutileza que tuvieran a mano. Hogan, con un instinto para los problemas a largo plazo, había luchado para dejar que Sharpe penetrara en territorio enemigo. Había un misterio que resolver y sólo Sharpe conocía a la mujer cuya carta había revelado aquel misterio. La única esperanza de éxito estaba en la creencia de Sharpe, que Hogan sabía que podía ser totalmente falsa, de que la marquesa le había tomado cariño al fusilero cuando eran amantes.

Sin embargo, pensaba Hogan, Sharpe podía tener razón. El fusilero transmitía lealtad a todo tipo de hombres y mujeres. Desde putas y generales a sargentos y reclutas asustados. Era un ejemplo de soldado, pero sus amigos y sus amantes conocían su vulnerabilidad y eso les hacía tomarle cariño. Pero Hogan se preguntaba cuánto cariño albergaba la Puta Dorada en su alma.

El viento soplaba racheado, chillando como un alma atormentada en el claustro en ruinas, y traía unas descargas de lluvia que azotaban las tejas rotas y hervía en las brasas. Hogan temblaba en su capa. Aquél era un lugar de fantasmas, la diosa Shee cabalgaba sobre los vientos de tormenta y él enviaba a un amigo hacia lo desconocido para librar una batalla desigual.

Capítulo 10

Sharpe estaba tumbado en la hierba recta y delgada y apoyó el catalejo sobre la mochila. Deslizó hacia un lado la tapa de la lente, ajustó los tubos y observó con asombro y temor. Veía un ejército en marcha. Había visto las manchas de polvo en el cielo elevándose en lo alto mientras la mañana avanzaba hacia el calor del mediodía. El polvo parecía la niebla de un gran fuego de hierba lejos, al sur.

Él había cabalgado hacia la niebla, marchando lentamente por miedo a encontrar patrullas de caballería enemigas y, ahora, a primeras horas de la tarde, estaba tumbado en la cima poco elevada de una colina y observaba a los hombres y animales que habían lanzado la gran mancha de polvo por los cielos.

Los franceses avanzaban hacia el este. Avanzaban hacia Burgos, hacia Francia.

La carretera se la dejaban al tráfico pesado, los carros y los cañones y el bagaje de los generales. Junto a la carretera, pisoteando las cosechas escasas, marchaba la infantería. Movié el catalejo hacia la derecha: los lejanos uniformes eran como un borrón de color en su ojo, y lo enfocó allí donde el camino surgía de un pueblecito. Carretas y cajas de municiones, arzones y ambulancias, carros y más carros, caballos y bueyes con las cabezas bañadas del esfuerzo de acarrear aquellas cargas bajo el caliente sol de España. En el pueblo quedaba la torre de un antiguo castillo, el color gris de la piedra tenía jirones de hiedra, y Sharpe vio que un humo blanco se elevaba de la torre y se mezclaba con el polvo. Se dio cuenta de que los franceses habían saqueado y ahora quemaban la torre. Abandonaban aquel campo, se iban hacia el este, se retiraban.

Empujó el catalejo hacia la izquierda, lo giró para mirar hacia el este y lo más lejos que pudiera, allí donde, como un diminuto borrón gris en el horizonte, las piedras más altas de la fortaleza de Burgos surgían por encima de algunos árboles, y por todas partes la carretera estaba atiborrada de hombres y caballos. La infantería avanzaba lentamente, como si fueran hombres que odiaran retirarse. Sus mujeres y niños avanzaban con dificultad junto a ellos. Los soldados de caballería caminaban junto a sus corceles, tenían órdenes de reservar la fuerza de sus caballos, mientras que tan sólo unos pocos escuadrones, en su mayoría lanceros cuyos estandartes estaban manchados con el polvo blanco, iban al trote situados en los flancos de la enorme columna para protegerla de los excelentes tiradores españoles.

Sharpe apoyó el catalejo. Sin la ayuda de aquella fina lente el ejército francés parecía una culebra negra serpenteando por el valle. Sabía que estaba viendo una retirada, pero no sabía por qué se retiraba el enemigo. No había oído cañones tronando en la distancia que le hubieran revelado una gran batalla que Wellington hubiera ganado. Simplemente observaba la gran bestia que serpenteaba en el valle, manchaba el cielo de blanco y no tenía ni idea de por qué estaba allí, o adonde iba, o

dónde estaban sus fuerzas.

Se retiró de la línea del horizonte, cerró el catalejo de un golpe y se volvió hacia el caballo que había atado a un mojón de piedra.

Hogan le había dejado un semental elegante, fuerte y paciente llamado *Carabina*, que ahora estaba observando a Sharpe y retorció la cola larga, negra y sin cortar. Era un caballo afortunado, pensó Sharpe, porque la norma en el ejército británico era que a todos los caballos había que cortarles bien la cola, pero a *Carabina* le habían dejado la suya intacta de manera que, a cierta distancia, les pareciera a los franceses uno de los suyos. También lo habían alimentado con maíz, estaba fuerte y sería capaz de llevar a alguno de los hombres de Hogan a adentrarse en las líneas francesas para espiar. Ahora conducía a Sharpe al encuentro de su dama.

Aunque, si la marquesa estaba en Burgos, reflexionó Sharpe mientras caminaba hacia *Carabina*, resultaría imposible llegar hasta ella. El ejército francés se replegaba a esa ciudad y aquella noche Burgos estaría rodeado por el enemigo. Lo único que podía desear era que Ángel estuviera a salvo.

El muchacho tenía dieciséis años. Su padre, un fabricante de vinos, murió intentando librar a su mujer de las atenciones de los dragones franceses. Ángel había visto morir a sus padres, había visto arder su casa y el taller de su padre hasta quedar reducidos a cenizas y aquella misma noche, armado tan sólo con un cuchillo, mató a su primer francés. Había tenido suerte de escapar. Se deslizó en la oscuridad con sus piernas de chaval mientras las balas de los centinelas franceses iban tras él entre el centeno alto. Le había explicado la historia a Sharpe con timidez.

—Puse el cuchillo en la tumba de mis padres, señor.

Había enterrado a sus padres él mismo, luego fue a unirse con los guerrilleros. Tan sólo tenía trece años.

En lugar de guerrilleros encontró a uno de los oficiales exploradores de Hogan, los hombres que, con uniforme de gala, galopaban con sus caballos veloces bien adentro del territorio enemigo. Aquel oficial mandó al muchacho a Hogan y durante los tres últimos años Ángel había hecho de mensajero entre los británicos y los guerrilleros.

—Ahora me estoy haciendo mayor para eso.

Sharpe se rió entre dientes.

—¿Mayor? ¿Con dieciséis años?

—Ahora los franceses ven en mí a un hombre. Saben que podría ser un enemigo. —Ángel se encogió de hombros—. Antes, cuando yo tan sólo era un niño, no se fijaban en mí.

Ese día, mientras Sharpe se tumbaba y observaba al ejército francés que marchaba penosamente hacia Burgos, Ángel había entrado en la ciudad. Su caballo, un obsequio de Hogan, lo había dejado con Sharpe, junto con el fusil. El chico rechazaba

cualquier sueldo que le ofreciera el comandante Hogan; tan sólo quería comida, alojamiento cuando estaba con los británicos y «el arma que mata». Le ofrecieron un mosquete de ánima lisa y lo había rechazado con mordacidad. Tan sólo quería un fusil Baker y, ahora que uno de ellos era suyo, lo cuidaba con amor, pulía la madera y limpiaba con meticulosidad el percutor. Afirmaba que él y su fusil habían matado dos franceses por cada año de su vida.

No parecía sentir curiosidad por su trabajo con Sharpe. La Puta Dorada no le decía nada y no le importaba si el marqués de Casares el Grande y Melida Sadaba estaba muerto. Esas cosas le aburrían. Tan sólo le interesaba que le habían dicho que su trabajo era importante, que el éxito haría daño a sus enemigos y que la búsqueda de la marquesa le llevaría donde había más franceses para matar. Se alegraba de trabajar para Sharpe. Había oído que retozando y gruñendo había matado muchos franceses. Sharpe sonrió.

—Hay algo más en la vida que matar franceses.

—Lo sé, señor.

—¿Sí?

Ángel asintió con la cabeza.

—Pero todavía no quiero casarme. —Levantó la vista del fuego y miró a Sharpe a los ojos—. ¿Usted cree que puede hacer huir a los franceses del otro lado de las montañas? ¿De vuelta a Francia?

Sharpe asintió con la cabeza.

—Probablemente.

—Debería unirme a sus fusileros entonces. —Sonrió—. Marcharé sobre París y recordaré a mis padres.

Ángel no era el primer joven español que se alistó en los fusileros británicos; de hecho, algunas compañías tenían una docena de españoles que habían suplicado ingresar en las tropas de élite. El Dulce William Frederickson decía que el único problema con los reclutas españoles era conseguir que dejaran de luchar. «Quieren ganar la guerra en un día.» Sharpe, mientras escuchaba a Ángel hablar de sus padres, entendía el ardor con el que luchaban.

Sharpe cabalgó de vuelta al valle lleno de bosques donde esperaba que Ángel regresara de la ciudad. Desensilló a *Carabina* y lo ató al tronco de un pino. Inspeccionó como era su deber los cascos de los caballos, deseando que Ángel, que era mucho más eficiente en cuanto al cuidado de los caballos, estuviera allí para ayudarle; luego llevó la silla hasta el pequeño claro donde tenían la cita.

Sharpe esperó. El anochecer alargaba las sombras entre los troncos de los pinos y el viento hacía vibrar las ramas por encima. Reconoció los márgenes del valle al crepúsculo, en busca de personas, pero tan sólo vio una zorra y sus cachorros que se entretenían retozando y gruñendo al pie de un banco arenoso. Regresó hasta los

caballos, se puso el fusil al costado y esperó el regreso de Ángel.

El muchacho llegó al amanecer como una sombra gris entre los árboles; traía consigo un queso envuelto en hojas de parra, una hogaza y noticias. Antes de que pudiera decir una palabra a Sharpe respecto a la marquesa insistió en recuperar su fusil e inspeccionarlo en la penumbra, como si la separación de una noche hubiera podido cambiar el arma en algo. Satisfecho, levantó la vista hacia el fusilero.

—Ella ha desaparecido.

Sharpe sintió que sus esperanzas se desvanecían. Durante esos cuatro días desde que se separó de Hogan había temido que Hélène hubiera regresado a Francia.

—¿Desaparecida?

Ángel le explicó la historia. Había abandonado la ciudad en un carruaje y aunque el carruaje había regresado, la marquesa no iba en él.

—Los franceses estaban enfadados. Tenían caballería buscando por todas partes. Miraron en todos los pueblos, ofrecieron una recompensa de oro, pero nada. Subieron la recompensa, pero nada. Se ha ido.

Sharpe soltó un reniego y el muchacho sonrió con ironía.

—¿No confía en mí, eh? —Se echó a reír. Era un chico sorprendentemente guapo, de cabello rizado y rasgos marcados. Los ojos castaños brillaban con la luz del fuego que había encendido al amanecer—. Yo sé dónde está, señor.

—¿Dónde?

—En el Convento de los Cielos, en Santa Mónica. —Ángel levantó una mano para atajar la pregunta de Sharpe—. Creo.

—¿Cree?

Ángel tomó la botella de vino y bebió.

—Los sacerdotes la cogieron, sí. Ellos y los monjes. Todo el mundo lo sabe, pero nadie habla. Dicen que la Inquisición estaba aquí. —Se santiguó y Sharpe pensó en el inquisidor que llegó con la carta para el marqués. Ángel sonrió—. Ellos no saben dónde se la llevaron, pero yo sí.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque soy Ángel, ¿no? —El chico se echó a reír—. He visto a un hombre que me conoce. Él es quien informa a los guerrilleros de las tropas que marchan hacia las colinas. Yo confío en él.

Tales palabras deberían haber sonado extrañas en la boca de un chico de dieciséis años, pero no lo resultaban proviniendo de alguien que llevaba arriesgando la vida desde los trece años. Ángel cogió un poco de tabaco suelto del bolsillo, un trozo de papel, y tal como hacen los españoles, se lió un rudimentario cigarro. Se inclinó hacia delante y la punta del cigarro brilló cuando él lo chupó sobre la llama del fuego.

—Ese hombre dice que ha oído que la mujer fue llevada a Santa Mónica, al convento. Se lo oyó a los guerrilleros. —Ángel echó el humo hacia el aire—. Los

guerrilleros vigilan el convento.

—¿Los guerrilleros?

—Sí. ¿Ha oído hablar del Matarife?

Sharpe meneó la cabeza en señal de negación. Las colinas de España estaban llenas de jefes guerrilleros que tenían apodos caprichosos. Intentó pensar en lo que significaba la palabra.

—¿Un hombre que mata animales?

—Sí. Un carnicero. Tiene que haber oído hablar de él. Es famoso.

—¿Y vigila el convento?

Ángel dio una chupada en el cilindro de tabaco que se deshacía.

—Eso dicen. Vigilará la mesa, no el convento.

—¿La mesa?

—El convento está en una montaña, ¿no? Muy alta con la cima plana, una meseta. Hay pocos caminos que lleven arriba, señor, así que es fácil de vigilar.

—¿Dónde está?

—A dos días a caballo. Allí —dijo señalando hacia el nordeste.

—¿Tú has estado allí?

—No. —Ángel tiró con asco los restos de su cigarro al fuego. No le había cogido bien el tranquilo a eso de liar el papel y el tabaco—. Aunque he oído hablar del lugar.

Sharpe intentaba entender algo, un poco, de lo que decía Ángel. ¿La Inquisición? Esta coincidencia daba veracidad al relato del muchacho, pero ¿por qué había de querer la Inquisición secuestrar a Hélène? ¿Y por qué, por ese motivo, estaría vigilando el Matarife el convento donde estaba retenida ella?

Se lo preguntó al chico y Ángel se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? No es un hombre al que se le pueda preguntar.

—¿Qué tipo de hombre es?

El muchacho frunció el ceño.

—Mata a franceses. —Hizo los cumplidos dudosamente—. Pero también mata a su propia gente, ¿sabe? Una vez les disparó a doce hombres de un pueblo porque los aldeanos habían rechazado la comida de sus hombres. Entró a caballo a la hora de la siesta y les disparó. Ni siquiera Mina puede controlarlo. —Mientras se liaba otro cigarrillo, Ángel le habló del hombre que había sido elegido general de todos los guerrilleros. Mina era conocido por ejecutar a hombres como el Matarife que perseguían a sus propios compatriotas—. Los franceses le tienen miedo. Dicen que una vez puso las cabezas de cincuenta franceses sobre la calzada principal, una en cada milla a través de las montañas para que los franceses las fueran encontrando. Eso fue cerca de Vitoria, su población natal. —El chico se echó a reír—. Mata lentamente. Dicen que tiene un abrigo de cuero hecho con la piel de franceses.

Algunos dicen que está loco.

—¿Podemos encontrarlo?

—Sí —contestó Ángel, como si la pregunta fuera innecesaria—. ¿Así que cabalgamos hacia las montañas?

—Cabalgamos hacia las montañas.

Cabalaron hacia el nordeste, allí donde las montañas se convierten en riscos vertiginosos, los terrenos de caza de las águilas, una tierra de valles imponentes y de cascadas que brotan desde las nubes bajas de la mañana para caer muchísimos metros formando elevados riachuelos fríos.

Penetraron en el nordeste en una tierra de pocos habitantes y los que había eran tan pobres y tenían tanto miedo que huyeron cuando vieron acercarse a dos jinetes extraños. Alguna de la gente de aquí, dijo Ángel, no debía de saber siquiera que había una guerra.

—¡Ni siquiera son españoles! —dijo cáustico.

—¿No son españoles?

—Son vascos. Tienen una lengua propia.

—Así que ¿quiénes son?

Ángel se encogió de hombros desdeñoso.

—Viven aquí.

Resultaba obvio que no tenía nada más que decir de ellos.

A Sharpe le pareció que Ángel estaba preocupado. Habían penetrado en aquellas montañas del norte y estaban lejos de los franceses. Estaban lejos de la guerra y, por lo que Ángel había oído en Burgos, lejos de la agitación.

Los rumores en Burgos decían que finalmente los británicos avanzaban e iban a atacar el norte. El ejército francés del norte se retiraba y Sharpe había visto la vanguardia de aquel ejército cuando se acercaba a Burgos. Ángel temía que la campaña acabara antes de que él hubiera podido volver a matar. Sharpe se echó a reír.

—No habrá terminado.

—¿Me lo promete?

—Lo prometo. ¿Cómo encontraremos al Matarife?

—Él nos encontrará a nosotros, señor. ¿Usted cree que él no sabe que hay un inglés en las colinas?

—Tan sólo recuerda que no has de llamarme Sharpe.

—Sí, señor —contestó Ángel sonriendo—. ¿Cómo se llama usted ahora?

Sharpe sonrió. Recordaba al oficial amable y pesaroso que había ejercido su acusación.

—Vaughn. Comandante Vaughn.

Cabalgó por entre las rocas altas, por debajo de las águilas, en busca de la

marquesa y del Matarife.

El Matarife, al igual que Ángel, estaba preocupado por encontrarse lejos de las riquezas que iban a correr más hacia el sur. Esos valles altos y profundos eran pobres, había pocos franceses a quienes tender una emboscada y poco que robar en los míseros pueblos. Llevaba a dos prisioneros franceses con él, juguetes para su entretenimiento.

La noticia del inglés se la llevaron tres de sus hombres. El Matarife ocupaba una posada, o lo que pasaba por ser una posada en lugar tan miserable, y mostró un aspecto amenazador a sus hombres como si fueran ellos los responsables de aquello.

—¿Dijo que quería hablar conmigo?

—Sí.

—¿No dijo por qué?

—Tan sólo que su general lo envía.

El Matarife gruñó.

—No antes de tiempo, ¿eh?

Sus tenientes menearon la cabeza. Wellington había enviado mensajeros a otros jefes guerrilleros, pidiendo su cooperación, y el Matarife supuso que le había llegado el turno. Pero no podía estar seguro de ello. En el convento, miles de metros valle arriba, estaba la Puta Dorada. La había llevado su hermano, que advirtió al Matarife que los franceses podían ir en su busca, pero el inquisidor no había dicho nada respecto a un inglés. El Matarife entendía que un hombre fuera en busca de aquella mujer.

La había visto en el carruaje e, incluso despeinada y llorosa, era hermosa.

—¿Por qué entregarla a las monjas? —preguntó.

—Ha de hacer los votos, ¿no lo entiendes? —le espetó su hermano—. ¡Ha de ser legal! ¡Ha de hacerse monja! ¡Ha de hacer los votos, nada más importa!

El inquisidor le había dejado instrucciones a su hermano de que no permitiera a nadie acercarse al convento y que si alguien preguntaba por la marquesa, había que negar su presencia. Iba a ser enterrada y olvidada en manos de Cristo.

Ahora el Matarife se preguntaba si el inglés había venido en busca de la Puta Dorada.

—¿Cómo se llama?

—Vaughn. Comandante Vaughn.

—¿Va solo?

—Hay un chico con él.

Uno de sus tenientes percibió la preocupación en el rostro del Matarife y se encogió de hombros.

—Mátalo. ¿Quién se va a enterar?

—Tú eres tonto de remate.

El Matarife hurgaba en el fuego con la punta de su espada. Hacía frío en aquellos valles profundos y el hogar de la estancia principal de la posada no calentaba mucho. Volvió a mirar a los hombres que habían hablado con el inglés la noche anterior.

—¿No dijo nada de una mujer?

—No.

—¿Estáis seguros de que es inglés? ¿De que no es francés?

Los hombres se encogieron de hombros.

El Matarife miró por la ventana, se agachó para poder ver la parte más alta del bloque de risco enorme y gris donde se encaramaba el Convento de los Cielos. La presencia de la marquesa en aquella construcción fría se suponía que era secreta, aunque el Matarife sabía mejor que nadie que había pocos secretos en el campo español. Alguien debía de haber hablado. Podía matar al inglés, pero eso era el último recurso. Los ingleses eran la fuente de oro, cañones y municiones, los desembarcaban en las playas ocultas de la costa norte de noche. Si había que matar al inglés, el Matarife tenía la sospecha de que había que sopesarlo. Sus hombres se verían perseguidos y castigados por otros guerrilleros. Aunque si tuviera que hacerlo lo haría; pero preferiría dejarlo marchar satisfecho, sin sospechas, para él poder continuar con su aburrida vigilancia.

—¿Dónde está el comandante Vaughn?

—En los dos puentes.

—Traedlo esta noche —dijo el Matarife mirando a uno de sus tenientes—. Traed a los prisioneros. Divertiremos a nuestro inglés.

—¿La mujer también?

—En especial, ella —dijo el Matarife sonriendo—. ¡Si ha venido a por una mujer se puede quedar con ella! —Se echó a reír.

Había engañado a los franceses durante cuatro años y ahora engañaría a un inglés. Pidió vino a gritos y esperó hasta que fuera de noche.

La noche caía rápidamente en las profundidades del valle bajo el Convento de los Cielos. Cuando las cimas todavía estaban teñidas del rojo de los últimos rayos del sol, ya era oscuro en la posada que el Matarife llamaba su cuartel general. Frente a la posada y alumbrado por antorchas humeantes, había un área de tierra batida. Sharpe y Ángel, conducidos por guías silenciosos, fueron llevados al espacio iluminado.

Lanzaron una cadena en el pedazo de tierra. Allí se quedó, diez pies de eslabones oxidados; en el extremo más alejado, nervioso y vestido tan sólo con unos pantalones hechos jirones, había un prisionero.

Un guerrillero cogió la cadena y enroscó un extremo alrededor de la muñeca izquierda del hombre. La ató toscamente, tiró de ella para asegurarse de que estaba

atada y luego retrocedió. Sacó de su cinturón un cuchillo largo y lo lanzó a los pies del hombre.

Uno de los individuos que habían guiado a Sharpe hasta aquel lugar sonrió cínicamente al prisionero.

—Un francés. Observa su muerte, inglés.

Un segundo hombre avanzó, un español voluminoso que se quitó de los hombros la capa y cuyo aspecto provocó los aplausos de los guerrilleros que observaban. El hombre se volvió hacia Sharpe y el fusilero vio una cara que al principio parecía anormal, como si perteneciera a la de una criatura que fuera medio bestia y medio hombre. Sharpe había oído contar a sus hombres historias de seres extraños que eran hombres de día y bestias de noche, y aquel hombre podía ser uno de esos seres. La barba le nacía en las mejillas, le crecía hasta los pómulos, dejando sólo un pequeño hueco bajo el cabello, un hueco por el que dos ojos pequeños y astutos miraban a Sharpe. El hombre sonrió.

—Bienvenido, inglés.

—¿El Matarife?

—Por supuesto. ¿Nuestro asunto puede esperar?

Sharpe se encogió de hombros. Los guerrilleros lo observaban con una sonrisa cínica. Se dio cuenta de que aquella demostración era en su honor.

El Matarife se inclinó, cogió el extremo suelto de la cadena y se lo enrolló en el antebrazo izquierdo. Sacó de su cinturón un cuchillo largo como el que llevaba el francés.

—Voy a contar cómo mueres, cerdo.

El francés no entendió las palabras. Entendió que tenía que luchar y se pasó la lengua por los labios, levantó el cuchillo y esperó mientras el Matarife retrocedía y levantaba la cadena del suelo hasta que estuvo tensa entre ambos. El Matarife siguió estirando, obligando al francés a avanzar. El prisionero tiraba hacia atrás y los guerrilleros se reían.

Sharpe vio que muchos de los guerrilleros, en lugar de observar el extraño combate, lo miraban a él. Lo estaban poniendo a prueba. Sabían que los ingleses trataban a los prisioneros con decencia; querían saber qué tipo de hombre era Sharpe. ¿Se inmutaría ante aquella exhibición? Si lo hacía quedaría mal.

El Matarife miró a Sharpe, entonces de repente tiró de la cadena haciendo que el prisionero diera un traspies. Los guerrilleros se adelantaron, con el cuchillo bajo, y el francés dio una cuchillada desesperada con su arma. A Sharpe le pareció que debía sangrar, pero cuando el Matarife retrocedió no estaba tocado.

El prisionero tenía un corte en el brazo izquierdo. La sangre goteaba de la cadena.

—Uno —dijo el Matarife.

—Uno —repitieron sus hombres.

Sharpe observaba. El jefe de los guerrilleros era rápido, así como diestro en aquel tipo de lucha. Sharpe dudaba de si había visto alguna vez un hombre tan rápido con un cuchillo. La cara barbuda sonreía.

El francés, de repente, arremetió hacia delante, girando la cadena hacia arriba en un intento de enrollarla en el cuello de su oponente. El Matarife se echó a reír, retrocedió y el cuchillo apareció como un temblor de brillo bajo la luz de la llama.

—¡Dos!

El francés sacudía la cabeza. Tenía sangre en la frente.

La cadena se balanceaba entre ellos. Una vez más el Matarife retrocedió. Los eslabones tintinearón al tensarse y el Matarife siguió tirando con firmeza, de forma inexorable y atrayendo al francés hacia delante. El prisionero se pasaba la lengua por los labios. Aguantaba el cuchillo bajo, pero su cara mostraba preocupación. Intentaba planificar aquel combate y al Matarife le satisfacía dejarle planear su estrategia. El Matarife era experto en aquel tipo de lucha. No temía a ningún francés, a ningún hombre que estuviera entrenado para aquel tipo de lucha.

De repente el francés dio un tirón hacia atrás con todas sus fuerzas y el Matarife, riendo, se adelantó deprisa de forma que el francés, cogido por sorpresa, cayó hacia atrás. El Matarife estiró de la cadena, arrastrando al hombre en el suelo, estirando y arrastrando, riendo mientras su prisionero se revolvió como un pez atrapado y en tierra. Entonces el Matarife se adelantó y le dio al francés una cox en el antebrazo izquierdo con el pie derecho y su bota negra.

Sharpe oyó el crujido del hueso y el grito ahogado del prisionero.

—Tres —dijo el Matarife.

Se separó para que el francés pudiera levantarse. El prisionero parecía mareado. Estaba sufriendo. Tenía el brazo roto y cada tirón de la cadena sería ahora un sufrimiento. El hombre levantó la vista hacia su torturador y de repente arremetió con el cuchillo lanzándose hacia delante, pero el Matarife simplemente se echó a reír y movió la mano del cuchillo más deprisa de lo que podía seguir un ojo.

—Cuatro.

Había sangre en el dorso de la mano del francés. Sharpe miró al guía que estaba junto a él.

—¿Cuánto dura?

—Al menos treinta cuchilladas, inglés. Algunas veces cien. No le gusta, ¿eh? —dijo el hombre y se echó a reír.

Sharpe no contestó. Lentamente, muy lentamente, de forma que nadie viera lo que hacía, se echó hacia delante y buscó con su mano derecha la llave de su fusil que estaba metido en una pistolera de la silla de montar. En silencio y despacio, echó hacia atrás el percutor hasta que lo notó totalmente ajustado.

El francés estaba ahora de pie. Sabía que estaban jugando con él, que su oponente

era un maestro en aquel tipo de combate, que las cuchilladas continuarían una y otra vez hasta que su cuerpo hirviera de dolor y estuviera empapado en sangre. Atacó al Matarife, dando tajos a derecha e izquierda, apuñalando, en un frenesí de desesperación. El Matarife que, a pesar de su volumen, era tan rápido de movimientos como nunca hubiera visto Sharpe, parecía ir bailando al separarse de cada ataque. Se reía, mantenía su cuchillo separado y entonces, cuando el arrojo del francés aflojaba, el cuchillo avanzaba.

—¡Cinco!

La multitud jaleó. Con terrible precisión, el cuchillo había pinchado uno de los ojos del prisionero. El hombre chillaba, se retorcía, pero el cuchillo hizo lo mismo con su otro ojo.

—Seis —dijo el Matarife y se echó a reír.

—¡Seis! —chillaron los hombres.

El español que Sharpe tenía al lado lo miró.

—Ahora empieza la diversión, inglés.

Pero Sharpe había sacado el fusil de la pistolera, se lo había puesto al hombro y apretó el gatillo.

La bala penetró entre los ojos cegados y derribó al francés muerto sobre el suelo que estaba manchado con su sangre. Entonces se hizo el silencio.

Sharpe volvió a meter el arma dentro de la pistolera e hizo que *Carabina* se adelantara. Ángel estaba tenso de miedo. Una docena de hombres alrededor del terreno de combate habían amartillado sus mosquetes mientras el humo del fusil se elevaba por encima del cuerpo muerto.

Sharpe refrenó el caballo ante el enfado del hombre barbudo. Hizo una inclinación en su silla.

—Ahora podré presumir de que luché contra los franceses al lado del gran Matarife.

El Matarife levantó la vista sorprendido hacia el inglés que le había estropeado la diversión. El sabía por qué el inglés había disparado a aquel hombre: porque el inglés era impresionable; pero al hacer tal cosa había retado al Matarife frente a sus propios hombres. Ahora, pensó, este comandante Vaughn había ofrecido una fórmula de salvación.

El Matarife se echó a reír.

—¿Habéis oído eso? —Se había desenrollado la cadena y señalaba a sus secuaces—. Dice que ha luchado a mi lado, ¿eh?

Sus hombres se echaron a reír y el Matarife levantó la vista hacia Sharpe.

—Así que ¿a qué ha venido aquí?

—A traerle saludos del generalísimo.

—¿Ha oído hablar de mí? —preguntó el Matarife recogiendo una gran hacha que

se colgó al hombro.

—¿Quién no ha oído hablar del Matarife?

La tensión había desaparecido. Sharpe era consciente de que había fallado una prueba al negarse a asistir a la tortura de un hombre ciego, pero al matar al francés se había hecho merecedor de un cierto respeto. Merecedor también de algo de beber. Lo llevaron a la posada, pidieron vino y los cumplidos que le hicieron fueron muchos y falsos. Aquello era el prefacio al asunto de la noche.

Estuvieron bebiendo durante dos horas. La estancia principal de la posada se llenó de humo a medida que la velada se alargaba. Les dieron de comer, un pedazo de carne de cabra con un jugo grasiento que Sharpe se comió hambriento. Fue al final de la cena cuando el Matarife, envuelto en una capa de piel de zorro, volvió a preguntarle al inglés a qué había venido.

Sharpe contó una historia a medias verdadera; una historia según la cual el ejército británico avanzaba hacia Burgos y empujaba a los franceses por la calzada principal. El había venido, les dijo, porque el generalísimo quería tener la seguridad de que todos los guerrilleros estarían en la carretera para apoyar la retirada francesa y ayudar a matar franceses.

—¿Todos los guerrilleros, inglés?

—Pero en particular el Matarife.

El Matarife meneó la cabeza; no había nada en lo relatado por Sharpe que pudiera resultarle sospechoso. Sus hombres estaban excitados ante la idea de una batalla en la calzada principal, del botín que se tomaría, de los rezagados que se podrían ir matando. El Matarife se hurgó los dientes con una astilla de madera.

—¿Cuándo vendrán los británicos?

—Vienen de camino. Sus soldados cubren las llanuras como una riada. Los franceses huyen, corren en dirección a Vitoria.

Eso no era cierto. Sharpe tan sólo había visto cómo los franceses se retiraban hacia Burgos y si la campaña de ese año era como la del anterior, se harían fuertes en la fortaleza de la ciudad. Sin embargo, la mentira convenció al Matarife.

—Le diré a su general que mis fuerzas le ayudarán —dijo el Matarife, e hizo un gesto de magnanimidad con la mano señalando toda la estancia.

—Eso le aliviará —repuso Sharpe empujando la bota de vino sobre la mesa—. Aunque se mostrará curioso respecto a una cosa.

—Pregunte.

—No hay franceses en estas montañas; sin embargo ustedes están aquí.

—Me oculto de ellos: quiero que piensen que me he ido y cuando lo celebren, ¡volveré! —y se echó a reír.

Sharpe también se rió.

—Es usted un hombre inteligente.

—Dígaselo a su general, inglés.

—Eso le diré.

Sharpe sentía que le escocían los ojos por el humo espeso del tabaco. Miró a Ángel.

—Hemos de irnos.

—¿Ya? —preguntó el Matarife frunciendo el ceño.

Estaba más que convencido de que el inglés no había venido por la mujer y disfrutaba con las adulaciones que impresionaban a sus hombres.

—¿Ya se van?

—A dormir. Mañana he de cabalgar hasta mi general con estas nuevas. Está impaciente por tener noticias tuyas.

Sharpe calló mientras empujaba hacia atrás la silla, rebuscó en su bolsillo y sacó un trozo de papel. Era una orden del coronel Leroy referente a reparar las teteras de campaña, pero nadie en aquella habitación lo sabría. La leyó, frunció el ceño, luego levantó la vista hacia el Matarife.

—¿Casi me olvido! ¿Ustedes vigilan a la Puta Dorada? —Sentía la tensión en la habitación, traicionada por el repentino silencio con que fueron recibidas sus palabras. Sharpe se encogió de hombros—. No es importante, pero mi general me lo preguntó y yo se lo pregunto a usted.

—¿El qué?

Sharpe arrugó el trozo de papel y lo lanzó al fuego.

—Hemos oído que la habían traído aquí.

—¿Han oído?

—Cualquier cosa que haga el Matarife es importante para nosotros —dijo Sharpe sonriendo—. Verá, nos gustaría hablar con ella. Ella debe de saber cosas del ejército francés que nos serían de ayuda. El generalísimo siente una gran admiración por usted al haber capturado a una espía tan importante.

Parecía que los cumplidos tranquilizaban al barbudo suspicaz. Lentamente, muy lentamente, el Matarife asintió.

—¿Quiere hablar con ella, inglés?

—Durante una hora.

—¿Sólo hablar?

Se oyó una risotada en la habitación.

Sharpe sonrió.

—Tan sólo hablar. Una hora, no más. ¿Está en el convento?

El Matarife seguía convencido de que la misión de Sharpe era asegurarse de su ayuda para la campaña de verano. Era una lata que el inglés hubiera oído algo de la presencia de la mujer en las montañas, pero él creía en el inglés cuando decía que sencillamente quería hablar. Además, ¿cómo podrían un inglés y un muchacho

español rescatarla de sus hombres? El Matarife sonrió, sabiendo que tenía que enviar al comandante Vaughn de regreso satisfecho. El simple hecho de negar que la marquesa estaba en esas montañas era arriesgarse a que el inglés quisiera buscar por sí mismo. Hizo una señal a uno de sus hombres; éste abandonó la estancia repleta de humo y se volvió hacia Sharpe.

—¿La conoce, comandante Vaughn?

—No.

—Le gustará —dijo el Matarife y se echó a reír—. Pero no está en el convento.

—¿No?

A Sharpe le pusieron más vino delante. El Matarife sonreía contento.

—Está aquí.

—¿Aquí?

—Me enteré de que venía usted, inglés, y pensé que ayudaría a su general si le dejaba hablar con ella. Tiene mucho que contarle de sus enemigos. Yo esperaba a ver si usted preguntaba por ella; de no haberlo hecho, ¡le hubiera dado una sorpresa!

Sharpe sonrió.

—Daré cuenta a mi general de su ayuda. Querrá recompensarlo.

Luchaba por no dar muestras de su excitación ni su consternación. Pensar que Hélène estaba en poder de esa bestia era horrible, pensar en cómo se la iba a llevar de allí era desalentador; sin embargo, él no quería que se notara. En su cabeza también estaba presente el miedo de que ella no supiera nada, de que la muerte de su marido le resultara un misterio tan grande como para Sharpe. Pero si tenía alguna esperanza de recuperar su graduación y su carrera, era preciso hacerle unas preguntas.

—¿La va a traer a esta habitación?

—Le daré una habitación para que hable con ella, inglés.

—Se lo agradezco, Matarife.

—¡Una habitación privada, comandante! —El Matarife se echó a reír e hizo un gesto obsceno—. Tal vez cuando la vea quiera hacer algo más que hablar, ¿no?

La risotada del Matarife se vio interrumpida por un grito procedente del exterior de la posada y el sonido de unos pies corriendo. La puerta trasera se abrió de golpe y una voz reclamó a gritos al Matarife.

El Matarife se abrió paso hacia la puerta y Sharpe salió con él. La habitación estaba llena de hombres que gritaban pidiendo faroles. Entonces Sharpe se agachó bajo el dintel y vio una luz proveniente de una cabaña destrozada que se utilizaba como establo. Los hombres corrían hacia el cobertizo con los faroles encendidos y Sharpe fue con ellos. Se abrió paso entre los españoles y se detuvo en la puerta. Tenía ganas de vomitar, tan repentina le resultó la conmoción, y lo siguiente que tuvo ganas de hacer fue desenvainar la gran espada y segar a esas bestias que se apiñaban en el pequeño patio a su alrededor.

En el cobertizo se hallaba ahorcada una muchacha. Estaba desnuda. Su cuerpo aparecía surcado por brillantes arroyos de sangre, sangre lo bastante fresca para brillar, pero no tan tanto como para seguir chorreando.

La muchacha giraba en la cuerda que tenía alrededor del cuello.

El Matarife soltó un reniego. Abofeteó a un hombre que afirmaba que la muchacha se había suicidado.

El cuerpo giraba, delgado y blanco. Los muslos y el estómago mostraban magulladuras oscuras bajo la sangre que le alcanzaba los tobillos. Tenía las manos delgadas y pálidas, las uñas rotas, pero todavía con puntos rojos que revelaban que las había llevado pintadas. Tenía paja en el pelo.

Una docena de hombres gritaron. Habían encerrado a la muchacha allí y ella debía de haber encontrado la cuerda. La voz del Matarife las acalló todas, los maldijo por su estupidez, por su descuido. Miró al inglés.

—Son tontos, señor. Los castigaré.

Sharpe se dio cuenta de que, por primera vez, el Matarife lo llamaba señor. Levantó la vista hacia aquella cara que había sido adorable.

—Castíguelos bien.

—¡Lo haré! ¡Lo haré!

Sharpe se volvió.

—¡Y déle cristiana sepultura!

—Sí, señor. —El Matarife observó de cerca al inglés—. Era hermosa, ¿verdad?

—Era hermosa.

—La Puta Dorada —dijo el Matarife pronunciando las palabras lentamente como si leyera un epitafio—. Ahora ya no puede hablar con ella, señor.

Sharpe miró el cuerpo colgado. Tenía arañazos en los pechos. Asintió con la cabeza y procuró que su voz saliera calmada.

—Cabalgaré hacia el sur esta noche.

Se dio la vuelta. Sabía que los hombres del Matarife lo observaban, pero no iba a dejar traslucir nada. Le gritó a Ángel que trajera los caballos.

Se detuvo a una milla del pequeño pueblo. El recuerdo del cuerpo colgado y girando le atormentaba. Pensó en su mujer muerta, en la sangre en el cuello. Pensó en la tortura que había sufrido la mujer asesinada en el cobertizo, en los terribles momentos finales de una vida. Cerró los ojos y se estremeció.

—¿Regresamos, señor?

Sharpe percibió la tristeza en la voz de Ángel de que su misión había sido inútil.

—No.

—¿No?

—Vamos al convento.

Lo habían visto antes del anochecer: una construcción incrustada de forma

increíble en el borde de una meseta.

—Subimos allí esta noche.

Abrió los ojos con asombro, giró sobre la silla de montar y miró fijamente detrás de él. Nadie los había seguido desde la posada.

—¿Vamos al convento? ¡Pero si ella está muerta!

—La llaman la Puta Dorada —dijo Sharpe con violencia—. Dorada por su cabello, Ángel, no por su dinero. Quienquiera que fuese aquella muchacha, no era la marquesa.

Pero la desconocida muchacha de cabello negro cuyo cuerpo colgaba sangrante y delgado en el establo había muerto debido a que Sharpe preguntó por la marquesa. Había muerto para que Sharpe se fuera de aquel valle tranquilamente, convencido de que la marquesa estaba muerta. Él lo sabía muy bien. Hizo girar a *Carabina* con un golpe de talones y cabalgó hacia la montaña oscura. Sentía un nudo en la garganta por la muerte de aquella desconocida, y le prometió a su espíritu, allí donde estuviera, que la vengaría. Cabalgaba con rabia. Ascendió hacia el Convento de los Cielos y planeó un rescate y una batalla.

Capítulo 11

Hacía tanto frío en la meseta y era tanta la niebla que parecía invierno. A aquella altura la niebla era como una nube baja que amenazaba lluvia. Sólo las hojas empapadas de los escasos y raquíticos abedules testimoniaban que había llegado el verano a aquel lugar elevado, extraño y glacial.

Sharpe no había dormido, planeando la lucha a la que sabía que se iba a enfrentar una vez el Matarife descubriera que no había pasado por sus centinelas en los dos puentes. Al amanecer exploró el borde de la meseta, oteando entre la niebla hacia las laderas escarpadas de la gran colina.

Sharpe no se llevó a Ángel hasta la cima llana de la gran colina. Había dejado al muchacho en el sendero con ambos fusiles e instrucciones prudentes y minuciosas. Ángel estaba preocupado.

—Es un lugar santo, señor.

—Confía en mí, tan sólo confía en mí.

Sharpe había subido a la meseta con los dos caballos y con el temor de que la hazaña terrible y desesperada que planeaba fuera en vano. Lucharía contra guerrilleros, ofendería a la Iglesia, y todo por una mujer que tal vez no tuviera las respuestas para salvar su carrera y resolver el misterio de Hogan.

Ángel le deseó suerte, pero se había mostrado angustiado.

—¿Tenemos que luchar contra ellos, señor? —preguntó refiriéndose a los guerrilleros.

—Para derrotar a Francia, sí.

Era una mentira, o al menos Sharpe no sabía si era verdad. Sin embargo, Ángel, que confiaba en el inglés, lo había creído.

Ahora, cuando el amanecer dejaba ver la hierba húmeda encima de la meseta y las nubes grises salpicaban los árboles pequeños, Sharpe avanzaba al galope hacia el convento. Estaba solo en el lugar elevado.

El Convento de los Cielos merecía tal nombre. Estaba enclavado en el punto más alto de la línea escarpada de colinas; era un edificio encaramado peligrosamente en el borde de un precipicio. Había sido construido en la época en que los musulmanes perseguían a los cristianos del norte, cuando las oraciones de éstos tenían que ser ofrecidas en lugares elevados que pudieran defenderse con espadas cristianas. Los muros del convento no tenían ventanas. Eran grises como las rocas, manchados por la lluvia; una fortaleza de mujeres. Sólo había una puerta en sus muros como los de una prisión.

Sharpe llamó y esperó. Volvió a llamar, luego golpeó la puerta con una piedra, haciendo que saltaran chispas de los clavos de hierro de cabeza cuadrada que tachonaban los grandes tablones de madera. Oía el sonido que resonaba en el interior

del edificio, pero no obtuvo respuesta.

Esperó. La niebla se elevaba por encima de la meseta. Los dos caballos, atados a una gran piedra, lo observaban. Las sillas de montar estaban moteadas con la humedad.

Dio una patada a la puerta renegando, luego encontró una piedra grande con la que golpeó contra la madera, otra vez, hasta que el eco hueco se convirtió en el sonido de una batería de artillería de campaña en pleno combate. Se oyó un chasquido.

En una de las dos hojas de la puerta había un postigo pequeño, protegido con una reja de hierro oxidado, y el postigo se corrió. Vio que un ojo lo estaba mirando. Sonrió y habló de la forma más educada que pudo.

—He venido a ver a la marquesa de Casares el Grande y Melida Sadaba.

El ojo parpadeó, el postigo se cerró y luego nada.

Esperó. No se oía más que silencio en el gran edificio. No se corrían cerrojos en la puerta, ni se escuchaban pisadas, ni se oían voces procedentes del otro lado. Por un instante se preguntó si el ojo había sido un sueño, tan en silencio permanecía la construcción gris. Parecía que llevara durmiendo allí durante mil años, vacía, y aquella llamada fuera una ofensa a la eternidad.

Encontró una piedra aún más grande, que tuvo que levantar con ambas manos, y la llevó hasta la puerta, calculó el impulso y con ella golpeó en el sitio donde se juntaban las dos hojas. La balanceó una y otra vez, vio que la hoja de la derecha se hundía hacia atrás un poquito con cada golpe. El ruido era cada vez mayor, resonando desde el vestíbulo interior, y se preguntó lo que pensaría Patrick Harper si supiera que su amigo estaba forzando un convento. Sharpe casi era capaz de oír la voz de Irlanda del norte: «Dios salve a Irlanda».

La piedra se balanceó y golpeó contra la puerta, que dio una sacudida; él vio una barra de hierro que estaba curvada pero que todavía aguantaba. La volvió a golpear, renegando en el esfuerzo, y a pesar de la mañana glacial sentía el sudor en su cuerpo. Dirigió la piedra enorme con todas sus fuerzas al punto débil y la puerta, al fin, se separó: la barra de hierro se rompió y pudo ver el interior del convento.

Varias millas hacia el oeste, en el borde de la gran llanura, el ejército avanzaba. Batallón tras batallón de casacas rojas, batería tras batería de cañones, todos se dirigían hacia el este con la caballería en la vanguardia en busca de los franceses que se retiraban.

El marqués de Wellington, Grande de España con el título de Duque de Ciudad Rodrigo y Duque da Victoria en Portugal, miró las nubes de lluvia que había al norte y gruñó.

—¿Vienen al sur?

—Creo que no, señor —le dijo un ayudante de campo.

El general iba a caballo. Había puesto al ejército en movimiento y lo conducía hacia el este. Rezaba por que la lluvia no empapara los caminos y eso les hiciera demorarse. No había que darles tiempo a los franceses de que reunieran sus ejércitos en España contra él. Miró al hombre que cabalgaba a su izquierda.

—¿Bien?

El comandante Hogan escuchaba las novedades de la noche, los mensajes llegados desde el territorio enemigo. Las noticias eran buenas, por lo que parecía, aunque Hogan no podía decir con certeza si la fortaleza de Burgos estaba preparada para un sitio largo.

—¡Averígüelo! ¡Averígüelo! —le apremió Wellington—. ¿Eso es todo? —preguntó, con un tono que sugería que esperaba que así fuera.

—Otra cosa, señor. —Hogan respiró hondo—. Parece ser que la marquesa de Casares el Grande ha sido arrestada por las autoridades eclesiásticas. Hemos oído que está en un convento.

Wellington se quedó mirando a Hogan, como si se preguntara por qué se había molestado en mencionarle información tan trivial. Sus caballos avanzaban lentamente. El general frunció el ceño.

—¿Sharpe? —Soltó un bufido que era medio risa y medio burla—. Eso lo ha detenido, ¿eh? ¡La zorra se esconde!

—Cierto, señor.

El general volvió a mirar hacia las nubes y a fruncir el ceño.

—¿No será tan tonto como para forzar un convento, no, Hogan?

Hogan era de la opinión de que, por el bien de una mujer, Sharpe haría tal cosa, pero aquel no parecía el momento para decirlo.

—Estoy seguro de que no, señor. Eso no era lo que me preocupaba.

—¿Qué es lo que le preocupa? —preguntó Wellington con un tono que sugería que más valía que fuera sustancioso lo que ocupaba su tiempo.

—Se suponía que el arresto había de ser secreto, señor, pero inevitablemente los rumores se han extendido. Parece ser que un destacamento de caballería francesa ha ido al norte en su busca.

Wellington se echó a reír.

—Dejemos que fueren el convento.

—En efecto, señor.

—Mejor que estén allí que enfrentarse a nosotros, ¿eh? Así que Bonaparte le ha declarado la guerra a las monjas, ¿no?

—Mi preocupación, señor, era por Sharpe. Si el general Verigny le pone las manos encima... —Hogan se encogió de hombros.

—¡Dios mío, espero que no sea así! —Wellington habló en voz tan alta que

sorprendió a algunos de los soldados—. Sharpe es sensato y no se dejará coger, ¿verdad? Por otro lado, teniendo en cuenta lo tonto que es, tal vez no. De todas maneras, no podemos hacer nada al respecto, Hogan.

—No, señor.

El general saludó con la cabeza al coronel del batallón que pasaba y lanzó un elogio a sus hombres; luego volvió a mirar a Hogan.

—Sharpe haría bien en no forzar la entrada de ese maldito convento, Hogan. ¡Preferiría que lo cogieran los franchutes!

—Parece que está perdido en ambos casos, señor.

Wellington frunció el ceño.

—Está perdido en cualquier caso, hombre. Usted lo sabe y yo también. Tan sólo le ofrecimos una esperanza.

El tema de Sharpe parecía irritar a Wellington. El general ya no creía que la muerte del marqués ocultara un misterio que amenazara el avance en el interior de España. La campaña que se vislumbraba había empequeñecido tal preocupación y la había convertido en algo insignificante. Meneó la cabeza dirigiéndose al irlandés.

—Manténgame informado, Hogan, manténgame informado.

—Por supuesto, señor.

Hogan dejó que su caballo se quedara retrasado. La marquesa estaba encerrada en un convento y su amigo, por ese hecho, se veía condenado. Un regimiento de caballería francesa había ido de caza a las montañas y Sharpe sólo tenía a un muchacho para protegerlo. Sharpe estaba perdido.

El exterior del Convento de los Cielos era gris y austero. El interior era rico y brillante. Las baldosas del vestíbulo formaban cuadrados, las paredes lucían mosaicos dorados y el techo estaba piulado. Había cuadros en las paredes. Frente a él, sola en el vestíbulo cavernoso, había una única mujer vestida con hábito blanco.

—Váyase.

Resultaba algo inútil decirle eso a un hombre que había tardado veinte minutos en derribar la puerta. Sharpe pasó por encima de la piedra que había caído en la puerta de entrada y sonrió a la mujer.

—Buenos días, señora. —Se sacudió la casaca y con cortesía se quitó el chacó—. Desearía hablar con la marquesa de Casares...

—Ella no está aquí.

La mujer era alta, con el rostro arrugado por la edad. Su dignidad era espléndida y Sharpe se sintió desharrapado. Dio un paso adelante y sus botas se oyeron resonar en el vestíbulo cavernoso.

—Podría verme obligado a traer a mis hombres y registrar todo el convento.

Eso es lo que se le ocurrió que tenía que decir. La mujer estaba asustada y con

razón, pues un hombre había invadido aquella construcción y se suponía que ninguno podía entrar en él, salvo un sacerdote. Seguro que temía a toda una compañía de soldados.

La mujer lo miró y frunció el ceño.

—¿Quién es usted?

La verdad no funcionaría. Cuando se difundiera la historia de que un inglés había entrado a la fuerza en un convento habría que pagarlo. Sharpe sonrió.

—Comandante Vaughn.

—¿Inglés?

Pensó en cuántas veces Wellington había insistido en sus órdenes de que la Iglesia romana de España había de ser respetada por los británicos. Nada, creía el general, era más perjudicial para la alianza que los insultos a la religión española. Sharpe sonrió.

—No señora. Americano.

Esperó que el coronel Leroy le perdonaría la mentira y se alegró de no llevar una casaca roja que siempre se creía que era el único uniforme británico.

La mujer frunció el ceño.

—¿Americano?

—He hecho un largo viaje para ver a la marquesa.

—¿Por qué quiere ver a esa mujer?

—Asuntos de política —dijo, deseando que su español fuera correcto.

La dama sacudió la cabeza.

—Ella no verá a nadie.

—Me verá a mí.

—Es una pecadora.

—Todos lo somos.

Sharpe se preguntó por qué diablos estaba charlando de teología con una madre superiora. Suponía que era la madre superiora.

—Está haciendo penitencia.

—Yo tan sólo deseo hablar con ella.

—La Iglesia ha ordenado que nadie la vea.

—He venido desde Norteamérica para verla.

Le gustó aquella mentira. Incluso en aquel convento remoto tenía que haber llegado la noticia de que los americanos habían entrado en la guerra que ardía por todo el mundo.

—Mi presidente exige que yo la vea. Enviaré muchas monedas a Roma si puedo verla. —¿Por qué diablos no?, pensó. Los americanos le habían declarado la guerra a los británicos, así que ¿por qué no iba el Papa a declarar la guerra a los americanos? Adornó la mentira—. Muchas, muchas monedas de oro.

—Verla va contra la ley de Dios.

—Dios me perdonará.

—Es usted un pecador.

Sharpe frunció el ceño.

—¡Soy americano!

La madre superiora se dio la vuelta y habló con su voz magnífica.

—No puede verla. Váyase.

La dama se había acercado a una puerta y Sharpe temía tener que romper otra barrera en aquel lugar, pues necesitaba todo el tiempo que pudiera arañar para su batalla contra el Matarife.

Se adelantó corriendo; sus botas sonaron con fuerza sobre las baldosas y el ruido hizo que la mujer se diera la vuelta. Por primera vez mostró miedo. Por un momento pareció que iba a intentar detenerlo, pues levantó las manos delgadas de debajo de la tira de tela blanca que colgaba de su cuello, pero cuando él se acercó ella se hizo a un lado y cogió una campana de bronce de una mesa de roble oscuro. Sharpe pensó que la dama iba a golpearlo con la campana, pero empezó a hacerla sonar.

La dama huyó de él por la puerta, con la campana sonando como aviso para que las monjas se escondieran.

El la siguió. Fue como si un gato salvaje entrara en un gallinero. Sharpe se encontraba en el piso superior de un claustro doble y el sonido de la campana hacía que las mujeres vestidas de blanco iniciaran una huida desesperada hacia escaleras y puertas. A pesar de su dispersión llena de confusión y de pánico, todas seguían calladas; sólo se oía el sonido de la campana que le indicaba a Sharpe que no se había quedado sordo como castigo a su terrible pecado. La suya era la única voz en aquel lugar.

—¡Hélène!

Había una docena de puertas para escoger. En alguno de los huecos del edificio seguía sonando la campana. El decidió seguirla.

—¡Hélène! ¡Hélène!

Se encontró en un pasillo largo del que colgaban cuadros enormes y sombríos que mostraban a mártires sufriendo el tipo de destino contra el que la campana prevenía a las monjas. El pasillo olía de forma repugnante a jabón.

El iba abriendo las puertas de un empujón. En la capilla había un tropel de monjas de espaldas a él, con los hábitos temblando mientras pasaban cuentas con las manos. Las velas vacilaban.

—¿Hélène?

No hubo respuesta. La campana seguía tocando. Bajó corriendo una escalinata y oyó el sonido suave de pies que se deslizaban huyendo sobre las losas. Se preguntaba quién habría reparado los antiguos edificios. ¿Habían sido las monjas las que

enyesaran las paredes y elevaran nuevas vigas? Tal vez a los hombres se les permitía la entrada para realizar trabajos pesados, igual que el sacerdote las visitaba sin duda para administrar los sacramentos.

—¡Hélène!

Iba abriendo las puertas de las celdas vacías de un empujón, perdiéndose en el laberinto de pasillos pequeños y alcobas mohosas. Empujó una puerta y se encontró, pasmado, en una sala de baño. Una mujer, vestida de blanco, estaba sentada en una tina con agua. La mujer se quedó mirándolo, abrió la boca y él cerró la puerta rápidamente antes de que su grito lo ensordeciera.

Entró por otra puerta y se encontró en el jardín amurallado de la cocina. Las nubes en el cielo eran grises. Había empezado a llover, empapando algunos pollos flacos que se reunían tristemente en un extremo del jardín.

—¡Hélène!

De vuelta en el interior encontró el refectorio, con las mesas largas dispuestas con platos de metal mate. La Virgen María, en un cuadro ancho, elevaba los ojos hacia el techo cubierto de vigas.

—¡Hélène! ¡Hélène!

Y esta vez obtuvo un grito por respuesta, la primera voz humana que Sharpe oía desde que la madre superiora cogiera la campana de bronce. Sharpe atravesó la gran estancia y abrió de un empujón una puerta junto al hogar frío y vacío.

Una carcasa de pollo le pasó a unas pulgadas de la cabeza. Sólo estaba a medio desplumar y las plumas se posaron sobre el hombro de su casaca de fusilero. Se encontraba en una cocina enorme; el techo de piedra abovedado estaba ennegrecido por siglos de humo y frente a él había una docena de monjas que no mostraban nada de aquel miedo gazmoño que llenaba el resto del convento. El pollo medio desplumado lo había lanzado una mujer con una gran cara de culo, con antebrazos como cables de pontones, y que ahora agarraba un segundo pollo y se disponía a lanzarlo. Sharpe se agachó. La carcasa golpeó contra la pared detrás de él.

—¡Hélène!

La vio e, incluso allí, prisionera y gris, su belleza lo detuvo. Ella hizo que se quedara sin respiración y que su corazón se acelerara envuelto en deseo. La marquesa viuda de Casares el Grande y Melida Sadaba lo miraba. Iba ataviada con un vestido recto gris, el cabello recogido y atado con una pieza de trapo gris, su cara sin afeitado alguno. La monja que la agarraba le tapaba la boca, pero Hélène debió de clavarle los dientes en la palma de la mano, pues ésta se separó de golpe y ella luchó por liberarse de la otra mano.

—¡Richard!

Sus ojos estaban abiertos del asombro, como si Sharpe fuera un fantasma.

Le lanzaron una gran bola de masa blanda, se agachó otra vez y avanzó. La monja

que había iniciado el bombardeo de artillería cogió un rodillo tan grande como el eje de un cañón. Sharpe no hizo caso. El miraba a la monja que agarraba a la marquesa.

—Suéltela.

El rodillo dio una palmada contra una mano enorme. La mujer, pensó Sharpe, era tan grande que podía ser la gemela de Harper. Era una suerte que hubiera escogido la Iglesia, de otro modo le hubiera convertido la vida en un infierno a algún pobre hombre. Avanzó hacia él, sin mostrar miedo, con el rodillo preparado para golpear.

¿Y cómo luchar contra una monja? No podía desenvainar la espada y no se atrevía a golpearla con los puños, pero un golpe de rodillo le destrozaría el cráneo. La marquesa seguía forcejeando. Pareció entender la gravedad de su situación.

—¡Quítese los pantalones! —le gritó.

Aquella sugerencia hizo que la mujer se detuviera y Sharpe se valió de esa pausa para ir a la derecha y coger un pollo por el cuello. Hizo girar al animal muerto, lo lanzó y los menudillos a medio sacar atravesaron la estancia y le dieron a la mujer en la cara. Ella soltó un gruñido, levantó el rodillo y Sharpe oyó los gritos de las otras monjas. Miró aquella arma grande, se agachó, dio un paso al lado y corrió hacia la marquesa inmovilizada. La monja se asustó cuando lo vio acercarse y soltó a Hélène, y ésta corrió desesperadamente junto a Sharpe.

—¡Por aquí!

El rodillo no le dio a Sharpe por unos centímetros; le rozó la manga cuando la monja lo estampó contra la mesa produciendo un sonido que hubiera sacudido a los muertos en su tumba.

—¡Venga!

Llevaba a la marquesa cogida de la mano, corría, y entonces el rodillo le pasó cerca de la cabeza y fue a dar contra la puerta de la cocina.

Ellos corrieron. Otro pollo le golpeó en la espalda, algo metálico resonó en las baldosas detrás de él, pero Sharpe ya se encontraba en el refectorio; llevaba a Hélène cogida de la mano y se apresuraban hacia el otro extremo. El se iba riendo, ella se iba riendo y en algún lugar del convento la campana seguía sonando.

Pensó que podría ser una retirada difícil. Había penetrado mucho en territorio enemigo, había agarrado su premio y ahora tenía que alcanzar la puerta delantera. Pero parecía que nadie les impedía la retirada y la corpulenta monja de la cocina no estaba preparada para una persecución. Sharpe miró a la mujer que tenía al lado; a ella le brillaban los ojos de excitación.

—¿Querías que te rescataran?

—No seas tonto —contestó ella echándose a reír y lo condujo por un pasillo largo—. ¡Dios, Richard! ¡Me dijeron que estabas muerto!

El se echó a reír y sintió la mano caliente en la suya.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Un ángel me lo dijo.

Ella lo condujo escaleras arriba. La campana había dejado de sonar.

—Debo de estar horrible.

—Estás preciosa.

—¡Las brujas me quitaron mi ropa! ¡Dios! ¡Tendrías que ver los lavabos de aquí! Hay que aguantar la respiración para mear. ¡Llevo una semana estreñida! ¡No te puedes bañar, ni lavar! No me he lavado el pelo desde que llegué aquí. No me sorprende que no se casen, ningún hombre las aguantaría. ¡Oh, Dios!

Esta última exclamación era para saludar a la madre superiora, que esperaba frente al vestíbulo. Estaba sola y fruncía el ceño.

—No puede irse.

La marquesa no le hizo caso.

—Richard, abra aquella puerta —dijo señalando una puerta de roble macizo en el lateral del vestíbulo.

—¿Abrirla?

—¡Por el amor de Dios, hágalo!

Estaba cerrada con llave. La madre superiora protestó, pero Hélène insistió; Sharpe le dio una patada y la puerta tembló, luego volvió a golpearla y se abrió. Hélène pasó delante de un empujón.

—¡Me han quitado mis joyas, mi ropa, todo! ¡Tienen mil monedas en joyas mías aquí!

Sharpe escuchaba mientras ella hurgaba en unos cajones y abría armarios. El oía el crujido de telas, el tintineo de monedas y sonrió tristemente a la madre superiora que estaba frunciendo el ceño y era incapaz de detener aquella profanación. Sharpe se encogió de hombros.

—¡Mi presidente le indemnizará! Sólo tiene que escribirle.

La marquesa, contenta, iba soltando tacos en la estancia; luego regresó al vestíbulo con un bulto. Sonrió a la madre superiora.

—Voy a volver a cometer adulterio. Muchos.

Se echó a reír, tendió la mano a Sharpe y él se fue con ella hacia la puerta principal rota. La marquesa pasó por encima de la piedra que seguía bloqueando la entrada.

—¡Dios! ¡Está lloviendo! ¡Se me va a estropear el cabello!

—Dijiste que había que lavarlo.

Sharpe se acordó de recoger el chacó de la mesa del vestíbulo. Ella se echó a reír.

—¿Aquellos son nuestros caballos?

—Sí.

—Hace años que no cabalgo. —Fue caminando hacia fuera y echó la cara hacia atrás como si quisiera que la lluvia le quitara el olor del convento. Se echó a reír con

puro deleite—. ¿Dónde vamos?

—No lo sé.

—¡Pues entonces vamos allí!

Ella se quedó con *Carabina*, escogió el mejor caballo sin equivocarse. Lo montó, le dio el fardo a Sharpe y esperó a que él montara en el caballo de Ángel. Entonces hizo girar a *Carabina* hacia la hierba de la meseta encharcada de lluvia, echó los talones atrás e hizo que el caballo grande y negro se pusiera al galope.

Sharpe la alcanzó. La marquesa tenía la cara brillante por la lluvia y por la repentina alegría de la libertad. Este no era momento, pensó Sharpe, de hablarle del Matarife. Ella lo miró, se echó a reír y se metió la mano por el cuello. Se desató el trozo de trapo gris, lo tiró y se dejó suelta la dorada melena. Era libre, era hermosa y Richard Sharpe la siguió hacia un futuro incierto.

Capítulo 12

Sharpe hizo detener a la marquesa en lo alto del sendero. Ahora tenía frío. La lluvia le había empapado el traje de lana y lo llevaba pegado al cuerpo. Sharpe tiró de la capa que llevaba sujeta con correas detrás de la silla de la marquesa y se la echó por encima de los hombros, luego cogió su catalejo y recorrió la colina con él.

Veía la curva muy cerrada en el camino donde se escondía Ángel. Veía más aún. Había dos ramas de pino junto al camino. Estaban colocadas paralelas al sendero y le indicaban que entre seis y nueve hombres habían ascendido por el lugar en que se ocultaba Ángel. Si hubieran estado colocadas formando ángulo recto el mensaje sería que los hombres estaban esperando para una emboscada camino arriba, pero Ángel había visto que llegaban a la cima de la colina.

Sharpe cerró el catalejo. Se dio la vuelta en la silla y miró detrás. Ya no se veía el convento. El lado norte de la meseta era un terreno accidentado, los árboles eran pequeños y los había azotado la lluvia. En algún lugar de aquel erial de rocas mojado, de hierba y arbustos estaba escondido el enemigo. Sharpe sonrió a Hélène. Tenía el cabello aplastado por la lluvia.

—Tenemos compañía.

—¿Qué quieres decir?

—Enemigos.

Ella utilizó una palabra que Sharpe no hubiera creído que una dama pudiera conocer, ni siquiera una como la marquesa, que hablaba perfectamente inglés, al igual que otra media docena de lenguas.

—¿Y qué podemos hacer?

—Descender.

El Matarife estaba haciendo lo que Sharpe habría hecho: planeaba atraparlo en el sendero escarpado y tortuoso. Habría unos hombres cortando el camino al pie de la colina y cuando Sharpe se confiara, los hombres que habían llegado hasta la cima lo seguirían camino abajo.

La marquesa lo miró con aire de reproche.

—¿Tenemos problemas?

—Si quieres, te devuelvo al convento.

—¡Dios, no! ¿Quiénes son esos cabrones?

—Guerrilleros.

La marquesa sacudió la riendas y se adelantó.

—¿Sabes lo que me harán?

—Sé lo que les gustaría hacerte.

Sharpe la siguió. El camino descendía abruptamente y zigzagueando. Tenía marcas de rodadas, lo que hacía pensar que algunas carretas lo habían utilizado, pero

debía de haber sido una pesadilla llevar un carro o un carruaje camino arriba con la pendiente abrupta y siempre amenazante a un lado. La marquesa frunció el ceño.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—Pasé toda la noche pasada planeando esto.

—Tengo frío —dijo la marquesa temblando.

A Sharpe le costaba dejar de mirarla. Su cabello, pálido como el oro más pálido, era normalmente brillante y con volumen, pero bajo el azote de la lluvia se le había aplastado como un casco sobre la cabeza. En cierto modo le confería a sus rasgos más fuerza y los resaltaba. Tenía una boca ancha y generosa, ojos grandes y pómulos altos. Su piel era blanca como el papel. Ella se percató de que la miraba.

—¿Me habías olvidado?

—No. Pensaba que tú podías haberme olvidado.

—Se suponía que así tenía que ser —dijo ella y se echó a reír.

Sharpe se volvió y miró detrás. El camino estaba vacío.

—¿Qué estabas haciendo aquí?

—Buscando a Dios. ¿Qué crees tú que hacía ahí?

—¿Te raptó la Iglesia?

—Sí.

—¿Por qué?

—Quieren mi dinero, malditos sean.

—¿Por qué le escribiste aquella carta a tu marido?

La marquesa dirigió sus ojos grandes e inocentes hacia él.

—No seas pesado, Richard.

El se echó a reír. Había atravesado media España a caballo por esta mujer, había derribado las puertas de un convento y ahora corría el peligro de morir destripado a manos del Matarife; todo para que le dijera que no fuera pesado. Ella sonrió al oír la risa de Sharpe.

—¿Por eso has venido?

—En parte.

—¿Cuál es la otra parte?

—Para verte —dijo él con torpeza y timidez.

Ella le respondió con una sonrisa.

—Qué amable por tu parte, Richard. ¿Te gustó Luis?

El supuso que Luis era su marido.

—No.

—¿Y por qué dijeron que te habían colgado?

Él se encogió de hombros, parecía complicado de explicar. Se volvió de nuevo y vio movimiento entre las cortinas de agua.

La marquesa debió de presentir algo porque también se volvió.

—¿Son ellos?

—Sí.

—¿No deberíamos galopar?

—Han cortado el camino abajo.

—¡Santo Dios! —exclamó ella mirándolo fijamente—. ¿Estás seguro de que sabes lo que haces?

—Sí.

Tenía detrás al menos a seis hombres. Dos iban a morir seguro; podría tener la certeza de un tercero, con lo que quedarían al menos tres para abordar.

—Tendrás que moverte deprisa dentro de unos minutos —dijo con tono seguro.

La marquesa se encogió de hombros. Él se daba cuenta de que ella tenía frío.

—Y tienes un día largo y frío por delante.

—Supongo que es mejor que la eternidad con esos lavabos. ¡Querían que yo los limpiara! ¿Te lo imaginas? ¡Ya era bastante malo hacer de criada en la cocina! ¡No digamos limpiar aquello!

Sharpe se puso al trote. Los hombres que tenía a su espalda estaban a doscientas yardas. No se apresuraban; estaban seguros de que iban conduciendo a Sharpe por el camino tortuoso hacia abajo, hacia la emboscada que le esperaba. Sharpe cogió una curva y delante de él, unos cien pasos camino abajo, estaba el lugar donde se escondía Ángel.

—¿Ves aquella roca que sobresale?

—Sí.

—Cuando yo te lo diga, desmonta y dirígete hacia allí. Encontrarás a un chico; ponte detrás de él y quédate quieta.

—Sí, señor —respondió ella tirándose del pelo.

Sharpe había caminado arriba y abajo por aquella parte del camino durante la noche, incluso había esperado la primera luz del amanecer para ver el montón de rocas desde la perspectiva del enemigo. Ahora, mirando hacia delante, no veía señal alguna de Ángel, pero eso era bueno. Miró a su espalda. Los enemigos no estaban a la vista, ocultos por el recodo del camino y por los enebros que sobresalían. Hizo que los caballos se apresuraran.

—¿Sabes lo que has de hacer?

—Me lo acabas de decir, por el amor de Dios. No soy tan tonta.

De madrugada, lo que él había planeado parecía temerario. Ahora, bajo la lluvia fría, se le antojaba una esperanza desesperada, pero tenía que intentarlo. Se preguntó si tenía que darle instrucciones por si él fracasaba, pero decidió que no. Si él fracasaba a ella la cogerían, por mucho que atravesara la ladera de la colina furiosa. Ahora lo único que tenía que hacer era darle confianza. Llegó a la curva del camino, se inclinó para coger las riendas de Hélène y le dijo que desmontara.

La observó cómo corría torpemente bajo el saliente y le dio prisa para que se metiera entre las rocas. Desde allí parecía una cueva, aunque no era más que un montón de cantos rodados grandes y caídos que daban a la curva cerrada del camino. La marquesa desapareció.

Sharpe se llevó los caballos camino abajo, de prisa durante veinte yardas hasta un diminuto espacio de terreno plano donde quedarían medio ocultos. Ató las riendas a una raíz de enebro, haciendo un nudo doble para que con el repentino susto del fuego no pudieran desatarse. Entonces escaló las rocas.

Esto lo había hecho durante la noche; lo podía volver a hacer ahora, pero las rocas estaban resbaladizas por el agua y muy frías. Se arrastró hacia arriba, sus botas resbalaron una vez y se golpeó el muslo contra la piedra; luego se encontró encima del saliente y en la moldura de hojas resbaladiza y asquerosa debajo de los arbustos.

Sharpe se deslizó colina arriba, casi al nivel del camino de arriba. Escuchó al enemigo. Quería que pasaran por los cantos rodados, por el saliente oscuro, y cogieran la curva antes de darse cuenta de que habían caído en una emboscada.

No oía nada salvo el silbido y el chapoteo de la lluvia. Desenvainó la espada y a continuación se tendió boca abajo, bajo los arbustos. Un casco resonó sobre la piedra, otro, y entonces oyó a los guerrilleros que reían. La lluvia azotaba y a él le gustó que así fuera. El agua inutilizaría sus mosquetes, mientras que Ángel, agazapado en el oscuro saliente de la roca, iba armado con dos fusiles cargados y secos.

Sharpe se preguntaba si el muchacho podría disparar a sus compatriotas. Lo sabría dentro de un momento y descubriría si Ángel confiaba realmente en él. Los sonidos se acercaban, se acercaban al camino justo encima de Sharpe, y él oyó a uno de los hombres decir que no veía al inglés.

—Están por ahí —dijo otro hombre.

Pero Sharpe oyó que los caballos se ponían al trote al tomar la curva. Se levantó lentamente. Ahora los veía: siete hombres con pesadas capas empapadas de lluvia. Llevaban mosquetes, pero no veía si habían envuelto las llaves con trapos para que no entrara la humedad. No veía al Matarife entre los componentes de la reducida banda.

El hombre que iba a la cabeza pasaba por debajo de él. Sharpe esperó. Ángel debería disparar entonces, pensó, antes de que vieran los caballos atados. La lluvia chorreaba de las hojas y le caía por las orejas. Los hombres pasaban por donde él estaba y seguía sin oírse ningún disparo de fusil. Notaba la empuñadura de la espada resbaladiza en su mano.

Un hombre maldijo la lluvia, otro supuso que el inglés, sabiendo que iba a morir, se había detenido para disfrutar de la puta. Se echaron a reír y el primer fusil disparó.

Las botas de Sharpe resbalaron. Se dijo a sí mismo que no había que apresurarse, volvió a intentarlo y se encontró en la ladera escarpada, con las botas a la altura de las cabezas de sus enemigos, y saltó. Un hombre cayó con una bala en la espalda,

mientras los otros dos se volvían con las bocas abiertas y echaban mano a las armas. Sharpe iba descendiendo, gritando, y con la espada preparada cayó sobre el hombre de la retaguardia; éste tan sólo pudo levantar una mano y chillar cuando la hoja lo rajó hasta el hueso.

Sharpe aterrizó pesadamente, cayó y alcanzó con el azote de su espada al hombre que había herido. El caballo del hombre se encabritó: tenía la espada en el pecho; el guerrillero cayó y Sharpe tomó las riendas y estiró del caballo hacia sí. Azotó a otro hombre con la espada, golpeó su caballo en las ancas, lo asustó y se fue colina abajo. Sharpe gritaba como un diablo, intentaba llevar a los hombres camino abajo con la tremenda ferocidad de su voz. El hombre que iba a la cabeza se había vuelto, desenvainando una espada, y les gritaba a sus compañeros que se hicieran a un lado. Su boca se quedó abierta cuando Ángel le metió la segunda bala. Retrocedió, la lluvia se volvió roja de repente; el golpe de la segunda bala detuvo al hombre y le dio a Sharpe tiempo suficiente para meter el pie en el estribo y subirse a la silla. Hizo girar al caballo y blandió su espada contra los guerrilleros restantes. Supuso que debería avergonzarse de su estado de ánimo, de la salvaje y feliz alegría del combate, pues se había dado cuenta, desde el momento en que desmontó del caballo, de que su emboscada había sido un éxito.

Un pedernal chasqueó inútilmente sobre el acero: la pólvora del mosquete se había convertido en una pasta gris con la lluvia. Sharpe tenía de frente a cuatro hombres y avanzó con su caballo hacia ellos, con la espada levantada, gritando. Bajó la hoja gris contra un sable elevado, arremetió contra las costillas del hombre y retorció la espada para sacarla. La culata de un mosquete le golpeó en el brazo izquierdo; tiró de las riendas con los dedos insensibles, se enderezó en la silla y gritó un desafío mientras la espada avanzaba, descendía y le cortaba la cara al hombre. Un tercer disparo de fusil sonó, proveniente de las rocas mojadas.

«Dios bendiga al chico», pensó Sharpe. Ángel había recargado con tanta rapidez como un fusilero y había caído otro hombre, su caballo asustado lo arrastraba por los estribos. Sharpe paró el golpe de un mosquete, cortó madera de la culata, arremetió contra la garganta del enemigo, giró la hoja mientras penetraba a fondo y notó la sangre caliente en sus manos al parar a la derecha; bajó la espada de golpe y vio que el enemigo se iba colina abajo. ¡Huían!

Echó los tacones atrás.

—¡Va! ¡Va! ¡Va!

Lo oían venir, estaban asustados. Un hombre estiró de las riendas, su caballo resbaló, chilló y Sharpe se desvió para pasar y arremetió con la espada contra la columna del último hombre que no estaba herido. El hombre chilló, arqueó la espalda y Sharpe dejó que la espada penetrara.

Tiró de las riendas. Su ataque había sido tan repentino y tan salvaje, tal como

había de ser un ataque, que del enemigo ya sólo quedaban los muertos. Sharpe se inclinó a la izquierda, agarró las riendas de otro caballo y regresó colina arriba. Ahora había que darse prisa.

—¡Ángel!

—¿Señor?

Sharpe galopaba con los caballos colina arriba.

—¡Eres una maravilla! ¡Una auténtica maravilla!

El muchacho mostró una amplia sonrisa al salir escurriéndose de entre las rocas. Sharpe se echó a reír.

—¡Eres tan bueno como un fusilero!

—¡Mejor!

—¡Eres mejor!

Los dos se echaron a reír.

—¡Coge los caballos!

Ángel le lanzó a Sharpe su fusil y él se lo colgó al hombro.

—¡Hélène!

La marquesa salió lentamente de la grieta entre las rocas. Se quedó mirando a los hombres que yacían desplomados en el camino; su sangre ya se había diluido con la lluvia y descendía por las rodadas del sendero. Levantó la vista hacia Sharpe. Sonreía.

—¡Nunca te había visto luchar!

—Verás más si no te das prisa.

—¡Eres fantástico!

—¡Hélène! ¡Por el amor de Dios! ¡Date prisa! ¿Qué estás haciendo?

La marquesa pasaba junto a él corriendo.

—¡Quiero una de esas capas! ¡Tengo un frío de mil diablos!

La mujer agarró la capa de piel de uno de los muertos y se quejó de lo que pesaba el cadáver. Sharpe se inclinó desde su silla para ayudarla. Se echó a reír cuando ella se la tiró sobre los hombros, porque le resultaba muy raro ver a aquella belleza tan delicada envuelta en una piel tan grande y cruel.

El Matarife no iba entre aquellos siete hombres, así que probablemente el cabecilla de los guerrilleros estaba al pie de la montaña. Debía de haber oído los disparos, pero pasarían varios minutos, tal vez media hora, antes de que supiera lo que había sucedido. Entonces se daría cuenta de lo que estaba haciendo Sharpe y supondría que su enemigo huía de él. Sharpe hizo subir a Hélène a la silla de *Carabina*, pues sabía que cada minuto era precioso.

Ahora Sharpe tenía cuatro caballos y los condujo hacia arriba lejos de los muertos, arriba hacia la meseta.

—¿Dónde vamos, Richard?

—Abajo, del otro lado. Hay un caminito, un sendero de cabras.

El ya había bordeado la meseta antes de ir al convento, pues estaba seguro de que tenía que haber otro camino y tenía miedo de no encontrarlo.

—Y luego, ¿qué?

—¡Cabalgaremos lo más lejos que podamos! ¡Les hemos sacado medio día de ventaja a esos cabrones, pero nos perseguirán!

Sharpe no le dijo a Hélène que nadie se movía con mayor rapidez que los guerrilleros. Su persecución sería implacable, su venganza terrible, a menos que se apresuraran.

Hélène observó cómo Sharpe se limpiaba la sangre de la espada con el sudadero del caballo que había capturado.

—¡Gracias, Richard!

—¡Dale las gracias a Ángel! Le ha dado a tres.

Ángel se ruborizó. Estaba mirando fijamente a la marquesa con la lealtad de un perrillo. Sharpe se echó a reír, luego los condujo montaña arriba y al sur hacia los valles lejanos.

Tenía una extraordinaria sensación de vitalidad. ¡Lo había conseguido! Había atravesado España y había sacado a aquella mujer del Convento de los Cielos, había luchado contra sus enemigos y la iba a conducir a un lugar a salvo. Encontraría sus respuestas, volvería a encaminar su vida hacia donde debía, pero primero, antes que cualquier otra cosa, porque en aquel momento parecía lo más importante de todo, averiguaría si ella había cambiado. Sharpe la miró; pensó que su belleza oscurecía la de aquella tierra y que cuando ella sonreía era como si retuviera toda la felicidad de él en su mano. Por primera vez en meses, gracias a esa mujer, estaba contento.

Capítulo 13

La marquesa gemía, con los ojos cerrados. Volvió la cabeza sobre la almohada; tenía los labios entreabiertos y Sharpe veía la blancura de sus dientes. El humo del fuego penetraba en la habitación. La lluvia repiqueteaba sobre la diminuta ventana a través de la cual, oscurecida por la suciedad de las manchas de lluvia, Sharpe veía una vela que ardía en una cabaña del otro lado de la calle.

—Oh, Dios; oh, Dios; oh, Dios. —La marquesa hizo una pausa y volvió de nuevo la cabeza entre su cabellera de oro sobre la almohada—. ¡Oh, Dios!

Sharpe se echó a reír. Le sirvió vino y se lo puso junto a la cama. Una mecha de sebo, sujeta en un soporte de hierro, humeaba sobre la débil llama.

—Aquí tienes vino.

—Oh, Dios.

Habían cabalgado hasta verse obligados a abandonar un caballo, hasta que incluso los dos buenos caballos británicos jadeaban de cansancio y hasta que los muslos de la marquesa, no acostumbrados a la silla de montar, estaban en carne viva por el roce. Ella abrió los ojos lentamente.

—¿Tú no estás dolorido?

—Un poco.

—No quiero volver a ver un maldito caballo. ¡Oh, Jesús! —Se rascó la cintura—. Maldito sitio. Maldita España. Maldito tiempo. ¿Qué es eso?

Sharpe había colocado un bote metálico sobre la tosca mesa.

—Grasa.

—¿Por qué, Santo Dios?

—Para las llagas. Póntela.

Ella arrugó la nariz, luego se volvió a rascar. Estaba tendida sobre la cama, demasiado cansada para moverse, demasiado cansada para darse cuenta de que Sharpe había ordenado encender el fuego, preparar la comida y que trajeran vino.

Habían llegado a aquella ciudad, un lugar diminuto enclavado en las montañas, donde había una iglesia, un mercado, una posada y un alcalde que se quedó impresionado ante la presencia de un oficial británico. Sharpe, temeroso del Matarife, hubiera preferido seguir cabalgando, encontrar un lugar tierra adentro donde ocultarse para pasar la noche, pero sabía que la marquesa ya no podía más. Se arriesgaría a quedarse en la posada del pueblo y a esperar a que al Matarife, si llegaba tan lejos, la gente del pueblo le impidiera llevarse a la marquesa. Aquél no era el momento, pensaba Sharpe, de decirle que planeaba reanudar el viaje por la mañana temprano.

La marquesa se incorporó apoyándose sobre los codos y frunció el ceño mientras miraba la habitación.

—Creo que nunca, nunca, he estado en un lugar tan horrible.

—A mí me parece bastante comfortable.

—Tú nunca has tenido en verdad gustos refinados, Richard. Salvo para las mujeres. —Ella se echó hacia atrás—. Imagino que desear un baño aquí es una frivolidad, ¿no es cierto?

—Ahora viene.

—¿Sí? —dijo sorprendida mirándolo—. Dios, eres maravilloso. —Volvió a fruncir el ceño mientras se rascaba—. ¡Ese maldito vestido! ¡Odio la lana!

Sharpe había colgado el vestido que ella rescatara del convento junto al fuego. Sus joyas estaban sobre la mesa. Ella miró el vestido.

—No es muy apropiado para una huida salvaje, ¿verdad? —Se echó a reír y observó a Sharpe, que se quitaba la casaca mojada—. ¿Esa es la camisa que te di?

—Sí.

—¿No hay lavandería en el ejército británico?

—No podía venir conmigo.

—Pobre Richard. —Probó el vino e hizo una mueca—. Un día, Richard, tendré una casa en el Loira. Tendré una isla en el río y jóvenes me conducirán remando hasta mi isla, donde tomaremos paté de alondra y miel y beberemos vino frío, frío en los días calurosos.

El sonrió.

—¿Por eso quieres tus carros?

—Por eso quiero mis carros.

—¿Y por eso te ha arrestado la Iglesia?

Ella asintió con la cabeza. Volvió a cerrar los ojos.

—Ellos lo arreglaron todo. Luis no tenía a nadie a quien dejar el dinero salvo a mí y ellos encontraron el maldito testamento y la cláusula que decía que se quedarían con todo si yo me hacía monja. Así de sencillo. —Sonrió tristemente—. Es bastante inteligente por su parte.

—¿Y por qué escribiste la carta?

Ella hizo un gesto airado con la mano.

—Oh, Richard. —Lo miró y suspiró con impaciencia—. Tenían que hacer que Luis muriera, ¿no? Me dijeron que lo querían castigar, no sé por qué. Yo no sabía lo que estaba sucediendo y no pensé que te importara matarlo. No le resultaba útil a nadie. —Lo miró sonriendo—. Nunca me imaginé que te traería tantos problemas, querido. ¡De verdad! Te escribiré una carta para Arthur, diciéndole que eres inocente. ¡Cuántos problemas te ha traído! —Volvió a fruncir el ceño mientras se rascaba el vestido gris.

—Hélène.

Ella lo miró, sorprendida por la seriedad de su tono de voz. Deseó que no fuera a poner en duda sus mentiras, estaba demasiado cansada.

—¿Richard?

—No es la lana.

—¿El qué no es la lana?

—Lo que te pica.

—¿De qué diablos estás hablando?

El señaló la capa de piel que se había quitado, la que le había cogido al guerrillero muerto.

—Tienes huéspedes.

Ella lo miró con suspicacia.

—¿Huéspedes?

—Pulgas.

—¡Dios mío! —La marquesa se sentó con repentina energía y se levantó el vestido hasta encima de las rodillas. Frunció el ceño al verse la piel desnuda—. ¿Pulgas?

—Probablemente.

Sharpe le miró los muslos, preguntándose por qué le había mentido. Él estaba seguro de que lo había hecho, tenía la certeza de que había más, relacionado con la carta que ella le escribiera a su marido, que la simple pretensión de la Iglesia de quedarse con sus riquezas. Sin embargo, percibió que tendría que aceptar sus explicaciones porque él no era lo bastante inteligente para sacarle la verdad.

Se levantó más el vestido y se miró las piernas.

—¡Dios y todos los santos! ¿Pulgas? No veo ninguna.

—No las verás.

Se bajó el vestido.

—¡No me las quitaré nunca!

—Sí.

—¿Cómo?

—Como hacemos los demás. Con un trozo de jabón.

—¿Lavándolas?

—No —contestó él sonriendo cínicamente.

Llamaron a la trampa por donde se entraba a la habitación. Sharpe recorrió el cerrojo, la levantó y la mujer del posadero le pasó una gran tina de baño. Él la cogió y vio los cubos de agua que emitían vaho al pie de la escalera.

—¿Tiene toallas?

—Sí, señor.

Sharpe vio a Ángel junto al fuego en el fondo de la estancia principal de la posada. El chico miraba con tristeza a Sharpe, celoso de que el oficial de fusileros estuviera en la habitación de la marquesa.

—Y quiero jabón.

—Sí, señor.

La marquesa estaba sentada con las piernas abiertas en el borde de la cama.

—¿Qué hago con el jabón?

—Mojas una esquina, persigues a las pulgas y les das con el jabón. Se quedan pegadas. Es muchísimo más rápido que intentar cogerlas con los dedos.

Sharpe levantó el primer cubo y lo vertió en la tina.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Y qué hago si me van a la espalda?

Sharpe se echó a reír.

—La mujer del posadero te ayudará. No quiere pulgas en la cama.

En realidad le hubiera sorprendido que no hubiera ya pulgas en la cama, aunque era posible, siendo aquélla la única habitación que estaba limpia.

—¿Esa mujer?

—¿Por qué no?

—¡Dios mío, Richard! ¡No quiero que sepa que tengo pulgas! Tendrás que hacerlo tú.—Ella se encogió de hombros—. Ya lo has visto hacer muchas otras veces.

El vertió el agua de otro cubo.

—Sí, señora.

—¿No es lo que querías? ¿La recompensa por el rescate? ¿No es eso por lo que los caballeros iban por ahí rescatando doncellas? Sólo que le llamaban el Santo Grial, que resulta ser el nombre más bello que he oído.

—Sí, señora.

Ella se echó a reír al verle la sonrisa.

—Te echaba de menos. A menudo me preguntaba qué estabas haciendo. Yo te imaginaba frunciéndole el ceño a la vida, asustando a todos los oficiales jóvenes. —La marquesa lo miró haciendo una mueca—. ¡Ni siquiera tengo un peine, no digamos un cepillo! ¿Esta es toda el agua que me van a dar?

—Ahora viene más.

—Gracias a Dios. —Se echó hacia atrás en la cama—. Podría dormir durante un mes. No quiero volver a ver un maldito caballo.

Sharpe cogió más cubos.

—Mañana tendrás que cabalgar en uno.

—No lo haré.

—Podría dejarte aquí para el Matarife.

—No podrá hacerme más daño que éste. —La marquesa giró la cabeza y miró a Sharpe por entre las volutas del vapor—. Sentí lo de tu mujer, Richard.

—Sí —contestó él sin saber qué más decir ante aquel pésame repentino.

Ella se encogió de hombros.

—No puedo decir que siento la muerte de Luis. De todas maneras no me parece real ser viuda. —Se echó a reír suavemente—. Una viuda rica, si ese cabrón no lo roba todo.

—¿El inquisidor?

—El maldito inquisidor. El padre Hacha. ¿Ya está listo?

—Sólo las toallas.

Cogió la fina tela de lino que tenía la mujer en la escalera y cerró la trampa.

—Su baño, señora.

—Eres una sirvienta espantosa, Richard.

—Creo que me alivia escuchar eso.

—Deja que se enfríe un poco. No me apetece escaldarme después de que me hayan mordido las pulgas y de estar llagada. —Se sentó a un lado de la cama, con la barbilla entre las manos, y lo miró.

—¿Qué hacemos ahora, Richard?

—Lo que tú quieras hacer.

—Quiero ir a Burgos.

El se sintió decepcionado. En cierto modo, y con bastante estupidez, él había deseado que quisiera regresar al ejército con él.

—Si los franceses aún están allí —dijo él con duda.

Ella se encogió de hombros.

—Donde quiera que estén, es allí donde quiero estar. Porque allí donde estén, allí estarán mis carros.

—¿No volverán a arrestarte?

Ella sacudió la cabeza en señal de negación.

—La Iglesia no puede hacerlo dos veces. —Ella pensaba en el general Verigny—. No dejaré que los cabrones lo hagan dos veces. —Se incorporó y metió una mano en el agua—. ¿Tienes el jabón?

—Preparado y deseoso, señora.

Ella sonrió burlescamente, luego cruzó los brazos para sacarse el vestido por la cabeza. Se echó a reír al ver la expresión de Sharpe, luego tiró de la lana gris hacia arriba y lo sacó por la cabeza.

—Tengo frío.

—Tonterías. Quédate en el baño.

Durante diez minutos y con risa impropia, Sharpe fue buscando en su piel. Ella se iba quejando de que le hacía cosquillas mientras él exploraba en busca de pulgas, las iba pegando en el jabón con golpecitos suaves y luego las pellizcaba con las uñas. En el momento en que la última pulga había sido atrapada, ella insistió en buscarle a él las pulgas. Nada más decirlo, ya estaba ella sobre la cama, renegando por tener la piel de los muslos escocida. El se encontró con la cara entre el cabello de la marquesa y

los brazos de ella estaban sobre las heridas de cuando lo azotaron hacía tanto tiempo. Ella le besó en la mejilla.

—Pobre Richard, pobre Richard.

—¿Pobre?

—Pobre Richard. —Ella volvió a besarlo—. Lo había olvidado.

—¿Olvidado el qué?

—No importa. ¿Crees que ese maldito baño se ha enfriado?

Todavía estaba bastante caliente y ella se metió, se lavó el pelo; luego apoyó la cabeza contra la pared. La marquesa miraba a Sharpe, que estaba tumbado desnudo sobre la cama.

—Pareces feliz.

—Lo soy.

Ella sonrió tristemente.

—No necesitas mucho para ser feliz, ¿verdad?

—Yo pensaba que necesitaba mucho.

Más tarde, cuando hubieron comido y cuando cada uno se había bebido una botella de vino, se metieron en la cama. El fuego ardía, la chimenea calentaba y tiraba bien, y la marquesa fumaba un cigarro que le había comprado al posadero. Sharpe había olvidado que a ella le gustaba fumar.

Ella puso su mano sobre el vientre de Sharpe, y le retorció los pelillos con los dedos.

—¿Aquel hombre vendrá al pueblo?

—No lo creo. El alcalde dijo que no.

El alcalde había dicho que el pueblo caía dentro del feudo de otro jefe guerrillero, un hombre al que no le gustaba el Matarife.

La marquesa lo miró. Su cabello se había secado y estaba suave y dorado y le caía por la cara.

—¿Pensaste alguna vez que volverías a verme?

—No.

—Yo creía que te volvería a ver.

—¿Sí?

—Eso creo.

La marquesa soltó una voluta de humo y la miró con aspecto crítico.

—Pero no en un convento de monjas. —Se echó a reír—. ¡Me resultaba increíble que fueras tú! Yo pensaba que estabas muerto, pero ¡así y todo! Creo que es la cosa más bonita que han hecho por mí.

Estuvieron hablando de lo que había pasado en sus vidas desde el verano en Salamanca, y él escuchó intimidado las descripciones de los palacios que ella había visto, los bailes a los que había asistido, y ocultó los celos que sentía cuando la

imaginaba en brazos de otros hombres.

El intentaba convencerse de que era vano sentirse celoso de la marquesa; era como quejarse de que el viento virara.

El le habló de su hija. Le explicó el invierno en la Entrada de Dios, la batalla, la muerte de Teresa.

La marquesa se sentó para beber vino.

—No eras muy querido entre nosotros.

—¿A causa de la batalla?

Ella se echó a reír.

—Yo estaba orgullosa de ti, pero no me atrevía a decirlo. —Le pasó la botella a Sharpe—. ¿Así que le diste todo el dinero a tu hija?

—Sí.

—Richard Sharpe, eres tonto. Algún día tengo que enseñarte a sobrevivir. ¿Así que vuelves a ser pobre?

—Sí.

Ella se echó a reír. Le habló del dinero que iba con el ejército francés que se batía en retirada, no su propio dinero, sino los cientos de carros reunidos en Burgos.

—¡No lo creerías, Richard! ¡Han saqueado cada monasterio, cada palacio, cada casa de aquí a Madrid! Hay oro, plata, cuadros, vajillas, más oro, más cuadros, joyas, sedas, monedas... —La marquesa sacudió la cabeza como con asombro—. Es la fortuna del Imperio español, Richard, y todo se va de vuelta a Francia. Saben que van a perder, así que se lo llevan todo.

—¿Cuánto?

Ella hizo sus cálculos.

—¿Cinco millones?

—¿De francos?

—Libras, querido. Libras inglesas. —Se echó a reír al verle la cara—. Por lo menos.

—No puede ser.

—Sí. —La marquesa tiró el cigarro al fuego—. ¡Yo lo he visto! —Le sonrió—. A tu querido Arthur le gustaría ponerle las manos encima a eso, ¿verdad?

Sin duda alguna, pensó Sharpe, a Wellington le encantaría capturar el convoy de bagajes francés. Ella se echó a reír.

—Pero no lo hará. Eso es lo que está protegiendo nuestro ejército. —La marquesa levantó la copa de vino—. Todo para nosotros, querido. El perdedor se lo lleva todo.

—¿Recuperarás tus carros?

—Recuperaré mis carros —dijo ella fríamente—. Y escribiré una carta para que recuperes tu trabajo. ¿Qué he de escribir? ¿Que el inquisidor mató a Luis? —Se rió tontamente—. ¡Tal vez lo hizo! O su hermano.

—¿Su hermano?

Ella giró la cabeza hacia él.

—El Matarife —contestó ella como si fuera obvio.

—¡Son hermanos!

—Sí. Vino a mirarme en el carruaje. —Ella se estremeció—. Cabrón.

Sharpe supuso que tenía sentido. ¿Por qué sino iba a ir hasta tan lejos un guerrillero, a aquellas montañas inhóspitas, si no fuera para hacerle un favor a su hermano? Pero, incluso así, le resultaba sorprendente que aquel barbudo tan cruel fuera hermano de un sacerdote. Miró a la belleza que tenía al lado.

—Por el amor de Dios, escribe que la otra carta no era verdad.

—Por supuesto que lo haré. Diré que una monja amenazó con violarme si no la escribía. —Sonrió—. Lo siento, Richard, lo hice sin pensar.

—No importa.

—En realidad, sí. Te ha traído problemas, ¿no? Aunque pensé que sobrevivirías. —Sonrió alegre—. Y si no fuera por esa carta no estaríamos aquí, ¿no es así?

—No.

—Y no podrías ponerme grasa en los muslos, ¿verdad? —Ella le tendió el bote y Sharpe, sumiso como siempre ante aquella mujer de oro, obedeció.

Él permaneció despierto durante parte de la noche, con un brazo atrapado bajo la cintura de la marquesa, preguntándose si una carta de ella resultaría suficiente. ¿Le devolvería la graduación o le restablecería el honor?

El ardor del fuego se reflejaba en el techo amarillento. La lluvia seguía repiqueteando en la ventana y siseaba en la chimenea. Hélène se removió sobre él, le pasó una pierna por encima y puso la cabeza y una mano sobre su pecho. Había murmurado un nombre medio dormida, Raoul. Sharpe volvió a sentir celos.

Le tocó la espalda, dándole golpecitos, y ella murmuró algo y bajó la cabeza de su pecho. El pelo le hizo cosquillas en la mejilla. Pensó en cuántas veces durante el último año había soñado con esto, deseado esto, y fue pasando su mano por el costado como queriendo dejar impresa esa sensación en su recuerdo para siempre.

Ella le había mentado. Ni por un momento se había creído que la Iglesia había asesinado a su marido, o había trazado un plan para quedarse con su dinero. Había algo más detrás de todo aquello, pero ella no iba a decírselo nunca. Hélène haría cuanto pudiera por salvar su carrera, y por ello, pensó Sharpe, había de estarle agradecido. Miró hacia la diminuta ventana y no vio nada más que el reflejo oscuro de la habitación, ni un indicio de luz en el cielo. Se dijo que tenía que levantarse al cabo de una hora, se volvió hacia la cálida dulzura de Hélène, frotó sus labios contra el cabello y durmió con el cuerpo de la mujer entre sus brazos.

Se despertó de repente; lo que se veía por el ventanuco era gris y se dio cuenta de que había dormido más de la cuenta. Se preguntó por qué Ángel no había golpeado en la trampa.

Saltó de la cama, haciendo gruñir a Hélène, y vio que había dejado de llover. El fuego estaba apagado.

Entonces se quedó helado al sentir el retortijón del miedo y se dio cuenta de que había fracasado totalmente. Lo había despertado un ruido y ahora volvía a oírlo. Era el sonido de caballos, muchos caballos, pero no caballos en movimiento. Les oía la respiración, los cascos sacudiéndose, el tintineo de cadenas. Alcanzó el fusil, echó el percutor hacia atrás y se dirigió hacia el ventanuco.

La calle bajo el grisor del amanecer estaba llena de jinetes. El Matarife estaba allí y a su alrededor, con el rocío brillante sobre sus capas lanudas, estaban sus hombres. Junto al Matarife, sobre un caballo magnífico, iba un hombre alto con una capa plateada y con un sable a la cadera. Alrededor de ambos hombres, abarrotando la calle estrecha, había al menos doscientos jinetes.

—¿Richard? —dijo la marquesa con voz dormida.

—Vístete.

—¿Qué ocurre?

—¡Vístete!

El Matarife espoleó su horrible caballo ruano para que avanzara. Levantó la vista hacia las ventanas de la posada.

—¡Vaughn!

—¡Jesús! —exclamó la marquesa incorporándose—. ¿Quién es, Richard?

—El Matarife.

—Jesús.

—¡Vaughn!

Sharpe empujó la ventana para abrirla. Notó el aire frío sobre su piel desnuda.

—¿Matarife?

Vio al alcalde de la ciudad detrás de los jinetes; junto a él había un sacerdote. De repente se dio cuenta de lo que había sucedido. El jefe de los guerrilleros cabalgó hasta quedarse bajo la ventana. Levantó la vista. Su espesa barba estaba moteada de rocío. Sujeta con correas en su espalda, junto a un mosquete, llevaba una gran hacha, el arma de un matarife. Sonrió cínicamente.

—¿Ve al hombre que lleva la capa plateada, comandante Vaughn?

—Lo veo.

—Es Pedro Pelera, enemigo mío. ¿Sabe por qué somos amigos hoy, comandante Vaughn?

Sharpe lo adivinó. Oía a la marquesa que se vestía y renegaba en voz baja.

—Dígame, Matarife.

—Porque usted ha violado un lugar santo para nosotros, comandante Vaughn. Ha luchado contra las monjas, ¿verdad? —El Matarife se echó a reír—. Tiene usted diez minutos, comandante Vaughn, para traernos a la Puta Dorada.

—¿Y si no lo hago?

—Morirá de todas formas. Si viene usted dócilmente, comandante, le mataré con rapidez. Si no lo hace ¡iremos por usted!

El Matarife señaló a sus hombres. Sharpe sabía que no podía luchar contra tantos, ni siquiera quedándose en la parte alta de la escalera. Sencillamente reventarían la trampilla con los mosquetes. El Matarife remachó el clavo.

—No va a venir ayuda, comandante. Su chico ha huido. ¡Tiene diez minutos!

Sharpe cerró la ventana de golpe.

—¡Cristo!

La marquesa llevaba puesto el vestido que había cogido del convento, una pieza de seda azul y encaje blanco. Se estaba poniendo las joyas en el cuello.

—Si voy a morir, moriré enjorada.

—Lo siento, Hélène.

—Dios, Richard, ¡no seas tan estúpido! —dijo con una rabia repentina y vehemente.

Sharpe fue hasta la pared del fondo y la aporreó, como si pudiera ser lo bastante delgada para atravesarla; sin embargo, sabía que los guerrilleros habrían rodeado la posada. Renegó.

—¿Vas a morir desnudo? —dijo Hélène con voz amarga—. ¿Cómo me ha encontrado ese cabrón?

Sharpe se maldijo. ¡Tenía que haberlo sabido! Tenía que haber supuesto que al entrar a la fuerza en un convento se pondría en contra a toda la gente de la zona, pero en lugar de eso era tanta el ansia que tenía por compartir aquel lecho que ni siquiera había pensado en el peligro. Se vistió deprisa, como para una batalla, aunque sabía que ésta ya había terminado. Aquella huida loca entre las colinas acabaría con sangre en una calle fangosa, con su muerte. Tenían que haberlo ahorcado hacía cuatro semanas y en cambio moriría ahora. Al menos, pensó, sería con una espada en la mano.

—Voy a ir a hablar con ellos.

—Por el amor de Dios, ¿por qué?

—Para arrancarles la promesa de que quedes a salvo.

Ella sacudió la cabeza.

—Eres tonto. De verdad crees que hay decencia en el mundo, ¿no es así?

—Puedo intentarlo.

Levantó la trampilla. La habitación de abajo estaba vacía. Se volvió para mirarla una vez más y pensó en lo espléndida que estaba, cuan adorable, incluso cuando tenía

miedo.

—¿Quieres mi fusil?

—¿Para dispararme?

—Sí.

—Ni el Santo Grial es tan precioso. —Lo miró a la cara y sacudió la cabeza—.

Lo siento, Richard; olvidaba que tú crees que sí. ¿Qué vas a hacer?

—Luchar contra ellos, por supuesto.

Ella se echó a reír, aunque su risa denotaba miedo.

—Dios te ayude en tiempo de paz, Richard.

Sharpe tocó la empuñadura de la espada y dudó. Sabía que no tenía que decirlo, pero al cabo de diez minutos estaría muerto, derrotado por el Matarife o sus hombres. Se llevaría a algunos de ellos con él, les daría motivo para recordar la lucha contra un solo fusilero.

—¿Hélène?

Ella lo miró con exasperación.

—No lo digas, Richard.

—Te quiero.

—Sabía que lo ibas a decir. —Ella se estaba poniendo los pendientes de diamantes—. Pero eres tonto. —Sonrió tristemente—. Ve a luchar por mí, tonto.

Sharpe descendió la escalera, desenvainó la gran espada y abrió la puerta que daba a la calle, donde se habían reunido sus enemigos para acabar con él.

Capítulo 14

Ángel se despertó antes del amanecer. Había dormido en el establo, envuelto en la paja cálida y su gruesa capa. Se estremeció al bostezar y se desperezó; enseguida saltó de su lecho y entró en el patio. Tras salpicarse agua en la cara, levantó la vista hacia el tejado oscuro bajo el cual dormía Sharpe con la mujer dorada.

Ángel había bruñido las sillas la noche anterior. Cepilló los caballos y lo preparó todo para la mañana. No estaba sólo preparado, sino listo y reluciente. Lo había hecho por la mujer más bella que hubiera podido imaginar en sus sueños, y ahora, todavía como mayor homenaje a ella, estaba ensillando a *Carabina* y doblaba una manta por encima de la silla para intentar proporcionarle a la marquesa un asiento más agradable. Sabía que ella era francesa, y él odiaba a los franceses, pero ninguna mujer tan adorable como ella podía ser mala a los fascinados ojos de Ángel.

Para probar aquel invento rudimentario que había de proporcionar comodidad a la dama, cabalgó fuera del patio de la posada e hizo girar a *Carabina* hacia el sur. El viento le daba de espaldas, produciéndole escalofríos en su menudo cuerpo. Las sombras de la gente de la ciudad se veían oscuras al moverse por las callejuelas y los patios. Puso la mano en la culata del fusil que había metido en la pistolera de la silla.

Las montañas del este se veían recortadas por la luz. Ángel echó atrás los talones y dejó que *Carabina* se pusiera al trote. Se deleitó al sentir que el gran caballo negro levantaba los cascos bien altos y agitaba la cabellera con impaciencia. Ángel enderezó la espalda, imaginándose que era el Arcángel, el guerrillero más temido de España, que cabalgaba hacia una batalla. Una mujer de gran belleza, de cabello dorado y ojos grises, le esperaba a la vuelta, aunque ella no creyera que hombre alguno pudiera regresar de misión tan suicida. Sacó el fusil de la pistolera, luego retorció las riendas e hizo bajar a *Carabina* hasta el riachuelo donde lavaban la ropa las mujeres de la ciudad. Dejaría que el caballo bebiera allí y soñaría despierto con el momento delicioso en que regresaba del combate, con heridas leves, y la mujer dorada saldría de la casa corriendo con los brazos abiertos; entonces Ángel vio a unos jinetes por el riachuelo.

El muchacho estaba bajo la oscuridad de unos castaños. Hizo que *Carabina* se detuviera y vio las sombras grises bajo la luz grisácea. Echó atrás el percutor de su fusil, pensando en disparar un tiro para avisar a Sharpe. Luego creyó que el sonido del fusil haría que los hombres se pusieran al galope tras él.

Tiró de las riendas; sabía que tenía que regresar a la ciudad y avisar a Sharpe, pero cuando *Carabina* se movió, los hombres que iban por el riachuelo poco profundo percibieron el movimiento. Uno de ellos disparó y Ángel vio la espuma blanca que levantaban los hombres que cabalgaban hacia él. Iban por delante, cortándole el paso a la ciudad, y el muchacho, que ya no era el temido Arcángel, sino

simplemente Ángel cabalgando para salvar su vida, le dio rienda suelta al caballo negro.

Carabina dejó atrás con facilidad a los hombres del Matarife y llevó a Ángel hacia el sur del valle, lejos de la ciudad. Ángel quitó la manta doblada, tiró de las riendas a la izquierda y se ocultó entre los pinos que crecían en una loma baja. Oculto allí, observó, preguntándose qué podía hacer para ayudar; luego vio más jinetes que venían del sur y se dio cuenta de que no podía hacer nada más que esperar, observar y tener confianza. Se acordó de la advertencia apremiante del comandante Hogan de que su trabajo consistía en proteger a Sharpe, y se sintió fracasado con toda la pasión de sus dieciséis años. Le dio unas palmaditas a *Carabina* en el pescuezo, guardó el fusil que no había disparado y se estremeció.

Un murmullo recibió a Sharpe, un murmullo que se elevó hasta convertirse en un canto de odio. Los caballos, que formaban un semicírculo alrededor de la posada, avanzaron y el Matarife levantó una mano y chilló pidiendo silencio y tranquilidad.

El Matarife miró a Sharpe.

—¿Qué tal, comandante Vaughn?

—¿Qué le va a pasar a la mujer?

El guerrillero se echó a reír.

—Eso no es problema suyo.

Sharpe estaba en el vano de la puerta, listo para saltar al interior a la primera señal de ataque. Sostenía la espada bajada, y ahora con la mano izquierda puso a la vista el fusil.

—Si quiere luchar conmigo, Matarife, estoy preparado. La primera bala será para usted. Ahora, dígame qué le va a pasar a la mujer.

El barbudo calló un momento. De algún lugar de la ciudad provenía el olor de un fuego de cocina. La calle estaba resbaladiza y llena de barro a causa de la lluvia de la noche. El Matarife se pasó la lengua por los labios.

—A ella no le ocurrirá nada. Regresará al convento.

—No le creo.

El caballo del Matarife se encabritó en el barro. El hombre barbudo tranquilizó a la bestia.

—Ella regresa, inglés, allí donde pertenece. Esta reyerta no va con ella, sino con el hombre que se atreve a asustar a las monjas.

Lentamente y sin quitar los ojos de Sharpe, descendió de la silla. Sharpe se dio cuenta de lo que venía a continuación y no se movió. El Matarife sacó una cadena. Agarró un extremo y le lanzó el resto a Sharpe. La cadena estaba tirada en el barro. El guerrillero se quitó del cinturón un cuchillo largo y también lo lanzó hacia la puerta de la posada.

—¿Se atreve, inglés? ¿O sólo es valiente con las monjas?

Sharpe se adelantó. No tenía demasiada elección. Recordaba la velocidad de aquel hombre, recordaba cómo le había atravesado los ojos al prisionero francés, pero sabía que tenía que aceptar el envite. Se agachó, cogió el último eslabón de la cadena y un mosquete sonó a su izquierda.

La detonación del mosquete atronó sorda en aquella mañana helada. El Matarife miró calle arriba; entonces, de repente, lanzó al suelo la cadena y les gritó algo a sus hombres. Espoleó su caballo y Sharpe quedó olvidado entre el súbito pánico.

Los cascos iban al galope. Una trompeta agrietaba el valle con repentina premura. Sharpe oyó un grito de alegría que provenía del piso superior de la posada, un chillido de puro gozo de la marquesa. Luego resonaron más mosquetes y olió el humo acre de la pólvora al tiempo que se agachaba en el interior de la posada y ponía la rodilla en el suelo con su fusil preparado.

Unos lanceros aparecieron en la calle. Lanceros franceses. Algunos llevaban banderines en las hojas que ya estaban manchadas de sangre. Un caballo sin jinete galopaba con ellos.

Los guerrilleros huían. No estaban preparados para la carga, no estaban formados para hacer frente a los caballos pesados. Lo único que podían hacer era dar la vuelta y correr, pero la calle estaba demasiado abarrotada y no se podían mover mientras los lanceros los atravesaban.

Sharpe observó las muecas de los jinetes franceses mientras se inclinaban sobre las lanzas largas, mientras destripaban al enemigo desde sus caballos, mientras cabalgaban sobre los moribundos para extraer las hojas entre gotas de sangre y gritos.

Las cuchillas volvían a cargar dirigidas hacia nuevos blancos y la trompeta anunció a un segundo escuadrón que entraba en la calle, con los dientes de los caballos al descubierto. Los cascos lanzaban bien alto el barro y manchaban los uniformes de sus jinetes.

Sharpe observó a dos guerrilleros acorralados que elevaban sus mosquetes, pero varios franceses cabalgaron hacia ellos, arremetieron y una lanza dejó clavado a un hombre contra la pared de una casa con tal fuerza que el lancero dejó el arma allí con el hombre ensartado retorciéndose, chillando y agonizando. El lancero desenvainó su sable para perseguir al segundo hombre que había saltado del caballo y que ahora caía; el sable le rebanó la cara.

Algunos guerrilleros habían huido hasta la plaza del mercado, pero en ese momento Sharpe oyó otra trompeta proveniente del extremo opuesto de la plaza; aparecieron más lanceros por el norte e hicieron que los guerrilleros que huían formaran una confusión de caballos encabritados, gritos y miedo.

La gente del pueblo corría en busca de refugio; los niños, a los que habían llevado para que vieran a los guerrilleros, chillaban al ver que los lanceros avanzaban, en un grupo compacto, contra la masa aterrorizada.

Sonaron disparos de pistola, unos mosquetes tosieron humo y otro escuadrón avanzó a medio galope a la orden de la trompeta, con las lanzas preparadas contra la pinta torpe de guerrilleros con capa. Las hojas de las lanzas, bien afiladas, se inclinaron a la orden del oficial, los caballos apretaron el paso y las hojas se dirigieron contra el enemigo. Los uniformes de color verde y rosa se oscurecieron con la sangre. Un lancero salió corriendo de la confusión con el sombrero en la mano y apretando con la otra mano una herida que le sangraba en la cabeza. Otro de los uniformes brillantes estaba en el barro, pero por cada francés caído había una docena de guerrilleros, y todavía más lanceros avanzaban como un trueno hacia la plaza del mercado. La trompeta seguía exhortándolos, y las lanzas largas seguían arremetiendo a fondo, y raspaban costillas y destripaban a los jinetes aterrorizados.

A Sharpe le pareció oír gritar al Matarife; creyó ver el hacha levantarse entre la masa de hombres y caballos que chillaban, y entonces vio que caía una cerca en el otro extremo de la plaza del mercado y, como si se tratara de una corriente que soltara una presa rota, los guerrilleros huyeron entre los zarzos rotos de la valla caída, dejándole la plaza a la caballería triunfante y teñida de sangre. La plaza del mercado apestaba a sangre. Los heridos se arrastraban por el barro invocando a Dios, chillando al ver que los lanceros cabalgaban hacia ellos y con la precisión de un médico ensartaban las lanzas manchadas. Los franceses se reían cuando infligían dolor a su guerrilla enemiga y huidiza. A un herido lo atravesaron una y otra vez y ningún lancero intentó rematarlo. Una mujer, agachada sobre un cuerpo inmóvil, les gritó a las tropas francesas hasta que un jinete le dio una patada con la pesada bota y ella cayó sobre el cuerpo de su marido moribundo.

Las trompetas se llevaron a tres escuadrones de persecución; dos de ellos se quedaron para hacerse cargo de los heridos y prisioneros. Sharpe se había dirigido a la puerta trasera de la posada, pues pensaba subirse a los árboles que había detrás del patio del establo, pero el pequeño patio estaba lleno de franceses que conducían los caballos capturados a los establos. Uno lo vio y gritó, pero Sharpe atrancó la puerta y regresó.

La marquesa estaba al pie de la escalera. Se quedó mirando la espada que él llevaba en la mano.

—No te vas a escapar, Richard.

Sharpe envainó la espada. Unas manos aporreaban la puerta atrancada, la sacudían.

—Me llamo Vaughn.

Ella sonrió.

—¿Qué?

—¡Vaughn!

—¡Y tú has dormido en el establo, Richard!

El percibió la intensidad en sus ojos, la advertencia que había en ellos, y asintió afligido. Se colgó el fusil al hombro y entonces un hombre alto se agachó para pasar por la puerta principal de la posada. Hélène gritó encantada y corrió a sus brazos. Sharpe, prisionero de los franceses, sólo podía mirar.

El general Raoul Verigny medía más de metro ochenta. No había ni un gramo de grasa en aquel cuerpo. Su uniforme se había confeccionado tan ajustado como la piel de un tambor. Su cara era morena y delgada, con un pequeño bigote girado hacia arriba. Sonreía con frecuencia.

Les había gritado a los hombres que estaban en la puerta trasera que dejaran de hacer ruido, se inclinó para saludar a Sharpe y aceptó el gesto de rendición. Habló con la marquesa durante dos minutos, volvió a saludar a Sharpe con una inclinación y le devolvió la espada.

—Su valentía, comandante, me obliga a devolverle la espada. Le doy las gracias con toda sinceridad. —Se inclinó una tercera vez—. El fusil, comandante, es mi deber cogérselo. —Pronunció *ffusil*. Se lo entregó a un ayudante de campo, éste se lo pasó a un teniente y finalmente acabó en manos de un sargento.

Una hora después, Sharpe recibía los honores de huésped en el desayuno. Alrededor de ellos la ciudad ardía. La posada estaría a salvo mientras proporcionara alojamiento.

El general Verigny se mostraba solícito con Sharpe.

—Debe de estar usted decepcionado, comandante Vaughn.

—¿Decepcionado, señor?

—De fracasar en su intento —dijo sonriendo y tocándose las puntas del bigote.

—Cierto, señor.

La marquesa le había dicho a Verigny que Sharpe había sido enviado por los británicos para sacarla del convento y llevarla al ejército de Wellington, donde la interrogarían. Verigny le sirvió café a Sharpe.

—En lugar de eso, nos llevamos a Hélène a casa y a usted, prisionero.

—Cierto, señor.

—Pero eso no debe preocuparle. —Verigny le ofreció a Sharpe un muslo de pollo, obligándolo a aceptarlo—. Lo cambiaremos, ¿de acuerdo?

—¿Canjear?

—¡Canjear! No practico mucho su lengua. Hélène la habla muy bien, pero no la emplea conmigo. Debería hacerlo, ¿no le parece?

Se echó a reír; se volvió hacia la marquesa y le sirvió vino. Sharpe calculó que era un hombre de su misma edad, moreno y guapo. El inglés estaba celoso. El general se volvió de nuevo hacia Sharpe.

—¿Usted habla francés, comandante?

—No, señor.

—¡Debería! Es la lengua más hermosa del mundo.

La mesa estaba llena de oficiales franceses que sonrieron con la alegría de los hombres que han conseguido una gran victoria. Era raro que la caballería francesa sorprendiera a los guerrilleros y esa mañana había hecho una buena cosecha de enemigos. El hombre con la capa plateada había sido cogido prisionero y sin duda debía de estar chillando bajo una cuchilla mientras sus capturadores esperaran respuestas a sus preguntas. Pero el Matarife había escapado hacia las montañas del este.

A Verigny no le importaba.

—Está acabado, ¿no cree? ¡Sus hombres rotos! Además, yo vengo por Hélène, no por él, y usted me la entrega a mí. —Sonrió y brindó por Sharpe.

Los oficiales que estaban reunidos miraban con curiosidad al inglés. Pocos de ellos habían visto a un oficial británico capturado y ninguno había visto a uno de los temidos fusileros hecho prisionero. Si él los sorprendía, le sonreían. Le ofrecieron la mejor comida de la mesa, uno le sirvió vino, otro brandy, y le animaron para que bebiera con ellos.

Verigny estaba sentado junto a la marquesa. Ella le iba dando trocitos con su tenedor. Se tocaban entre sí, reían en privado y parecía que llenaban toda la habitación con su alegría. Hubo un momento en que se oyeron unas carcajadas y el general sonrió a Sharpe.

—Le estoy diciendo que debería casarse conmigo. Ella dice que en vez de eso se convertirá en monja. ¿Qué le parece?

Sharpe sonrió con educación. Verigny le preguntó a Sharpe si creía que la marquesa sería una buena monja, y el inglés le respondió que el convento de monjas sería un lugar afortunado.

Verigny se echó a reír.

—Pero qué pérdida, comandante, ¿verdad? —Señaló a la marquesa—. He cabalgado hasta aquí para rescatarla. Yo insistí en venir aquí, ¡lo exigí! ¿Usted cree que merece casarse conmigo como recompensa?

Sharpe sonrió, pero por dentro se sentía mal. Ya había sido prisionero con anterioridad, en las guerras de India, y luego también lo fue por los lanceros. Siempre, hasta el último día de su vida, recordaría la cara del indio inclinándose hacia él, con los dientes rechinando mientras introducía su espada por la cintura de Sharpe para clavarlo al árbol. Ahora lo habían vuelto a capturar y veía pocas esperanzas de libertad.

Sharpe escuchaba la risa sonora de los oficiales, veía sus ojos fijos en la marquesa, observaba los gestos coquetos de ella al actuar ante su público. Lo miró una vez con mala cara, riendo bien alto, y él ocultó su desesperación con una sonrisa

fingida.

El general Verigny había dicho que Sharpe podía ser canjeado, pero Sharpe sabía que eso no podía ser. Aunque los británicos tuvieran un comandante francés para canjear, no reconocerían el nombre de Vaughn en la propuesta francesa. Cada pocas semanas los dos bandos canjearían listas de prisioneros, pero el cuartel general de Wellington dudaría de un tal comandante Vaughn. Los franceses supondrían que los británicos no querían a «Vaughn» y lo enviarían a la ciudad fortificada de Verdún, donde tenían a los oficiales prisioneros.

Tampoco podía revelar su verdadero nombre. Hacerlo sería incitar a una docena de preguntas, cada una peor que la anterior. Tenía que quedarse como Vaughn y como Vaughn iría a Verdún; como Vaughn aguantaría hasta el final de la guerra, pudiéndose tras las murallas de Verdún, preguntándose qué tipo de futuro sombrío le traería la paz.

O bien podía escapar. Pero no hasta que Verigny lo hubiera escoltado para salir de aquellas montañas con sus vengativos guerrilleros.

Mientras lo pensaba, Verigny se volvió y le sonrió.

—Hélène me dice que entró usted a la fuerza en el convento. ¿Es cierto?

—Sí.

—Es usted un hombre valiente, comandante Vaughn. —Verigny levantó una copa hacia él—. Le debo mi agradecimiento.

Sharpe se encogió de hombros.

—Puede dejar que me vaya, señor.

Verigny se echó a reír, luego tradujo las palabras al francés y provocó las risotadas amistosas de sus oficiales. Sacudió la cabeza.

—No puedo soltarlo, comandante Vaughn, pero eso no debe preocuparle, ¿verdad? Lo canjearé en Burgos.

Sharpe sonrió.

—Eso espero, señor.

—¡Espera! ¡Seguro que sí! ¡Pero a pesar de ellos! Tiene que darme su palabra de que no se escapará antes.

Sharpe dudó. Si daba su palabra prometía no hacer ningún intento por escapar. Se quedaría con su espada, tendría libertad para cabalgar con los lanceros sin llevar guardia y sería tratado con el respeto que merecía su graduación. Si no la daba, entonces podía intentar escapar, pero sabía que lo iban a vigilar bien. Estaría desarmado, lo encerrarían de noche y si no había dónde encerrarle podían incluso atarlo a su guardia.

Verigny se encogió de hombros.

—¿Bien?

—No puedo darle mi palabra, señor.

Verigny frunció el ceño. Los comensales permanecían en silencio. El general se encogió de hombros.

—Es usted un hombre valiente, comandante, no quiero tratarle mal.

—No puedo aceptarlo, señor.

—Pero yo quiero ayudar. Hélène dice que usted la trató con honor, ¡así que yo haré lo mismo con usted! ¡Lo cambiaremos! ¿Por qué no quiere darme su palabra?

Sharpe se puso en pie. Todos lo observaban. Pasó por encima del banco. En su cabeza oía las palabras insistentes de Hogan de que no tenían que capturarlo. Se maldijo a sí mismo. Había buscado un lecho cálido la noche anterior, cuando tenía que haber insistido en dormir al aire libre, oculto por los bosques y la niebla nocturna.

La marquesa lo observaba. Ella sacudía la cabeza, como si quisiera decirle que no tenía que hacer lo que planeaba. Al menos, pensó Sharpe, ella había cumplido con su palabra. Al menos los franceses no sabían que habían capturado a Richard Sharpe.

Verigny sonrió.

—¡Venga, comandante! ¡Lo canjearémos!

En respuesta a ello, Sharpe se desabrochó el cinturón de la espada. Las correas resonaron. Se inclinó y puso la gran espada sobre la mesa. Miró al general y manifestó su propio fracaso.

—Soy su prisionero, señor. No le doy mi palabra.

Tras la puerta de la posada la ciudad ardía. Una mujer chillaba. Un niño sollozaba. Los lanceros registraban las casas antes de prenderles fuego y Richard Sharpe era conducido bajo guardia y encerrado en un establo. Había fracasado.

Capítulo 15

En la celda no había nada, ni manta, ni catre, ni siquiera un cubo. El suelo estaba cubierto con una gruesa capa de limo. Cada vez que Sharpe respiraba le venían ganas de vomitar por la peste que había, más espesa que el humo de un mosquete. No tenía ventana. Sabía que estaba metido bien profundo en la roca sobre la que se había construido el castillo de Burgos.

Lo habían llevado cruzando el patio exterior, pasando por los muros todavía quemados por las explosiones de los *howitzer* británicos que se habían disparado durante el sitio del año anterior, por entre los carros cargados con el tesoro que abarrotaban el patio, por las construcciones sin tejado y quemadas, hasta la torre del homenaje de muros macizos. Lo habían empujado escaleras abajo, por un pasadizo frío y húmedo, hasta aquella estancia pequeña y cuadrada con el suelo limoso y con el incesante goteo de agua sobre la piedra del exterior. La única luz era un débil resplandor que penetraba por un agujerito hecho en la gruesa puerta.

El gritaba que era un oficial británico, que deseaba ser tratado como tal, pero no obtenía respuesta. Lo gritaba en español y en inglés, pero su voz se perdía en el pasadizo frío hasta convertirse en silencio.

Se tocó la sien e hizo una mueca de dolor. Tenía una hinchazón donde le había golpeado el sargento de infantería con la culata de un mosquete. La sangre iba secándose y formando costra.

Las ratas se movían por el pasadizo. El agua goteaba en el exterior. En un momento dado, oyó voces lejanas y volvió a gritar, pero no obtuvo respuesta. No le habían dado ocasión para huir durante el viaje hacia el sur. Los lanceros habían cabalgado deprisa, y a Sharpe lo situaron en el centro de todo un escuadrón; los hombres que iban detrás de él llevaban las lanzas preparadas para arremeter. Al llegar la noche lo habían encerrado, dos veces en iglesias, una vez en la cárcel de un pueblo, vigilado por hombres que se quedaban en vela con los mosquetes cargados sobre las rodillas. La marquesa viajó en un coche que el general Verigny había confiscado en la ciudad donde la había encontrado. Una o dos veces miró a Sharpe de reojo y se encogió de hombros. De noche envió vino y comida para los oficiales de los lanceros.

Su catalejo, su mochila, todas sus pertenencias, salvo la ropa que llevaba, se las habían quitado. Verigny, que no podía entender por qué el comandante Vaughn era tan tozudo, había prometido que le devolverían las pertenencias. Verigny cumplió su promesa. Cuando Sharpe era conducido por el empinado camino hacia el interior del castillo de Burgos, le habían devuelto sus cosas.

Lo habían entregado a las tropas de la fortaleza. Los hombres de Verigny lo dejaron en el patio, bajo la vigilancia de dos soldados de infantería mientras el sol se iba elevando en el cielo.

Sharpe observó los carros que había en el patio para intentar ver bajo las lonas atadas con cuerdas algo que confirmara la historia de la marquesa de que el tesoro del Imperio español estaba allí. Esperó. Los hombres de la guarnición pasaban junto a él, mirando con curiosidad al prisionero, y seguía sin llegar ningún oficial administrativo para arreglar su futuro. En una de las ventanas altas de la torre del homenaje, Sharpe vio a un hombre con un catalejo. Parecía que la lente le apuntaba directamente.

Poco después de haber visto al hombre con el catalejo cuatro soldados de infantería, con un sargento a la cabeza, corrieron hacia él. Él pensó que pasarían de largo y retrocedió, pero uno de los hombres le chilló y le dio un puñetazo. Sharpe le había devuelto uno, dos golpes, y entonces el sargento le dio en la sien con la culata del mosquete. A continuación, lo condujeron sin ceremonia alguna a la celda, donde podía dar tres pasos en cada dirección y donde no había luz, ni taburete, ni cama, ni esperanza.

Tenía sed. Sentía punzadas en la cabeza. Se apoyó en la pared un rato luchando contra el dolor, la oscuridad y la desesperación. El tiempo transcurría, pero él no sabía qué hora era. No podía oír el repicar de campanas en aquella habitación abierta en la roca bajo el antiguo castillo.

Se preguntaba si lo habían reconocido, pero incluso si así fuera no tenía sentido para él que lo trataran de aquella manera. Pensó en la marquesa; se la imaginaba en los brazos de su general, con la cabeza sobre el pecho del francés, el cabello dorado sobre su piel. Intentó recordar la noche en la posada, pero le parecía irreal. Lo único que parecía real era esa celda, sus heridas y su sed. Encontró un trozo de pared húmeda y chupó la piedra. El olor de la celda era nauseabundo.

Habían tirado excrementos allí o los habían dejado otros prisioneros, y cada vez que respiraba sentía la fetidez.

El tiempo pasaba y pasaba; sólo el gotear del agua sobre la piedra le permitía tener consciencia de ello. Querían que se desesperara, que aquel lugar horrible y maloliente lo hundiera; luchó contra ello intentando recordar los nombres de todos los hombres que habían servido en su compañía desde el inicio de la guerra en España, y cuando ya había acabado intentó decir en voz alta la lista de revista de la primera compañía cuando él se alistó en el ejército. Caminaba de un lado a otro de la celda para combatir el frío; sus botas chapoteaban en el suelo. A veces, cuando el olor era insoportable, ponía la boca en la mirilla de la puerta y respiraba hondo.

Se maldijo por haber sido capturado, por dormirse al amanecer, por aceptar el desafío de un duelo.

Se daba cuenta de que el día había pasado, que ya era de noche, aunque el resplandor en la puerta no cambiaba. Se acomodó en un rincón, en cuclillas sobre sus talones y con la espalda contra el muro, e intentó dormir. Hacía cuatro noches había estado en una verdadera cama, entre sábanas, con la cálida marquesa junto a él y

encima de él. Intentó dormir, pero se despertaba a sacudidas o escuchaba las ratas fuera y el goteo del agua. Temblaba.

Se dio cuenta de que pretendían que el prisionero se tumbara en el suelo. Querían que el prisionero se ensuciara la ropa y se manchara con las heces. No iba a complacerlos.

Finalmente tres hombres vinieron por él, dos iban armados con mosquetes cargados con bayonetas y el tercero era una mole de sargento como el que le había golpeado. Era un hombre muy corpulento. Parecía que no tuviera cuello y los músculos de los brazos llenaban por completo las mangas del uniforme. El sargento le gritó algo en francés, luego se echó a reír al percibir el olor de la habitación.

Sharpe estaba cansado, desesperado, y la sed le había medio secado la garganta. Tropezó bajo la repentina luz de la antorcha encendida que aguantaba uno de sus vigilantes; el sargento lo empujó y él cayó, y luego lo estiró hacia arriba con una fuerza tal que levantó a Sharpe con facilidad.

Lo condujeron por el pasadizo, subieron las escaleras, lo llevaron por un segundo pasillo y por más escaleras hacia arriba. Había luz, penetraba por ventanucos que daban al patio central de la torre del homenaje. Entonces el sargento empujó a Sharpe hacia el interior de una habitación donde esperaba un cuarto soldado.

Era una habitación de unos dos metros cuadrados. Una ventana, alta y con barrotes, dejaba entrar una luz gris y mortecina sobre la piedra de las paredes y el suelo. Había una sola mesa en la estancia; detrás de ella, una silla. Los guardias se colocaron a ambos lados de Sharpe. El sargento, el único francés que no iba armado, era uno de los dos hombres que estaban a la derecha de Sharpe. Cada vez que Sharpe intentaba apoyarse en la pared le gritaba y le daba un tirón hacia delante, y entonces volvía a reinar el silencio.

Esperaban. Los dos hombres que estaban más cerca de Sharpe le hacían frente con bayonetas. Sharpe cerró los ojos. Se tambaleaba ligeramente de cansancio. Sentía punzadas en la cabeza.

Se abrió la puerta. Sharpe abrió los ojos y entendió. Pierre Ducos entró en la habitación. Durante un segundo Sharpe no reconoció al hombre menudo y picado de viruela con gafas redondas y luego le vino de repente a la cabeza el encuentro por Navidad en la Entrada de Dios. El comandante Pierre Ducos, a quien a Sharpe le habían descrito como un hombre peligroso e inteligente, un hombre cuyas manos apestaban con el lodazal de la política, era el responsable de aquel trato, de la celda nauseabunda, de lo que Sharpe sabía que le esperaba.

Ducos arrugó la nariz; luego se colocó con delicadeza detrás de la mesa y se sentó. Un soldado le siguió y puso la espada de Sharpe sobre la mesa, después su catalejo y por último algunos papeles. No pronunció una palabra hasta que se fue el soldado. El remilgado Ducos colocó bien los papeles antes de levantar la vista hacia

el oficial inglés.

—¿Ha dormido bien?

Sharpe no hizo caso de la pregunta.

—Soy un oficial del ejército de su majestad británica y exijo un trato digno de mi graduación —dijo con voz seca.

Ducos frunció el ceño.

—Está usted desperdiciando mi tiempo —dijo con voz profunda, como si fuera la de un hombre robusto.

—Soy un oficial del ejército de...

Se calló porque el corpulento sargento, que se había vuelto a una señal de cabeza de Ducos, le dio un puñetazo en el vientre, dejándolo doblado y sin respiración.

Ducos esperó a que Sharpe se volviera a poner derecho y respirara con normalidad y luego sonrió.

—Yo creo, señor Sharpe, que no es usted un oficial. Por el veredicto de un consejo de guerra del cual tengo aquí una copia —dijo golpeando los papeles—, lo echaron del ejército. En pocas palabras, es usted un civil, que se hace pasar por un tal comandante Vaughn. ¿Tengo razón?

Sharpe no dijo nada. Ducos se quitó las gafas, les echó aliento y empezó a limpiar los cristales redondos con un pañuelo de seda que se sacó de la manga.

—Yo creo que usted es un espía, señor Sharpe.

—Soy un oficial del ejército...

—No insista. Ya hemos comprobado que le dieron de baja. Lleva usted un uniforme al que no tiene derecho, usa un nombre que no es el suyo y, por lo que usted mismo admitió ante el general Verigny, estaba intentando secuestrar a una mujer con la esperanza de que le proporcionara información.

Se enganchó las patillas de las gafas en las orejas y sonrió de forma desagradable a Sharpe.

—A mí eso me suena a espiar. ¿Acaso se creía Wellington que fingiendo su ejecución se haría usted invisible? —Se rió de su propia broma—. He de reconocer, señor Sharpe, que a mí me engañó. ¡No podía dar crédito cuando le vi en el patio! —Sonrió triunfante y luego cogió el papel de encima—. Parece ser, por lo que me ha dicho ese tonto de Verigny, que usted rescató a la marquesa del convento. ¿Es eso cierto?

Sharpe no dijo nada. Ducos suspiró.

—Yo sé que lo hizo usted, señor Sharpe. Fue inoportuno decirlo. ¿Por qué fue tan lejos para rescatarla?

—Quería acostarme con ella.

Ducos se echó hacia atrás.

—Se está usted haciendo pesado y mi tiempo es demasiado precioso para

escuchar sus obscenidades. Se lo vuelvo a preguntar: ¿por qué la rescató?

Sharpe repitió la respuesta.

Ducos miró al sargento y asintió con la cabeza.

El sargento se volvió con rostro impasible, miró a Sharpe de arriba abajo y luego volvió a golpear con el puño el estómago del inglés.

Sharpe se apartó y dirigió su puño contra los ojos del sargento, pero una bayoneta le detuvo el brazo y el puño izquierdo del sargento le golpeó en la cara. Se dio con la cabeza contra la piedra del muro, luego recibió el puño derecho en el vientre, se dobló y, de repente, el sargento, con la misma impasividad con que se había vuelto hacia Sharpe, giró y se puso firme de golpe.

Ducos frunció el ceño. Observó a Sharpe, que se enderezaba. Al fusilero le salía sangre de la nariz. Sharpe se apoyó en la pared y esta vez nadie se lo impidió. El francés sacudió la cabeza.

—No me gusta la violencia, comandante: me descompone. Tiene su utilidad, me temo, y creo que usted ahora lo entiende. ¿Por qué fue a rescatar a la marquesa?

Sharpe dio la misma respuesta.

Esta vez se dejó pegar. El sólo tenía un arma y la utilizó. Hacía ver que era más débil de lo que era en realidad. Cayó al suelo, gruñendo, y el sargento le dio un tirón hacia arriba con desdén por el cuello de la casaca y lo lanzó contra la pared. El sargento sonrió victorioso mientras se volvía hacia Ducos.

—¿Por qué rescató a la marquesa?

—Necesitaba a una mujer.

Esta vez Ducos no le hizo una señal con la cabeza al sargento. Pareció que suspiraba. Se volvió a quitar las gafas, frunció el ceño y las limpió con su pañuelo; luego, con una pequeña mueca, se las volvió a colocar en las orejas.

—Le creo, comandante. A su apetito le van las mujeres como Héléne y sin duda la marquesa quedó satisfecha de sus servicios. Dígame, ¿pidió ella ayuda a los británicos?

—Sólo para eso. Parece que para ella los franceses no lo hacen bien.

Sharpe se preparó para el golpe, pero tampoco esta vez Ducos dio la señal. Volvió a suspirar.

—He de decirle, señor Sharpe, que el sargento Lavin es extremadamente eficiente a la hora de extraer las palabras a los que no quieren hablar. Normalmente practica su arte con los españoles, pero hace tiempo que deseaba a un inglés. —Los cristales de Ducos reflejaron dos círculos de luz gris—. Es más, hace mucho, mucho tiempo que deseaba a un inglés.

El sargento Lavin, al oír su nombre, giró su cabeza achaparrada de ojos pétreos y miró a Sharpe con desdén.

Ducos se puso en pie y dio una vuelta a la mesa, cogiendo el catalejo de Sharpe al

pasar.

—Antes de que esté en un estado en que no pueda apreciarlo, comandante, tengo que ajustar una cuenta con usted. Usted me rompió las gafas. ¡Me trajo un montón de problemas!

De repente y por sorpresa, Ducos parecía furioso. Parecía controlarse, estiraba su cuerpo menudo y fruncía el ceño.

—¡Usted me rompió las gafas expresamente!

Sharpe no dijo nada. Era cierto. Le aplastó las gafas a Ducos en la Entrada de Dios. Lo había hecho después de que Ducos insultara a Teresa, la mujer de Sharpe. Ahora Ducos sostenía el catalejo de Sharpe.

—Un instrumento muy hermoso, comandante. —Miró la placa de bronce— 23 de septiembre de 1803. Para nosotros, 2 de Vendimiario del año 10.

Sharpe sabía que Ducos añoraba el calendario revolucionario. Se apoyó con más fuerza contra la pared.

—Quédeselo, Ducos, su ejército lo ha robado todo en España.

—¡Quedármelo! Por supuesto que no. ¿Se cree usted que soy un ladrón? —Miró la parte trasera de la placa de bronce—. La recompensa por uno de sus actos de valentía, sin duda. —Estiró el catalejo y se vieron los tubos de bronce bruñidos del interior—. No, comandante Sharpe. No voy a quedármelo. Me limitaré a devolverle su insulto.

Rechinando los dientes y con repentino frenesí, Ducos blandió el catalejo y lo golpeó contra el suelo de piedra una y otra vez. Aquel hombre bajito estaba destrozando el delicado cristal y seguía golpeándolo, doblando los tubos, esparciendo fragmentos gruesos de cristal sobre el suelo de piedra. Soltó el catalejo y lo pisó, partió los tubos de bronce, luego les dio varias patadas y los esparció por el suelo hasta que, no teniendo ya nada a qué darle patadas, se quedó jadeando. Se estiró la casaca y miró al fusilero con una sonrisa de triunfo compasivo.

—Ha saldado usted su cuenta conmigo, señor Sharpe. Ojo por ojo, y nunca mejor dicho.

Sharpe había observado la destrucción de su catalejo, su estimado catalejo que había sido un regalo de Wellington, con creciente ira y frustración. No podía hacer nada. El sargento Lavin lo vigilaba mientras sostenía la bayoneta contra sus costillas. Se tragó la ira y señaló con la cabeza hacia la espada.

—Hágaselo a eso, Ducos.

—No, señor Sharpe. —Ducos estaba detrás de la mesa y volvió a sentarse—. Cuando me pregunten cómo murió usted, diré que le ofrecí dar su palabra, usted aceptó y que entonces usted me atacó con la espada que yo le había devuelto. El sargento Lavin me salvará la vida. —El francés sonrió—. Pero en verdad que odio la violencia, señor Sharpe. ¿Me creería si le dijera que no deseo que usted muera?

—No.

Ducos se encogió de hombros.

—Es cierto. Le dejo vivir. Puede salir de aquí con su espada. No vamos a canjearlo, por supuesto; se pasará lo que queda de guerra en Francia. Incluso podríamos civilizarlo. —Ducos sonrió por esa broma y bajó la mirada hacia los papeles—. Así que dígame, señor Sharpe, o incluso comandante Sharpe, si eso le hace sentirse mejor: ¿Hélène iba en busca de ayuda británica?

Sharpe lo insultó.

Ducos suspiró e hizo un gesto con la cabeza. Lavin se volvió, impávido e imperturbable, y esta vez le dio un puñetazo a Sharpe en la cara, le partió el labio y le hizo una herida en la frente con un anillo que llevaba. Sharpe volvió a caerse, expresamente, y esta vez lo golpeó con las botas en la espalda. El chilló, también expresamente, removiéndose las manos y de repente vio cuál era su esperanza.

Había un tubo de bronce, doblado y retorcido, junto a la pared. Volvió a gritar al aterrizar una bota, agarró el tubo y se lo ocultó en el puño. Una mano lo agarró por el cuello, lo levantó, le dio la vuelta y lo volvió a colocar contra la pared. Tenía el tubo más pequeño en la mano. Notaba que el borde donde se sostenía la lente pequeña estaba roto. El tubo medía quince centímetros de largo y un extremo estaba abierto y dentado, pues Ducos lo había aplastado con el pie.

Ducos esperó a que la respiración de Sharpe se calmara, para volver a encararse a aquel rostro sangrante y maltratado.

—Le sería de ayuda saber, comandante, que voy a hacerle una serie de preguntas para las que ya tengo respuesta. Así que va a sufrir innecesariamente. Al final entenderá el propósito de todo ello. Le acusaron de matar al marido de Hélène, ¿no es así?

—Usted ya lo sabe.

Ducos sonrió.

—Yo lo dispuse, señor Sharpe. ¿Lo sabía usted?

Ducos se sintió complacido por la sacudida de la cabeza de Sharpe, la repentina sorpresa que denotaron sus ojos contusionados. A Ducos le gustaba que sus víctimas supieran quién era el responsable de su desgracia.

—¿Por qué fingió Wellington su muerte?

—No lo sé.

Sharpe tenía los labios hinchados. Tragaba sangre. Su respiración era entrecortada. Estaba calculando las distancias, no planeando la primera muerte, sino la segunda.

Ducos estaba disfrutando con el espectáculo de su enemigo pisoteado y hundido. No era la derrota física lo que le producía placer a Ducos, sino que Sharpe se diera cuenta de que lo habían manejado.

—¿Lo enviaron a rescatar a Hélène?

La voz de Sharpe sonó distorsionada a causa de sus labios sangrantes.

—Quería saber por qué había mentido en su carta.

Esta respuesta detuvo a Ducos, quien frunció el ceño.

—¿El rescate fue idea suya?

—Idea mía.

Sharpe escupió sangre al suelo.

—¿Cómo sabía dónde estaba?

—Todo el mundo lo sabía. Media España lo sabía.

Ducos aceptó tal verdad. Se suponía que el destino de la marquesa tenía que ser un secreto, pero nada de lo que sucedía en España era un secreto. Incluso Verigny, un tonto pretencioso, había descubierto dónde estaba retenida su amante. Nada de eso preocupaba a Ducos. Lo único que le inquietaba era la seguridad del tratado.

—¿Así que la rescató hace cinco días?

—Algo así.

—¿Y el general Verigny lo descubrió a usted al día siguiente?

—Sí.

—¿Se acostó con ella, señor Sharpe?

—No.

—Pero usted ha dicho que era por eso que quería rescatarla.

—Ella no quiso.

Sharpe cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared. Las dos últimas veces que lo habían atacado los soldados armados no se molestaron en usar las bayonetas para evitar que se volviera. Veían que estaba derrotado e indefenso. Se equivocaban, pero él esperaba ese momento y lo estaba planeando con cuidado. La última vez se cayó hacia la derecha y el hombre que estaba allí retrocedió y se apartó para dejar sitio a Lavin. Tenía que volver a hacerlo.

—¿Se acostó con ella?

—No.

—¿Le dijo ella por qué estaba en el convento?

—Quería descansar.

Ducos sacudió la cabeza.

—Es usted un tonto tozudo, señor Sharpe.

—Y usted es un cabroncete asqueroso.

—Señor Sharpe —dijo Ducos reclinándose en la silla—, dígame qué explicación le dio ella. Debió de darle algún tipo de explicación respecto al arresto.

Sharpe sacudió la cabeza, como si tuviera alguna dificultad con sus sentidos.

—Ella me dijo que había soñado con usted. Que había recibido la orden del emperador de casarse con usted, que le vio desnudo y que era la cosa más horrible

que jamás hubiera visto...

—¡Sargento!

El primer golpe lo recibió Sharpe en el cráneo, un golpe oblicuo, pero luego encajó un porrazo en el vientre y se le cortó la respiración. Hizo un esfuerzo por volverse hacia la derecha y un golpe en la cabeza le ayudó a caer al suelo.

—¡Alto!

Una bota le pisoteó los riñones. Se sacó el tubo de bronce de la manga, lo giró y lo agarró con la mano derecha. Tendría una oportunidad, tan sólo una.

—¡No! —gritó de forma desesperada, como si fuera un niño que ruega para que dejen de pegarle, y luego chilló cuando una bota le dio en el muslo.

Ducos dijo algo en francés. Pararon los golpes. El sargento se agachó para levantar a Sharpe por el cuello. Los otros tres hombres permanecían detrás, con las armas bajadas, sonriendo cínicamente.

Lavin levantó a Sharpe y no llegó a ver nunca la mano que le golpeó con el tubo de bronce.

Sharpe chilló de rabia, el grito de guerra. Lo creían débil y derrotado, pero él tenía una gran energía en su interior y se enterarían de lo que era un fusilero en acción.

El tubo, con los extremos de bronce abiertos, golpeó a Lavin en la ingle. Sharpe lo retorció, lo empujó; el sargento lo soltó, lanzó un grito horrible y se llevó las manos a la herida. Pero Sharpe ya había acabado con él; se levantaba a la derecha del sargento, se movía con toda velocidad y llenaba la estancia con su grito de guerra.

El cuerpo del sargento no dejaba pasar a dos hombres. El tercero levantó el mosquete, pero Sharpe agarró el cañón del arma, estiró y con el tacón derecho golpeó al hombre en el bigote, sin dejarle un hueso sano. A continuación, Sharpe llevó su mano sangrante hacia el percutor del mosquete, giró el arma y apretó el gatillo.

Los dos hombres que quedaban no se habían atrevido a disparar por miedo a darles a sus propios compañeros. Tan sólo habían pasado unos instantes desde que el sargento se había agachado para levantar al oficial inglés destrozado. Ahora un mosquete vomitaba humo y ruido.

Un hombre cayó, con la bala de mosquete en los pulmones, y Sharpe le atizó con la culata de bronce al que le había quitado el mosquete y que todavía forcejeaba con él. La culata le dio al hombre en la cabeza, pero éste arrastró a Sharpe al suelo, junto al sargento que sangraba y gemía, y entonces un segundo disparo de mosquete resonó en la habitación; retumbó con más fuerza que el trueno, ahogando incluso la agonía del sargento Lavin.

Sharpe se removió, se levantó y golpeó con el mosquete al hombre que había disparado cuando él caía. Seguía gritando, sabía que los hombres temen el ruido, la ferocidad, y de un tirón se liberó el pie derecho del hombre que lo agarraba, se

levantó gruñendo del suelo ensangrentado y arremetió con la bayoneta que había conseguido, dando golpes secos y profesionales contra el último de sus enemigos que todavía estaba en pie. Ducos, con la boca abierta, permanecía junto a la puerta, aterrorizado. El no tenía arma.

Las bayonetas chocaron. Sharpe empujó a un lado la de su oponente, volvió a arremeter; luego quebró hacia la derecha, hacia la mesa, agarró la espada y su voz se oyó triunfante al blandirla. La vaina raspó al sacar la espada y voló por la habitación, y él fue segando con la hoja y gritando con furia victoriosa. Le hizo un corte en el cuello al último hombre y luego retiró la espada entre hueso y sangre. Vio que el hombre empezaba a caer, entonces lo remató con una arremetida que se hundió en el moribundo. En unos segundos, tan sólo unos segundos, había matado a dos hombres y herido a otros dos. Se volvió, retiró la espada y miró hacia la puerta.

—¡Ducos!

Allí no había nadie.

Se dirigió hacia la puerta, con la espada ensangrentada en la mano. Su cara era una máscara de sangre, su uniforme estaba empapado de la sangre de Lavin. Un hombre contra cuatro, ¡un fusilero! El sargento Harper hubiera dicho que eso era jugar con ventaja.

—¡Ducos! ¡Cabrón! ¡Ducos!

Entró en el pasadizo. Detrás de él el sargento sollozaba, se quejaba y sangraba con las manos sobre la ingle.

—¡Ducos! ¡Cerdo!

—*M'sieur?* —le dijo una voz que provenía de la derecha.

Sharpe se volvió. Allí había un grupo de oficiales franceses. Elegantes y pulidos, miraban sorprendidos al hombre cubierto de sangre, con la cara magullada, la voz salvaje y la espada chorreando sangre.

Los oficiales franceses llevaban espadas pero ninguna desenvainada.

Un hombre se adelantó, un hombre alto vestido de verde y rosa, que frunció el ceño.

—¿Comandante Vaughn?

Era Verigny. Tenía el rostro desencajado, por el olor a sangre o por el aspecto de Sharpe.

—¿Comandante?

—Me llamo Sharpe. —No tenía sentido seguir ocultándolo—. Comandante Richard Sharpe.

Se apoyó en la pared. Dejó que la punta de la espada se apoyara en las baldosas y formó un charco de sangre.

Parecía que Verigny adoptara la posición de firmes.

—Yo creía, comandante, que sería usted tratado de acuerdo con el honor.

Sharpe señaló con la cabeza hacia la puerta.

—Esos cabrones intentaron matarme. Entonces no tenía espada. Me he defendido.

El sargento Lavin gemía lanzando gritos lastimosos desde el interior de la habitación cuadrada con muros de piedra.

Verigny miró por la puerta. Se echó hacia atrás y se quedó mirando intimidado al fusilero que había convertido la habitación en un matadero.

—Se le tratará bien, comandante. ¿Necesita usted un médico?

—Sí. Y agua. Comida. Una cama.

—Por supuesto.

—Que laven esta ropa. Un baño.

—Por supuesto.

Sharpe retiró la mano derecha de la espada. Tenía la palma destrozada. Le dolía. Levantó la espada con la mano izquierda.

—Parece ser que vuelvo a ser su prisionero.

—Concédame el honor de conservar su espada, *m'sieur*, hasta que hayamos discutido lo que hacemos.

Sharpe asintió con la cabeza y luego regresó a la habitación.

Recuperó su vaina y el cinturón de su espada, pero no se lo pudo abrochar con la mano herida. Fue hacia el sargento Lavin, que gemía y sollozaba; éste levantó la vista hacia él con ojos que parecían mezclar dolor y sorpresa por haber sido vencido. Sharpe miró al general francés.

—¿Señor?

—¿Comandante?

—Dígale a este eunuco que consiguió lo que deseaba.

Verigny se estremeció al oír la voz del fusilero.

—¿Lo que deseaba, *m'sieur*?

—Quería a un inglés. Lo ha conseguido.

Capítulo 16

Sharpe fue conducido a uno de los edificios del patio del castillo que todavía se estaba restaurando, luego lo ayudaron a subir las escaleras hasta una estancia encalada, decentemente amueblada con una cama, una mesa y varias sillas y con una ventana de barrotes que daba al patio mayor de la fortaleza. A través de ella veía la torre del homenaje achaparrada y la iglesia del castillo; cada centímetro del patio estaba abarrotado con los carros del tesoro.

Vino un médico. Le lavó las heridas y se las vendó. Lo sangró con una lanceta y luego le dieron comida y brandy. Le llevaron una gran tina a su habitación, la llenaron con cubos y él se metió dentro. Se llevaron su uniforme, lo lavaron, lo remendaron y se lo devolvieron.

Seguía siendo un prisionero. Había dos guardias en el exterior de la puerta, en la parte superior de las escaleras que conducían al interior del patio. Uno de los vigilantes, un joven agradable no mayor que Ángel, lo afeitó. Sharpe no podía sostener la navaja con la mano derecha vendada. Su espada se la apoyaron junto a la cama. El le había limpiado la hoja con dificultad. En las estrías de la empuñadura de madera, que tenía que estar envuelta en cuero y ligada con alambre, aún había sangre; él no había tenido fuerzas para limpiarla. En vez de eso se durmió; se durmió entre pesadillas y dolores intermitentes.

Sus guardias le trajeron comida, buena comida, y dos botellas de vino tinto. Intentaron decirle algo, sonriendo amablemente ante su incomprensión. Oyó el nombre de Verigny y supuso que el general le había enviado la comida. Sonrió, asintió con la cabeza para mostrar que había entendido y los guardias lo dejaron con unas velas absorto en sus pensamientos. Caminó por la estancia, pensando solamente que pronto toda España creería que Wellington había soltado al asesino de un marqués español. Le había fallado a Wellington, a Hogan y a sí mismo.

Por la mañana volvió a visitarle el médico, le deshizo los vendajes y murmuró algo para sí. Examinó los excrementos que Sharpe había hecho en el cubo de noche: pareció que le gustaron; luego le sangró el muslo a Sharpe en una copita. No volvió a vendarle la cabeza, tan sólo el corte en la mano que todavía le dolía. Tenía los labios hinchados. En el interior estaban recubiertos de sangre seca. «Mejor esto —pensó— que la herida del sargento.»

Estuvo sentado junto a la ventana durante toda la mañana, observando los carros que rodaban por el patio. Los carros fueron marchando uno tras otro; los conductores atizaban a los bueyes con bastones puntiagudos. El chillido de los ejes no se detenía mientras el patio se iba vaciando lentamente. La retirada francesa, que había comenzado en Valladolid, había vuelto a empezar. Sharpe sabía que los británicos todavía debían de estar avanzando, y que los franceses mandaban los carros del

tesoro de regreso por la calzada principal hacia Francia. Se preguntó si los seis carros de Hélène estarían entre ellos. También se preguntó por qué Ducos había hecho que lo acusaran de la muerte del marqués y por qué Hélène había mentido.

La iglesia del castillo se había utilizado como almacén de municiones. Cuando los carros fueron dejando sitio en el patio grande, los pelotones de infantería empezaron a acarrear bombas y botes de metralla de la iglesia a la torre del homenaje. Sharpe, sin tener nada más que hacer, observaba.

Pasada una hora las bombas ya no las llevaban al interior de la torre del homenaje, sino que las iban amontonando en el patio. Fueron haciendo un montón tras otro, empezando junto a la puerta de la torre del homenaje y descendiendo por el patio hasta donde estaba él. Se preguntó si ése era un destacamento de castigo, de ésos obligados a hacer los trabajos inútiles que todos los ejércitos reservaban para los rebeldes, pero entonces vio a unos oficiales ingenieros franceses que corrían con mechas blancas hacia cada uno de los montones con forma de cono, mechas que iban hasta la torre del homenaje.

De repente se dio cuenta de que los franceses debían de estar abandonando Burgos, que iban a hacer saltar el castillo antes que entregar tal fortaleza intacta a sus enemigos. Sin embargo, le resultó extraño que se tomaran la molestia de amontonar las bombas en el patio en lugar de hacerlas explotar en masa en el almacén. Entonces, al oír pisadas en las escaleras, se volvió, se apartó de la ventana y se olvidó de los extraños montones de municiones.

Se aseguró de que tenía la espada a mano. Temía que Ducos regresara y acabara lo que había comenzado, pero quien abrió la puerta fue un lancero francés sonriente. Del brazo de aquel hombre colgaba una cesta con ropa.

Vinieron más hombres, hombres que dispusieron comida y vino en la mesa de la habitación de Sharpe. Ninguno hablaba inglés. Acabaron su trabajo, se fueron y entonces Sharpe oyó la voz de ella en las escaleras. Era la marquesa; parecía como si se hubiera bañado en rocío y hubiera sorbido ambrosía, los ojos brillantes, la sonrisa acogedora y su preocupación por la cara magullada y marcada de sangre del fusilero. La acompañaba la figura alta y morena del general Verigny, mientras que detrás iba otro oficial francés, un comandante rechoncho llamado Montbrun que hablaba bien el inglés y confiaba en que el comandante Sharpe no estuviera muy dolorido.

Sharpe le confirmó que no lo estaba. El comandante Montbrun, sin embargo, esperaba que el comandante Sharpe comprendiera que el trato que había recibido de manos del sargento Lavin no era digno del gran ejército francés y que el inglés lo olvidaría y aceptaría reunirse con él para tomar una comida ligera.

El comandante Sharpe aceptó.

El comandante Montbrun sabía que el comandante Sharpe tenía el honor de conocer ya a la marquesa y al general. Montbrun explicó que él era un ayudante del

mismo rey José, el hermano de Napoleón, que era un rey marioneta en el trono español desmoronado. Montbrun esperó que el comandante Sharpe no se tomara a mal si le decía que su majestad el rey José se hubiera sentido halagado de que un enemigo tan temible como el comandante Sharpe hubiera sido capturado. Sharpe no contestó. La marquesa sonrió y tocó la herida encostrada que Sharpe tenía en la cabeza con la punta de sus dedos.

—Ducos es un cerdo.

Montbrun frunció el ceño.

—El comandante Ducos ha explicado lo que sucedió, señora. Estoy seguro de que hemos de creerle.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Sharpe.

Montbrun cogió una silla para la marquesa, luego otra para Sharpe y por último se sentó él mismo.

—El comandante Ducos nos ha explicado que el sargento Lavin perdió los estribos. De lo más triste, por supuesto. ¿Nos perdonará si nos servimos nosotros mismos, comandante Sharpe? He pensado que tendríamos mayor intimidad sin ordenanzas.

—Por supuesto. ¿Y cómo está el sargento Lavin?

Montbrun frunció el ceño, como si ese tema fuera muy desagradable.

—A él, por supuesto, se le ha acusado de falta de disciplina. ¿Puedo ofrecerle un poco de esta sopa fría? Es deliciosa, estoy seguro. ¿Puedo ayudarle?

Podía. La marquesa, vestida con seda de color lila y un gran escote grande con un volante de encaje, le sonrió. Sharpe estuvo de acuerdo con Montbrun en que la primavera había sido húmeda y que ese verano había llovido más que muchos otros en España. Estuvo de acuerdo en que la sopa, un gazpacho, era deliciosa. Montbrun se preguntó si no habría demasiado ajo para su gusto, pero Sharpe le aseguró que no podría haber demasiado ajo en nada para su gusto y a Montbrun le pareció un punto de vista muy sabio.

Verigny sonrió cínicamente. Tenía el bigote manchado de gazpacho.

—Creo que casi mató a ese *capón* de Lavin, ¿no es cierto? —Miró a la marquesa—. ¿*Capón*?

—Cabrón, querido.

—¡Ah! Casi mata usted al cabrón de Lavin, ¿verdad?

Sharpe sonrió.

—El intentó matarme.

Verigny se encogió de hombros.

—Tenía que haberlo matado. Odio a los cabrones.

Montbrun se apresuró, con suavidad de cortesano, a recomendar el vino tinto que, a pesar de ser español, era de gran calidad, pensaba él, y que podía agradar al

comandante Sharpe. Este, que tenía sed, lo encontró muy agradable. Bebió.

La marquesa brindó con él.

—Debería tomar más champán, Richard.

—He de reservarlo.

—¿Por qué? ¡Hay muchísimo!

Ciertamente lo había. Las botellas de vino y champán estaban colocadas el extremo de la mesa formando filas. Montbrun sirvió una copa de champán para Sharpe.

—Tengo entendido que en su país escasea ahora, comandante, a causa de la guerra.

Sharpe, que no había tomado nunca champán en Inglaterra y tan sólo lo había bebido en España y cuando estaba con la marquesa, estuvo de acuerdo en que escaseaba.

—Ciertamente —dijo Montbrun mientras se servía una copa—, me dijo un inglés al que hicimos prisionero que se pagaban veintitrés chelines por una botella en Londres ahora. ¡Veintitrés chelines! ¡Casi treinta francos la botella!

La marquesa le miró sorprendida y se preguntó cómo se podía vivir con tales precios e inquirió si no había alborotos en las calles provocados por el populacho que no podía tomar champán. ¿Qué bebían entonces los ingleses?

—Cerveza, señora.

Montbrun sirvió a Sharpe jamón y pollo frío. Se disculpó por una comida tan sencilla. El jamón había sido cocido con una capa de miel y mostaza.

La marquesa quería cerveza inglesa y se mostró triste porque no había ninguna en aquel momento en el castillo de Burgos. El general Verigny le prometió que se la encontraría. Gruñó al sacar los corchos de otras dos botellas de vino tinto.

—Tenemos que beberlo. No podemos llevárnoslo con este maldito ejército.

Montbrun frunció el ceño. Sharpe sonrió.

—¿Maldito ejército?

Verigny lanzó hacia atrás una copa de vino y se sirvió otra.

—No es un ejército, comandante; no un verdadero ejército. Somos... —hizo una pausa, y frunció el ceño—. *Un burdel ambulante!*

—Creo que encontrará la terrina francamente buena, comandante —dijo Montbrun sonriendo—. ¿Me permite que le corte un poco de pan?

—¿Un qué? —preguntó Sharpe.

—Un burdel ambulante, comandante.

La marquesa sonrió ingeniosamente.

—Parece ser que vienen demasiadas mujeres con nosotros. En especial desde que se unió a nosotros el rey José.

—Me permite, comandante. —Montbrun puso un poco de terrina en el plato de

Sharpe—. ¿Más vino? ¿Champán, tal vez?

—Vino.

Cuando la comida hubo terminado y cuando las mondas de las naranjas ensuciaban la mesa entre las pepitas de uvas y las pieles de los quesos, el comandante Montbrun llevó la conversación hacia el futuro de Sharpe. Sacó del bolsillo con incrustaciones doradas de su casaca un trozo de papel doblado.

—Tenemos el gusto de ofrecerle la libertad bajo palabra —dijo Montbrun sonriendo y le puso el papel delante a Sharpe—. El general Verigny lo considerará un honor, comandante, si le permite usted que cubra todas sus necesidades. Un caballo, sus gastos. —Montbrun se encogió de hombros, como si aquella oferta generosa fuera una fruslería.

—El general ya me ha hecho suficientes honores.

Verigny, además de proporcionarle esa habitación y la comida de Sharpe, le había obsequiado con una navaja de afeitar nueva, una camisa limpia, calcetines nuevos e incluso una caja de yesca nueva; todo ello para reemplazar los artículos que le habían robado a Sharpe desde que cayera en manos de Ducos.

Sharpe desdobló el papel, sin entender las palabras en francés, pero vio su nombre, mal escrito, en la primera línea. Miró a Montbrun.

—¿Van a proponer mi nombre para un canje?

Ellos debían de estar esperando aquella pregunta. Raras veces se mantenía prisionero de guerra a un oficial si era capturado cerca de la línea de batalla. Montbrun frunció el ceño.

—Me temo que no, comandante.

—¿Puedo saber por qué?

—Tiene usted, *m'sieur*, una cierta notoriedad. —Montbrun sonrió—. Sería una tontería por nuestra parte soltar a un soldado tan formidable para que provoque mayores daños contra nuestra causa.

Era un cumplido bastante bonito, pero no era la respuesta que Sharpe quería. Si no lo iban a canjear, le tocaba enfrentarse a un viaje hasta la frontera, donde lo soltarían bajo palabra para que atravesara Francia sin escolta. Verigny, hablando con impaciencia, explicó que sería un placer para él proporcionarle todo lo necesario para que estuviera en los mejores hoteles; incluso le entregaría cartas de presentación. Estaba seguro de que al comandante le alegraría demorar su viaje hacia el norte para saborear las delicias del verano en Francia.

—Tómese todo el verano, comandante. ¡Puede beber; allí hay mujeres, hay más bebida! —Hizo una demostración acabándose la copa.

Sharpe se dio cuenta de que a Verigny le costaba pronunciar las palabras.

Todavía había más. Una vez en Verdún, la gran fortaleza del norte donde eran retenidos los oficiales prisioneros, Montbrun le explicó que el general se aseguraría

de que Sharpe tuviera dinero para alquilar unas habitaciones en la ciudad y contratar criados, y que se hiciera socio de los mejores clubes organizados por los oficiales británicos presos. Incluso, le dijo, la Asociación Literaria y Filosófica, que no era ni literaria ni filosófica, pero que proporcionaba a los cautivos británicos más ricos los placeres discretos que un hombre necesitaba.

Sharpe se lo agradeció. Montbrun alcanzó su bolsa y sacó una pluma y un frasco de tinta. Se lo alargó a Sharpe.

—¿Firmará, comandante?

—¿Cuándo nos iremos de Burgos? —preguntó Sharpe sin haber tocado la pluma.

—Mañana, comandante. El general va con la retaguardia. Usted puede viajar a caballo o, si sus heridas no se lo permiten, en el coche de la marquesa. Nos iremos, está previsto, a las nueve.

Sharpe miró a Hélène y sintió la tentación de rendirse, de firmar el papel y compartir el viaje con ella. La mujer sonrió.

—Hágalo, Richard. —Se encogió de hombros—. No vamos a permitir que se vaya, eso ya lo sabe.

Verigny eructó, Montbrun frunció el ceño. Sharpe sonrió.

—Entonces tendré que escapar.

Esto los sorprendió. Se hizo un segundo silencio, entonces Verigny empezó a hablar, a suplicar. Si no daba su palabra, ellos se verían obligados a amontonar ultrajes contra un hombre valiente que ya había sufrido suficientes afrentas en manos de los franceses que eran una vergüenza para su país, su emperador y su sagrada bandera. Resultaba impensable que tuviera que entrar en la prisión como un común criminal. ¡Verigny no quería ni oír hablar de esto! ¡Tenía que firmar!

Él volvió a mirar el papel.

—Les informaré de mi decisión por la mañana. ¿A las ocho?

Era lo mejor que podían hacer. Intentaron persuadirlo, pero no le hicieron cambiar de opinión.

—Por la mañana, a las ocho.

Abrieron dos botellas más de vino. Sharpe empezaba a sentir los efectos de las seis primeras, pero dejó que Montbrun le sirviera más. Brindaron por Hélène, brindaron por que tuviera suerte y encontrara los carros. Ella dijo que, al parecer, ya los habían enviado a Vitoria, pero el general Verigny confiaba en que podría hacerlos regresar. Sirvieron más vino. El comandante Montbrun, con la cara regordeta brillante de sudor, le pidió permiso a Sharpe para brindar por el emperador y, con el debido permiso, así lo hicieron. Por cortesía de su huésped propusieron un brindis por la salud del rey Jorge III y luego otros reyes, incluidos Arturo, Alfredo, Carlomagno, de Luis I a Luis XIV, César Augusto, el viejo rey Cole, el rey del Castillo, Nabucodonosor y Vifredo el Velloso, y acabaron con Tiglath Pileser III, cuyo nombre

ya no pudieron pronunciar, pero que había tenido el honor de tomar el primer brandy.

El general Verigny estaba dormido. Llevaba durmiendo desde que propuso un brindis por Ricardo Corazón de León.

—Era un *capón* —dijo Montbrun; luego se avergonzó de sus palabras.

Ahora, a medida que el sol se escondía y producía sombras largas en los montones cónicos de bombas que había en el patio, Montbrun decidió que tenían que marcharse.

—¿Nos dirá cuál es su decisión por la mañana, comandante? —dijo pronunciando las palabras lentamente y dando unos golpecitos sobre el papel.

—Por la mañana.

—Bien. Si me permite, se la dejaré.

Se puso en pie, y sus ojos mostraron alarma por los efectos del vino en su equilibrio.

—¡Santo Dios!

Fueron necesarios dos lanceros para llevar al general escaleras abajo y uno para ayudar a Montbrun. La marquesa, que le dio la mano a Sharpe para que la besara, parecía no sufrir los efectos de la bebida. Todavía quedaban seis botellas sin tocar sobre la mesa. Ella le sonrió.

—No te escapes, Richard.

El sonrió.

—Gracias por venir.

—Pobre, tonto Richard —le dijo la marquesa tocándole la mejilla; luego siguió a los dos oficiales hasta las escaleras.

Sharpe se sentó. Oyó cómo los pies del general se arrastraban por las escaleras, cómo se abría y se cerraba la puerta; escuchó el chirrido del carruaje y luego cómo se alejaba resonando. Se quedó mirando el papel, las palabras extrañas en francés, y tuvo la tentación de compartir el coche con Hélène. La puerta se abrió.

—Les he dicho que me vinieran a buscar dentro de tres horas —dijo ella sonriendo.

Sharpe oyó cómo corría el cerrojo.

La marquesa se quedó mirándolo, con la cabeza ladeada, luego se acercó hasta la cama, se sentó y levantó un pie para desabrocharse los botines que llevaba bajo el vestido.

—Ven a la cama, Richard, por el amor de Dios, ven a la cama.

El cogió una botella de champán y ella se echó a reír.

—¿Ves lo bueno que es ser un prisionero de Francia?

El sonrió y levantó la mano derecha que tenía vendada.

—Tendrás que desnudarme.

—Lo intentaré, Richard. Ven aquí.

Fue. Vio cómo la cinta se deshacía y el vestido caía; ella se quedó desnuda bajo la luz roja del sol. La mujer alargó las manos hacia su casaca, lo echó sobre la cama y lo abrazó.

La marquesa se fumó un cigarro. Estaba tumbada de espaldas y soltaba anillos de humo hacia el techo.

—He practicado durante meses.

—Lo haces muy bien.

—Los anillos también. —Se rió tontamente—. No estás muy borracho.

—Ni tú.

El le echó champán en el ombligo y lo chupó.

—¿Notas las burbujas?

—Sí.

—No te creo.

Ella no dijo nada durante unos segundos; luego, cambiando repentinamente la voz de manera que le hizo detener el juego y mirarla, le dijo que el comandante Ducos le hizo firmar la carta que había provocado el duelo.

—Lo sé —dijo Sharpe mirando sus ojos grises.

—Ven aquí —le dijo la marquesa, señalándole la almohada junto a ella, y cuando estuvo allí estiró de la sábana para tapar a ambos y enredó su pierna con la de Sharpe—. ¿Estás borracho?

—No.

—Entonces escucha.

Ella habló. Le explicó la existencia de un tratado entre el rey español prisionero y el emperador Napoleón. Le habló de la participación de Pierre Ducos en la redacción del tratado y le describió los términos de éste y cómo, si se firmaba, echaría a los británicos de España.

—¿Lo entiendes?

—Sí. ¿Pero qué...?

—¿... tiene que ver con la carta? —La marquesa acabó la frase, luego se encogió de hombros—. No lo sé. —Tiró el cigarro al suelo y puso su mano en la cintura de Sharpe—. No lo sé, salvo que creo que el inquisidor debe de estar ayudando a Ducos y adivino que mi dinero es el precio de esa ayuda.

Sharpe observó el bello rostro brillante e intentó percibir si aquella era la verdad. No lo sabía. Tenía más sentido que la historia anterior, pero sabía que esa mujer inteligente era una gran mentirosa.

—¿Por qué me lo cuentas?

La marquesa no contestó; en lugar de eso le preguntó si le había gustado el comandante Montbrun. Sharpe se encogió de hombros.

—Supongo.

La dama se apoyó en un codo y la sábana le cayó sobre la cintura. La habitación estaba casi a oscuras, y Sharpe encendió la vela que había junto a la cama. La marquesa se apoyó encima de él para encender otro cigarro con la llama y él estiró la lengua hacia arriba para tocarle el pecho.

—¡Richard! ¿Quieres hablar en serio?

—Lo estoy haciendo.

—¿Por qué crees que Montbrun estaba aquí?

—No lo sé.

—¡Dios! ¡Piensa, estúpido cabrón! —exclamó la marquesa, medio apoyada encima de él—. Montbrun es uno de los hombres de José, ¡y José es el rey de España! ¡Eso le gusta, le gusta que le llamen su majestad! No quiere dejar España. Aunque sólo podamos retener un trozo de España tendrá un reino, pero ahora su hermano planea quitarle el trono y devolvérselo a Fernando. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. Pero ¿por qué decírmelo?

—Porque tú vas a impedirlo. —La marquesa se quitó una brizna de tabaco del labio y se lo puso a él en el pecho—. Tú vas a firmar ese documento y venir conmigo. Luego te escaparás. Montbrun nos ayudará: está al corriente. Todo eso que se ha hablado de atravesar Francia estaba destinado a Raoul. Nosotros queremos que te escapes. —La mujer le golpeaba el pecho con los dedos—. Irás a ver a Wellington. Yo te daré una carta y Montbrun la firmará. —Ella le miraba fijamente a los ojos—. Tú escapas con nuestra ayuda y acudes a Wellington, porque si él hace una declaración pública ahora, puede detener el tratado. Nadie se atrevería a darle su apoyo. Tan sólo Fernando puede hacer que los estúpidos cabrones lo acepten, pero si Arthur consigue que los españoles hagan una declaración ahora de que no lo aceptarían, entonces no se llegaría a firmar. Así que tú lo detienes, ¿lo entiendes?

El frunció el ceño.

—¿Por qué no detiene el tratado José?

—¡Porque su hermano lo crucificaría! Todos le tienen miedo a Napoleón. Pero si tú se lo dices a Wellington, nadie le echará la culpa a José.

—¿Por qué no me canjeáis?

A ella esa pregunta pareció que le exasperaba.

—No podemos. Ducos no lo permitiría. El quiere que desfiles en París como prueba de la mala fe de los británicos. Además, ¿tú crees que hemos canjeado alguna vez a alguien como tú?

—Pero me dejaréis escapar.

—Porque entonces así Ducos pierde. Porque José se queda con un poco de España ¡y me devuelve mis carros! —Ella lo iba juzgando con los ojos—. Montbrun también te pagará a ti.

—Pero ¿no decías que el tratado salvaría a Francia?

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Y seré pobre y la mitad de los hombres de José también! Necesitamos permanecer aquí este verano, Richard, eso es todo. Además, fue ese cabrón de Ducos el que dispuso esto, quien hizo que me arrestaran, ¡que casi consigue que te cuelguen! Quiero a Ducos contra la pared, le deseo tanto mal, Richard, que lo siento en las entrañas. El año que viene pueden firmar ese maldito tratado, pero ahora no, no hasta que Pierre Ducos esté muerto.

—Y tú quieres tu dinero.

—Quiero tener la casa de la que te hablé.

—¿Paté de alondra y miel?

—Y tú puedes venir a visitarme desde Inglaterra. Te pagaremos, Richard. Dos mil guineas, en oro, o en papel, o en lo que sea. Firma el documento donde das tu palabra y nosotros haremos el resto.

Ella lo observó mientras él se levantaba y caminaba desnudo hasta sentarse en la ventana.

—¿Bien?

—Si no cumplo con mi palabra no tengo honor.

—Dios escupe en el honor. ¡Tres mil!

Sharpe se volvió hacia la dama. Hélène estaba reclinada hacia él, desnuda, su cara atenta. A su cuerpo, que era tan hermoso, lo alumbraba y ensombrecía la vela. El se preguntó si ella sentía algo cuando la abrazaba.

—¿Quieres que firme a costa de mi honor?

Ella le lanzó el cigarro.

—Por tu país. ¡Por mí! ¡Es igual, no es deshonoroso!

—¿No lo es?

—Montbrun escribió mal tu nombre a propósito. No es tu palabra.

El se apartó. Por debajo, entraba en el patio un carruaje entre los extraños montones de municiones. Ella lo oyó, renegó y empezó a vestirse.

—¿Puedes abrocharme?

—Más o menos.

Sharpe la toqueteó con la mano vendada en la nuca y luego la hizo volverse hacia él. La miró a los ojos y ella se irguió y le besó.

—Hazlo por mí, Richard. Acaba con Ducos y ese cabrón de inquisidor y regresa a tu carrera. —Le puso la mano sobre el pecho y apretó—. ¡La guerra habrá terminado dentro de dos o tres años! ¡Acabado! Ven a mí entonces. ¿Me lo prometes?

Era más hermosa que un sueño, más adorable que las estrellas en invierno, más suave que la luz. Le besó y sus labios eran cálidos.

—Ven a mí cuando todo haya acabado.

—¿Ir a ti?

Ella sonrió a medias. Era de una hermosura desgarradora; le susurró al oído y

puso su mejilla cálida contra la de él.

—Te quiero, Richard. Haz esto por mí y ven a mí.

Se oyó un golpe en la puerta. Ella les gritó que esperaran y pasó una mano por el cabello de Sharpe.

—¿Vendrás a mí?

—Sabes que lo haré.

La marquesa señaló el documento.

—Entonces firma, Richard. ¡Por nosotros dos! ¡Firma!

Ella sonrió al verlo desnudo, le hizo una señal para que se ocultara tras la puerta y desapareció en la noche.

Sharpe bebió mucho; estaba de peor humor. Pensaba en el honor traicionado, en una mujer que se había comprometido, para satisfacer su sueño más salvaje, en un tratado que expulsaría al ejército británico de España. Se había puesto los pantalones y la casaca, había encendido más velas y todavía no había firmado el documento. Decidió que estaba demasiado borracho para firmar el papel dando su palabra. Desde que Hélène se fuera se había bebido dos botellas de vino.

Fue hacia la mesa, sorprendido de ver que se aguantaba en pie, y se llevó dos botellas de vino a la ventana; así ahorraría un viaje complicado a través de la habitación cuando hubiera acabado la primera. Tal razonamiento le pareció extremadamente inteligente. Estaba orgulloso de ello. Apoyó la cabeza contra los barrotes de la ventana. En alguna parte una mujer reía, era un débil sonido de puro placer y él estaba celoso.

—Hélène —dijo en voz alta—. Hélène, Hélène, Hélène.

Bebió más, sin vaso. Si firmaba el documento, pensó, estaría con ella unos pocos días. Verigny no podría estar siempre presente. Podían hacer el amor en el carruaje, con las cortinas echadas. Faltaría a su honor. Faltaría a su palabra de honor. Ya no le quedaría honor si hacía eso, nada.

Sin embargo, le evitaría a Gran Bretaña una derrota a costa de su honor. Hélène sería rica por su honor. Y haciendo que cayera la desgracia sobre Ducos, incluso podría, tal como había dicho Hélène, colocarlo contra la pared y disparar. Todo ello a costa de su honor.

Pensó en Ducos y levantó la botella a la noche.

—Cabrón.

Bostezó ampliamente, bebió más e intentó concentrar la vista en una ventana encendida que había en la torre del homenaje, pero se le iba deslizando en diagonal hacia arriba a la derecha. Frunció el ceño. Tal vez era cierto, pensó, tal vez ella lo amaba. A veces pensaba que era una zorra traidora, más bella que ninguna otra, pero incluso las zorras traidoras aman a alguien, ¿no es así? Se preguntó si el amor era un

signo de debilidad y luego pensó que no lo era. Después ya no fue capaz de recordar en qué estaba pensando y bebió más de la botella.

Se preguntó si a Antonia le gustaría tener como madrastra a una aristócrata francesa. Bebió al pensarlo. Bebió por el paté de alondra y miel, por el vino blanco y el cuerpo de ella en sus brazos, por su aliento en su boca, y deseó que todavía estuviera allí; bebió más vino, porque podría aliviarle la soledad que le había dejado al irse.

Tras la ventana, hacia el noroeste, le pareció ver un resplandor en el cielo. Lo percibió, frunció el ceño y pensó que el resplandor se merecía un brindis. Levantó la botella y bebió. Se sintió mareado. Pensó que se encontraría mejor si vomitara, pero no tenía intención de ir al cubo que estaba decentemente oculto tras un biombo de madera hecho con un cajón. Todos se habían reído cuando Montbrun usó el cubo y les había parecido que meaba durante una eternidad. Ahora se volvió a reír.

Ella lo amaba. Ella lo amaba. Ella lo amaba.

Cerró los ojos. Luego dio un tirón con la cabeza hacia arriba, los abrió y se quedó mirando la gran mancha roja en el cielo. Sabía lo que era. Eran los fuegos de campamento de un ejército; vistos desde lejos, se reflejaban en las nubes que amenazaban lluvia. Los británicos estaban hacia el norte y el oeste, lo bastante cerca para que sus fuegos se vieran en las nubes, lo bastante cerca para obligar al ejército francés a retirarse más. Un burdel ambulante. Se echó a reír y volvió a beber.

Lanzó la botella vacía al patio y oyó cómo chocaba contra las piedras y provocaba el grito de un centinela. Sharpe respondió gritando.

—¡Capón! ¡Capón!

Cogió la otra botella. «No deberías seguir bebiendo», se dijo a sí mismo; luego decidió que era un desperdicio si no lo hacía. Pensó que podría bebería en la cama y se levantó.

Caminó apoyándose en la pared. De repente, todo le pareció claro con la maravillosa lucidez del borracho. El rey José y Montbrun querían que escapara. Montbrun era un cortesano, sabía más del honor que Sharpe; así que estaría bien faltar a su palabra. Se escaparía. Iría al encuentro del ejército británico, sería rico y se casaría con la marquesa cuando la guerra hubiera terminado, porque incluso las zorras traidoras tenían que amar a alguien y él no podía soportar pensar que ella pudiera amar a otro. Bebió mientras lo pensaba. Paté de alondra y miel, y vino. Más vino. Siempre más vino, y entonces se separó de la pared, apuntó hacia la cama y se derrumbó justo antes de llegar. Consiguió salvar la botella. Se sentó junto a la cama estrecha donde la había amado ese mismo día.

—Te quiero —dijo.

Se echó las mantas por encima y bebió más. Todo era muy sencillo. Escapar y victoria, matrimonio y riquezas. La suerte estaba de su lado. Siempre lo había estado.

Sonrió y levantó la botella. Bebió más vino, tan sólo para demostrarse que podía hacerlo, y luego, cuando pensaba solemnemente que tenía que planificar uno o dos detalles de las decisiones que había tomado, la cabeza se le fue hacia atrás contra la cama, la botella cayó y él durmió el sueño de los borrachos.

Capítulo 17

La llegada de la mañana fue como un gemido triste. Todavía seguía enredado entre las mantas junto a la cama. La luz del amanecer era deprimente.

Soltó un reniego y cerró los ojos.

Alguien estaba usando una almádena dentro del castillo, los golpes le resonaban en la cabeza.

—Oh, Dios.

Volvió a abrir los ojos. Había una botella de vino tirada en el suelo junto a él; el vino del cuello de la botella estaba oscuro a causa del sedimento. Volvió a gemir. Apoyó la cabeza contra la cama y miró hacia el cielo encalado. Parecía que el martilleo provenía de las mismas paredes de la habitación. No podía creerse que pudiera encontrarse tan mal. Sentía los ojos como si quisieran salirse de las órbitas, tenía la boca tan asquerosa como la primera celda en que lo había metido Ducos, acidez de estómago y las tripas revueltas.

—Oh, Dios.

Oyó que descorrían los cerrojos de su habitación, pero no se volvió.

—*Bonjour, m'sieur!* —era el guardia joven y amable.

Sharpe se volvió lentamente, le dolió el cuello.

—Jesús.

El guardia se echó a reír.

—*Non, m'sieur.* Soy yo. —Le puso una palangana sobre la mesa y le inquirió por gestos si deseaba un afeitado—. *Oui, m'sieur?*

—*Oui.*

Sharpe se puso de pie. Se tambaleaba y notaba las piernas doloridas; deseó haberse quedado en el suelo. Levantó una mano hacia el guardia.

—¡Un minuto! ¡Espere! —Fue hacia el biombo de madera, se apoyó y vomitó—. ¡Dios!

—*M'sieur?*

—¡Bien! ¡Bien! ¿Qué hora es?

—*M'sieur?*

Sharpe intentó recordar la palabra. Chasqueó los dedos de la mano izquierda.

—*L'heure?*

—*Ah! C'est six heures, m'sieur.*

—*Sis?*

El soldado levantó seis dedos; Sharpe asintió con la cabeza y luego escupió por la ventana.

Parecía que al joven guardia le gustara afeitarse al oficial inglés. Lo hacía con habilidad, charlaba incomprensiblemente y con jovialidad mientras enjabonaba,

restregaba, aclaraba y secaba con la toalla. A Sharpe se le ocurrió que podía darle un codazo al chico en la barriga, cogerle el mosquete, disparar contra el hombre de la puerta y verse en el patio en diez segundos. Allí tendría que haber un maldito caballo y, con suerte, podría atravesar la puerta y salir antes de que los guardias se dieran cuenta de lo que sucedía.

Por otro lado, no tenía ganas de una mutilación criminal y le resultaba instintivamente mezquino atacar a un hombre jovial que le estaba afeitando con tal destreza. Además, necesitaba desayunar. Lo necesitaba con urgencia. El muchacho le dio unos golpecitos en la cara para secarla y sonrió.

—*Bonjour!*

Reculó hasta la puerta con la palangana y la toalla, y regresó un momento después para coger el mosquete que había dejado junto a Sharpe. Se despidió con la mano y cerró la puerta sin molestarse en pasar el cerrojo. Unos martillazos resonaron con fuerza en la habitación. Fue hasta la ventana y vio, allí donde los centinelas hacían sus rondas monótonas en las murallas, que los cañones que habían desafiado a Wellington el año anterior eran destruidos. Los muñones que sujetaban los cañones a los carruajes eran serrados. Cuando las sierras para metales que llegaban a la mitad, un hombre daba un gran golpe con una almádena para cortar el bronce. Los golpes recorrían el patio. Para asegurarse de que los cañones no se podrían arreglar, también los clavaban, luego los arrojaban del otro lado de las murallas y caían en las rocas de abajo. El ruido era ensordecedor.

—¡Oh, Dios! —gruñó Sharpe.

Se tumbó en la cama. No volvería a beber, nunca. Por otro lado, sabía que bebiendo de lo mismo se encontraría mejor. La mitad de los soldados del ejército británico se iban a descansar borrachos y tan sólo podían enfrentarse al día siguiente bebiendo los restos de la noche. Abrió un ojo y se quedó mirando una botella de champán sin abrir que había encima de la mesa.

La cogió, frunció el ceño y se encogió de hombros. La apretó entre sus piernas y retorció el corcho con la mano izquierda. El taponazo resonó. El gran esfuerzo de quitar el tapón de corcho parecía haberlo dejado más debilitado que un gatito. La espuma del champán le cayó por los pantalones. Lo probó. Le quitó el gusto a vómito de la boca. Incluso sabía mejor. Bebió un poco más.

Volvió a tumbarse, aguantando la botella con la mano izquierda, y se acordó del papel que estaba encima de la mesa. Se suponía que tenía que firmarlo, después maquinarían su huida las gentes del ejército francés que no querían la paz con España. Todo parecía tan complicado esa mañana... Tan sólo sabía que si firmaba el documento y luego escapaba sacrificaba su honor.

La puerta se volvió a abrir y él no se movió cuando le pusieron sobre la mesa el desayuno que le proporcionaba la cortesía del general Verigny. Sabía lo que debía de

ser. Chocolate caliente, pan, mantequilla y queso.

—*Merci*. —Al menos, pensó, estaba aprendiendo algo de francés.

Una hora después, con el desayuno y la mitad del champán dentro, decidió que se sentía mucho mejor. El día, pensó, se presentaba prometedor. Miró el documento con la libertad bajo palabra. No podía firmar, se dijo, no sería digno de él. En vez de eso tendría que escapar.

Le llevaría la noticia a Wellington, pero no sacrificando su honor. El capitán D'Alembord le había dicho que el honor era tan sólo una palabra para esconder los pecados de un hombre y la marquesa se había reído al oír la palabra, pero Sharpe sabía lo que significaba. Significaba que él no viviría bien consigo mismo si firmaba el papel y dejaba que Montbrun le preparara la huida. El honor era conciencia. Se apartó de la mesa, de la tentación del documento, y llevó el champán a la ventana con barrotes.

Se quedó mirando hacia abajo, con la botella en la mano, los montones de bombas que brillaban débilmente con la lluvia que había caído durante la noche.

Un oficial comprobaba las mechas. Sería una explosión tremenda, pensó Sharpe, y se preguntó si lo vería desde la calzada principal.

Oía las voces de las mujeres. El número de mujeres que iba con ese ejército era realmente extraordinario. ¿Qué era lo que dijo Verigny ayer? Sharpe frunció el ceño, luego sonrió. Este ejército era un burdel ambulante.

Se apartó de la ventana y se dirigió hacia la mesa donde el documento, salpicado con manchas de vino tinto, seguía esperando su firma. Intentó entender las palabras en francés pero no pudo. A pesar de ello, sabía lo que decía. Prometía no escapar, no ayudar de ningún modo a las fuerzas británicas o a sus aliados contra los ejércitos franceses hasta que fuera canjeado o liberado de ese compromiso.

Se dijo que debería firmarlo. Escapar era imposible. Tenía que firmarlo y negarse a aceptar la oferta de huida de la marquesa. Pensó en viajar en el coche de ella, con las cortinas bajadas, y recordó que ella le había dicho que lo quería. Miró la pluma. ¿Era deshonesto dar su palabra y luego llevarle a Wellington la noticia del tratado secreto? ¿Su país era más importante que su honor? ¿Le había dicho la verdad Hélène? ¿Lo querría ella cuando la guerra hubiera terminado, cuando ya no fuera soldado? Ella le había hablado de tres mil guineas. Cerró los ojos para imaginar las tres mil guineas. Un hombre podía vivir toda la vida con tres mil guineas.

Cogió la pluma. La mojó en la tinta y entonces, con golpes rápidos, fue rayando una y otra vez los párrafos del escrito. Volcó la botella de tinta sobre el papel y se borraron las palabras; el documento quedó destruido. Se echó a reír y regresó a la ventana.

Abajo, surgió un oficial de caballería a la luz del amanecer. El hombre iba soberbiamente uniformado, los pantalones blancos tan ajustados como los del general

Verigny. Sharpe se preguntó si esos hombres se engrasaban las piernas con aceite o mantequilla para conseguir llevarlos tan ajustados. No le sorprendería. Los oficiales de caballería harían cualquier cosa por parecer lacayos de palacio.

El hombre se estiró de la pelliza, se ladeó el sombrero para darse más estilo y luego echó el humo al aire. Cogió el cigarro que tenía en la boca, inspeccionó el cielo para averiguar el tiempo y luego caminó hacia la torre del homenaje. La débil luz se reflejaba en los accesorios de su vaina de oro y en el hilo dorado que con vueltas y trenzas adornaba su casaca azul. Caminó lentamente, obligado por lo ajustado de sus pantalones, pero con seguridad y languidez. Iba sorteando los charcos que quedaban en el patio, celosos del brillo de sus botas con espuelas.

El humo del cigarro iba dejando una estela a su espalda. Pasó por encima de una de las mechas, luego dejó caer la ceniza en un montón de bombas. Sharpe observaba con incredulidad. El jinete siguió caminando, sin hacer caso de lo que le rodeaba. Otra nube de humo se alejó de su cigarro y luego, con tremenda despreocupación, el hombre lanzó la colilla del cigarro detrás de él en la maraña de mechas. Desapareció en el interior de la torre del homenaje.

Parecía que nadie se hubiera percatado. El oficial de ingenieros que había estado examinando las mechas se había ido. Los centinelas de guardia en las murallas observaban hacia el exterior. Dos soldados de infantería que acarreaban un gran caldero humeante por el patio estaban ocupados en sus cosas.

Sharpe volvió a mirar los montones de bombas. ¿Era imaginación suya o había una pequeña voluta de humo que surgía allí donde había caído el cigarro?

Era sólo su imaginación, decidió.

Se dio cuenta de que, a pesar de la herida, se estaba agarrando a los barrotes de la ventana con la mano derecha. Estiró los dedos. Algunos hombres caminaban por debajo de su ventana. Se reían a sus anchas.

No eran imaginaciones suyas. La colilla del cigarro estaba prendiendo hacia el centro de pólvora de las mechas. El humo que se elevaba era más espeso.

Sharpe se quedó helado. Si daba el aviso se quedaría prisionero. Si no lo hacía sobrevendría el caos y la muerte, probablemente su propia muerte. Pero si se arriesgaba a ello, entonces el caos jugaría de su lado. Podría utilizarlo para escapar, podría olvidarse de la libertad bajo palabra; sería libre y su honor quedaría intacto.

El humo se iba espesando ahora, se elevaba y se dirigía hacia el este. Un artillero atravesó el patio desde un almacén en la muralla opuesta. Pasó a tres metros del humo, pero no se percató de nada. Iba comiendo un trozo de pan y mirando el cielo que amenazaba lluvia. Había varios hombres en las murallas, en el tejado de la torre del homenaje; sin embargo, ninguno de ellos veía lo que sucedía.

Sharpe se mordió el labio. Con la mano izquierda agarró el champán.

El humo se convirtió en fuego. Hubo un momento en que se vio una niebla gris,

justo después se oyó el silbido de las mechas e iban saltando las chispas del fuego que serpenteaba por la línea blanca. El artillero, con el pan en la boca, se detuvo. Se quedó mirando con incredulidad las serpientes de fuego. Una desapareció entre un montón de bombas, estaría mordiendo la primera mecha de bomba, y entonces el artillero gritó, señaló con el trozo de pan y empezó a correr.

La bomba explotó.

Lanzó al aire las otras bombas, con las mechas girando, y a continuación explotó una segunda, una tercera; de repente el patio se convirtió en un remolino de fuego y bombas, y los hombres chillaban a los otros que corrieran. Sharpe se apartó de la ventana. Había mechas que iban hasta el interior de la torre del homenaje y él acababa de ver, entre el humo, una línea de fuego brillante lanzarse contra las piedras macizas.

Retrocedió lentamente. No resultaba seguro dejar la habitación. La escalera conducía solamente al patio donde explotaban las bombas. Tenía que quedarse en la habitación y sobrevivir a lo que sucediera. Volcó el catre, se refugió detrás del colchón de paja y, justo cuando lo había hecho, la colina del castillo de Burgos se movió.

Debajo de la torre del homenaje, en las mazmorras y en los pozos de mina excavados para resistir contra las minas británicas del año anterior, se había amontonado la pólvora. Los barriles estaban allí abajo, comprimidos en la roca, y ahora el fuego los había encontrado.

Explotó.

No se resquebrajó. Había pólvora más que suficiente para segar la cima de la colina y hacer desaparecer las murallas, iglesia, baluartes, cañones y puertas, pero los sótanos envueltos en roca actuaron como un mortero gigante y lanzaron la explosión hacia el aire, hasta que las llamaradas tocaron y atravesaron las nubes bajas. Seguían elevándose piedras y bombas bien alto en el aire, más allá de la nube oscura que se hinchaba y retumbaba y que se veía alimentada por nuevas explosiones y atravesada por nuevas llamas cada vez que otros montones de pólvora eran alcanzados por el fuego que había destruido la torre del homenaje, lanzando el sonido como un trueno a kilómetros de distancia.

Sharpe se acurrucó contra el muro. Parecía que la cama se estremecía, el aire era como una bofetada grande y caliente que lo golpeaba todo a su alrededor y tan sólo dejaba silencio allí donde no había habido más que ruido. Se había quedado sordo. Sentía que un golpe tras otro resonaban sordamente contra el suelo de piedra. Supuso que las bombas reventaban en el patio. Entonces se oyó una gran explosión, un trueno que le perforó incluso en su sordera, y sintió que unos fragmentos salpicaban el colchón con el que se escudaba.

De nuevo silencio. Estaba respirando polvo. El estruendo había parado, pero

parecía que la habitación se movía como la cabina de un barco a la deriva. Se puso de pie, separó la cama y vio que el aire se había llenado de bruma blanca. No era humo, sino cal en polvo que se había sacudido de los muros y del techo que ahora quedaba suspendida en la habitación y le picaba en los ojos.

Escupió el polvo que tenía en la boca. Aún tenía la botella de champán en la mano. Se enjuagó la boca con ella, volvió a escupir y luego bebió. Parecía que el mundo entero se movía. La puerta estaba abierta, reventada por la explosión. La mesa estaba caída y vio, sin entenderlo entonces, que la botella de tinta rodaba de un lado a otro sobre los tablones del suelo como el peso de un péndulo.

Se dirigió hacia la ventana. Parecía que la habitación se tambaleaba como un barco atrapado en un viento fuerte. El había visto Almeida después de la explosión y esto le recordó a la fortaleza portuguesa. El olor a carne quemada era el mismo, el mismo fuego y el mismo polvo en silencio.

La torre del homenaje era un caldero hirviente de llamas y humo. No podía imaginar cómo tanto humo podía desprenderse de la piedra. Notaba un zumbido en los oídos, persistente e irritante. Se golpeó la cabeza con la mano.

Un hombre gritaba abajo. No llevaba ropa, tenía el cuerpo ennegrecido y se veía sangre en su espalda. El sonido hizo que Sharpe se diera cuenta de que volvía a oír.

Era el momento de marcharse, pensó Sharpe, y la idea era tan extraña que no fue capaz de moverse. Un almacén explotó en algún lugar y vomitó una llamarada en el interior del humo hirviente. El suelo se volvió a estremecer.

Oyó un retumbo a su derecha, sintió la sacudida repentina del suelo que se inclinaba, un movimiento que le hizo soltar el champán y agarrarse a la ventana de barrotes para aguantarse. Había aparecido una brecha en el muro, una grieta que se abría mientras la miraba. ¡Dios! ¡Las viejas casas construidas contra la muralla del patio se desmoronaban!

«¡Vete! —pensó—, ¡vete!» Frunció el ceño, se volvió y se dio una palmada en la cintura para asegurarse de que su espada seguía allí. Así era. Caminar hacia la puerta era como caminar por la cubierta de un barco. Temía que incluso sus pasos pudieran afectar al precario equilibrio de la frágil casa, que en cualquier momento se vería derribada por mampostería que caería y los suelos que se desplomarían.

El edificio volvió a temblar. Un hombre gritó en el exterior, luego otro; Sharpe atravesó el umbral y vio al guardia joven y simpático que yacía muerto. Una bomba había penetrado por la ventana del bajo y lo había destrozado.

La mampostería retumbaba. Un crujido sonó como un latigazo. Bajó las escaleras envueltas en polvo sofocante, saltando temerariamente por encima de los cascotes. Tenía el uniforme cubierto de polvo blanco. Instintivamente, al llegar a la puerta del patio, empezó a derribarla, luego se detuvo. Era el mejor disfraz que hubiera podido desear.

La mampostería se cayó en algún sitio, provocando gritos, y Sharpe se dio cuenta de que pronto el castillo se llenaría de hombres que no estaban aturdidos, hombres que empezarían el proceso de rescate y recuperación. Se apresuró en el interior del patio y giró a la izquierda hacia la puerta, y allí vio a un montón de hombres que observaban horrorizados la visión del infierno en que se había convertido la torre del homenaje.

Giró. Se alejó de ellos, dirigiéndose hacia el fuego, pero dejando la muralla cerca de su derecha. Pasó al lado de muertos, heridos, hombres que gritaban, hombres cansados de llorar. El olor a carne era fuerte. Deseó haberse quedado el champán para quitarse el sabor a polvo y humo de la boca.

Entonces oyó un crujido, un ruido infernal de algo que se astillaba, que crecía. A su derecha, en el edificio donde había estado prisionero, los muros caían, las vigas del techo atravesaban como lanzas las piedras rotas y quedó eclipsado por el polvo. Él corría mientras las piedras iban cayendo; sintió un golpe tremendo en la pierna que le hizo girar a un lado y lo derribó. Tenía la boca, nariz, oídos y ojos llenos de polvo y de ruido y se arrastraba cegado hacia la luz.

Se tocó la pierna. Parecía que estaba entera. Estiró de ella y se puso en pie. Alguien gritó, pero Sharpe apenas podía consigo mismo. Volvió a marearse, ahogado por el polvo, cojeando a causa de la magulladura en la pierna.

Siguió avanzando. Se iba alejando de la puerta donde se concentraba el enemigo y se acercaba cada vez más al fuego. Sentía el calor, un calor abrasador, terrible y ardiente que le hizo desviarse a la derecha y allí, en un túnel de la muralla, vio la luz del día. Pasó por el túnel, apoyándose en los muros y con la vaina que chocaba contra la piedra. En el extremo más lejano había una puerta destrozada y por debajo, unas escaleras que conducían a una iglesia en ruinas, suspendida en lo alto sobre la colina de rocas del castillo.

Se sentó en las escaleras. Apenas se había percatado de que era libre, de que estaba en el exterior de la fortaleza, de que el mundo entero se abría ante él y de que respiraba aire cálido y limpio. Se enjugó los ojos, que le picaban por el humo, y contempló la vista.

La ciudad se extendía por debajo de él siguiendo la ribera del río Arlanzón. Las agujas de la gran catedral dominaban las casas y Sharpe, pestañeando a causa del polvo y el humo, vio que había agujeros abiertos en el tejado de la enorme construcción, agujeros por los que salía humo, y de que había más humo en la ciudad, edificaciones que ardían; supuso que las bombas habían explotado y habían caído en la ciudad al azar. Sabía que tenía que moverse.

La colina del castillo descendía seiscientos metros hasta las casas. Bajó a trompicones, se cayó dos veces y se deslizó un tramo por una mezcla de tierra, piedras y dolor. Cuando se puso de pie se dio cuenta de que la venda de la mano

derecha estaba empapada en sangre fresca y brillante. También tenía sangre pegajosa en la cara; las heridas se le habían vuelto a abrir. Sentía la pierna como si hubiera recibido una bala de mosquete. Fue cojeando los últimos metros hasta el refugio de un callejón. Una mujer lo observó desde una ventana.

Se oían gritos y chillidos en la ciudad, y los fuegos que ardían.

—Jesús.

Lo dijo en voz alta. Se sentía atontado, los oídos le zumbaban. Apenas podía recordar cuándo había salido del castillo. Se apoyó contra una pared. La mujer escupió por la ventana. Debía de pensar que era francés. Descendió por el callejón, que apestaba a las heces nocturnas que se lanzaban sin más desde las habitaciones. Ahora sabía que era libre, pero sabía poco más.

Llegó a la plaza que había delante de la magnífica catedral. Vio a varios civiles que atravesaban corriendo con cubos las grandes puertas y vislumbró, al avanzar, el resplandor de grandes fuegos en la oscuridad interior. Entonces miró a la derecha.

Una división de tropas francesas había formado en la plaza antes de empezar la marcha hacia el nordeste. Ahora parecía que hubieran estado en combate. Habían caído bombas entre las filas y los muertos y heridos estaban desparramados sobre los guijarros. Algunos chillaban, algunos vagaban aturcidos, otros intentaban ayudar. Por encima de él, el cielo estaba oscurecido por el humo. Las cenizas revoloteaban en el aire y caían suavemente como nieve sobre la tropa destrozada.

De repente se alertó. El había huido del castillo y como un tonto se había metido en una ciudad en manos del enemigo. Regresó a un callejón, se apoyó contra una pared e intentó hacer planes, así como quitarse el zumbido de los oídos. Un caballo. Por el amor de Dios, un caballo. ¿Qué era lo que le dijo Hogan una vez? Por alguna razón, le había llamado la atención lo extraño de aquellas palabras. «Un caballo, un caballo, mi reino por un caballo.» El comandante irlandés siempre decía cosas raras como aquello. Sharpe supuso que eran versos de un poema, pero no había querido preguntar.

Volvió a sentirse mareado. Se inclinó hacia delante, con la espalda contra la pared, y gimió. Tenía que esconderse, decidió. No se encontraba en estado de robar un caballo. Oyó unos pasos a su derecha. Miró y vio a unos hombres en la oscuridad del callejón. No llevaban uniformes. Se quedaron mirándolo con suspicacia.

El se irguió.

—Inglés.

La palabra quedó ahogada por el polvo que tenía en la garganta.

El hombre que estaba más cerca de él llevaba un mazo de madera. Avanzó con el rostro crispado de odio. Sharpe sabía que lo tomaban por francés y sacudió la cabeza.

—¡Inglés!

No podía desenvainar la espada con la mano derecha vendada y ensangrentada.

Lo intentó, pero el mazo le golpeó en la cabeza; se oyó un ruido de pasos sobre los guijarros, siseos de miedo y reniegos y entonces una docena de botas y puños lo golpearon, el mazo volvió a darle y se vio arrastrado, apaleado medio inconsciente, con las heridas abiertas sangrando.

Le dieron patadas, lo arrastraron más hacia el interior del callejón y luego hasta un patio nauseabundo. Un hombre sacó un cuchillo de carnicero. Sharpe intentó esquivarlo y sintió que la hoja le penetraba en la mano izquierda. Luego el mazo volvió a darle en la cabeza y perdió el conocimiento.

Los franceses se fueron de Burgos aquel día. Se dirigieron hacia el nordeste y dejaron la ciudad con la gran nube de humo que se elevaba como una señal de su retirada. Cuando se fueron empezó a llover, una lluvia persistente que ayudó a apagar los fuegos de la ciudad. Parecía ese tipo de lluvia que ha de durar siempre.

A los franceses les hubiera gustado conservar Burgos y obligar a Wellington a intentar una vez más tomar la fortaleza sobre la colina, pero el general inglés había dirigido a su ejército hacia el norte, a las colinas que, se decía, resultaban infranqueables para un ejército. El ejército de Wellington atravesaba las colinas infranqueables, y amenazaba con ir hacia el sur y cortar la retirada del ejército francés en Burgos, e interrumpir sus líneas de suministro. Así pues, los franceses retrocedían. Retrocedían hacia las colinas que rodeaban Vitoria, donde otros ejércitos franceses se reunirían con ellos y juntos podrían presentar batalla.

El ejército británico vio el humo que se elevaba de la ciudad. Estaban bien lejos. Unos cuantos jinetes británicos, con los caballos manchados de barro, entraron en la ciudad y corroboraron que los franceses se habían ido. Se quedaron el tiempo suficiente para dar de beber a los caballos y comprar vino en una posada. Con la ciudad abandonada por el enemigo, el castillo en ruinas y sin nada más que los retuviera en Burgos, se fueron. La guerra llegó, se cobró sus víctimas y continuó su marcha.

Capítulo 18

El ejército británico dejó la pira de humo que se elevaba sobre Burgos bien lejos. Marchaban formando cuatro columnas grandes. A veces dos columnas se juntaban y se unían para atravesar un río; se volvían a separar y tomaban senderos distintos en las colinas. La orden siempre era rapidez. Rapidez para ponerse a la cabeza del enemigo, rapidez para cortar la ruta, rapidez para hacer virar el flanco derecho de los franceses, rapidez para encontrarse con el enemigo antes de que los ejércitos enemigos se reunieran y fueran superiores en número a los hombres de Wellington.

Y luchando contra la rapidez estaban las ruedas de los carros que se rompían, los caballos que cojeaban, los enfermos que caían fuera de la ruta, el eje de un cañón roto, la lluvia que hacía el camino resbaladizo, el desbordamiento de un riachuelo que convertía un vado en un rápido. Sin embargo seguían avanzando, tirando con fuerza de los cañones, de los carros, atizando a las mulas para que avanzaran; la infantería, procurando que sus piernas cansadas ascendieran por una colina más, cruzaran un valle más y siempre en pleno viento y lluvia en el peor verano que se recordaba.

Abandonaron los cuarteles de invierno con la promesa de un verano bueno aunque tardío, pero ahora que habían alcanzado las colinas del norte el tiempo se había convertido en un enemigo frío y miserable.

Sin embargo, los soldados mayores no habían visto nunca un ejército que avanzara tan bien. Los hombres marchaban como si los vientos trajeran el olor de la victoria y se abrían paso entre las dificultades que normalmente hubieran hecho retroceder a los hombres o causado horas de retraso. Si un vado estaba alto, la caballería se metía y hacía un rompeolas, por el lado protegido, y los instaba a avanzar diciéndoles que los franchutes estaban esperando la carnicería, que ya sólo quedaba una marcha más y luego la victoria.

Olieron aquella victoria durante días. Muchos esperaban combatir en Burgos, pero el penacho de humo que marcaba la retirada de los franceses había llevado al ejército a otra etapa. Se rumoreaba que los franceses defenderían los pasos del Ebro, el último gran río antes de los Pirineos, pero los franceses no se veían por ningún lado cuando, un día frío y helado, las columnas atravesaron el río sin resistencia y oyeron, finalmente, las órdenes de girar hacia el sureste. Era el descenso súbito hacia el enemigo.

Las columnas cerraron filas. Un destacamento español se quedó hacia el norte para rechazar cualquier acercamiento de las tropas francesas a la costa de Vizcaya, pero las otras columnas se fusionaron en un único camino para poder concentrarse rápidamente para el combate. A la infantería, como siempre, le tocó la peor parte. Había que dejar el camino para el bagaje, los cañones y la caballería; así, la infantería fue avanzando por las colinas a ambos lados. Las laderas se veían llenas de hombres

y mulas, el aire iba cargado de sus canciones de marcha.

Resultaba sorprendente que tuvieran fuerzas para cantar, que cantaran tan bien resultaba aún más sorprendente; que querían luchar saltaba a la vista. Había corrido el rumor por el ejército de que el enemigo defendía un convoy de oro, que todo hombre se haría rico si cumplía con su deber y tal vez era ese rumor, más que el orgullo, lo que les hacía avanzar.

Bromeaban sobre los franchutes que huían. Ningún soldado se detendría hasta que hubiera pasado París; este ejército avanzaría una y otra vez hasta que cada quisque tuviera a una chica parisina colgada del brazo y una bolsa de oro en la mano. El general, que algunas veces se quedaba sentado en su caballo tan sólo para verlos pasar, sentía el alma llena de orgullo y cariño por aquella tropa que él mandaba, que avanzaba con tal ánimo hacia una batalla que dejaría a algunos de ellos rotos como una muñeca de trapo sobre el campo español.

Tres noches después de la explosión de Burgos, el comandante Michael Hogan estaba sentado en el incómodo establo que constituía su alojamiento. Sabía que tenía suerte de tener un sitio, aunque fuera aquél, para dormir. Una linterna colgaba sobre su cabeza y la luz iluminaba el mapa que estaba abierto sobre una tosca mesa. Frente a él estaba sentado un hombre, un judío llamado Rodrigues. Era un comerciante de maíz que viajaba con el ejército, muy poco popular entre los oficiales de intendencia que lo trataban, pues sospechaban de él, por su rapacidad, por su amabilidad con los franceses. ¿Por qué no?, decían. Todos sabían que la Iglesia española odiaba a los judíos. Seguramente, razonaban, Rodrigues tendría una vida mejor si los franceses gobernaran España.

Hogan lo sabía mejor que nadie. Rodrigues imponía duras condiciones, pero lo mismo hacía cualquier otro tratante de maíz que viajara con el ejército, judío o no. Sin embargo, este comerciante de maíz, este hombre despreciado, tenía una memoria prodigiosa y unos oídos que parecía que oían los cuchicheos en voz baja desde bien lejos. Ahora contaba uno de esos cuchicheos y Hogan escuchaba.

—Un hombre entró a la fuerza en un convento. —Rodrigues sonrió astutamente—. Eso debió de sorprender a las hermanas.

—¿Qué tipo de hombre?

—¡Unos dicen que inglés, otros dicen que americano! Otros dicen que francés. Lo rescataron de los guerrilleros los franceses.

—¿Y usted qué dice?

Rodrigues sonrió. Era un hombre delgado que llevaba el cabello, tanto en verano como en invierno, bajo un sombrero de piel.

—Yo digo que era su hombre. Se llevó a la mujer. —Levantó la mano para evitar que Hogan le interrumpiera—. Pero es una buena noticia, comandante.

—Siga.

—Fue a Burgos con la mujer, pero allí lo mataron.

—¿Lo mataron?

Rodrigues vio la expresión de Hogan y sospechó que el inglés sin nombre había sido amigo del comandante.

—Hay docenas de historias; le cuento lo que yo creo.

El comerciante de maíz jugueteaba con el látigo enrollado que llevaba siempre. No era exactamente un arma, sino un recurso para impedir que los niños intentaran robarle de sus carros.

—Dicen que estaba en el castillo y que mató a un hombre. Luego dicen que lo trataron con respeto. —Rodrigues se encogió de hombros—. No sé. Lo que sí sé es que estaba todavía en el castillo cuando explotó. Murió con los demás.

—¿Encontraron su cuerpo?

—¿Quién puede asegurarlo? Resultaba difícil saber de quién era un cuerpo en aquel sitio.

Hogan se quedó callado un momento. Se preguntaba si era verdad, pero había aprendido a confiar en Rodrigues, así que temía que había de serlo. El había oído que la explosión del castillo fue un accidente que se cobró la vida de un montón de franceses; pero se preguntaba si acaso era posible que Sharpe la hubiera urdido. Podía ser.

—¿Y la mujer?

—¿La Puta Dorada? —preguntó Rodrigues sonriendo—. Se fue con el ejército francés. Escoltada por lanceros.

Hogan pensó en el temor de Wellington de que Sharpe entrara a la fuerza en el convento. Parecía que eso había hecho.

—¿Qué dice la gente sobre el incidente del convento?

El judío se echó a reír.

—Dicen que tienen que haber sido los franceses. Después de todo, el hombre rescató a una francesa y se fue con la caballería francesa.

Así que había terminado, pensó Hogan; todo había terminado. Sharpe había fracasado. «Pero ha sido una muerte mejor que ahorcado», pensó.

—Así que ¿qué pasa ahora, comandante?

—¿Ahora? Avanzamos. Intenten los franceses o no detenernos.

—Lo harán.

Hogan asintió.

—En tal caso habrá una batalla.

—Que ustedes ganarán —dijo Rodrigues sonriendo—. Y si es así, comandante, ¿qué pasará entonces?

—Los perseguiremos hasta la frontera.

—¿Y luego?

Hogan sonrió. Rodrigues nunca pedía que le pagaran por la información, al menos que le pagaran en oro. El irlandés dio unos golpecitos en el mapa.

—Otro puerto de suministros. Aquí.

Rodrigues sonrió. La información valía una pequeña fortuna. El tendría a sus hombres en aquel puerto, y almacenes preparados, antes de que sus competidores siquiera supieran que los suministros británicos ya no se iban a acarrear por las largas carreteras desde Lisboa.

—Gracias, comandante —dijo y se levantó.

Hogan acompañó a Rodrigues hasta la puerta. Pasaron los centinelas; se apoyó en la jamba y miró la lluvia que borbotaba bajo la luz de los fuegos de campamento. ¿Sharpe muerto? Lo había pensado antes y se equivocó. Se quedó mirando la oscuridad al este, pensando en fantasmas, sabiendo que Sharpe estaba muerto y, sin embargo: sin creerlo.

Por la mañana, la lluvia seguía cayendo y el viento hacía recordar los inviernos de Irlanda y no el verano de España. El ejército reanudó su avance. Marchaban de buena gana, hacia la batalla con la que acabaría la marcha, avanzando hacia la ciudad de agujas doradas: Vitoria.

—¡Coma!

Sharpe asintió con la cabeza. La muchacha le ponía sopa en la boca con una cuchara; una sopa espesa, caliente, gustosa.

—¿Qué es?

—Caballo. ¡Ahora siéntese! Viene el médico.

—Estoy bien.

—No lo está. Tiene suerte de estar vivo. ¡Coma!

Su uniforme estaba colgado en la pared, el uniforme que le había salvado la vida. Docenas de franceses solos fueron apaleados hasta la muerte en Burgos después de la explosión, pero a Sharpe, justo cuando el cuchillo iba a atravesarle el uniforme, le reconocieron como un oficial inglés. Los hombres no habían estado seguros. Discutieron; unos decían que los pantalones y las botas eran franceses, pero otros hombres estaban seguros de que la casaca de color verde oscuro era británica. Los botones, con las coronas negras, decidieron su suerte. Ningún francés llevaba coronas en los botones y así es como dejaron vivir a Sharpe.

La muchacha se echó a reír.

—Coma.

—¡Lo intento! —Tenía ambas manos vendadas, y también la cabeza. Todo él estaba magullado—. ¿Qué día es hoy?

—Martes.

—¿Qué fecha?

—¿Cómo voy a saberlo? Coma.

Aquella era la casa del carpintero que le había golpeado con el mazo. El hombre estaba deseoso de enmendarse; le había dado a Sharpe esa habitación, incluso le afiló la espada en una piedra y la colocó junto a la cama del inglés. La muchacha era una sirvienta, de cabello negro y regordeta, con una sonrisa luminosa y un carácter bromista. Era ciega de un ojo, tenía una mancha blanca en el lugar de la pupila.

—¡Coma!

Llegó el médico, un hombre sombrío vestido con un abrigo negro largo y manchado. Le sangró el muslo a Sharpe. Durante la primera visita había enarcado las cejas, sin dar crédito a las cicatrices que Sharpe tenía en el cuerpo. Detrás del médico, a través de la ventana, Sharpe veía el humo que seguía tapando las nubes grises que había por encima del castillo. La lluvia golpeaba suavemente la ventana. Parecía que no había parado de llover desde que se despertara en aquella habitación. El médico limpió el cortecito y retiró la sábana.

—Dos días más, comandante Vaughn.

—Quiero irme ahora.

El hombre sacudió la cabeza en señal de negación.

—Está usted débil, comandante. Ha perdido mucha sangre. Las magulladuras...

—Se encogió de hombros—. Dos días con la comida de Pedro y estará mejor.

—Necesito un caballo.

—Los franceses se los han llevado todos. —El médico tiró la taza llena de sangre al hogar y la limpió con los faldones del abrigo—. Mañana pudiera haber una mula en venta en el mercado.

—¡Tiene que haber algún caballo! ¡Me están dando de comer caldo de carne de caballo!

—Ese caballo murió con la explosión. —El médico escupió en la lanceta y la limpió con la manga—. Volveré mañana, si Dios quiere.

Se dio la vuelta para marcharse pero Sharpe lo llamó.

—¿Señor?

Sharpe hizo una mueca como si intentara sentarse en el almohadón.

—¿Ha preguntado por el inquisidor, doctor?

—Lo he hecho, señor.

—¿Y?

El doctor se encogió de hombros.

—Su casa está en Vitoria. Hubo un tiempo en que su familia tenía tierras por toda España, pero ahora... —Se encogió de hombros y levantó su bolsita—. Vitoria. Esto es todo lo que sabía nuestro sacerdote. ¿Me perdonará, comandante?

Cuando se encontró solo, Sharpe se sentó en el borde de la cama. Se mareó. Se preguntaba lo fuerte que había sido el golpe en la cabeza. Todavía le daba punzadas y

el chichón era como un huevo de gallina. Renegó en voz baja. La lluvia caía.

Se puso la camisa de lino que había llevado desde que Hélène se la diera en Salamanca. Había sangre reciente en el cuello. Se puso los pantalones franceses que quitó al hermano de la marquesa. El desgarrón en el peto se lo había hecho Sharpe con la espada. El roto había sido remendado, pero todavía podía ver cómo había girado la gran espada cuando Leroux cayó.

Le dolió la cabeza cuando se agachó y se metió las grandes botas de caballería francesa. Se sintió mejor con las botas puestas. Se puso de pie y se las acomodó dando unos pisotones. Se notaba las piernas rígidas. Tenía una gran contusión en el muslo izquierdo.

La casaca le estaba bien. Se la abrochó desde abajo hasta la barbilla, forzando sus manos vendadas a que realizaran ese trabajo dificultoso. Los dedos de la mano izquierda no estaban envueltos y con ellos cogió la espada. Hizo ruido al abrocharse la hebilla con cierre de serpiente. No tenía chacó. Ahora no poseía nada más que las ropas que llevaba y la espada que le colgaba al costado. No tenía capa, ni navaja de afeitar, ni caja de yesca, ni catalejo. Tenía un secreto que le haría ganar la guerra a Francia y que era preciso que llevara a Wellington.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Consuelo, la sirvienta, desde la puerta.

—Me voy.

—¡No puede! ¡Si está más débil que un gatito! ¡Venga! ¡A la cama!

El sacudió la cabeza en señal de negación con tozudez.

—Me voy.

Intentaron detenerlo un montón de mujeres al pie de la escalera, que le gritaban y revoloteaban como las monjas en el convento. El se lo agradeció, se abrió paso suavemente entre ellas y penetró en el patio de la casa. El patio estaba lleno de virutas. Notó la lluvia fría en la cara.

—¡No debe irse!

—He de hacerlo.

No tenía caballo, así que caminaría. Primero le costó, sus músculos contusionados le impedían caminar con facilidad. Cruzó la gran plaza, todavía manchada con las señales de las bombas francesas que habían explotado, pasó por la catedral, que se había salvado de las llamas, y la gente del pueblo lo observaba en silencio. Resultaba una figura extraña, un soldado con una herida en la cabeza, ojos morados, caminando rígido como un hombre que se dirige a su muerte. Ese día no le habían afeitado y por un momento pensó en detenerse en uno de los barberos que esperaban clientes junto a las sillas en la calle, pero luego recordó que no tenía dinero.

Cruzó el Arlanzón, vio que la lluvia hacía burbujas en el agua y sintió el agua fría que le había calado el uniforme.

—¡Señor! ¡Señor!

Se volvió. Consuelo, la muchacha medio ciega, corría tras él. Se detuvo. Ella le alargó un paquete envuelto en papel grasiento.

—Si tiene que irse, comandante, llévese esto.

—¿Qué es?

—Pollo frío. Queso. —Sonrió—. Vaya con Dios.

Sharpe la besó en la mejilla.

—Gracias, Consuelo.

Caminó en dirección este por la calzada principal, siguiendo al ejército francés que había pasado hacía tiempo, marchando hacia una guerra.

Se detuvo aquella tarde en un huerto. Se comió la mitad del pollo y envolvió el resto de la comida con el papel. Entonces, con todos los músculos doloridos, fue hasta el riachuelo que atravesaba la hierba del huerto. Se puso de rodillas en el borde.

Usó los dedos libres de la mano izquierda para deshacerse el vendaje de la derecha. Se fue separando pegajoso; el último tirón le dolió como si quemara y le arrancó la costra de la herida. Él silbó al sentir el repentino dolor y metió la mano en el agua. Dobló los dedos. Observó cómo se diluía la sangre y descendía corriente abajo. Estiró bien los dedos y dejó que el agua fluyera sobre el corte. Luego quitó el vendaje que cubría la herida causada por el cuchillo en la mano izquierda. También sangró dentro del agua. Dejó las manos dentro del riachuelo hasta que estuvieron entumecidas.

Se quitó el vendaje de la cabeza y la metió dentro del agua, conteniendo la respiración para dejar que el agua fluyera por el cabello. Bebió. Sacó la cabeza, se echó el cabello hacia atrás de golpe y vio a los jinetes.

Se quedó inmóvil. Él estaba a cuatro patas. Los jinetes estaban en la calzada principal, encorvados bajo sus capas para protegerse de la lluvia. Eran guerrilleros y cabalgaban hacia la batalla. Sharpe vio que llevaban metidos tapones en los cañones de los mosquetes, vio los trapos que envolvían los percutores, vio los sables que sobresalían de las capas mojadas.

Podía haber chillado, podía haber gritado pidiendo ayuda y un caballo, pero no lo hizo. Los hombres estaban a cuarenta y cinco metros de distancia, se veían por entre los troncos retorcidos de los manzanos y Sharpe distinguió a su jefe. Había visto la barba negra que nacía en la parte superior de los pómulos, los ojos pequeños, la hoja ancha del hacha al hombro. Era el Matarife. Sharpe se quedó inmóvil como una roca mientras pasaron, luego se puso en cuclillas.

El Matarife iba siguiendo a los franceses con la esperanza de estar presente cuando los ejércitos se encontraran, y ahora estaba entre Sharpe y su objetivo.

Se quedó junto al riachuelo, con la lluvia cayéndole encima mientras pensaba qué hacer. Decidió que lo único que podía hacer era seguir adelante y cuando ya había

esperado lo suficiente para que los guerrilleros estuvieran lejos, se puso de pie, gruñendo de dolor, y regresó al camino enfangado.

Fue caminando. Parecía que estuviera solo. En los campos a ambos lados del camino todavía se veía el daño que había causado la marcha del ejército francés. Sharpe caminó por los cultivos aplastados porque le permitían pisar con mayor firmeza que la carretera enlodada y resbaladiza.

Atravesó pueblos, siempre vigilando primero que no hubiera jinetes que se hubieran demorado en la posada. Al atardecer se encontró en una tierra ancha; ni casa ni caballos a la vista, la ruta se extendía mojada ante él hacia el este que se oscurecía. La lluvia le impedía ver las colinas que sabía que habían de encontrarse en el horizonte.

Buscaba un refugio, con la esperanza de encontrar una granja o, al menos, un arbusto para protegerse de lo peor de la lluvia. No había nada.

Siguió caminando; intentó apretar el paso hasta alcanzar la marcha rápida de los fusileros, convenciéndose de que si no hacía caso del dolor éste desaparecería. Los pies le chapoteaban dentro de las botas y la lluvia se le escurría por los ojos. Oyó un caballo y se volvió, y vio a un único jinete a unos cien metros de distancia por detrás. Se maldijo por no haber mirado antes, aunque no hubiera tenido donde esconderse en aquella tierra desnuda. Podía ser que aquel hombre fuera sencillamente un granjero que se dirigía a su casa, pero el caballo era más grande y fuerte que el de un granjero. Sharpe sospechó que se trataba de uno de los hombres del Matarife que se había quedado rezagado por cualquier motivo en el camino.

Agarró la empuñadura de su espada. Todavía tenía la mano derecha rígida a causa del golpe del catalejo. Vio que el jinete se ponía al trote; entonces el hombre le saludó con la mano y de repente Sharpe se echó a reír y retrocedió a trompicones.

—¡Ángel! ¡Ángel!

El muchacho se reía. Saltó del lomo de *Carabina* y abrazó a Sharpe.

—¡Comandante! —Le dio unas palmaditas en la espalda—. ¡Está aquí!

—¿De dónde vienes?

—¡Su cara!

Ángel se quitó la capa e insistió en ponérsela a Sharpe por los hombros.

—¿Cómo diablos me has encontrado?

Sharpe cogió la botella de vino que le ofrecía y se la llevó a los labios. Estaba bueno.

Ángel no había hecho nada más que cumplir órdenes. El comandante Hogan le dijo que no dejara a Sharpe y así, cuando los lanceros se llevaron a Sharpe al sur, Ángel los siguió. Se había ocultado a las afueras de Burgos, vigilando la calzada principal para ver si conducían a Sharpe hacia el este.

El muchacho había visto la explosión. Después, cuando los últimos franceses

abandonaron la ciudad y vio que no iban prisioneros con ellos, había intentado obtener noticias de Sharpe.

—Decían que estaba usted muerto.

—¿Quién?

—La gente que trabajaba para los franceses. Había un prisionero inglés en el castillo, pero el edificio en el que estaba se desplomó.

Sharpe sonrió con astucia.

—Salí antes.

—Así que miré en las ruinas. —Ángel se encogió de hombros—. Nada. Luego vino el Matarife y me volví a esconder.

—¿Qué quería?

—Corría el rumor de que los franceses dejaban a sus heridos en un hospital. No era cierto. —Ángel señaló con la cabeza camino arriba—. El siguió.

—Lo he visto.

El muchacho sonrió burlonamente.

—Y ahora, ¿qué?

—Vamos a buscar a Wellington.

Sharpe miró a *Carabina* y de repente se dio cuenta de que todo iría bien. Se rió con fuerza, olvidando su cansancio.

—Vamos a ganar la maldita guerra, Ángel. ¡Tú y yo, sólo tú y yo!

Le dio unas palmaditas al caballo fuerte y paciente. *Carabina* lo llevaría hasta Wellington, defendería su honor y, se echó a reír al pensarlo, haría todo lo que Héléne quería que hiciera, pero su honor permanecería intacto.

—¡Vamos a ganar esta odiosa guerra!

El ejército intentaba dormir. Algunos hombres lo conseguían, otros oían la lluvia que caía sobre las lonas, a los búhos en los valles y, provenientes de las colinas, los aullidos de los lobos que ponían nerviosos a los caballos. Los niños lloraban y sus madres los calmaban. Una hora después de medianoche la lluvia paró y, lentamente y a jirones, el cielo se fue despejando. Salieron estrellas por primera vez en semanas. El viento seguía siendo frío, hacía temblar a los piquetes que escrutaban entre las sombras y pensaban en la mañana. Las cornetas despertaron al ejército cuando todavía lucían las estrellas. El desayuno era frío. Se desmontaron y doblaron las tiendas. Los hombres murmuraban y temblaban y daban gracias a Dios de que no lloviera. Ya era suficiente todo lo que les aguardaba.

El capitán D'Alembord, a trompicones entre el barro y la hierba crecida, con una taza de té en las manos, gritaba en la oscuridad a su compañía. La voz del sargento Harper respondió.

El capitán se quedó tiritando junto a un fuego pequeño.

—Gracias a Dios que no llueve.

—Ajá —contestó Harper complacido.

—El coronel dice que es verdad.

—También tendríamos que sobreponernos.

El sargento corpulento enrollaba su manta. El South Essex marchaba sin tiendas.

El capitán D'Alembord, que nunca había combatido en una batalla de verdad, estaba nervioso.

—Suponen que están esperando del otro lado de las colinas.

—Pero no muy lejos, ¿eh? —dijo Harper riendo—. Así que habrá un combate, ¿no es cierto?

—Eso dicen.

—Con todos los adornos, señor. Será un gran día para ello, si no llueve.

—Estoy seguro de que nos defenderemos con nobleza, sargento.

—Siempre lo hacemos, señor.

Harper ataba la manta con las correas de la mochila.

—¡Farrell!

El rugido de la voz de Harper hizo que D'Alembord se sobresaltara.

—¿Sargento? —contestó una voz lastimera surgiendo de la oscuridad.

—¡Levántate, cabrón protestante! ¡Tenemos que combatir en una guerra!

Algunos hombres se echaron a reír, otros gruñeron. Harper sonrió al capitán D'Alembord de forma tranquilizadora.

—Los chicos estarán bien, señor. Usted no se preocupe.

El capitán D'Alembord, muy comprensiblemente, se preocupaba por si él estaría bien. Sonrió.

—¿Ha acabado el té, sargento?

—Usted es un gran hombre, señor, eso es usted. Gracias.

Harper inclinó la taza y bebió lo que quedaba a grandes tragos.

—¿A usted le gustan las apuestas, señor?

—Sí.

—Tengo la impresión de que hoy vamos a ver a un viejo amigo —dijo el sargento con soltura, con una voz de extrema confianza.

El capitán D'Alembord, que había llegado a confiar en el sargento Harper, suspiró. Sabía que el irlandés nunca había aceptado la muerte de Sharpe y el capitán temía lo que sucedería cuando Harper cayera en la cuenta de que el comandante estaba realmente muerto. Unas historias decían que, antes de conocer a Sharpe, Harper había sido el hombre más rebelde del ejército y D'Alembord temía que lo volviera a ser. El oficial escogió las palabras con cuidado. Esta era la primera vez que Harper le hablaba de Sharpe desde que lo ahorcaron y D'Alembord no quería ser muy bruto al quitarle las esperanzas al irlandés.

—¿Y qué si no lo ve, sargento?

—He estado pensando en ello, sí lo he hecho, señor. —Harper le devolvió la forma al chacó de un puñetazo. Isabel enrollaba su manta junto a él. Harper sonrió—. No hay modo de que el general lo hiciera ahorcar, no después de que Sharpe le salvara la vida, señor. Y no hay manera de que los franchutes lo maten, así que tiene que estar vivo. Volverá, señor, y si estamos combatiendo, allí es donde estará. Una libra a que tengo razón.

D'Alembord sonrió.

—No tiene ese dinero.

—Pero esta noche, sí. ¡Farrell! ¡Tú, cabrón pagano! ¡Levántate! —Harper volvió a mirar a su oficial—. ¿Una libra?

—Usted necesita el dinero, Harps. Se va a casar.

—¡Dios! No me hable de ello. —Harper parecía triste—. Pongo una libra, señor.

—Yo acepto.

En el valle sonó una trompeta. En la oscuridad, miles de hombres se preparaban. Detrás de ellos quedaba una marcha épica a través de las colinas y del otro lado de la siguiente colina estaba Vitoria. Empezaron a avanzar antes del amanecer. Las columnas se volvieron a separar, pero todas se dirigieron hacia el este, hacia el enemigo. Las columnas fueron zigzagueando entre los valles cubiertos de niebla, en dirección a Vitoria, hacia el tesoro de un imperio y hacia la batalla.

Capítulo 19

La lluvia, por fin, había cesado y el amanecer del lunes 21 de junio de 1813 trajo un sol cegador y deslumbrante que se extendía por el valle de Pamplona, sobre las agujas de Vitoria y en los ojos de los pocos jinetes británicos que habían ascendido las colinas al oeste de la ciudad.

No veían nada de los franceses que estaban debajo de ellos. El valle amplio en el que estaba enclavada Vitoria estaba envuelto en niebla, una niebla que se espesaba con el humo de una miríada de fuegos de campamento. Los jinetes que observaban parecían estar solos en un paisaje salvaje y deslumbrante.

El cielo lucía limpio y brillante. Los valles estaban ocultos por la neblina y el este se llenaba con la gloria abrasadora del sol naciente. Sin embargo, al norte y al sur los jinetes británicos veían las sucesivas crestas de las colinas grabadas al aguafuerte con sorprendente claridad contra un cielo pálido. Después de los días de lluvia y nubosidad baja resultaba casi indecente combatir en un día como aquél. Sin embargo debían luchar, pues, por voluntad del mariscal Jourdan y del general Wellington, ciento cuarenta mil hombres habían venido a esta llanura tapada por la neblina desde la cual, como una isla extraña en un mar blanco, las agujas de la catedral de Vitoria emergían doradas bajo el sol.

Desde el oeste, en los valles a los que los jirones de neblina y sombra daban un aire misterioso, avanzaba el ejército británico. Tenían el frío de la noche y pocos eran los hombres que hablaban o cantaban mientras marchaban; estaban a la espera de que el sol y la pólvora les calentaran los ánimos. En todas las compañías se oía el siseo sibilante de la piedra sobre el acero. Las piedras para afilar se iban pasando de unos a otros y los hombres afilaban las bayonetas mientras avanzaban y rezaban para no tener que utilizarlas.

Habían atravesado el techo de España, desde Portugal hasta este lugar donde, como un cuchillo puesto en el cuello, amenazaban la calzada principal que era la cuerda de salvamento de los franceses en el país. Los hombres sabían, porque sus oficiales así se lo habían dicho, que la batalla era inminente. Algunos, los que ya habían estado con anterioridad en la línea de combate, intentaban no pensar en lo que vendría, mientras que otros, los que no habían visto nunca a un ejército enemigo, se preguntaban si vivirían para recordarlo. Algunos, que recordaban las marchas duras y largas por las colinas elevadas e inhóspitas, temían la derrota, ya que, si el ejército era vencido y se veía obligado a retirarse, se enfrentarían durante días a la persecución por los valles altos de los jinetes franceses blandiendo largos cuchillos.

Ese día, Wellington estaba al mando de tropas españolas, portuguesas y británicas. Con él también iba la Legión Alemana del Rey. Avanzaban hacia el valle de Vitoria y con ellos iban sus mujeres y niños, que esperarían en el borde del campo

mientras los hombres luchaban. Con el ejército, también marchaban cantineros y comerciantes, vendedores de específcos, frailes y sacerdotes. Había putas, mendigos, ladrones de caballos y políticos, y, cual bestia pesada y torpe, toda aquella masa enorme se desplegaba y movía con esfuerzo hacia el valle, hacia Vitoria y hacia el combate.

Los franceses estaban confiados ese día. Los enemigos les llevaban ventaja en número, era cierto, pero los números no lo eran todo en la guerra. Los franceses habían escogido su campo de batalla, habían elegido dónde se colocaban y defendían el lugar elegido con la mayor concentración de artillería que se hubiera reunido jamás en España. Al norte de su posición estaba el río Zadorra, hacia el sur las colinas de Puebla, y el estrechamiento del río y las zonas montañosas obligarían a los británicos a un ataque frontal en el valle que los situaría de cara a los grandes cañones que, en esta mañana de neblina, parecían monstruos temibles a la espera de sus víctimas.

Los cañones que daban a los franceses tal confianza estaban situados sobre un cerro bajo en el nordeste llamado la colina Aríñez. El alto mando francés, sabiendo que los soldados, más que todo el género humano, eran supersticiosos, había hecho correr la historia de la colina Aríñez, y la historia, en ese amanecer de espera, les daba más confianza a los franceses. La colina era un lugar de mala suerte para los ingleses.

Siglos antes de este amanecer, un día de calor sofocante, trescientos caballeros ingleses que merodeaban en busca de algo que saquear se vieron rodeados por un ejército español en la colina de Aríñez. Los ingleses no se atrevieron a quitarse las armaduras, pues entonces se hubieran convertido en carne para las ballestas de los españoles, y así combatieron, durante todo el día, asándose como cerdos, con las lenguas hinchadas por la sed, los ojos cegados por el sudor. Una y otra vez los españoles ascendieron la colina y se vieron lanzados hacia abajo con las espadas largas y pesadas y rechazados con mazos y garrotes. La arcilla imperturbable de la colina estaba resbaladiza por la sangre y se oían los chillidos de caballos y hombres.

Los ingleses se negaron a rendirse. Lucharon hasta que el último hombre se ahogó en su propia sangre y el último estandarte quedó pisoteado en la sangre espesa. Para los ingleses, por tanto, esa colina era un lugar de mala suerte y los franceses lo sabían.

Aún había más motivo para la confianza de los franceses, pues la marea de la guerra volvía por fin a serles favorable. El Imperio se había tambaleado a partir de la derrota en Rusia, había esperado con inquietud las noticias de que los rusos y los prusianos penetraban en el norte de Francia, pero hacía exactamente dos días que había llegado la buena nueva. El emperador había ganado la campaña. Las campanas sonaron en Vitoria, unas campanas que llevaban el mensaje a todas las tropas

acampadas en la llanura. Las noticias siguieron el clamor, noticias de dos batallas, en Bautzen y Lutzen, batallas que habían repelido a ambos enemigos del norte que ahora habían firmado una tregua. Pronto, prometían las noticias, Bonaparte vendría hacia el sur. Tan sólo quedaban los británicos en el campo; Bonaparte bajaría y los echaría de España con una gran derrota y la bandera tricolor volvería a gobernar desde el estrecho de Gibraltar hasta el límite de las estepas.

Los franceses que esperaban tenían confianza. En el río abundaban los puentes, algunos de la época de los romanos que habían construido la ciudad en aquella llanura. Sin embargo, ninguno de los puentes había sido destruido. Dejemos que los británicos los crucen, razonaban los franceses; de esta manera los artilleros sabrían dónde disparar. Los casacas rojas entrarían en el campo de la muerte y la metralla destructora y desgarradora convertiría cada puente en un arco de mampostería empapado en sangre que teñiría de rojo el Zadorra.

Sin embargo, aunque los ingenieros franceses no volaron los puentes, no se habían quedado ociosos. Durante dos días trabajaron en un extraño artilugio en la muralla oeste de Vitoria. Estaba construido en lo alto de las defensas, así que se elevaba por encima de los suburbios y los huertos hacia la gran llanura donde el ejército estaba a la espera de la batalla. Los ingenieros habían construido asientos dispuestos en gradas para que las mujeres que seguían al ejército francés pudieran contemplar la victoria francesa con comodidad. Las mujeres se situarían en esas gradas y también los vendedores de limonada, pastelillos y fruta.

Los franceses estaban tan confiados que habían encargado en el mejor hotel de Vitoria y el más grande una fiesta de la victoria para aquella noche. Incluso ahora, mientras la niebla se levantaba y los británicos se acercaban a los cañones, los cocineros estaban trabajando.

Los franceses estaban tan confiados que habían enviado tropas lejos del campo de batalla. Aquella misma mañana toda una división se había dirigido al norte por la calzada principal, de regreso a Francia, y con la división iba un convoy de pesados carros cargados con los tesoros de El Escorial, el palacio real español. Lo que se había quedado en Vitoria era mucho más valioso, pero los franceses tenían que empezar por algo y estaban seguros de que podrían rechazar el ataque de Wellington y escoltar el resto del botín a salvo hasta la frontera.

Y, como para compensar los cuadros, tapices y muebles que se habían ido hacia el norte, un convoy más pequeño había venido hacia el sur con cinco millones de francos en oro para entregarle al ejército sus pagas atrasadas. Los carros de monedas se colocaron junto al equipamiento. Las monedas se pagarían después de la batalla.

Ciento cuarenta mil hombres se habían reunido allí con el propósito de librar una batalla. El sol quemaba la neblina del valle y la hacía desaparecer y los jinetes británicos que habían ascendido por las colinas del oeste vieron abajo el poderío de

Francia ordenándose para el combate. Vieron los cañones. Vieron las filas de hombres que esperaban bajo los espléndidos estandartes y las águilas brillantes. Hasta el momento el humo de ningún cañón ni mosquete se elevaba para ocultar la gloria que constituía un ejército formado. El río, por debajo de los puentes, echaba chispas plateadas en el amanecer. Los campos, que los soldados no habían pisoteado, brillaban con las amapolas y el aciano. Un reino estaba en juego y había que librar una batalla.

El cuartel general francés, extrañamente vacío ahora que los generales se encontraban en la llanura, estaba en lo alto de la colina que se alzaba hasta la catedral de Vitoria. En el piso más alto del edificio del cuartel general, en una habitación grande y sin lujos que daba al oeste hacia el campo de batalla, un hombre solo trabajaba en unos papeles esparcidos sobre una gran mesa.

Pierre Ducos había trabajado durante toda la noche; sin embargo, la falta de descanso no había mermado su eficiencia. Ordenaba papeles, algunos los metía en un baúl de piel de viaje, otros en un saco para quemar. Aunque no se lo había dicho a nadie, Pierre Ducos hacía planes para una derrota.

Había considerado ir hacia el norte con el convoy que se marchó antes del amanecer, pero corría el rumor de que los británicos habían enriado parte de su ejército para cortar la carretera y estaría más seguro, decidió Ducos, si se quedaba con el ejército. Mejor, pensó, enfrentarse a la derrota con el grueso del ejército que con una única división que se había ido hacia San Sebastián.

No sabía bien por qué estaba seguro de una derrota. Tal vez era porque admiraba a Wellington. El general inglés tenía una mente de finos cálculos que atraía a Ducos, quien no creía que los vanidosos mariscales de Francia tuvieran la talla del inglés. Ahora bien, el emperador era diferente. Él superaría en cálculos y en lucha a cualquier hombre, pero el emperador todavía no estaba en España y tampoco era cierto que fuera a venir.

El emperador había conseguido una gran victoria en el norte y sus enemigos habían firmado una tregua; sin embargo, si Wellington ganaba hoy, la victoria animaría a los otros enemigos de Francia a volver a la lucha. Y si, y a Ducos le encantaban los síes del futuro que él exploraba tan implacablemente, la guerra volvía a empezar en el norte, entonces haría falta el tratado.

Él tenía el tratado. La noche anterior un mensajero del inquisidor le entregó unas cartas a Ducos, cartas que él guardaba en la bolsa que llevaba atada al cinturón. Eran cartas de hombres eminentes de España, de soldados y clérigos, políticos y aristócratas, abogados y comerciantes, y todas ellas hablaban del deseo de una paz con Francia. Por el bien del comercio, por el bien de la Iglesia, por el bien del Imperio español y, por encima de todo, por la gloria de España, las cartas animaban a

Fernando VII a aceptar el tratado de paz. El inquisidor, admitía Ducos, había llevado a cabo un trabajo estupendo. Y Ducos sabía que el inquisidor venía a pedirle un favor.

Oyó las pisadas en la escalera, esperó la llamada en la puerta, respondió y se reclinó en la silla. El inquisidor tenía dos manchas blancas de polvo en los faldones de la sotana que señalaban dónde se había arrodillado por la mañana para rezar. Su cara morena también reflejaba que se había pasado la noche sin dormir. Miró un momento por la ventana hacia donde estaba el ejército esperando el combate; luego se sentó frente a Ducos.

—¿Ha recibido usted las cartas?

—He recibido las cartas.

El inquisidor esperó, como si buscara la aprobación de su trabajo. Al ver que ésta no llegaba, hizo un gesto brusco.

—Sus soldados están llenos de confianza.

—Yo imagino que los británicos también —dijo Ducos secamente.

A decir verdad se había visto sorprendido por la moral alta del ejército francés. La noticia de las victorias del emperador los había llenado con el deseo de hacer en España lo mismo que Napoleón había hecho en el norte.

—Con una victoria suya hoy —dijo el inquisidor— el tratado sería innecesario.

—De momento —dijo Ducos—, pero yo no estaría tan seguro de nuestra victoria, padre.

Se puso en pie y se dirigió a la ventana. Sobre una mesa que había al lado, en un cuenco pequeño, guardaba unas migas que puso sobre la repisa para los pájaros.

—Ha sido una desgracia haber pasado la mayor parte de mi vida con soldados. Son criaturas fanfarronas, ruidosas, brutas e irreflexivas. Creen en la victoria, padre, porque no son capaces de soportar la idea de la derrota. —Se apartó de la ventana y se quedó mirando fijamente al sacerdote—. Yo no creo que su trabajo resulte desperdiciado.

—Pero no recompensado.

—Su recompensa —dijo Ducos mientras regresaba hacia su mesa— es la gloria de España y la supervivencia de la Inquisición. Le felicito. Usted también tiene, eso creo, los carros de la marquesa bien inmovilizados en su patio. —Dijo estas últimas palabras con gran burla.

—El dinero no es legalmente nuestro —dijo el padre Hacha molesto.

—Cierto. Pero no es culpa mía si usted no es capaz de mantener a una mujer encerrada en un convento.

El inquisidor se quedó callado durante unos segundos. De la repisa de la ventana provenían los sonidos de los pequeños arañazos de picos y patas. De mucho más lejos, empequeñecido por la distancia, llegaba el débil sonido de la llamada de una corneta. El inquisidor se sacudió el polvo de la sotana.

—Si tiene que establecerse la paz entre nuestros dos países, también tendrán que establecerse relaciones diplomáticas.

—Cierto.

—Tengo la esperanza de que en tales relaciones pueda ser de utilidad.

Ducos no dijo nada. Él esperaba que el inquisidor le amenazara con que, a menos que la marquesa fuera arrestada, él traicionaría la existencia del tratado al enemigo. De hecho, Ducos se había preparado para tal amenaza, que hubiera acabado con la muerte del sacerdote. Sin embargo, el inquisidor le ofrecía un trato de otro tipo.

—Continúe —dijo Ducos.

—En España se empezará de nuevo. —Parecía que el inquisidor hablaba cada vez con mayor seguridad—. Serán necesarios hombres nuevos, nuevos consejeros, nuevo mando. Con riquezas respaldándome, comandante, puedo aspirar a ese reto. Pero no si la riqueza está manchada. No si una mujer me desafía en las cortes, o hace correr rumores en las cancillerías de Europa. Si me deja usted ascender, comandante, como yo tengo intención de hacer, en los años venideros usted se encontrará con que Francia tiene un amigo en la corte española.

A Ducos le gustó tal sugerencia. Le gustó aquella referencia al futuro lejano, la promesa de que en una nueva Europa el inquisidor sería su informante y su aliado. Se encogió de hombros.

—No puedo hacer que la arresten.

—No se lo pido.

De lejos provenía el sonido de unos espinos que ardían. El inquisidor miró por la ventana, pero Ducos descartó que fueran mosquetes.

—Están limpiando los cañones, eso es todo. —Pasó el dedo por una pluma—. ¿Quiere matarla?

—¡No!

La firmeza de la respuesta hizo que Ducos levantara la vista.

—¿No?

—Ella debe de haber hecho su propio testamento. Si ella muere, entonces sus herederos se convierten en mis enemigos. No. —El inquisidor frunció el ceño—. Tiene que ir a un convento. Tiene que aprender la humildad de la religión.

Ducos sonrió ligeramente.

—Ya ha fracasado usted una vez.

—En esta ocasión no fracasaré.

—Tal vez no —dijo Ducos con aire dudoso.

Pero pensó en que Richard Sharpe estaba muerto y no podía repetir el rescate insolente de la mujer. La muerte de Sharpe había complacido a Ducos. Le produjo pesadillas el recuerdo de la lucha en el castillo de Burgos, del fusilero apaleado, abatido y sangrante que de repente lanzó sus gritos de desafío y convirtió la

habitación en una carnicería. Sin embargo, Sharpe murió en la explosión y aquel hecho le otorgaba a Ducos cierta felicidad. Ducos miró al sacerdote.

—Sin embargo, no es deber del emperador meter a las mujeres en conventos.

—Yo no pido eso.

—Entonces ¿qué pide usted?

—Tan sólo esto —dijo el inquisidor inclinándose y dejando sobre la mesa un trozo de papel—. Que firme un pase que permita la entrada en la ciudad a estos hombres hoy.

El papel era una lista de nombres. Iba encabezada por el nombre del Matarife y Ducos entendió que los demás serían miembros de su banda. Había treinta nombres.

—¿Qué espera de ellos?

El inquisidor se encogió de hombros.

—Tanto la victoria como la derrota llevarán el caos a la ciudad. En medio del caos está la oportunidad.

—Una esperanza pequeña, diría yo.

—Dios está con nosotros.

—Ah —contestó Ducos sonriendo—. Es una lástima que no estuviera con su hermano en las montañas. —Cogió un trozo de papel, destapó la tinta y escribió rápidamente—. ¿Quiere usted que estos hombres vayan con armas al servicio de Dios?

—Sí.

Ducos escribió que los portadores de aquel documento eran criados de la diócesis de Vitoria y tenían permiso para entrar en la ciudad con sus armas. Cuando estuvo escrito estampó el sello del rey José y luego se lo alargó sobre la mesa.

—¿Me da usted su palabra de que estos hombres no empuñarán las armas contra nuestras fuerzas?

—Tiene usted mi palabra, a menos que sus fuerzas la defiendan.

—¿Y no me pedirá usted nada más respecto a este asunto?

—Nada más.

—Pues le deseo suerte, padre.

Ducos despidió al hombre y, cuando se encontró de nuevo a solas fue hasta la ventana, camino suavemente para no asustar a los gorriones que estaban en la repisa de la ventana y vio, lejos en la llanura, al ejército francés que esperaba.

Frunció el ceño. No estaba bien, pensó, que el destino de las naciones y los asuntos de un gran imperio tuvieran que quedar en manos de la valentía de soldados bravucones e infantiles. La victoria de ese día significaría que el tratado no era necesario y todo aquel trabajo delicado quedaría desperdiciado. Sin embargo, Ducos no confiaba en una victoria francesa en ese día. El casi deseaba, y tan sólo se lo reconocía a sí mismo, una derrota de los franceses, pues entonces, en el caos de un

reino hecho pedazos, él enarbolaría el tratado como un triunfo diplomático y salvaría a Francia. Les enseñaría a los soldados, los tontos, vanidosos y valientes soldados, que su poder no era nada comparado con la mente sutil de un hombre inteligente y calculador.

Se apartó de la ventana. No tenía otros deberes que cumplir, nada más en qué comprometerse, sólo esperar la lotería del día. Así que en aquel día soleado y de batalla, Ducos se puso a dormir.

El marqués de Wellington, generalísimo del ejército aliado en España, miró su reloj. Pasaban doce minutos de las ocho.

—Cenaremos a la hora de siempre esta noche, caballeros.

Sus ayudantes sonrieron, sin saber si estaba bromeando. Habían ido con él hasta las laderas de las colinas del oeste y veían, tres kilómetros hacia el este, la oscura línea de los cañones franceses.

El general miró a la derecha, donde la calzada principal surgía de un desfiladero, y observó, en la otra orilla del río, una columna de infantería que empezaba a ascender las laderas de los montes de Puebla.

La columna la encabezaban las tropas españolas, que ese día tendrían el honor de ser las primeras en enfrentarse con el enemigo. Tapó de golpe el reloj.

—Caballeros —dijo con tono distante, casi amargo—, les deseo el mayor gozo en este día.

La batalla de Vitoria había empezado.

Capítulo 20

Los cañones, los grandes cañones franceses, los cañones que eran el tesoro del emperador y las armas más temidas por los enemigos de Francia, dispararon.

El sonido se desvanecía y el humo se elevaba.

Los franceses no dispararon a ningún blanco. Simplemente habían calentado los cañones y observaban la caída de las balas en el campo de la muerte. Hasta el momento la batalla no seguía una pauta. Algunas tropas españolas ascendían con dificultad los montes de Puebla y luchaban contra los tiradores franceses sobre la ladera escarpada, pero no había aparecido ni la infantería ni la caballería en la llanura para convertirse en carne para los artilleros, que para entonces ya tenían calculada la distancia. El humo de los cañones flotaba hacia el sur y se desvanecía entre la leve brisa. Las mujeres que estaban sentadas en las gradas construidas por los ingenieros franceses en la muralla de Vitoria se sintieron algo desilusionadas cuando el sonido cesó.

La marquesa había subido hasta la grada más elevada. Le sonrió a la mujer de un coronel de caballería, a sabiendas de que ésta estaba ansiosa por cuchichear respecto a ella.

—¿Las almorranas de su marido van mejor, querida Jeanette? ¿O vuelve a ir a la batalla en carreta?

No esperó una respuesta, siguió subiendo y luego aguardó a que su sirvienta colocara varios almohadones en el banco. Buscó en el ridículo que llevaba algunas monedas y le hizo una señal con la cabeza a uno de los vendedores de pastelillos.

—Quiero unos de limón.

—Enseguida, señora.

Se sentó. Llevaba un catalejo pequeño de marfil. Había poco que ver en la llanura. El campo de la muerte le quedaba oculto detrás de la colina de Aríñez. En un cerro bajo que estaba más cercano a la ciudad veía unas tropas en orden cerrado dispuestas para el combate. Por encima de sus cabezas flotaba el gran estandarte púrpura y blanco que le indicó que eran los guardias de la casa del rey José. Se preguntaba dónde estaría el general Verigny. La había dejado con impaciencia, regocijado ante la idea de la batalla. Con la victoria de ese día, le había asegurado, Pierre Ducos sería derrotado. José se quedaría con el trono español y podrían arrebatarse los carros de la marquesa al inquisidor. Hélène sonrió a su amante.

—¿Y qué pasará si perdemos hoy?

—¿Perder? ¡No podemos perder!

Tan sólo unos días antes, pensó, el ejército francés no esperaba nada más que una retirada y el abandono de España. De repente, con la volubilidad que había traído la noticia de las victorias de Napoleón, el ejército rebosaba confianza. Hoy, estaban

seguros, se vengarían de Wellington.

Todo era tan inesperado... En Burgos ella intentó persuadir a Richard Sharpe de que traicionara su honor para desmontar el plan de Ducos. Se preguntaba si Sharpe habría firmado el documento, luego se quitó esa idea de la cabeza porque él estaba muerto y la cuestión era irrelevante. En cambio, el rey José luchaba por su trono, y la victoria de hoy significaría el fin de tener que sobornar a los españoles en busca de favores. Francia volvería a aplastar a España. El mundo contemplaría la retirada de un imperio hacia la grandeza.

Un capitán, vestido con el uniforme verde y rosa del regimiento del general Verigny, apareció al pie de la escalera. Llevaba un brazo en cabestrillo y un ojo vendado. Cojeaba. No podía luchar ese día y le habían ordenado que se ocupara de la marquesa. Era típico del general Verigny, pensó la marquesa, asegurarse de que su escolta era de una fealdad increíble. Hélène levantó el abanico, le llamó la atención y le sonrió cuando se acercó a ella.

—¿Me está buscando a mí, capitán?

—¿No lo hacemos todos, mi querida señora? —dijo inclinándose sobre su mano, la besó en el guante y sonrió—. Capitán Saumier, a su obediente servicio.

En realidad era extraordinariamente feo, con cara de sapo gruñón.

—Siéntese, capitán. Debe de estar usted desolado por no poder luchar hoy.

—Habrán otros días, señora, pero éste es suyo. ¿Cómo podría un hombre lamentar tal cosa?

—Dicho tan bellamente... ¿Un pastelillo de limón?

Envió a la sirvienta a buscar más y ordenó que trajeran el vino de su coche.

—¿Dónde recibió esas heridas, capitán?

—Al caer del balcón de una dama. Su marido puso objeciones.

Sin duda alguna, pensó la marquesa, al gusto insigne de su mujer. Señaló con su abanico hacia el campo de batalla.

—Tiene usted que explicarme lo que sucede, capitán.

La dama veía las nubéculas de humo de los mosquetes sobre los montes de Puebla. El capitán Saumier le tomó prestado el catalejo, miró durante unos segundos y manifestó su opinión. Wellington estaba atacando en los Montes de Puebla porque no se atrevía a hacerlo en la llanura.

—Pero si toman las colinas —la marquesa se detuvo, pues su criada traía los pastelillos y el vino—, ¿no tendrán que descender a la llanura?

—Oh, sin duda, señora. ¡Cuan cierto!

—¿Y qué viene luego?

—Los atacaremos con los cañones —contestó Saumier, sonriendo y dejando ver unos dientes largos y amarillos.

—¿Tan simple como eso?

Saumier sonrió.

—La guerra es simple.

—No me extraña que a los hombres les guste tanto. —La marquesa sonrió—. Quizá Wellington hace algo que usted no espera.

El capitán Saumier sacudió la cabeza en señal de negación. El estaba de acuerdo con el punto de vista aceptado comúnmente en el ejército francés, un punto de vista que ahora exponía con varonil convicción para tranquilizar a esa mujer nerviosa, hermosa y de grandes ojos.

—Wellington no puede atacar. Ofrece una defensa razonable, señora, pero no puede atacar.

—¿Estuvo usted en Assaye?

—¿Assaye?

No le dio detalles.

—¿Argaum?

El se encogió de hombros. Hélène sonrió.

—¿Salamanca?

Saumier sonrió.

—Estos pastelillos son excelentes, señora.

—Me complace mucho que le gusten, y estoy ansiosa por oír sus explicaciones, capitán. Resulta tan raro observar una batalla con un guía al lado...

El general había informado a Saumier de que la marquesa era inteligente y bien informada. Él se temía que era él al que iban a dar aclaraciones.

—¿Está usted cómoda, señora?

—Mucho.

Apartó la vista de él y recorrió con el catalejo los montes de Puebla. No veía nada de interés. La batalla tenía lugar por debajo de la línea del horizonte. La marquesa deseó, deseó apasionadamente, una victoria francesa ese día; si no, la riqueza que ella había ido acumulando con tanto cuidado se perdería. Recordaba la confianza de su amante, y la animó que el capitán Saumier rebosara también seguridad. Parecía que el ejército francés estaba seguro de un próximo triunfo. Nadie había derrotado a Wellington en una batalla, pero tampoco había combatido nunca Wellington contra un ejército al mando del mariscal Jourdan. La marquesa se comió el pastelillo, aceptó una copa de vino y esperó la victoria.

Su deseo era ese día sinceramente compartido por don José, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córcega, de Córdoba, de Murcia, de Santiago de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, de las Islas

del Océano; archiduque de Austria; duque de Borgoña, de Brabante y de Milán; conde de Habsburgo, Tirol y Barcelona; señor de Vizcaya y de Molina. Los títulos se los había dado a sí mismo. Su hermano menor, que era el emperador de Francia, sencillamente le llamaba José Bonaparte, rey de España y de las Indias.

Sí perdía la batalla de hoy sería rey de nada.

Por eso, a medida que el sol se elevaba cada vez más y los cañones esperaban, José Bonaparte se preocupaba por el éxito evidente que las tropas de Wellington estaban teniendo en los montes de Puebla. Manifestó su preocupación al mando militar, el mariscal Jourdan, quien simplemente sonrió.

—Deje que los británicos tomen los montes, señor.

—¿Que los deje? —respondió el rey José, un hombre inquieto y amable que parecía preocupado ante su jefe militar.

El caballo de Jourdan estaba inquieto. El mariscal lo calmó.

—Quieren los montes, señor, para poder avanzar a salvo a través del desfiladero que está por debajo. Y ahí es donde yo quiero que estén.

Si los británicos venían desde el desfiladero donde el río dejaba la llanura, avanzarían en dirección a sus grandes cañones. Sonrió a José.

—Si vienen por el oeste, señor, están perdidos.

Jourdan le pidió a Dios que tuviera razón. El tenía pensado un ataque británico proveniente del oeste y cuando los cañones hubieran manchado el campo de la muerte con muertos británicos él enviaría a la caballería y se convertiría en el primer mariscal de Francia que derrotaba a Wellington. No le preocupaban los montes. Ningún hombre situado allí podía afectar a una batalla que se desarrollara en la llanura. Los británicos podían tomar todas y cada una de las malditas colinas de España, siempre que después avanzaran hacia sus cañones. Casi podía saborear la victoria.

Pero había un lugar que preocupaba al mariscal Jourdan y ése era el terreno llano al norte del río. Si Wellington no atacaba desde el oeste, sino que intentaba rebasar la llanura marchando alrededor de la derecha francesa, Jourdan tendría que hacer girar su línea de batalla y recolocar los cañones.

Miraba con ansiedad hacia el norte, al terreno del otro lado del río donde el viento agitaba los cultivos formando olas largas, pálidas y ondulantes. Dos halcones volaban por encima del río Zadorra, rico en truchas, y planearon hasta perderse de vista detrás de la colina que ocultaba la curva del río. No había fortificado aquella colina. Se preguntó si Napoleón habría situado hombres allí.

No. No. ¡No había de tener dudas! Tenía que comportarse como si supiera exactamente lo que sucedería, como si controlara a su enemigo tan bien como a su propio ejército.

Se esforzó en sonreír. Se esforzaba en parecer seguro. Le hizo cumplidos al rey

respecto a su sastre e intentó no pensar en que las tropas británicas vinieran del norte. ¡Dejémosles que vengan por el oeste! ¡Quiera Dios que por el oeste!

—¡Señor!

—¡Señor!

Se oyó un coro de voces. Los dedos señalaban al oeste, hacia el desfiladero que estaba todavía bien oscurecido.

—¡Señor!

—¡Ya lo veo! —exclamó Jourdan haciendo avanzar a su caballo.

Del desfiladero, avanzando hacia el pueblecito situado ante la colina Aríñez, marchando hacia el gran campo de la muerte que dominaban los cañones franceses, venía la infantería británica.

Sus banderas ondeaban. Avanzaban como un desfile de soldados hacia la muerte.

—¡Lo tenemos! ¡Lo tenemos, por Dios! —dijo Jourdan mientras se daba un manotazo en el muslo.

Así que Wellington no estaba tan brillante como de costumbre. Venía directamente y eso era lo que Jourdan quería. Directo a la muerte, y a la gloria del emperador. Espoleó al caballo para que avanzara, agitando su sombrero con plumas en dirección a los artilleros.

—¡Artilleros! ¡Esperen!

Los botafuegos estaban encendidos. En cada uno de los grandes cañones, más de un centenar de ellos, los tubos de cebar habían agujereado las bolsas de pólvora y estaban a la espera de encender el fuego.

El rey José cabalgaba junto a su mariscal. José estaba aterrorizado por el disgusto de su hermano menor y el terror se le notaba en la cara. Si perdía esta batalla ya no sería rey y para ganarla tenía que ver a Wellington derrotado. José había presenciado el combate del ejército británico en Talavera y vio cómo su infantería había arrebatado la victoria a partir de cierta derrota.

Pero el mariscal Jourdan había visto más. Él luchó como soldado en el ejército francés que fue a ayudar a los revolucionarios americanos. Había visto a los británicos derrotados y sabía que lo volvería a ver. Sonrió ampliamente al rey, el hermano del emperador.

—Tiene usted una victoria, señor. ¡Tiene usted una victoria!

—¿Está usted seguro?

—¡Mire! —exclamó señalando con la mano hacia el norte vacío, luego a las tropas que se extendían ante sus cañones—. ¡Tiene usted una victoria!

Fue el último momento en que los hombres pudieron mirar al campo y ver lo que sucedía, el último momento antes de que el humo de los cañones ocultara el combate. Jourdan desenvainó el sable, el acero brillaba bajo el sol, e hizo la señal.

Los cañones empezaron.

El desfiladero donde la calzada principal penetraba en la llanura de Vitoria estaba atiborrado. Las tropas esperaban la orden de avanzar. Los hombres heridos en los montes de Puebla eran llevados a la carretera. Los médicos, con los delantales ya brillantes de rojo, intentaban hacer trabajar sus sierras y cuchillas mientras los hombres abarrotaban los bordes estrechos esperando a ir hacia el fuego de cañón que de repente había empezado.

Los hombres bromeaban acerca del sonido de los cañones franceses. Bromeaban porque los temían.

Los tambores jóvenes observaban a los veteranos e intentaban consolarse con su calma. Los oficiales jóvenes, sentados sobre caballos caros, se preguntaban si la gloria valía ese nerviosismo. Los oficiales del estado mayor, con las ijadas de los caballos blancas de sudor, recorrían las columnas al galope buscando a coroneles y generales. Las banderas, que ningún viento movía en el desfiladero, se izaban en las astas. Los primeros batallones ya estaban en la llanura. Los primeros heridos ya retrocedían a rastras hacia los médicos.

Algunos hombres rompían filas, descendían hasta el río y se llenaban las cantimploras con agua. Algunos se habían reservado su ración de vino o ron. Era mejor, decían, entrar en batalla con alcohol en el cuerpo.

Un regimiento irlandés, con las casacas rojas descoloridas y remendadas que atestiguaban el tiempo que habían servido en España, se arrodillaban ante el capellán de un regimiento español que les daba la bendición, los santiguaba, mientras que sus mujeres rezaban con ansiedad detrás. Su coronel, un escocés presbiteriano, estaba sentado en su silla de montar y leía el salmo veintitrés.

Algunas tropas de los Highland ascendían los montes de Puebla para sustituir a los españoles. El sonido de las gaitas, salvaje y loco, llegaba al desfiladero mezclado con el rugido de los cañones franceses.

Los hombres se preguntaban entre sí lo que sucedía y nadie lo sabía. Esperaban, sintiendo que cada vez hacía más calor; escuchaban el sonido de la batalla y rezaban para vivir y escuchar el sonido de la victoria. Rezaban para no tener que ir a parar a los cirujanos. En la retaguardia de la columna, donde las mujeres y los niños esperaban que se extrajera la lotería de la viudedad de ese día, y donde los habitantes de la ciudad contemplaban con los ojos bien abiertos la extraña e inmensa tribu que se agolpaba en su valle, dos jinetes refrenaron. Uno de los dos hombres, alto, de cabello castaño y con una cicatriz, le gritó a un grupo de mujeres de soldados que estaban sentadas en el borde del río.

—¿Qué división es ésta?

Una mujer que daba el pecho a un bebé levantó la vista hacia el fusilero que había preguntado a gritos.

—Segunda.

—¿Dónde está la Quinta?

—Sabe Dios.

Esa respuesta, pensó Sharpe, era la que se merecía. Espoleó a *Carabina* para que avanzara.

—¡Teniente! ¡Teniente!

Un teniente de infantería se volvió. Vio a un hombre alto y moreno a caballo. El hombre vestía un uniforme hecho jirones de los fusileros del 95. Llevaba una espada a la cadera, lo que parecía indicar que el hombre sin afeitarse era un oficial.

—¿Señor? —dijo el teniente con tono indeciso.

—¿Dónde está Wellington?

—Creo que está del otro lado del río.

—¿La Quinta División?

—A la izquierda, señor. Creo.

—¿Está usted bien?

—Eso creo, señor —contestó el teniente con tono de duda.

Sharpe hizo que el caballo girara. El desfiladero estaba atiborrado de hombres y él oía el sonido de los cañones que le indicaban que ese camino tan sólo llevaba al campo de batalla.

No se preocupó por Wellington. Aquél no era el momento de ir al encuentro del general y hablarle del tratado que la marquesa le había revelado en Burgos. Había puesto por escrito todo lo que ella le explicara y se aseguraría de que la carta le llegara a Hogan. Pero ahora Sharpe había alcanzado al ejército en un día de batalla, él era un soldado y salvar su honor podía esperar hasta que el combate, hubiera acabado. Miró a Ángel, montado sobre un caballo horrible que habían robado en Pancorvo.

—¡Venga!

Condujo al muchacho de regreso al pueblo, donde un puente cruzaba hacia la orilla oeste. Buscaría al South Essex, regresaría de entre los muertos y lucharía.

Capítulo 21

Los cañones franceses dispararon durante toda la mañana. Su estruendo hacía vibrar las ventanas de la ciudad. Era como un trueno sin fin. El humo crecía formando una nube. Las mujeres que estaban sentadas en la grada sobre la muralla de la ciudad se quejaban porque se les oscurecía la visión. No podían ver al enemigo. Tan sólo veían la gran nube que crecía, se extendía y se alejaba hacia el sur con la brisa. Algunas de ellas paseaban por las murallas, coqueteando con los oficiales de la guardia de la ciudad. Otras, con los parasoles para protegerse del sol, dormitaban en los asientos.

Los artilleros disparaban, apuntaban y volvían a disparar. Arrastraban los cañones hacia delante después de cada disparo, hacían girar las gualderas con palancas y empujaban la munición en los cañones calientes, que emitían vapor después de pasar los escobillones. A algunos hombres los enviaban con cubos a buscar agua a los riachuelos de la llanura para mojar los escobillones. De las carreteras que salían de la ciudad provenía el sonido de los arzones al galope, que traían nuevas municiones con las que alimentar los cañones que hacían temblar el campo de la muerte.

La infantería francesa estaba asentada en los cerros; los soldados cortaban salchichas y pan y bebían el vino tinto y áspero de sus cantimploras. Los cañones estaban haciendo su trabajo. Buena suerte para los cañones. Los cañones daban sacudidas, levantando las ruedas del suelo a cada disparo. Cuando uno caía con todo su peso, el artillero corría hacia delante para poner el pulgar envuelto en cuero sobre el fogón humeante. Con el fogón tapado, estaba a salvo para volver a atacar a fondo el escobillón en el cañón y apagar las últimas chispas rojas antes de introducir la siguiente carga de pólvora. Si el fogón no estuviera bloqueado, la bocanada de vaho que producía el escobillón mojado podía encender las bolsas de pólvora que no habían explotado y éstas podían estallar con la fuerza suficiente para lanzar hacia atrás el escobillón e impulsarlo hasta atravesar el cuerpo de un artillero.

Los cañones tenían nombres grabados en relieve por debajo de las «N», orgullosas y laureadas. *Egalité* disparaba junto a *Liberté*, mientras a *Fortune* y a *Défi* les pasaban el escobillón.

Los artilleros sudaban, suspiraban y sonreían; escuchaban a sus oficiales que les gritaban el blanco y sabían que iban sembrando la muerte al oeste de la llanura. No podían ver a su enemigo, el humo ocultaba todo lo que estaba al oeste, pero cada disparo abría una lanza de llama entre el humo que se crispaba con el paso de los botes de metralla. Entonces los artilleros volvían a cargar y a arrastrar el cañón para situarlo en el blanco, luego se apartaban cuando el jefe de artilleros atacaba con una estaca por el fogón para atravesar la bolsa de lona de la pólvora, mientras el segundo hombre metía la pluma con pólvora fina por el interior del agujero que había hecho la

estaca. La pluma conducía el fuego desde el botafuego que sostenía el jefe de artilleros hasta la pólvora.

—*Tirez!*

Todos los artilleros estaban sordos, o eso decían. Eran los reyes del campo de batalla y nunca oían los aplausos. A veces, pocas, una batería hacía una pausa. El humo de delante se despejaba lentamente y los oficiales se asomaban para mirar el blanco. Habían frenado a los británicos. Las líneas rojas se agazapaban entre los cultivos, se ocultaban detrás de los muros de piedra o se acurrucaban en las zanjas llenas del agua sucia de la lluvia de verano.

Los artilleros sabían que los británicos estaban vencidos. Ninguna tropa en el mundo se atrevería a penetrar en el horror de balas y metralla que aquellos cañones vertían sobre el campo de la muerte.

Para los británicos aquel ruido era una pesadilla. Las balas retumbaban como si fueran barriles gigantes rodando sobre tablones por encima de sus cabezas, la metralla silbaba, los chillidos de los heridos lo envolvían todo. Las balas de mosquete provenientes de los botes de metralla traqueteaban contra las piedras o atravesaban el maíz o se clavaban en la carne. Y siempre se oía el trueno arrollador que provenía de la nube blanca que tenían por delante.

A veces, cuando un cañón se quedaba sin bala o bote de metralla, se disparaba una granada. Esta aterrizaba en los cultivos dañados. Daba vueltas, con la mecha humeando salvajemente; luego la cápsula se partía y lanzaba llamas, humo y fragmentos de hierro que se sumarían al sonido de la muerte.

Los británicos morían de uno en uno y de dos en dos. Se refugiaban donde podían, pero los hombres que buscan cobijo no ganan batallas. Sin embargo, esos hombres no podían avanzar. Ningún hombre podía adentrarse en aquella tormenta de disparos. Se agachaban, se tumbaban en los huecos poco profundos, maldecían a sus oficiales, maldecían a su general, maldecían a los franceses, maldecían que el tiempo pasara tan lentamente y maldecían la falta de ayuda en el límite de la llanura. Estaban solos en una tormenta de muerte y no veían la ayuda. Las banderas estaban hechas jirones por los disparos.

Los afortunados estaban en el pueblecito, el primer pueblo de la llanura, pues allí los muros de piedra hacían de escudo. Aun así, algunas balas castigaban las casas y abrían caminos sangrientos en las habitaciones abarrotadas. En el exterior de las cabañas el aire seguía bien cargado del sonido de la muerte. El ataque estaba frenado.

—¡Lo tenemos, por Dios, lo tenemos!

El mariscal Jourdan, quien como todos los mariscales franceses había empezado a creer que Wellington era imbatible, sabía que su enemigo lo había subestimado. Jourdan suponía que Wellington, seguro al superar por primera vez en número a los franceses, había entregado su ejército a un ataque frontal. Los cañones, el orgullo del

ejército francés, estaban haciendo trizas al enemigo. Miró hacia el norte. Había algunos jinetes ingleses a la vista en la otra orilla del río y algunos de sus oficiales se habían alarmado al percibirlo. Jourdan dio unas palmadas para llamar la atención y levantó la voz.

—¡Caballeros! ¡La caballería es una maniobra fingida! Si planearan atacar desde allí ya lo habrían hecho. Quieren que debilitemos nuestra izquierda. ¡No lo haremos!

Es más, la reforzó. A las reservas que vigilaban la orilla norte del río se les hizo avanzar hacia el sur, detrás de la colina Aríñez, para ganar los montes de Puebla. Jourdan tenía más planes para ellos. Cuando los británicos se dispersaran y él soltara a sus lanceros y sus sables sobre el terreno mortal, los hombres provenientes de los montes podrían bajar con rapidez para bloquear el desfiladero. Los británicos, dispersos y heridos, se verían atrapados. Pero Jourdan sabía que primero tenía que dejar que Wellington enviara más hombres a la llanura, más hombres para matar y mutilar, más cadáveres y prisioneros para la gloria del emperador.

Jourdan sabía que tenía que esperar. En un par de horas, tal vez, volvería a tomar los montes y habría llegado el momento en que le arruinaría la reputación a Wellington para siempre. El mariscal pidió algo de comer y un poco de vino. Otras dos horas, pensó, y haría avanzar a las Águilas, que volverían a tomar España para los franceses. Le sonrió al rey José.

—Confío, señor, en que no haya invitado a nadie a sentarse a su derecha esta noche.

José frunció el ceño con perplejidad; no entendía por qué Jourdan hablaba de la fiesta de la victoria que se había encargado en Vitoria.

—Espero que ocupe usted ese lugar de honor, mi querido mariscal.

Jourdan se echó a reír.

—Yo estaré persiguiendo al enemigo, señor, pero podrá tener a lord Wellington para agasajarlo. He oído decir que le gusta el cordero.

José le entendió y se echó a reír.

—¿Tantas esperanzas tiene?

Jourdan tenía muchas esperanzas. Había ganado, lo sabía, y ya podía saborear la victoria.

Los cañones hicieron vibrar la cubertería de plata sobre la mantelería blanca, en el mejor hotel de Vitoria. Los camareros habían dispuesto servicios para ciento cincuenta comensales en el comedor. Las botellas de vino, agrupadas en abundancia sobre todas las mesas, tintineaban unas contra otras y el sonido era como el de mil campanitas.

Habían cortado flores y ahora las estaban colocando en la mesa principal. Allí era donde se sentaría el rey José, en esa fiesta de la victoria encargada por los franceses.

Una bandera tricolor colgaba del techo. Las arañas de cristal vibraban con el sonido de los cañones. La gran sala en su conjunto se llenaba del tintineo, el tañido y las sacudidas de los objetos.

El propietario del hotel contempló la habitación y vio que sus hombres lo habían hecho bien. Se estrujó las manos. Tenía que haberse atrevido a pedir a los franceses que le pagaran la fiesta por adelantado. Le habían pedido el mejor medoc, borgoña y champán, y en la cocina preparaban cinco bueyes, dos veintenas de corderos, doscientas perdices y un centenar de pollos. Gruñó. El patriota que había en él rezaba por una victoria británica, pero el hombre de negocios temía que los británicos no pagaran lo que había encargado el enemigo. Escuchó los cañones y su bolsa, más importante que su orgullo, rezó por que ganaran.

El marqués de Wellington, a caballo sobre las laderas suaves de los cerros del norte, contemplaba cómo la línea de cañones francesa se encendía, humeaba y destrozaba a sus hombres en el terreno mortal. Ninguno de los oficiales de su estado mayor le hablaba. Parecía que todo el cielo vibrara con las grandes detonaciones de los cañones.

Algunos oficiales del estado mayor se le acercaron cabalgando. A simple vista la colina al oeste y el desfiladero parecían sumidos en el caos. Los heridos se arrastraban hasta los médicos, mientras que otros hombres esperaban para entrar en combate. Para alguien que no hubiera visto nunca una batalla, parecía que no hubiera orden alguno en la disposición casual de los hombres. Hubieran deseado un plan que les ayudara a entenderlo. Había un plan. Jourdan planeaba detener el ataque con sus cañones y Wellington proyectaba arrebatarse aquellos cañones. El general inglés había concebido su plan como una mano izquierda situada sobre el mapa y con la palma hacia abajo. El pulgar era el ataque en los montes.

El dedo índice eran las tropas que habían avanzado por debajo de los montes, hacia el estruendo de los cañones, las tropas que la artillería francesa había frenado, las tropas que sufrían terriblemente un minuto tras otro. El pulgar y el índice no tenían otra pretensión que atraer la atención del enemigo para hacer que sus reservas se dirigieran hacia el sur y el oeste. Y cuando eso ocurriera, los tres dedos restantes surgirían del norte.

¿Pero dónde estaban? Los hombres que había en la llanura morían porque las columnas de la izquierda se retrasaban y Wellington, que odiaba ver morir a sus hombres inútilmente, no se permitía siquiera el consuelo de que, cuanto más esperaran, más convencido estaría su enemigo de que el ataque principal provenía del oeste.

Ascendió un poco la ladera y miró fijamente hacia el norte. Parecía que el terreno estuviera vacío. Chasqueó los dedos. Un ayudante se acercó. El general se volvió.

—¡Méтанles prisa!

—Sí, señor.

No había necesidad de explicar a quién había que meterle prisa. Debería haber tres columnas que vinieran de las colinas del norte, columnas que pisotearían los cultivos al otro lado del río, que tomarían los puentes y que caerían sobre la derecha francesa. Wellington se preguntaba por qué diablos los franceses habían dejado los puentes intactos. Sus exploradores de caballería le habían informado de que no había signos de pólvora dispuesta para hacer volar los arcos. No tenía sentido. El general había temido que en sus ataques al norte los soldados tuvieran que vadear los pasos, que sus cuerpos se fueran corriente abajo en las aguas ensangrentadas, pero los franceses habían dejado los puentes abiertos.

Sin embargo, las tres columnas, que cual dedos estrujarían la vida del ejército francés, no habían aparecido y su retraso significaba que los cañones franceses estaban produciendo un gran número de bajas en la llanura. Los dedos de la mano derecha de Wellington tamborileaban sobre la perilla de su silla de montar. Esperaba, mientras que abajo los cañones hacían que la mañana cálida se estremeciera.

—Querido capitán Saumier...

—¿Señora?

El capitán contestó con voz cansada. La marquesa le había hecho bajar cojeando ocho veces las gradas llenas de gente para ir a buscar más vino o más pastelillos.

—En mi coche hay una sombrilla. ¿Sería usted tan amable de ir a buscármela?

—Será un placer, señora.

—La sombrilla blanca, no la negra.

—¿No necesita usted que le traiga nada más al mismo tiempo? —le preguntó su acompañante con optimismo.

—No se me ocurre nada.

Descendió poco a poco por el banco lleno de gente y su feo rostro se sonrojaba porque sabía que las otras mujeres habían observado que hacía recados para la marquesa como si fuera un muchacho.

Ella contemplaba el campo de batalla y lo único que veía era la gran nube del humo de los cañones. Por algún motivo, se dio cuenta de que estaba pensando en Sharpe. Se preguntaba si él hubiera sido igual de maleable que el capitán Saumier. Lo dudaba. Richard siempre se había mostrado dispuesto a fruncir el ceño y gruñir para indicar su desagrado. Él había sido, pensó, un hombre de un orgullo inmenso, un orgullo frágil porque provenía del arroyo.

Sintió pena al oír que había muerto. Entonces se alegró de haberle mentado, de haberle dicho que lo amaba. Era lo que Richard quería que dijera, pensó, y estaba ansioso por creérselo. Se preguntaba por qué los soldados, que conocían la muerte y

el horror mejor que nadie, eran tan desmesuradamente románticos. «Envíalos a la muerte contentos», era lo que las mujeres de ese ejército decían; ¿y por qué no? Intentó imaginarse en la cama con el capitán Saumier y ese pensamiento hizo que se estremeciera. Se abanicó. El sol calentaba mucho.

Un oficial de caballería refrenó las riendas de su caballo al pie de la muralla. Se habían ido sucediendo oficiales durante toda la mañana. Venían a lucirse ante las damas y gritaban nuevas del combate que permanecía oculto tras la gran nube de humo. El oficial de caballería se quitó el sombrero. Todo iba bien, dijo. Los británicos estaban vencidos. Jourdan pronto ordenaría que la línea avanzara. La marquesa sonrió. La victoria de hoy significaría la derrota de Ducos. Un sentimiento placentero de pura maldad le invadió al pensar en tal derrota.

Hélène apartó la vista del humo. Miró los campos vacíos del norte, donde brillaban las amapolas y el aciano, una escena de inocencia en ese día de cañones y humo. Allí a lo lejos, al pie de las colinas al norte y demasiado lejos para desempeñar papel alguno en la batalla, había un castillo pequeño, de libro de cuentos. Desplegó el catalejo de marfil y observó la diminuta fortaleza antigua. Y, en lugar de eso, vio tropas. Tropas que avanzaban con paso firme hasta aplastar las cosechas. Tropas que surgían de las barrancas de las colinas, tropas que avanzaban en tropel en dirección sur hacia la derecha de la línea francesa. Se quedó mirando fijamente. Las tropas iban de rojo. Se dio cuenta de lo que estaba viendo; era el menospreciado Wellington que demostraba a los franceses, una vez más, que no podía atacar. Abajo, el oficial de caballería cogió un pañuelo que le habían lanzado, hizo girar a su caballo y regresó al galope al combate.

—¡Señor!

—¡Señor!

El mariscal Jourdan, que un momento antes había estado pensado que la batalla estaría ganada hacia las dos y había lamentado que la persecución le impediría asistir a la cena de la victoria aquella noche, miró fijamente hacia la derecha. No podía creer lo que veía.

Las columnas avanzaban hacia él, hacía el flanco indefenso, y los estandartes británicos ondeaban brillantes sobre las cabezas. El ya había quitado las reservas de la derecha para volver a atacar los montes de Puebla y ahora Wellington había soltado el peso de su ataque real. Durante un instante fugaz y horrible, Jourdan admiró a Wellington por haber esperado tanto, por dejar que sus hombres sufrieran bajo los cañones durante el tiempo necesario para convencer a los franceses de que el ataque frontal era el verdadero ataque; luego, el mariscal empezó a gritar.

Los flancos derechos de las líneas francesas habían de girar hacia fuera. No les daría tiempo a impedir que los británicos cruzaran el río, así que Jourdan se dio

cuenta de que tenía que enfrentarse a ellos en la orilla cercana con sus cañones.

El rey José, que se había retirado a su carruaje para hacer uso de su orinal de plata, regresó de prisa bajo la luz del sol.

—¿Qué sucede?

Jourdan no le hizo caso. Estaba mirando fijamente hacia el norte, observando la columna enemiga que estaba más al este y que no se dirigía hacia él. Se encabezaba hacia la calzada principal para intentar cortarle la retirada a Francia.

—¿Qué pueblo es ése, allí, en la curva del río? —le preguntó a un asistente.

—Gamarra Mayor, señor.

—¡Dícales que lo retengan! ¡Dícales que lo retengan!

—¡Señor!

El rey José, con el fajín de los pantalones en la mano, observaba horrorizado mientras el asistente espoleaba su caballo y lo ponía al galope.

—¿Retener qué?

—Su reino, señor. ¡Aquí!

La voz de Jourdan era feroz. Señaló hacia la curva del río y el pueblecito de Gamarra Mayor.

—¡Usted! —gritó señalando a otro asistente—. Dígale al general Reille que quiero a sus hombres en Gamarra Mayor. ¡Venga!

Si cruzaban el río y tomaban la carretera, entonces se habrían perdido una batalla, un reino y un ejército.

—¡Dícales que lo retengan! —gritaba tras el oficial; luego se volvió hacia el oeste.

Se oyó un cañón, no era una gran cosa ese día, salvo que éste era un cañón británico; lo habían traído para hacer frente a los franceses y las balas aterrizaron sobre la ladera de la colina de Aríñez, botaban e iban a pasar a unos pocos metros del caballo de Jourdan. Era el primer disparo del enemigo que alcanzaba la colina de Aríñez y era señal de lo que se avecinaba.

El mariscal Jourdan, cuyo día de triunfo se estaba agriando, lanzó el bastón de mariscal dentro de su carruaje. Era de terciopelo rojo, con la punta dorada y decorado con águilas de oro. Era una chuchería propia de un triunfo, pero ahora, y él lo sabía, tenía que combatir contra el desastre. Había enviado sus reservas a su izquierda y ahora su derecha se veía amenazada. Gritó pidiendo noticias y se preguntó qué sucedía detrás del banco de humo que ocultaba esa batalla por un reino.

Richard Sharpe, aunque no lo sabía, galopaba a casi doscientos metros de Wellington. Se dirigió hacia el norte siguiendo el río e iba gritando a los aldeanos que contemplaban la batalla desde el camino que lo dejaran libre. Del otro lado del agua veía el humo que se desprendía de la línea de cañones franceses. La metralla se

convulsionaba y destrozaba los cultivos pisoteados.

Aminoró el paso en la curva del río y se vio obligado a franquear una calle del pueblo abarrotada con los batallones que esperaban para cruzar los puentes. Le dio un grito a un oficial a caballo y le preguntó dónde estaba la Quinta. El hombre le hizo señales con la mano.

—¡La izquierda!

Un oficial de fusileros que encendía un cigarro con la pipa de uno de sus hombres vio a Sharpe y se quedó boquiabierto. El cigarro le cayó al suelo. Sharpe sonrió.

—Buenos días, Harry. ¡Buena suerte!

Echó los talones atrás y dejó al soldado estupefacto por haber visto al hombre deshonorado, ahorcado y enterrado que regresaba de entre los muertos. Sharpe se echó a reír, dejó el pueblo y puso a *Carabina* al medio galope y derecho hacia el este por la ribera norte del Zadorra.

Por delante de él las divisiones tercera y séptima eran enviadas al río. Atacaban a paso ligero y con los tiradores al frente. Las enormes formaciones se dividían y fluían sobre los puentes sin explotar y los vados indefensos. Ángel estaba atemorizado ante aquella visión. Más de diez mil soldados de infantería avanzaban, una marea roja que asaltaba las posiciones francesas del sur.

Un comandante galopó hacia Sharpe. Detrás de él iba una brigada de infantería, con su general impaciente a la cabeza.

—¿Es usted del estado mayor?

—¡No! —contestó Sharpe refrenando el caballo.

—¡Maldita sea! —contestó el comandante con la espada desenvainada—. ¡El general se ha olvidado de nosotros! ¡Maldita sea!

—¡Vaya y ya está!

—¿Que vaya?

—¿Por qué no? —dijo Sharpe sonriendo al hombre—. ¿Dónde está la Quinta?

—¡Siga adelante!

El comandante había hecho girar el caballo y ahora le hacía señales con la espada a su general en dirección al río. La brigada recogió sus mosquetes.

—¡Venga, Ángel!

Sharpe temía que la batalla hubiera acabado antes de que él se hubiera podido incorporar.

A la derecha de Sharpe, mientras bordeaba la retaguardia de la brigada que avanzaba, el ataque británico volvía a formar en la orilla sur del Zadorra. Por delante del ataque, dispersos entre el trigo sin pisar y cuajado de flores, los fusileros, hombres del 95, avanzaban en línea de tiradores. Veían los cañones franceses sobre la colina Aríñez y se ponían en posición, disparaban, volvían a cargar y avanzaban.

Las balas salían de la nube de humo y resonaban contra las bocas ennegrecidas de

los cañones franceses; era el primer aviso que tuvo la batería de que estaban en peligro.

—¡Estacas!

Los artilleros hacían girar los cañones y los hombres levantaban con esfuerzo las palancas, pues venían más balas desde el norte.

—¡Metralla! —gritó el oficial.

Y entonces una bala le hizo dar vueltas, se agarró el hombro con una mano y de repente sus hombres se pusieron a correr porque los fusileros venían colina arriba.

—¡Cárguenlo!

Era demasiado tarde. Los fusileros, con las espadas de las bayonetas preparadas, ya estaban en la batería. Las hojas acuchillaron a los pocos franceses que intentaron blandir las baquetas contra los fusileros británicos. Algunos artilleros se arrastraron bajo los cañones, esperando el momento oportuno para rendirse. Detrás de los fusileros, dispersas en el trigo y con las banderas ondeando, venían las líneas de los hombres vestidos con casacas rojas.

—¡Atrás! ¡Atrás!

Un coronel de artillería francés, viendo que las baterías del norte habían sido tomadas, gritó pidiendo los arzones y los caballos. Los hombres cargaron la munición preparada en cajas, recogieron las gualderas, engancharon las cadenas, dieron latigazos a los caballos y los cañones franceses se fueron retumbando, estremeciéndose y rebotando hacia la segunda línea.

—¡Listo!

Ahora la infantería francesa, que se había creído que los cañones habían hecho su trabajo, tenía que avanzar para romper el ataque británico.

—¡Presenten! ¡Fuego!

Por encima de los campos que la metralla había desollado se oyó el sonido de los mosquetes, el estruendo de la infantería.

El marqués de Wellington levantó la tapa de su reloj. El mantenía su posición firme en la llanura y había llevado la confusión a la primera línea francesa, pero sabía que ahora vendría una pausa.

Reunían a los prisioneros y llevaban a los heridos hasta los médicos. Entre el humo del campo de batalla, coroneles y generales buscaban señales, buscaban unidades en sus flancos y esperaban órdenes. La estratagema había funcionado, pero ahora había que volver a alinear el ataque. Los hombres que habían sufrido bajo los cañones franceses tenían que ser relevados y nuevos batallones avanzaban sobre la llanura para incorporarse a los ataques desde el norte.

Wellington cruzó el río. Avanzó para tomar el mando del siguiente ataque, el que mandaría al ejército francés directo hacia el este, hacia Vitoria, y se preguntó qué le sucedía al dedo meñique de su plan. Ese dedo era la Quinta División. Avanzaba hacia

un pueblo llamado Gamarra Mayor y si era capaz de tomar ese pueblo, cruzar el río y cortar la calzada principal, la derrota francesa se convertiría en una desbandada. Wellington sabía que allí la batalla sería más dura y hacia ese lugar, cuando el sol se elevaba en su cénit, cabalgaba Sharpe.

Capítulo 22

El teniente coronel Leroy jugueteaba con su reloj.

—¡Malditos sean! —Nadie dijo nada. A su derecha, a casi cinco kilómetros de distancia, las otras columnas habían atacado al otro lado del río. Allí la batalla era una nube de humo de mosquete y cañón. La Quinta División esperaba.

Tres batallones, uno de ellos el South Essex, encabezarían el ataque contra Gamarra Mayor. Delante de los hombres de Leroy había una ladera suave que descendía hacia el pueblo. Pasado éste, un puente de piedra atravesaba el río. Después del río estaba la calzada principal. Si la división podía cortar la carretera, entonces el ejército francés encontraría cortada la retirada a Francia.

Volvió a levantar de golpe la tapa de su reloj.

—¿Qué le retiene a ese maldito?

Leroy quería que el general de división ordenara pronto el ataque.

Los franceses estaban en Gamarra Mayor. Ese era el único paso del río en el que tenían una guarnición y habían abierto aspilleras en las casas y puesto barricadas en los callejones, y Leroy sabía que esto dificultaría el trabajo. Tres años antes, en la frontera portuguesa, él había luchado en Fuentes de Oñoro y recordaba los horrores que conllevaba luchar en calles estrechas y pequeñas.

—¡El Santo Cristo en su cruz!

Del otro lado del río, allí donde la senda que salía del río se unía a la calzada principal, veía los cañones franceses con los arzones quitados. El ataque sería más duro. Los cañones eran lo bastante altos para disparar por encima del pueblo e, incluso si los británicos tomaran Gamarra Mayor, los cañones convertirían el puente en un lugar mortífero con los botes de metralla.

—¡Señor! —avisó el alférez Bascable señalando a la derecha.

Un oficial del estado mayor había cabalgado hasta el batallón central del ataque.

—Ya era hora.

Leroy avanzó, con el rostro horriblemente marcado por las cicatrices de Badajoz y más siniestro que nunca.

—¿Señor D'Alembord?

—¿Señor?

—¡Despliegue la línea de tiradores!

—¡Señor!

Entonces el coronel del batallón central agitó su sombrero, la banda del batallón entonó una melodía más viva y las compañías ligeras fueron avanzando. Leroy miró la hora. Cerró la tapa del reloj, lo metió en un bolsillo y gritó las órdenes que harían avanzar a la línea del South Essex hacia el enemigo. Leroy los conducía a la batalla por primera vez.

Habían desenfundado los estandartes. La seda parecía arrugada después de estar tanto tiempo metida en las fundas de cuero, pero los alféreces desplegaron y sacudieron las banderas para que las borlas danzaran y los grandes emblemas ondearan por encima de sus cabezas. A la derecha estaba la bandera del rey, una enorme bandera de la Unión con la insignia del South Essex bordada en el centro. La insignia era un águila encadenada, que conmemoraba la captura que hicieron Sharpe y Harper de un estandarte francés en Talavera.

A la izquierda iba la bandera del regimiento, una bandera amarilla que llevaba enumerados los honores de batalla alrededor de la insignia que había en el centro y tenía la bandera de la Unión cosida en la esquina superior. Ambas banderas estaban agujereadas y quemadas, ambas habían entrado anteriormente en combate y era a las banderas, más que a un rey o a un país, a quienes los hombres entregaban su amor y obediencia. Alrededor de los dos alféreces que llevaban los estandartes iban los sargentos, con las hojas de las alabardas brillando bajo el sol. Si los franceses querían hacerse con las banderas, tendrían que pasar antes por los hombres que portaban las lanzas largas y salvajes.

El batallón avanzaba con las bayonetas preparadas y los mosquetes cargados. Pisoteaban el trigo hasta dejarlo plano. Por delante de ellos, desplegados como ojeadores, iban los de la compañía ligera. El sargento Patrick Harper les gritaba que se desplegaran todavía más. Había estado esperando toda la mañana la llegada de un oficial con cabello negro y cicatriz en la mejilla izquierda, pero Sharpe no dio señal alguna. Sin embargo, Harper se resistía a perder la esperanza. El insistía con tozudez en que Sharpe estaba vivo, que vendría, que nunca dejaría que el South Essex luchara sin estar él. Si Sharpe tenía que salir de la tumba, lo haría.

El capitán D'Alembord oía el estruendo de los cañones a su derecha. Ahora había cañones británicos en la llanura, disparaban desde la colina Aríñez a la segunda línea francesa. D'Alembord, que participaba en su primera gran batalla, pensó que aquel ruido era el más terrible que hubiera oído en su vida. Sabía que pronto los seis cañones franceses que estaban al otro lado del río abrirían fuego. A Peter D'Alembord le parecía, mientras se acercaba cada vez más al pueblo en silencio y lleno de barricadas, que cada uno de los cañones franceses apuntaba directamente hacia él. Dirigió una mirada a Harper y se consoló al percibir la aparente impasibilidad del corpulento irlandés. Entonces los cañones desaparecieron entre el humo.

El teniente coronel Leroy vio una línea que ascendía y descendía en el cielo y se dio cuenta de que una bala iba hacia él. Hizo que su caballo siguiera recto, aguantó la respiración y observó con alivio que la bala golpeaba contra la hierba que había delante del batallón, botaba por encima de sus cabezas y rodaba detrás de ellos. Los disparos pasaban por encima del pueblo y se zambullían en el prado que los

batallones británicos atravesaban. La primera carga no causó ningún daño, salvo la bala que había botado por encima de la cabeza de Leroy. Volvió a botar y rodó hacia la banda del South Essex, que esperaba a los heridos en la retaguardia. Un tambor, al ver que la bala rodaba lentamente, como una pelota de críquet, corrió para parar la pelota con el pie.

—¡Alto! —le gritó un sargento al muchacho.

Pero fue demasiado tarde. El tambor colocó el pie en el camino de la bala, que rodaba lenta e inocente, y mientras el muchacho sonreía, le arrancó el pie envuelto en sangre y dolor.

—¡Tú, cabrón estúpido! —le gritó el sargento mientras le daba un bofetón y lo levantaba—. ¡Estúpido cabrón de mierda! ¿Cuántas veces te lo han dicho?

Los otros tambores observaban en silencio cómo se llevaban a su compañero sollozando hacia los médicos. El pie del muchacho, todavía metido en la bota que él había limpiado en honor de la batalla, estaba sobre la hierba.

Los cañones volvieron a disparar y esta vez una bala se metió entre la compañía número seis del South Essex, derribó a dos hombres y salpicó de sangre el trigo y las amapolas. La línea se cerró impasible.

La compañía ligera había abierto fuego. Los fusiles chasquearon. Los cañones franceses volvían a atacar y una vez más las líneas se cerraban y la pradera que había detrás de los atacantes quedaba manchada de cuerpos y sangre.

Leroy encendió un cigarro. Los hombres lo estaban haciendo bien. No se replegaban con la artillería: avanzaban en silencio y en buen orden, pero él seguía temiendo el pueblo. Estaba muy bien defendido con barricadas y preparado con aspilleras, y él sabía que los mosquetes de los defensores de Gamarra Mayor podían causar mucho más daño que los seis cañones de campaña en el otro extremo del río.

Todavía no había sonado ni un solo mosquete francés. Esperaban a que los británicos se acercaran. Leroy pidió permiso para atacar en columna, pero el brigadier se lo denegó.

—¡Nosotros siempre atacamos en línea, hombre! ¡No sea tonto!

El brigadier, que sabía que Leroy era americano, se preguntaba si estaba bien de la cabeza. ¡Atacar en columna, habrase visto!

Leroy guardó el yesquero y fue cabalgando hasta pasadas las banderas.

—¿Capitán D'Alembord?

—¿Señor?

—¡Formen!

Ahora el South Essex se encontraba protegido de los cañones de campaña por las casas del pueblo. Los franceses seguían sin disparar. Los hombres de la compañía ligera se peleaban por un lugar a la izquierda del batallón. Avanzaban.

Leroy frunció el ceño. Sabía lo que iba a suceder cuando los defensores

dispararan. Lo temía. El South Essex no estaba todavía al completo, los momentos siguientes podían destruir a su mando. Le murmuró al enemigo para sí, rogándole que disparara demasiado pronto, rogándole que le diera a sus hombres una oportunidad. Pero los franceses esperaban. Esperaban hasta que los disparos dieran en el blanco y cuando se dio la orden de fuego Leroy casi se echó atrás ante el ruido y la destrucción.

Las pesadas balas de mosquete rompieron la línea británica; sacudían a los hombres y los retorcían, los derribaban, les hacían dar vueltas. Luego otros hombres se reemplazaban en las aspilleras y venían más balas que derribaban el ataque de los casacas rojas. A Leroy le parecía que el aire se llenaba con el sonido de mosquetes y de balas mientras él iba gritando en el fragor de la batalla que hiciera que sus hombres siguieran avanzando.

«¡Adelante!», gritaban los oficiales, pero no podían avanzar. El fuego de mosquete que provenía del pueblo hacía retroceder al South Essex. Los hombres respondían disparando con sus mosquetes y malgastaban las balas contra los muros de piedra y las barricadas. Las banderas cayeron; a los alféreces los había derribado un disparo de los tiradores franceses.

—¡Adelante! ¡Venga! —gritaba Leroy a la cabeza de la línea—. ¡Adelante!

Su caballo se encabritó, chillaba, lo había alcanzado otra bala, y Leroy soltó una maldición pues no podía sacar la bota derecha de la espuela. Se le cayó el cigarro y se removió para mantener el equilibrio; entonces liberó el pie derecho y se deslizó torpemente del lomo de su caballo moribundo y abatido. Se puso en pie, desenvainó la espada y les gritó a sus hombres que avanzaran.

El prado era un encaje de humo. Los hombres retrocedían arrastrándose y dejaban un reguero de sangre. Los soldados gritaban invocando a Dios o a su madre. Los caballos de los oficiales, heridos, morían entre el trigo o huían en estampida hacia la retaguardia. Algunos hombres veían la ocasión de huir de aquella carnicería y ayudaban a los heridos a llegar hasta los soldados de la banda y los médicos. Otros hombres volvían a cargar y disparaban a las troneras. Los franceses seguían disparando contra ellos; las balas enemigas sacudían el espeso humo de los mosquetes y convertían la pradera en un lugar de muerte, chillidos y heridos.

—¡Adelante! —gritaba Leroy.

Se preguntó cuándo enviarían nuevos batallones para ayudar a sus hombres y sintió rabia de que un batallón a su mando necesitara ayuda.

—¡Adelante!

Otros hombres izaron las banderas. Se metieron en el fuego y la bandera del rey volvió a caer; la izaron de nuevo y se convulsionaba como algo vivo cuando las balas la alcanzaban.

El humo dificultaba la puntería de los franceses. Desde el pueblo veían una

neblina que rodeaba sus posiciones y, en el extremo opuesto de la neblina, las sombras borrosas de los hombres que avanzaban y eran derribados. Mientras, los franceses seguían disparando; hacían que la niebla fuera más densa y enviaban sus balas contra la línea británica que se había cubierto cerca del pueblo, pero no podían penetrar.

La bandera del regimiento cayó; esta vez un sargento la recogió, pero el movimiento entre la neblina atrajo a una docena de tiradores de primera que derribaron al sargento y la bandera volvió a caer.

—¡Adelante!

Leroy corría con la espada en la mano y oía los disparos que daban en la hierba y tamborileaban en el aire. Oyó los vítores detrás de él y se dio cuenta de que venían compañías nuevas. El muro que tenía delante de él vacilaba con la luz de las llamas; alguien gritó detrás, y de repente Leroy se encontró en el pueblo, a salvo entre dos troneras abiertas en el muro de un granero, y más hombres se unieron a él, agachándose debajo de las troneras y recargando sus mosquetes enfebrecidos. Leroy les sonrió.

—Tenemos que ir por una barricada.

—Sí, señor.

Volvió a preguntarse, por centésima vez, por qué estos hombres, cuyo país consideraba los despojos de la sociedad, luchaban tan bien, de tan buena gana y con tanta bravura. Leroy reconoció a un teniente de la tercera compañía.

—¿Dónde está el capitán Butler?

—Muerto, señor.

Un mosquete francés sonó con ruido ensordecedor junto a Leroy. El no hizo caso. Estaban a salvo allí, contra el muro, aunque iba echando miradas arriba para asegurarse de que no había ningún francés en el tejado del granero. A su derecha veía el carro de la granja. Si algunos hombres pudieran retirarlo del camino, él podría conducir a un grupo callejón adentro. Organizó un pelotón de tiradores; su trabajo consistiría en disparar por encima de la barricada mientras otros hombres estiraban de él. Luego, con las bayonetas preparadas, el resto de la compañía seguiría a Leroy por el callejón. Sonrió a sus hombres.

—¿Están listos, chicos?

—Sí, señor.

Ellos lo miraron nerviosos. La batalla para ellos se había convertido en casi un kilómetro de muro mortífero, nada más.

El teniente coronel Leroy, que no tenía intención alguna de verse derrotado en su primera batalla como comandante de un batallón, se limpió la mano en los pantalones y volvió a agarrar la espada.

—¡El primer hombre que entre se gana una guinea!

Escuchó los vítores, se dio cuenta de que estaban preparados y se irguió.

—¡Venga!

Corrió hacia la barricada. Detrás de él los hombres avanzaron todos a una, pero una única bala, que se alojó en el cerebro de Leroy, acabó con el ataque antes de que empezara. La compañía, desmoralizada por su muerte, retrocedió atropelladamente contra el muro; no sabían si se atreverían a retirarse corriendo entre el humo antes de que los franceses victoriosos, saliendo del pueblo, los masacraran con sus bayonetas. Retenían Gamarra Mayor. A un kilómetro del callejón, con la cara llena de cicatrices y manchada de sangre, Thomas Leroy yacía muerto. Su reloj, haciendo tictac en el bolsillo, daba la hora: la una y diez.

—¡Tú te quedas aquí! —le dijo Sharpe a Ángel.

—¡No!

—¡Si yo muero nadie más sabe lo del maldito tratado! ¡Tú te quedas aquí y te aseguras de que la carta le llegue a Hogan!

Sharpe vio que Ángel asentía con la cabeza reacio. El sargento de la banda se quedó mirando a Sharpe con la cara pálida.

—¿Señor Sharpe?

—¡Asegúrese de que este muchacho no se mueva, sargento!

—Sí, señor. —El sargento temblaba—. ¿Es usted, señor Sharpe?

—¡Por supuesto que soy yo! —Sharpe estaba observando el pueblo, donde veía un batallón disperso—. ¡Ustedes dos! —dijo señalando a dos hombres que no estaban heridos y que ayudaban a un compañero.

—¿Señor?

—¡No están ustedes heridos! ¡Regresen! ¿Sargento?

—¿Señor? —El sargento de la banda miraba fijamente a Sharpe con total incredulidad.

—Dispare a los próximos cabrones que regresen aquí sin estar heridos.

—Sí, señor Sharpe.

Sharpe desenvainó la espada. Se metió entre el trigo, que estaba pisoteado y manchado de sangre, con cuerpos rotos; era la escena de un desastre. Él había regresado.

El capitán D'Alembord no llegó a saber nunca quién fue el primero que gritó que la línea se retirara. Parecía que el pánico se extendía desde el centro de la línea. Oyó a un oficial que les gritaba a los hombres que resistieran, que dispararan, que volvieran a atacar, pero el grito no servía de nada. El humo aislaba a los hombres: no veían las banderas; luego llegó la noticia de que el coronel estaba muerto y, de repente, el

South Essex retrocedía corriendo entre el humo y los franceses vitoreaban y los mandaban de vuelta con otra descarga de balas.

D'Alembord corrió con ellos fuera del humo, atravesó a toda velocidad el prado del pueblo y penetró en el trigal. Sabía que eso estaba mal, que tenía que hacer formar a los hombres en línea de tiradores, o en orden cerrado; vio a Harper que le chillaba a la compañía ligera y se dio cuenta de que tenía que hacer lo mismo. Entonces, de repente, otra voz gritaba en el campo de batalla, una voz que se había forjado hacía tiempo en olvidadas revistas. D'Alembord miró a la izquierda entre la maraña de humo y vio a un fantasma. Un fantasma que los insultaba, que los amenazaba con su espada, que chillaba a los oficiales y prometía rajar al siguiente hombre que retrocediera.

Ellos lo miraban sobresaltados. El gran caballo negro les traía a un muerto, un fantasma sin afeitar que ellos creían muerto y enterrado. Un fantasma cuya ira era lívida, cuya voz les hacía formar y tirarse al suelo para que las balas de los franceses pasaran por encima.

—¡Capitán D'Alembord!

—¿Señor?

—Línea de tiradores, adelante. ¡Al borde del humo! Tumbados. ¡Mantengan ocupados a esos cabrones! ¡Muévanse! —Sharpe percibió el susto en la cara de D'Alembord—. ¡He dicho que se muevan!

Se volvió hacia las demás compañías. Les haría formar en columna. Atacaría a la manera francesa. Sólo Dios sabía por qué no habían atacado en columna desde el principio. Gritó las órdenes, sin hacer caso de las balas que salían vacilando de entre el humo.

Patrick Harper tenía lágrimas en los ojos. Si alguien se hubiera atrevido a preguntarle por qué, hubiera dicho que el humo del mosquete le irritaba. El sabía, siempre lo había sabido, pero no llegó a creerlo del todo, que Sharpe estaba vivo.

—¡Sargento mayor!

MacLaird abrió la boca mirando a Sharpe y luego consiguió contestar.

—¿Señor?

—¿Dónde está el coronel?

—Muerto, señor.

—¡Cristo! —Sharpe se quedó mirando al sorprendido sargento mayor; luego, la vibración de una bala lo devolvió a su deber—. Coja a dos hombres de la segunda compañía. Quédese retrasado. Disparen a cualquier hombre que rompa filas.

—¡Batallón! ¡Adelante! ¡Las banderas aquí!

A su derecha, Sharpe veía que los otros dos batallones estaban detenidos en el borde del pueblo. Formaban una línea rota alrededor de las casas, una línea que las descargas francesas retenían. Pero una línea no podía penetrar en defensas como

aquella. Tenía que ser una columna y ésta tenía que ir como un ariete contra el pueblo, tenía que sufrir las bajas en el frente y penetrar con las bayonetas en las calles. Les hizo formar en una columna de cuatro filas. Algunos hombres reían como locos. Otros simplemente miraban fijamente a un hombre que había regresado de la tumba. Collip, el oficial de intendencia, temblaba de miedo.

Las balas seguían vibrando alrededor de ellos, pero Sharpe había formado la columna a nueve kilómetros del pueblo, lo bastante lejos para evitar las punzadas de los tiradores de primera franceses.

Recorrió la columna a caballo, diciéndoles lo que tenían que hacer, y de repente se vio obligado a gritar porque los tontos estaban vitoreándolo; tuvo que girar la cara y hacer ver que estaba mirando a los otros dos batallones. Sabía que tenía que impedir que lo vitorearan, pero no podía. Pensó en lo estúpido que resultaba que vitorearan a un hombre que los enviaba de nuevo a la muerte, y lo espléndido que era a la vez; se echó a reír porque el batallón, de repente, se puso a vitorear al unísono y sabía que aquellos gritos los conducirían a la victoria.

La compañía de granaderos iba al frente. Sharpe escogió a diez hombres cuyo trabajo consistiría en disparar una descarga a bocajarro al alcanzar la barricada. El iría a la cabeza; seguirían un sendero de tierra batida que desaparecía en el humo, pero que él sabía que tenía que conducir a uno de los callejones de barricadas.

—¡Icen las banderas!

Se oyeron vítores cuando dos sargentos izaron las banderas. Sharpe se levantó en los estribos. Para el ataque desmontaría, pero en ese momento, mientras las balas francesas le zumbaban en los oídos, quería que el South Essex lo viera. Levantó la espada, se hizo el silencio y vio que se ponían en tensión para acabar con el ataque. Sonrió vilmente.

—¡Van a luchar contra esos cabrones! ¿Qué van a hacer?

—¡Luchar!

—¿Qué van a hacer?

—¡Luchar!

Le chilló a un hombre y le ordenó que se hiciera cargo de *Carabina* hasta que el combate hubiera acabado. Entonces Sharpe desmontó, se volvió y miró fijamente al pueblo. Era el momento de ir, el momento de luchar y, de repente, pensó en la mujer de cabello dorado que esperaba tras las líneas enemigas y se dio cuenta de que tan sólo había una manera de llegar hasta ella. Levantó su espada y dio la orden.

—¡Adelante!

Capítulo 23

Resultaba extraño, pensó Sharpe, pero en aquel momento, mientras encabezaba el avance del batallón, deseaba que la marquesa pudiera verlo. El no estaba enamorado de ella. Tal vez estuviera celoso y buscara su compañía, pero no la amaba. Lo había dicho, aquella mañana en que pensó que iba a morir a manos del Matarife, pero sabía que no era cierto. El la deseaba. Revoloteaba a su alrededor como una mariposa nocturna alrededor de una llama brillante, pero para amar había que conocer y él no la conocía. Se preguntaba si alguien la conocía verdaderamente.

La marquesa le dijo que lo amaba, pero él sabía que no era así. Quería que perdiera su honor por ella y creyó que la palabra amor le empujaría a hacerlo. Sharpe sabía que ella lo utilizaría y luego lo rechazaría, pero a pesar de todo, ahora que él avanzaba con la espada en la mano hacia los mosquetes que esperaban, lo hacía por ella.

Sentía la espada pesada en la mano. Se preguntaba por qué cada batalla nueva resultaba más dura que la anterior. Suponía que la suerte habría de detenerse en algún lugar y por qué no allí donde los franceses ya habían rechazado un ataque y estaban a la espera del siguiente. Pensó, mientras le gritaba a la columna que avanzara, que el tiempo que vivía era prestado. Se preguntaba si Hélène se enteraría, en caso de que él muriera, de que había vivido unos cuantos días más por ella y que había muerto con el deseo estúpido, vano y egoísta de volverla a ver.

Sus botas chasqueaban al pisar la hierba del prado. Las abejas se afanaban en los tréboles. Vio un caracol de caparazón blanco y negro que la bota de un soldado de infantería había aplastado. La hierba estaba ensuciada con cartuchos, balas de mosquete gastadas, baquetas desechadas y chacos caídos. Levantó la vista hacia el pueblo. La compañía ligera estaba provocando el fuego de mosquete y espesaba el humo acre. Detrás de él la columna avanzaba en orden, bien unida. Respiró hondo.

—¡'tallón! ¡Doble!

Las balas pasaban junto a él. Oyó un grito a su espalda, un insulto, y ahora corría deprisa, el pueblo estaba cerca; entre el humo vio por fin la boca del callejón. Estaba bloqueado con una carreta con muebles y unas llamas surgían de la barricada. Le gritó al pelotón de tiradores que abrieran fuego contra un lado.

Oyó sus disparos. Vio que derribaban a un francés en lo alto de la barricada y luego ya sólo quedaban unos pocos metros. Más balas se encendieron desde el pueblo, pero en vez de una línea delgada que atacara, era una columna lo bastante gruesa para absorber el fuego francés. Sharpe se preparó para saltar. No iba a esperar para derribar la barricada.

—¡Salten!

El aire se llenó con el martilleo de los mosquetes. Sharpe dio un salto sobre el

carro y bajó su espada contra una bayoneta, mientras que a su alrededor los británicos ascendían agarrándose a la barricada, tiraban los muebles, intentaban gatear por encima de la madera y le chillaban al enemigo. Un mosquete le disparó junto a la oreja y le dejó sordo; una bayoneta le tiró de la manga al tiempo que más hombres empujaban por detrás y le obligaban a pasar del otro lado. Y cayó agitando la espada, descendió rodando por el lado francés de la barricada mientras las bayonetas del enemigo iban por él.

Se hizo a un lado y de repente unos hombres del South Essex saltaron por encima de él y provocaron la retirada de los franceses. Él subió a gatas, siguió avanzando y les gritó a los hombres que vigilaran los tejados. Nadie le oyó. Estaban enloquecidos por el temor de la batalla, querían matar antes de que los mataran. Ése era el valor que los había conducido al otro lado de la barricada y que ahora los guiaba por las calles pequeñas y estrechas de Gamarra Mayor.

Una puerta se abrió en una casa y un hombre acuchilló con una bayoneta. Sharpe arremetió, se removi6 y sintió la sangre caliente en su mano cuando su espada encontró el cuello del enemigo. Arrancó la cuchilla del cuerpo que caía.

—¡Matad a esos cabrones!

El callejón estaba repleto de hombres que empujaban, gritaban, maldecían, acuchillaban y chillaban. A los hombres heridos los pisoteaban. La primera fila arañaba al enemigo. Parecía que las paredes tan juntas del callejón elevaran cada grito y cada disparo. Del extremo opuesto del callejón llegó una descarga de mosquetes; avanzaba un contraataque francés, ordenado precisamente para frenar su avance.

—¡Fuego!

Los pocos hombres que todavía tenían las armas cargadas dispararon. Dos franceses cayeron, el resto siguió avanzando y Sharpe blandió la espada como una guadaña contra las bayonetas que iban a la cabeza. Iba chillando el grito de guerra para que la ira asustara al enemigo y sintió que una cuchilla le abrasaba en el muslo, pero la espada dio un latigazo hacia arriba contra la cara del hombre. Se oyó un chillido; eran las bayonetas británicas las que avanzaban, se retorcían, acuchillaban, desgarraban el contraataque enemigo hasta hacerlo trizas.

Sharpe caminaba pisando cuerpos. No se daba cuenta. Observaba los tejados, las ventanas, y seguía gritando a sus hombres que le siguieran, que continuaran avanzando.

Las bayonetas arremetían. Los británicos gritaban como locos, como hombres que saben que la mejor manera de quitarse el terror de encima es acabar con el trabajo. Se agarraban a sus enemigos, los pisoteaban, gritaban y atacaban, cortaban, acuchillaban y les hacían retroceder.

—¡A las casas! ¡A las casas!

No tenía sentido penetrar en el centro del pueblo y verse rodeados por el enemigo. Ese primer callejón tenía que ser desalojado, había que vaciar las casas de franceses. Sharpe abrió una puerta de una patada y se agazapó bajo el dintel. Se encontró en una estancia vacía. Los hombres se agolparon detrás de él con las bayonetas rojas. Frente a ellos había una puerta cerrada. Sharpe echó una mirada alrededor.

—¿Quién va cargado?

Tres hombres asintieron con la cabeza. Sus ojos brillaban en la oscuridad, sus caras manchadas por quemaduras de pólvora retrocedían frunciendo el ceño. Sharpe no se atrevía a dejar que esos hombres recobraran el aliento o se sintieran seguros allí. Tenía que mantenerlos en movimiento.

—Disparen contra aquella puerta. ¡Cuando dé la orden!

Los soldados formaron y levantaron los mosquetes.

—¡Fuego! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Ahora!

Todavía seguía gritando cuando dio una patada en la puerta y se abrió camino entre el humo de mosquete. Hizo un esfuerzo por no acobardarse al atravesar la puerta, tanta era la certeza de que una descarga le esperaba del otro lado.

Encontró a un soldado francés caído, con espasmos y sangrando en un patio pequeño con paja desparramada. Otros franceses entraban de espaldas en el patio; estaban defendiendo un callejón en el otro extremo, por el que debían de haber penetrado otros hombres del South Essex. Sharpe soltó un grito triunfante y volvió a golpear con la espada mientras que, a ambos lados de él, sus hombres avanzaban con bayonetas y los franceses gritaban pidiendo una tregua y dejaban caer los mosquetes. Sharpe ordenó a sus hombres que detuvieran el fuego y que hicieran prisioneros.

Un tejado de paja había prendido del otro lado del callejón. Abajo los hombres corrían y hacían retroceder a los franceses y Sharpe se unió a ellos; el batallón estaba fuera de control. Persegúan a los defensores y les hacían salir de las casas, reventaban las puertas cerradas con disparos de mosquete, abrían las puertas a patadas y rebuscaban en las habitaciones pequeñas. Lo hacían con violencia y rapidez, vengando al americano muerto que había deseado esa victoria.

Se oyó una trompeta, Sharpe se volvió y vio la bandera de otro batallón entre el humo que había en la calle del pueblo. Pasaba el resto de la división. Gritó a sus hombres que se pusieran a cubierto y despejaron los callejones. Que continuaran otros hombres.

Cogió un poco de paja en un corral y quitó la sangre de la espada. Dos prisioneros lo observaban. A su alrededor todo el pueblo resonaba a mosquetes y gritos. La guarnición francesa, obligada a salir de las casas, regresó corriendo del otro lado del puente. Un sargento miró a Sharpe.

—¿Es usted, señor?

Sharpe intentó recordar el nombre y la compañía del hombre.

—El sargento Barrett, ¿no?

—Sí, señor —contestó el hombre sonriendo, contento de que se acordara de él.

Los hombres de su compañía se quedaron boquiabiertos al ver a Sharpe.

—Soy yo —dijo Sharpe sonriendo con malicia.

—A usted lo colgaron, señor.

—Este ejército no sabe hacer nada bien, sargento.

Los hombres se echaron a reír, tal como él había pretendido. Barrett le ofreció un poco de agua y Sharpe la tomó agradecido. Unos manojos de paja ardiendo que se habían volado del tejado amenazaban con prender más fuegos. Sharpe les ordenó que buscaran rastrillos y que hicieran que los prisioneros echaran abajo la paja ardiendo. Entonces se puso en camino para echar un vistazo al pueblo que había capturado.

Lo único que podía hacer el mariscal Jourdan era sentir miedo y esperar. La noticia proveniente de Gamarra Mayor decía que los británicos habían tomado el pueblo, pero habían fracasado en atravesar el río. Envió a un mensajero para decir que había que conservar el puente a cualquier precio. Sentía la frustración de verse superado en estrategia, en intentar adivinar lo que haría el general de ojos azules y nariz aguileña que se enfrentaba a él.

Jourdan vio una vez a Wellington, lo vislumbró a través de un jirón en la cortina de humo, y había observado que su oponente alineaba con calma la línea de un batallón británico. Eso no era asunto de un general, pensó Jourdan, y lo que lo hacía peor era que el batallón había echado a los franceses del flanco sur de la colina Aríñez.

El mariscal Jourdan, con sus grandes cañones desbordados y su infantería derrotada, se replegó a su segunda línea. Si la nueva línea y las tropas del otro lado del río desde Gamarra Mayor resistían, entonces no estaba todo perdido. Es más, todavía podría hacerse con la victoria, pero tenía la terrible sensación de que el control se le escapaba de las manos. Gritaba pidiendo información, preguntaba dónde estaban las tropas del general Gazan y nadie era capaz de decírselo. Envió a sus ayudantes a que penetraran al galope en el humo y no regresaron, y si lo hicieron no trajeron noticias. Jourdan se horrorizó al ver que la segunda línea no estaba completa y lo que quedaba de ella sufría terriblemente el fuego enemigo. Sufría porque Wellington había hecho lo que la reputación de éste decía que no hacía nunca. Siguió el ejemplo del emperador y concentró su artillería. Ahora los cañones británicos, portugueses y españoles atacaban desde la colina Aríñez, una y otra vez, e impedían a cualquier hombre pensar y abrían grandes surcos de sangre entre la infantería francesa que esperaba.

El rey José, nervioso sobre su caballo, se acercó a Jourdan.

—¿Jean-Baptiste?

Jourdan frunció el ceño. Odiaba sus nombres de pila, odiaba esa familiaridad, que no hacía más que disfrazar el miedo.

—¿Señor?

—¿Deberíamos avanzar?

¡El Santo Cristo en la cruz! Jourdan casi le soltó un gruñido al monarca, pero se tragó la blasfemia. Hizo esfuerzos por parecer calmado, sabiendo que los ojos del estado mayor estaban puestos en él.

—Hemos de dejar que nuestros cañones los vayan royendo un poco, señor.

¡Santo Dios! ¿Avanzar? Jourdan espoleó su caballo y se alejó del rey, observando con mala cara que el coche real estaba listo para huir, el cochero arriba y los postillones montados a caballo.

En verdad que en esos momentos era Wellington el que dirigía la música de la batalla, maldito Wellington, y Jourdan rezaba por que sus hombres aguantaran el tiempo suficiente para permitirle idear una estrategia. ¡Tropas! Necesitaba tropas nuevas.

—¡Moreau! ¡Moreau! —llamó aun asistente.

¡Tenía que haber reservas en algún sitio! ¡Tenía que haberlas! Estaba convencido de ello.

La llegada de la tarde trajo un duelo de artillería sobre la llanura. Jourdan gritaba pidiendo más tropas, pero sabía que su enemigo, detrás de la cortina de humo, se estaba reagrupando para un nuevo ataque. Exigía noticias, siempre noticias; pedía palabras tranquilizadoras a los oficiales del estado mayor, que no podían dárselas. El pánico empezaba a contagiar al mando francés, mientras que detrás de sus cañones los británicos preparaban un nuevo ataque. La infantería estaba formada, provista de cartuchos nuevos; era un ejército que se preparaba para la victoria.

En las murallas de la ciudad las mujeres observaban. Fruncían el ceño cuando los carros traían los heridos sangrantes de la batalla, pero ellas creían a los jóvenes oficiales de caballería que les daban noticias. Jourdan, decían estos oficiales, sencillamente había retrasado la línea para dejar más espacio a los cañones. No había nada de que preocuparse, nada en absoluto. Una mujer | preguntó qué sucedía en el norte y un oficial la tranquilizó diciéndole que eran tan sólo unos pocos enemigos que habían llegado hasta el río y estaban aprendiendo lo que era el poder de los cañones franceses. Los oficiales cogían las flores que les lanzaban las mujeres, las sujetaban galantemente en los cascos brillantes y llenos de plumas y se marchaban al trote por las afueras de Vitoria dejando a las damas con los corazones palpitando.

El capitán Saumier sabía que los mariscales de Francia no cedían terreno para dejar espacio a los cañones.

—¿Tiene usted el equipaje preparado, señora?

—¿Preparado?

—Por si tenemos que retirarnos.

La marquesa se quedó mirando al hombre feo.

—¿Lo dice en serio?

—Sí, señora.

Ella conocía la derrota. Si Sharpe todavía estuviera vivo, pensó, hubiera estado tentada de quedarse en Vitoria sabiendo con seguridad que Sharpe se atrevería a hacer lo que no se atrevía a hacer el general Verigny: apoderarse de sus carros, que estaban en manos del inquisidor. Pero Sharpe estaba muerto y ella no se atrevía a quedarse. Se consoló pensando que en su coche, prudentemente escondidas debajo del banco del conductor, había suficientes joyas para librarla de la pobreza en Francia. Se encogió de hombros.

—Todavía hay tiempo, seguramente.

—Eso espero, señora.

Ella sonrió con tristeza.

—¿Sigue usted pensando que Wellington no es capaz de atacar, capitán?

Él frunció el ceño, no a causa de la pregunta sino por la cara que puso ella. La marquesa se había dado la vuelta y contemplaba horrorizada y preocupada a la multitud que había al pie de las gradas. Saumier le tocó el brazo.

—¿Señora?

Ella apartó el brazo.

—No es nada, capitán.

Aunque Hélène hubiera jurado, por un instante, que había visto un rostro barbudo, una cara tan oculta por la barba como para parecer una bestia; una cara que la miraba fijamente y se volvía, y que ella viera una fría mañana en las montañas. El Matarife. Se dijo que eran imaginaciones, pues ningún guerrillero se atrevería a dejarse ver en el corazón del ejército francés; volvió a mirar la llanura, donde la batalla seguía tronando y el ejército luchaba por su existencia.

MacLaird, sargento mayor del regimiento, informó de que el tejado de paja que ardía estaba apagado.

—Y tenemos cuarenta y un prisioneros, señor. La mitad de los cabrones están malheridos.

—¿Dónde está el médico?

—Fuera del pueblo, señor.

—¡Teniente Andrews!

—¿Señor?

Parecía que el teniente todavía no fuera capaz de creer que Sharpe estuviera vivo.

—Mis respetos al señor Ellis. ¡Dígale que hay trabajo en el pueblo y que lo quiero

aquí y ahora!

—Sí, señor.

Al South Essex le habían ordenado que descansara mientras los otros batallones atravesaban el pueblo para atacar el puente. Sharpe pensaba en los cañones que estaban justo ladera arriba. Sus esperanzas de llegar a Vitoria parecían pocas mientras las baterías francesas estuvieran en paz.

—¡Señor Collip!

—¿Señor?

—Quiero un control de municiones en todas las compañías.

—Hemos perdido el armón, señor.

—¡Pues maldita sea, encuéntrelo! ¡Y si ve mi caballo, envíelo aquí!

—¿Un caballo, señor?

—Negro, con la cola larga.

Sharpe había ocupado una casa en la plaza del pueblo. Todos los muebles fueron a parar a las barricadas. Escuchó que los cañones franceses volvían a abrir fuego y se dio cuenta de que los atacantes estarían muriendo mientras luchaban por cruzar el puente.

—¡Paddock!

El secretario del batallón sonrió al sacar la cabeza por la puerta de la cocina. Se había quedado sin habla cuando vio a Sharpe y todavía seguía sonriendo como un loco.

—¿Señor?

—Alguien ha de tener un maldito té.

—Sí, señor.

Sharpe desapareció en la calle. Un perro pasó corriendo junto a él con un pedazo de carne en la boca. Prefería no preguntarse qué tipo de carne era. El humo de los cañones franceses se alejaba por encima de los tejados del pueblo, tan bajo que tocaba el campanario. Una o dos veces la campana sonó al recibir un rebote de metralla proveniente del puente.

—¡Señor! ¡Señor!

Sharpe miró a la izquierda. Harry Price corría hacia él.

—Harry —dijo Sharpe sonriendo.

El teniente Price, dejando a un lado toda formalidad, le dio unas palmadas en la espalda a Sharpe. Había sido el teniente de Sharpe en la compañía ligera.

—¡Dios! ¡Creía que los cabrones le habían colgado!

—Este ejército no sabe hacer nada bien, Harry. —Había dicho eso veinte veces.

Price sonreía.

—¿Qué diablos pasó?

—Es una historia larga.

—Tenga —le dijo Price, lanzándole una botella de brandy a Sharpe—. La encontré en el cuartel general.

Sharpe sonrió.

—Luego, Harry. Queda aún mucho por hacer.

—¡Dios, espero que no! Quiero llegar a los treinta. —Price se llevó la botella a la boca—. Supongo que ahora es usted el oficial de mando.

—Supone bien.

El cuerpo de Leroy había sido llevado al pueblo. Su muerte, al menos, había sido rápida. Leroy no se había enterado de nada. El otro consuelo era que no dejaba familia, no habría que escribir cartas o consolar a una viuda.

Los cañones seguían disparando en el puente. Sharpe frunció el ceño.

—¿Por qué diablos no tenemos cañones?

—He oído que se perdieron —dijo Price sonriendo—. Este maldito ejército no hace nada a derechas. ¡Dios! ¡Me alegro de volver a verle, señor!

Y, aunque a Sharpe le resultara extraño, parecía que todo el batallón pensaba lo mismo. Los oficiales querían estrecharle la mano, los hombres querían verlo para asegurarse por ellos mismos de que seguía con vida, y él les sonreía tímidamente. Ángel, que entró en el pueblo con el caballo de Sharpe, gozaba de la parte de gloria que le correspondía. A Sharpe le lanzaron docenas de botellas, docenas de veces afirmó que el ejército no era capaz de colgar una cortina. Se daba cuenta de que sonreía como un idiota, pero no podía evitarlo. Se deshizo de Harry Price ordenándole que dispusiera piquetes en el extremo norte del pueblo y se refugió de la turbación en su cuartel general provisional. Allí lo encontró alguien.

—¿Señor?

La puerta estaba ensombrecida por un hombre corpulento que iba festoneado de armas. Sharpe sintió que aquella sonrisa le volvía a la boca.

—¿Patrick?

—¡Dios! —El sargento se agachó bajo el dintel. Tenía lágrimas en los ojos—. Sabía que volvería.

—No podía dejar que los cabrones de ustedes hicieran la guerra sin mí.

—¡No! —exclamó Harper sonriendo.

Se hizo un silencio extraño que ambos hombres rompieron a la vez. Sharpe le hizo una señal al irlandés para que continuara.

—Siga hablando.

—No, señor, usted primero.

—Me alegro de haber vuelto.

—Ajá. —Harper se quedó mirándolo—. ¿Qué sucedió?

—Es una larga historia, Patrick.

—Debe de serlo.

De nuevo se hizo el silencio. Sharpe sintió un gran alivio al comprobar que el sargento estaba vivo y bien. Sabía que tenía que decir algo al respecto, pero le resultaba demasiado embarazoso. En lugar de eso señaló hacia el alféizar de la ventana.

—Paddock ha hecho un poco de té.

—¡Estupendo!

—¿Isabel está bien?

—Está estupendamente, señor. —Harper llenó la taza y se tomó el té sin dilación—. El señor Leroy nos dio permiso para casarnos.

—¡Eso es maravilloso!

—Ajá, bien. —Harper se encogió de hombros—. Hay un chiquillo de camino, señor. Creo que al señor Leroy le parecía mejor así.

—Probablemente.

Harper sonrió.

—Hice una apuesta con D'Alembord de que usted regresaría, señor.

Sharpe se echó a reír.

—Necesitaré dinero, Patrick, si va a casarse.

—Ajá, eso es cierto. No hay nada como una mujer para gastar el dinero de un hombre, ¿eh?

—Así que ¿cuándo es la boda?

—En cuanto encuentre un sacerdote. Tiene hasta un vestido. Con volantes —dijo con tristeza.

—¿Me lo hará saber?

—¡Por supuesto! —contestó Harper turbado—. Ya sabe cómo son las mujeres, señor.

—He visto un par de casos, Patrick.

—Ajá, bien. Les gusta casarse, eso es. —Se encogió de hombros—. En particular, cuando están embarazadas, ¿verdad?

Harper se echó a reír. Se hizo de nuevo el silencio. El corpulento sargento dejó la taza.

—Es estupendo volver a verlo, señor.

—Ha ganado su apuesta, ¿eh?

—Tan sólo una maldita libra.

—¿Esa es toda la fe que tenía en mí?

Se echaron a reír de nuevo. Fuera se oían los cascos de un caballo. Una voz gritó.

—¡South Essex!

—¡Aquí dentro! —respondió Sharpe a gritos, se alegraba de repente de que algo le distrajera de la emoción que sentía.

Un oficial del estado mayor desmontó y se agachó bajo el dintel.

—¿Coronel Leroy? —preguntó enderezándose.

Era el teniente Michael Trumper-Jones con una orden doblada en la mano para el batallón.

Se quedó mirando a Sharpe con la boca abierta, sacudió ligeramente la cabeza, con los ojos bien abiertos, y cayó de espaldas desmayado. Las cadenas de su vaina tintinearón cuando dio un golpe contra el suelo. Sharpe señaló con la cabeza el cuerpo postrado.

—Este es el cabrón que me defendió.

Harper se echó a reír, luego irguió la cabeza.

—¡Escuche!

Los cañones franceses habían parado. El puente debía de haber caído, y de repente Sharpe se dio cuenta de lo que quería hacer.

—¡Ángel!

—¿Señor?

—¡Caballos! ¿Patrick?

—¿Señor?

—Agarre el caballo de ese tonto —dijo señalando a Trumper-Jones—. ¡Nos vamos de caza!

—¿De qué? —preguntó Harper ya en movimiento.

—¡Regalos de boda y una mujer!

Sharpe siguió a Harper hasta la calle, miró alrededor y vio a un capitán del South Essex.

—¡Señor Mahoney!

—¿Señor?

—¡Encontrará órdenes en aquella casa! ¡Obedézcaldas! ¡Regresaré!

Le entregó la carta para Hogan al desconcertado Mahoney, saltó sobre la silla de *Carabina* y cabalgó hacia el puente.

Al norte de Gamarra Mayor, en un pueblo llamado Durana, las tropas españolas cortaban la calzada principal. Los defensores de Durana habían sido los regimientos españoles leales a Francia.

Campesinos que luchaban contra campesinos, el choque más amargo. Los españoles de Wellington, fieles a España, ganaron el puente a las cinco en punto. La calzada principal hacia Francia estaba cortada.

Las tropas españolas habían escalado las barricadas de los muertos. Lucharon hasta que los cañones de sus mosquetes estaban casi al rojo vivo, hasta acabar con los defensores, y habían conseguido una gran victoria. Bloquearon la calzada principal.

Los franceses todavía podían haberse abierto paso. Podían haberse cubierto hacia el oeste y lanzar sus grandes columnas contra los españoles cansados y bañados en

sangre, pero en la confusión de una llanura cubierta de humo nadie sabía cuántos hombres habían penetrado en la retaguardia. Durante todo ese tiempo, minuto a minuto, los batallones británicos llegaban desde el oeste al tiempo que los grandes cañones, que Wellington concentró pegados rueda con rueda, abrían grandes brechas en las líneas francesas.

Los franceses se dispersaban. El ejército del rey José, que había empezado el día con una confianza desconocida durante seis años en un ejército francés en España, se derrumbó.

Sucedió desesperadamente de prisa y sucedió por partes. Una brigada luchaba, resistiendo y disparando a sus enemigos, mientras que otra se desmoronaba y corría ante la primera descarga británica. Los cañones franceses iban quedándose mudos uno tras otro, los enganchaban al armón y los llevaban de vuelta a la ciudad. Los generales perdieron el contacto con sus tropas, gritaban pidiendo información, pedían a los hombres que aguantaran, pero la línea francesa se hacía jirones con las descargas regulares y detonantes de los batallones británicos, mientras que las bombas británicas explotaban lanzando humo y metralla sobre sus cabezas y las tropas francesas retrocedían. Entonces llegó el rumor de que la calzada principal estaba cortada y de que el enemigo venía por el norte. A decir verdad, los cañones franceses todavía retenían a los británicos en Gamarra Mayor y los españoles situados más al norte estaban demasiado cansados y eran pocos para atacar hacia el sur, pero el rumor acabó por destrozar al ejército francés. Corría.

Ocurrió a última hora de la tarde, el momento en que las truchas subían para alimentarse en el río que fluía bajo el puente, sin vigilancia alguna, de Gamarra Mayor. Los franceses que habían defendido el puente tan bien vieron correr a sus camaradas. Se sumaron a la huida.

A los hombres que observaban desde las colinas del este o desde los montes de Puebla se les ofrecía una vista de extrema magnificencia, una vista de la que podían disfrutar pocos hombres, una vista de pájaro de la victoria.

El humo se fue despejando en la llanura y dejó ver un ejército que avanzaba, no desfilando, sino en un orden más glorioso. Desde las montañas hasta el río, a través de tres kilómetros de tierra quemada y ensangrentada, se extendían los regimientos aliados. Avanzaban bajo sus banderas y el sol que se colaba entre el humo teñía los jirones de las banderas de rojo, blanco, azul, oro y de nuevo de rojo, allí donde estaban empapadas de sangre. La tierra estaba llena de hombres que avanzaban; regimiento tras regimiento, brigada tras brigada, ascendían las colinas suaves que habían constituido la segunda línea francesa. Iban con sus sombras por delante mientras avanzaban hacia la ciudad de las agujas doradas.

En la ciudad las mujeres veían que el ejército francés se dispersaba, veían venir las tropas corriendo, veían que la caballería, presa del pánico, iba a la cabeza de la

huida. Las gradas se vaciaron. Por la ciudad, casa tras casa, las noticias fueron corriendo. Los seguidores del campamento, las familias y las amantes de los franceses iniciaron de forma precipitada su huida de Vitoria. Las últimas órdenes que el mariscal Jourdan daba en Vitoria y que unos jinetes acosados habían traído indicaban a los franceses que se dirigieran a Salvatierra.

La calzada principal estaba cortada y el único camino que quedaba para retirarse era un sendero estrecho y húmedo que serpenteaba hacia Salvatierra y desde allí a Pamplona. Desde Pamplona, por senderos tortuosos, el ejército podía abrirse paso hasta Francia a través de los elevados Pirineos.

El caos. Civiles, coches, carros y caballos boqueaban las calles estrechas mientras que, al oeste, bajo un sol tapado por el humo del combate, los batallones victoriosos avanzaban formando una gran línea hacia la ciudad. Los vencedores oscurecían la llanura y llevaban las banderas bien altas. Mientras, hacia el sur, tres jinetes cruzaban el puente de Gamarra Mayor. Tenían que ir abriéndose paso entre los cadáveres, que ya estaban plagados de moscas, hasta la orilla norte del Zadorra. Sharpe espoleó a *Carabina*. Tenía su victoria y ahora, con Harper y Ángel a su lado, cabalgaría hasta el caos de la derrota en busca de la marquesa.

Capítulo 24

La carretera hacia Pamplona tan sólo permitía el paso de un carro o un cañón. Los bordes y campos a ambos lados del camino estaban demasiado blandos para pasar a causa de la lluvia. Por esa carretera, la totalidad del ejército francés, con más de veinte mil seguidores, tres mil carros y más de ciento cincuenta cañones y armones, intentaba ponerse a salvo.

Durante todo el día en el parque de bagajes escuchaban el estruendo y observaban el humo sobre las agujas de la catedral. Ahora llegaban las órdenes de retirada, no por la calzada principal, sino directamente al este en dirección a Salvatierra y Pamplona.

Los látigos chasqueaban, los bueyes protestaban de los golpes que recibían con palos con regatón de hierro y desde una media docena de senderos y desde las calles abarrotadas de la ciudad los vehículos iniciaban la marcha hacia una única carretera estrecha. A la confusión se sumaban los cañones, los que retumbaban desde el campo de batalla y los que con cuyo peso engrosaban la multitud de bagajes y animales.

El primer carro se quedó atascado a diez kilómetros pasado el lugar donde los senderos convergían con la carretera. Un carruaje, que intentó sortearlo por el borde blando, volcó. Un cañón se desvió, resbaló y las dos toneladas de metal cayeron de golpe sobre el carruaje; los caballos chillaron, los artilleros cayeron debajo del metal y la ruta quedó bloqueada. Bueyes, caballos, carruajes, carros, carretas, cañones, *howitzer*, fraguas portátiles, ambulancias y armones, todo quedó atrapado entre el camino bloqueado y los británicos.

Los carros rebosaban de gente. Eran soldados que huían de la ciudad, conductores, seguidores, todos atravesaban corriendo el parque de carros. Algunos empezaron a cortar las lonas alquitranadas y sacar cajas. Algunos mosquetes resonaron cuando los guardias intentaron proteger las pertenencias del emperador, pero luego los guardias se dieron cuenta de que Napoleón había perdido sus pertenencias y quienquiera que las cogiera podría quedárselas. Se unieron a los saqueadores.

Miles de tropas francesas iban pasando como un torrente por los carros bloqueados, pisoteaban las cosechas y corrían hacia el este. Los generales cabalgaban con la caballería, preparando las excusas que darían, mientras que otros hombres se desviaban hasta los carros buscando desesperadamente a sus mujeres e hijos.

El rey José iba en su carruaje y huía hacia el embotellamiento, pero entonces se oyó el retumbar de cascos, la visión de sables levantados. La primera caballería británica, que había sido enviada a los alrededores de la ciudad, atacaba a la muchedumbre, que huía aterrada.

El rey escapó tan sólo porque abandonó su carruaje. Se deslizó por la puerta derecha cuando la caballería británica abrió de un tirón la izquierda. Abandonó sus

pertenencias y corrió con sus antiguos súbditos.

Las mujeres y los niños gritaban. No sabían dónde estaban sus hombres, tan sólo sabían que el ejército se había disuelto en una muchedumbre y que tenían que correr. Cientos de ellos se quedaron en el parque de bagajes y estiraban de las cargas de los carros, sin importarles que la caballería británica se acercara. Mejor ser rico durante unos minutos que eternamente pobre. De la ciudad venían los españoles, muchos con cuchillos largos preparados para la matanza.

El capitán Saumier oyó el grito de ir a Salvatierra y supuso que la única puerta encarada al este de la ciudad ya estaría abarrotada de gente desesperada. Le gritó al cochero que se dirigiera a la puerta norte. Fue un movimiento sensato. Las estrechas calles hacia el este estaban llenas de carruajes y carros, con hombres que gritaban y mujeres que chillaban atemorizadas. Saumier llevaría a la marquesa por la puerta norte y luego giraría al este.

Las ruedas rebotaban sobre los adoquines. Resbalaron en una esquina, pero el conductor mantuvo el equilibrio e hizo chasquear el largo látigo sobre las cabezas de los caballos. Saumier, aguantando la pistola con la mano buena, se asomó por la ventanilla y vio la puerta de la ciudad delante de él.

—¡Siga! ¡Siga!

Su voz era más fuerte que el sonido áspero de las ruedas y de los cascos, que el chasquido del látigo y los gritos de otros fugitivos. El general Verigny le dijo al capitán Saumier que protegiera a esa dama y Saumier, que la veía más hermosa que cualquier otra mujer que hubiera conocido, esperaba que esta protección se mereciera una recompensa.

El carruaje se ralentizó al pasar por la puerta estrecha, un soldado intentó saltar sobre el estribo y Saumier lo golpeó con la culata de bronce de su pistola. El hombre cayó bajo la rueda chillando, el carruaje saltó en el aire, cayó de una sacudida, luego atravesó la arcada y descendió traqueteando la calle de casas que había al exterior de la muralla. El cochero hizo que los caballos viraran en dirección este en un cruce, les gritó, volvió a azotarlos y el carruaje cogió velocidad, mientras Saumier se reclinaba sobre los almohadones tapizados y se metía la pistola en el cinturón.

La marquesa, junto a su nerviosa sirvienta, lo miró.

—¿Dónde vamos?

—Donde podamos, querida señora.

Saumier también estaba nervioso. Veía a los hombres que huían de la batalla y oía el ruido pesado de las ruedas de los cañones que provenía de la llanura. Cuando el coche dejó las últimas casas de las afueras del norte volvió a asomarse por la ventanilla y se quedó aterrado ante el caos que vio. Era como si la totalidad de un ejército hiciera una carrera presa del pánico. Entonces oyó que las zapatas golpeaban contra las ruedas, dio una sacudida cuando el carruaje aminoró la marcha, miró hacia

delante y vio el tremendo embotellamiento de carros, cañones y carruajes que bloqueaban la carretera hacia el este.

—¡Dé la vuelta! ¡Dé la vuelta!

El cochero tiró de las riendas e hizo que el carruaje se saliera del camino y cayera en el borde. Les gritó a los caballos, hizo chasquear el látigo por encima de sus orejas y pareció que el carruaje se levantaba y se abría paso sobre el terreno húmedo. Sin embargo, aunque azotara cuanto pudiera a los caballos, el cochero sabía que el carruaje se detenía.

La parte trasera del coche se hundía. Saumier abrió la puerta para asomarse y vio gente agarrada al portaequipajes. Los amenazó con la pistola, pero su peso había hecho que el carruaje se ralentizara demasiado. Las ruedas se fueron hundiendo en el cenagal y, lentamente, se detuvo. Saumier soltó una maldición.

Una docena de personas corría en dirección a los caballos, con los cuchillos desenvainados para cortar los tirantes y utilizar a los animales para su propia huida. Agarró a la marquesa, sin ninguna cortesía, y la sacó del coche de un tirón.

—¡Venga!

La sirvienta estaba encogida en un rincón y se negaba a salir para caer entre aquella masa de gente presa del pánico. La marquesa, dotada de más fortaleza de espíritu, saltó sobre el suelo mojado. Saumier vio que llevaba una pistola.

—¡Deténgalos!

Un hombre cortaba las cadenas de plata de los tirantes de los caballos. La marquesa apuntó hacia él, sus dientes rechinaron, apretó el gatillo y el hombre chilló al tiempo que le brotaba sangre del cuello. El capitán Saumier, que tenía su propia pistola metida en el cabestrillo, remató al hombre con su sable. Sacó a los caballos del arnés.

—¿Señora?

—¡Espere!

La marquesa se había subido al pescante y levantado el banco del cochero, y ahora tiraba de un saco de cuero que había en el compartimiento de debajo. Le hizo una señal a Saumier para que acercara el caballo y luego, sin modestia alguna y sin importarle quién le viera las piernas, se deslizó hasta la grupa del caballo. Saumier subió detrás de la marquesa y sacudió las riendas con la mano buena. Detrás de ellos, con los sables levantados, la caballería británica cargaba hacia la carretera bloqueada. El cochero había cogido otro caballo y galopaba en dirección este.

Saumier espoleó el caballo y éste, asustado y enérgico, se puso al galope. Pasaron por los carros atascados. La marquesa, que se lamentaba de haberse visto obligada a abandonar todas sus pertenencias y sus riquezas, vio a los soldados y sus mujeres que esparcían monedas de plata sobre la tierra y se arrastraban hacia los carros en busca de más botín. En ese día, se podían amontonar riquezas, pero los británicos se

acercaban con rapidez desde el oeste y ella pensaba cabalgar en dirección este para ponerse a salvo. Saumier, con el vendaje del ojo manchado con el barro que habían levantado los caballos, la llevó al norte de la carretera y galopó hacia delante.

En los establos del cuartel general francés, Pierre Ducos se había guardado un caballo inglés rápido que le cogió a un oficial capturado. Se montó en él cuando ocurrió el desastre, con sus preciados papeles, y ya estaba a casi dos kilómetros pasado el bloqueo de la carretera. Se detuvo en el lugar en que la carretera ascendía una pequeña loma y miró atrás. Un enjambre de gente avanzaba hacia él.

¡Soldados, malditos soldados! Confiar en los soldados y perder un país que se podía haber conservado mediante la política y la astucia... Sonrió ligeramente. Él no sentía ninguna tristeza amarga ante la derrota. Se había acostumbrado a las derrotas militares estando en España. Wellington contra el emperador, pensó, ¡ésa sí que sería una batalla digna de verse! Como el hielo frente al fuego, o la inteligencia frente al genio.

Se volvió de nuevo hacia el este. Él había hecho planes para la derrota y ahora Francia encontraría la salvación gracias a él. La maquinaria, fina y compleja, que él había ideado, el Tratado de Valencay, después de todo sería necesario. Sonrió levemente, espoleó el caballo y cabalgó hacia la grandeza que tanto había planeado.

Saumier escogió ir hacia el norte de la carretera, bien libre de pánico, pero eligió mal. Delante tenía un foso grande y lleno de agua sucia, pero sabía que sin silla y con el caballo exhausto no podría saltarlo. Se bajó de la grupa.

—Quédese aquí, señora.

—No tenía intención de dejarle, capitán.

Saumier agarró las largas riendas con los dedos de su brazo herido y caminó hasta el borde del foso. Lo tanteó con su sable y vio que no era profundo, pero que el fondo era blando, traicionero.

—¡Siéntese bien, señora! ¡Agárrese a la collera!

El caballo estaba nervioso, así que Saumier tendría que guiarlo por la zanja. Metió el pie en el agua y sintió que la bota pisaba fango viscoso. Resbaló, mantuvo el equilibrio, luego tiró de las riendas.

El caballo fue avanzando lentamente. Bajó la cabeza y la marquesa se agarró a la crin.

Saumier le sonrió mostrando sus dientes amarillentos.

—¡No lo asuste, señora! ¡Suavemente, ahora, suavemente! ¡Muy bien!

El caballo se metió en el agua.

—¡Venga! ¡Venga!

Un jinete saltó el foso a escasos metros a la izquierda de Saumier. El francés levantó la vista, temiendo que fuera un soldado de caballería británico, pero el

hombre no llevaba uniforme. Saumier volvió a tirar de las riendas.

—¡Venga, chico! ¡Venga!

La marquesa chilló y Saumier alzó la vista dispuesto a reprenderla por haber asustado al caballo; entonces vio por qué había gritado de miedo. El jinete se había detenido del otro lado del foso. El hombre sonrió cínicamente a Saumier.

Había más jinetes detrás de la marquesa. Uno de ellos era un hombre corpulento con una barba que parecía crecerle por toda la cara. El barbudo avanzaba y sonreía. Sacó una pistola del cinturón. Saumier soltó las riendas. Llevaba el sable desenvainado, pero tenía las botas pegadas a la porquería que había en el fondo del foso.

El Matarife seguía sonriendo. Había seguido al carruaje desde la ciudad y ahora había encontrado a la mujer que le ordenaron capturar. Había que llevarla a un convento, ésas eran las órdenes de su hermano; pero el Matarife tenía planeado dejarle probar una muestra de las alegrías que se perdería al verse confinada con las monjas. Le dirigió una mirada: era más hermosa de lo que cualquier hombre pudiera desear, incluso ahora que chillaba horrorizada al ver su cara. El hombre que estaba en el foso soltó el sable y se llevó la mano a la pistolera para sacar la pistola.

El Matarife apretó el gatillo. El capitán Saumier se echó hacia atrás de una sacudida levantando las manos y la pistola cayó.

Cayó dentro del foso; sus botas se fueron despegando lentamente del barro burbujeante. Flotaba. Su sangre se diluyó en el agua sucia mientras él moría ahogado por el agua del foso y la sangre.

El Matarife sonrió a la marquesa, a la mujer cuyo cabello dorado había constituido un faro en el caos.

—Señora... —dijo. Empezó a reír, su risa era cada vez más fuerte hasta que tapó los chillidos del caos—. Señora, mi querida señora.

Intentando cogerla, la tiró de la silla por la espalda. La marquesa chilló y él le pegó en el trasero para que callara, luego se encaminó hacia los carros. Mientras seguía a su carruaje hasta allí había visto el oro y la plata desperdigados como hojas sobre la tierra. Tiempo habría, lo sabía muy bien, de coger un poco para sí antes de llevar a la puta dorada a su nueva cárcel. Se adentró en el caos con su prisionera.

Capítulo 25

—¡Dios salve a Irlanda!

Era la exclamación preferida de Patrick Harper, reservada para las cosas que realmente le sorprendían, y no era suficiente para describir lo que vio cuando cruzó la cresta baja donde la hierba todavía estaba quemada por los cañones franceses que habían llevado a cabo la matanza en el puente.

—¡Dios salve a Inglaterra, también! —exclamó.

Sharpe se echó a reír. La visión, durante unos segundos, le quitó de la cabeza a la marquesa.

Ángel estaba boquiabierto. Un ejército en plena desbandada, miles y miles de franceses, sin orden alguno, corrían entre el río y la ciudad, fluían en dirección este y abandonaban mosquetes, mochilas, cualquier cosa que pudiera hacerles ir más lentos.

Por la derecha de Sharpe se acercaba la caballería, la caballería británica que se quedaba mirando fijamente y se echaba a reír ante la marea de hombres presa del pánico. Su comandante se acercó hacia Sharpe y sonrió.

—¡Es cruel cargar contra ellos!

Sharpe sonrió a su vez.

—¿Tiene usted un catalejo, comandante?

El oficial de caballería le ofreció a Sharpe un catalejo pequeño. El fusilero lo estiró, recorrió con la vista y vio lo que había creído ver sin ayuda alguna. La carretera estaba bloqueada. Había cientos, tal vez miles de carros, que estaban atrapados en los campos al este de Vitoria. Vio carruajes, con las ventanillas rojas bajo el sol poniente. Vio a una mujer y un tesoro. Cerró el catalejo y se lo devolvió al oficial de caballería.

—¿Ve aquellos carros, comandante?

—Sí.

—Allí hay una verdadera fortuna. El oro del maldito Imperio.

El caballero se quedó mirando a Sharpe como si estuviera loco, entonces sonrió lentamente.

—¿Está usted seguro?

—Estoy seguro. Es el rescate de un rey.

El jinete miró a Ángel, andrajoso a lomos de su caballo robado, luego a Harper, enorme sobre el suyo.

—¿Cree que podrán seguirnos?

—¿Cree usted que podrán seguirnos? —contestó Sharpe sonriendo.

En realidad necesitaba a esos húsares para que le ayudaran a atravesar la masa de fugitivos aterrados que seguía fluyendo entre ellos y la ciudad. El comandante sonrió, se rascó el bigote y se volvió para mirar a sus hombres.

—¡Tropa!

El trompeta desafió el cielo, los soldados de caballería desenvainaron los sables e hicieron que los caballos avanzaran. Los hombres iban en líneas de diez, se tocaban las rodillas unos a otros. El comandante desenvainó el sable y miró a Sharpe.

—¡Esto va a ser increíble! —exclamó; miró al trompeta e hizo una señal con la cabeza.

El trompeta tocó a galope. No había otra manera de atravesar la avalancha de fugitivos. Los húsares gritaron, levantaron los sables y cargaron contra el ejército que huía.

Si a Sharpe no le hubiera preocupado tanto el destino de la marquesa, hubiera recordado aquella cabalgada siempre. Los húsares cortaron la retirada francesa como hombres que penetraran en un río oscuro y, al igual que en un río, fueron arrastrados corriente abajo. Los franceses, al ver que se acercaba el enemigo, se apartaban ante los caballos y tan sólo los que no pudieron moverse lo bastante deprisa fueron heridos por los sables curvos.

Eran como corredores de obstáculos. Cruzaron un riachuelo. Los cascos salpicaban el aire con agua plateada; salvaron un campo de la orilla y saltaron un muro de piedra. Los hombres gritaban como locos y los franceses se abrían a su paso. Los cascos lanzaban el barro por encima del guión que el portaestandartes mantenía bien alto.

Había cañones por todas partes, cañones de campaña abandonados, con las bocas ennegrecidas, con las ruedas metidas en el lodo. La caballería penetró en medio de sus enemigos y ni una mano se levantó contra ellos. Había carretas volcadas, mulas que corrían sueltas, heridos que se arrastraban hacia el este y por todas partes había mujeres. Llamaban a sus hombres, a sus maridos y a sus amantes y sus voces se oían tristes y desesperadas.

El comandante se apartó de la desbandada francesa e hizo que sus hombres cortaran hacia los carros. Sharpe gritó a Harper y Ángel, giró hacia la izquierda y refrenó a *Carabina*. Se había detenido junto a un carruaje azul oscuro, con las ruedas hundidas en la hierba blanda y los cuarterones barnizados salpicados de barro. Se quedó mirando el escudo de armas pintado en la portezuela del carruaje. Lo conocía. Lo vio por primera vez en otro carruaje, en la espléndida plaza de Salamanca.

Era el carruaje de la marquesa y estaba vacío. La tapicería estaba rajada y los caballos se habían soltado. Tenía una ventanilla rota. Echó una ojeada dentro y no vio sangre en los cojines rasgados de los asientos. La cadena de plata de un tirante estaba en el barro. Miró entre el caos de carros y carruajes. Ella podía estar en cualquier lugar, en aquella barahúnda de gritos y robo, de disparos de mosquete y chillidos, o podía haberse ido.

Harper miró el carruaje y frunció el ceño.

—¿Señor?

—¿Patrick?

—¿Es el de su señoría?

—Sí.

—¿Por eso estamos aquí?

—Sí. Quiero encontrarla. Aunque Dios sabe cómo.

El irlandés se quedó mirando el parque de bagajes.

—¿Dice usted que hay un tesoro aquí?

—Una auténtica fortuna.

—Parece un buen sitio para empezar a mirar, señor.

Sharpe hizo que su caballo apresurara el paso hacia los carros. El iba buscando la gran mata de cabello dorado por entre el caos que había constituido el convoy de bagajes del rey José.

—¡Hélène!

Delante de él había una caja de porcelana fina desparramada; los platos estaban hechos añicos. Una mujer, la cabeza chorreando sangre, tiró un servicio de las cajas. Buscaba oro.

Un soldado francés yacía muerto, con el cuello medio cortado por un español que le rajaba los bolsillos con un cuchillo. Encontró un reloj, una obra de arte robada hecha por Breguet en París. Se lo llevó a la oreja, no oyó el tictac y aplastó con rabia el cristal con la empuñadura de su cuchillo.

—¡Hélène!

El caballo de Sharpe pisoteaba libros encuadernados en piel, libros encuadernados antes de que existiera la imprenta, que habían hecho hombres pacientes a lo largo de meses de trabajo. Tenían letras capitales exquisitamente pintadas y estaban hundidos en el barro.

Dos mujeres rasgaban un tapiz, tejido en Flandes cuando la reina Isabel era una niña, para hacer mantas. Otra mujer, con una botella de vino en la mano, bailaba entre los carros con el escudo dorado de un chambelán real sobre los hombros. No llevaba nada más. Un soldado francés, borracho de brandy, le quitó el escudo y le estiró del cordón dorado. La mujer desnuda le golpeó con la botella y le arrebató el escudo.

—¡Hélène!

Unas monedas de plata españolas, cada una por el valor de cinco chelines ingleses, estaban esparcidas como guijarros entre los carros. Nadie quería plata cuando había tanto oro.

—¡Hélène!

Dos hombres doblaron, retorcían y partían un candelabro de oro, perteneciente a un conjunto de cuatro que la reina María de Inglaterra le regaló a Felipe II cuando se casó con el rey español.

—¡Hélène!

Dos francesas, que habían abandonado su ejército y sus hijos por una caja de joyas, arrancaban con una palanca las piedras de un relicario que contenía la tibia de Juan el Bautista. Las joyas eran cristal y reemplazaban a las piedras preciosas auténticas que habían sido robadas hacía tres siglos. Dejaron caer la tibia en el barro, de donde la recogió un perro.

Un hombre disparó a otro para hacerse con una caja de madera que la víctima había ido arrastrando. El asesino la llevó debajo de un carro, volvió a cargar el mosquete y reventó la cerradura. Contenía herraduras y clavos.

—¡Hélène!

Era inútil. Los carros eran un hervidero de gente. No veía nada. Sharpe soltó una maldición. Un niño de cuatro años, abandonado por su madre, fue pisoteado por una avalancha de hombres que iban en dirección a un carro todavía intacto. El niño lloraba con las costillas rotas y nadie lo veía ni lo oía.

—¡Hélène!

Un francés corrió hacia Sharpe, sosteniendo el mosquete como un mazo, e intentó derribar al fusilero del caballo. Sharpe gruñó, segó con la espada, hizo el mosquete a un lado y volvió a arremeter. El hombre chilló; la espada le cortó el cuello y le arrancó la oreja. Entonces la culata del arma de Harper le golpeó en el otro lado de la cabeza. Cuando el hombre se derrumbó, le cayeron francos de oro de los bolsillos, y en un instante se vio atacado por un montón de gente que acuchillaba y se arrastraba por el barro en busca del oro.

¡Había hectáreas de carros! Cientos de ellos. Muchos eran los saqueadores, pero todavía había montones de carros sin tocar.

—¡Hélène!

Sharpe cruzó galopando por una hilera de carros, giró por la siguiente hilera y regresó al galope. Bajo los cascos de *Carabina* había monedas de plata. Una mujer sacudía y desenrollaba una pieza de seda de color escarlata bajo el sol poniente; la seda dibujó un arco y cayó en el barro. Un hombre tiraba de un carro cajas con cubertería de plata y las iba esparciendo sobre el lodo pues él buscaba oro.

—¡Hélène!

Una mujer se tambaleaba hacia Sharpe; la sangre le manaba de la cabeza formando docenas de riachuelos que se enredaban en el cabello. Había encontrado su caja de oro, pero un hombre se la había quitado. No gritaba de dolor, sino por la pérdida. La mujer cogió algunos de los tenedores de plata y se los echó dentro del vestido.

—¡Hélène!

Un hombre, con los pantalones en las rodillas, estaba encima de una mujer junto a un carro volcado. Sharpe lo golpeó con el canto de la espada para intentar verle el

rostro a la mujer. No tenía. Tan sólo era sangre que brotaba de un corte en la garganta. El hombre intentó escabullirse pero Sharpe arremetió con la espada y le cortó el cuello, tal como él se lo había cortado a su víctima.

Una muchacha hermosa, extrañamente vestida con los pantalones ajustados de la caballería francesa, bailaba en lo alto de un carro y hacía girar una ristra de perlas. Un soldado de caballería británico se reía de ella, la protegía; y luego se agachó para coger más perlas de una caja. Al ver tal tesoro, una horda de gente se escabulló como ratas hasta la parte superior del carro.

—¡Hélène!

Sharpe espoleó el caballo y les gritó a los saqueadores que abrieran paso. Un borracho, con una botella de vino de precio incalculable en cada mano, se cruzó tambaleante en el camino de *Carabina* y el caballo lo derribó. Sharpe mantuvo el equilibrio e hizo que el caballo apretara el paso, sin darse cuenta de que los cascos pisoteaban unos cuadros. Van Dyck había trabajado durante mucho tiempo en el lienzo que un hombre extraía del barro porque necesitaba una lona para tapar el botín que llevaba en la mula.

—¡Hélène!

Una caja con medallas de la *Legión d'Honneur* era lanzada a la multitud. Los españoles, riendo, colgaban las medallas por debajo de las colas de sus caballos. Ángel cogió una y se echó a reír ante aquel trofeo.

Un jinete británico rajó la lona alquitranada de un carro y se encontró con cuadros debajo. Habían sido cortados de los marcos. Tiró de un Rubens que había en lo alto del montón para ver si ocultaba oro. No era así y siguió cabalgando en busca de un botín mejor.

Un reloj de oro, hecho en Augsburgo trescientos años atrás, con las casas del zodiaco, las fases de la luna, así como la hora, quedó destrozado por unos hombres con bayonetas que querían la caja de oro. A uno de ellos se le clavó en la palma una manecilla del reloj y lo aplastó con la culata del mosquete. El mecanismo de bronce y hierro, que se había venido manteniendo durante siglos, quedó desparramado en el lodo. El astrolabio adornado con piedras preciosas se lo llevó un sargento británico.

—¡Hélène!

Registraron una tras otra las filas de carros, hasta que Sharpe sintió que era inútil. Refrenó el caballo y miró a Harper.

—No tiene sentido.

El irlandés se encogió de hombros y miró en dirección este al valle de la carretera a Pamplona que estaba llena de fugitivos.

—Sería tonta si se hubiera quedado por aquí, señor.

Eso era lo que él había pensado desde que comenzara aquella galopada inútil y frenética entre los carros encallados. Harper se preguntaba qué le había pasado a

Sharpe en las últimas semanas. Sin embargo, no le extrañaba que la mujer de cabello dorado tuviera algo que ver; a Sharpe siempre le habían gustado las mujeres. Sharpe renegó. Se limpió la espada en la pierna y la envainó.

Un capitán de infantería británico pasó caminando descalzo. Llevaba las botas con cuidado, ambas estaban llenas hasta arriba de monedas de oro de veinte francos. Tres de sus hombres lo protegían alegremente. Una mujer, vestida con el uniforme de caballería francés, le pidió protección a Sharpe. Éste no le hizo caso: miraba fijamente a su alrededor, observando cómo los saqueadores derribaban los carros. Intentaba ver el cabello dorado de la marquesa. Un soldado de infantería británico, uno de los muchos que se arremolinaban entre los bagajes, agarró a la mujer por la mano. Ella se colgó de su brazo y se fue alegremente con su nuevo guardián.

Harper acercó su caballo al carro más próximo. Si el comandante Sharpe quería buscar a una mujer, Harper bien podía buscar la dote de una boda. Los carros tenían palabras grabadas en las tablas traseras: *Domaine Extérieur de S. M. L'Empereur*. Se preguntó qué significaba, luego sacó el cuchillo, rajó la lona y empezó a trabajar en la primera caja.

Sharpe observaba cómo la infantería británica se acercaba, como niños, a ese mundo maravilloso del tesoro. Pensó en los carros de la marquesa y se preguntó si también los estarían rajando y si ella estaría intentando protegerlos de los mosquetes y las bayonetas. Se irguió sobre los estribos. ¡Maldita sea! Su carruaje estaba allí, ella tenía que estar por allí; y entonces supuso que la mujer debía de haber huido en dirección este abandonando sus riquezas. O quizá Ducos se la había llevado. Volvió a renegar. Deseó encontrarse con Ducos en aquel caos por un breve momento, un momento lo bastante largo para poder usar la pesada espada.

—¡Dios en el cielo irlandés! ¡Jesús! María, Madre de Dios, que lo estará viendo. ¡Dios salve a Irlanda!

Sharpe se volvió. Harper sostenía un collar de diamantes. El irlandés miró a Sharpe completamente encantado.

—Abra su mochila, señor.

—¿Patrick?

—¡Por el amor de Dios, abra su mochila!

Sharpe frunció el ceño. Pensaba en la marquesa.

—¡Señor Sharpe, señor!

—¿Qué? —espetó, intentando todavía ver la mata de cabello dorado bajo la luz de la tarde.

—¡Que nos dé su maldita mochila! —Harper se dirigió a él como si fuera un recluta particularmente estúpido—. ¡Démela!

Sharpe obedeció, casi sin saber lo que hacía.

Harper llamó a Ángel para que le ayudara. Ataron los caballos a los carros y se

colocaron en la carga para levantar con una palanca los arcones cerrados. Harper vació el primer arcón de cajitas de cuero, todas forradas con seda blanca. Desechó las cajas y se quedó con las joyas que contenían. Trabajaba deprisa: como soldado sabía que la buena suerte no dura siempre. Abrió una caja de cuero tras otra y sacó collares, tiaras, condecoraciones esmaltadas adornadas con piedras, suficientes piezas para llenar la mochila de Sharpe, la suya y los bolsillos de Ángel. Abrochó la mochila de Sharpe y se la lanzó a su oficial.

—Un regalo de bienvenida, señor.

Sharpe se colgó la mochila.

—¿Dónde diablos está ella?

—¡Sabe Dios!

Harper abrió de un tirón otra caja y soltó una maldición. La caja contenía servilletas de terciopelo cuidadosamente dobladas. Harper las tiró al suelo y manipuló con su cuchillo por debajo de una nueva tapa.

—¡Dios del cielo!

La caja contenía accesorios de altar de oro: aguamaniles, copas, candeleros, una custodia con piedras preciosas y un gran crucifijo de oro. Cogió las cosas pequeñas. Ángel había encontrado un juego de pistolas de duelo con las culatas repujadas en oro. Se las metió por el cinturón.

—¡Patrick! —dijo Sharpe con premura.

—¿Señor?

—¡Sígame!

Sharpe puso a *Carabina* al galope y desapareció entre el caos. Harper había echado una ojeada a la cara de su oficial y pensó que nunca le había visto un aspecto tan horrible y salvaje. El irlandés miró a Ángel.

—Vamos, chico.

Harper montó su caballo. Se había hecho rico, más que en el sueño más alocado del más alocado de los irlandeses que fuera a la guerra, y, como buen amigo, también había hecho rico a Sharpe. Por supuesto el inglés no se había dado cuenta, pero así era el señor Sharpe. El señor Sharpe estaba pensando en otra persona, en otro tesoro. Harper miró entre el hervidero que era la masa de saqueadores.

—¿Dónde diablos está?

Sharpe había desaparecido. Harper se elevó en los estribos y oteó entre la masa de gente que bullía alrededor de los carros saqueados. El sol poniente bañaba la totalidad de la escena bajo una luz vivida y de un color rojo sangre. Se oían risas y llantos a su alrededor.

—¿Dónde diablos está?

—¡Allí, señor! —gritó Ángel, que todavía estaba en el carro, señalando hacia el sur—. ¡El Matarife!

—¿Qué?

El muchacho señalaba a un grupo de jinetes. A la cabeza iba un hombre que parecía una bestia, una bestia enorme con la cara cubierta de pelo espeso, un hombre que retenía a una mujer boca abajo sobre su silla de montar.

Harper vio que la mujer tenía el cabello como el oro fino. Hizo que su caballo se abriera paso entre la multitud. Vio cuántos eran los hombres que iban armados con el barbudo. También vio que Sharpe cabalgaba solo hacia ellos y se dio cuenta de que, en ese estado salvaje, pensaría que para él no era nada enfrentarse a todos aquellos jinetes con su espada. Una sola cosa preocupaba a Harper, y era la presencia, en la mano izquierda de Sharpe, de un gran trozo de cadena de plata. Harper amortilló su revólver de siete cañones y cabalgó, como hombre rico, hacia la lucha.

Capítulo 26

Sharpe había visto al Matarife. El guerrillero, junto con un grupo de secuaces, estaba robando uno de los carros franceses que habían traído las pagas atrasadas del ejército derrotado. Algunos de sus hombres descargaban las monedas de oro de veinte francos, los demás mantenían alejados a los otros saqueadores. El Matarife tenía a la marquesa sobre su silla.

Sharpe sabía que no podía con todos ellos. Allí había veinte mosquetes que lo arrancarían de la silla de montar y la dejarían a ella a merced del barbudo. Sin embargo, Sharpe sabía que el Matarife no sería capaz de resistirse a un desafío a su hombría. Había una manera, tan sólo una, de que aquel combate tuviera lugar. Hizo girar a *Carabina* hacia el carruaje abandonado de la marquesa.

Desenvainó la espada y, al alcanzar el vehículo, se agachó, agarró la última cadena de los tirantes y con la espada cortó la correa de cuero que la sujetaba. Se enrolló la cadena en la mano izquierda y se volvió hacia el enemigo. Semanas antes, pensó, había sido lo bastante tonto como para aceptar el desafío de un duelo. Ahora sería él el que desafiaría.

Cabalgó hacia el carro y los hombres que abrían los arcones se detuvieron cuando lo vieron venir. Llamaron a su jefe y el Matarife, a quien habían dicho que ese hombre estaba muerto, se santiguó y se quedó mirando al alto fusilero que llegaba del caos envuelto en luz escarlata.

—¡Disparad contra él!

Pero nadie se movió. El fusilero había lanzado una cadena de plata sobre el suelo enfangado que estaba cubierto de monedas de plata rechazadas y se quedó mirando con aversión salvaje al barbudo.

—¿Eres un cobarde, Matarife? ¿Tan sólo luchas contra mujeres?

Ninguno de ellos se movió. Los que habían estado cogiendo el oro a manos llenas de los arcones reventados miraron con fijeza al inglés alto, que, lentamente y con los ojos puestos en el Matarife, desmontaba.

Sharpe se desabrochó el cinturón. Lo dejó con la mochila junto a la rueda del carro.

El Matarife bajó la mirada a la cadena, luego miró a Sharpe mientras el fusilero se enrollaba los eslabones de plata en el brazo izquierdo. Sharpe dejó que un trozo de la cadena quedara suelto.

—¿Eres un cobarde, Matarife?

Como respuesta, el Matarife descendió de la silla. Bajó a la marquesa de un tirón y la empujó hacia sus hombres, a los que gritó que la retuvieran y la vigilaran. Ella dio un traspié y gritó; siguió gritando cuando un hombre la alcanzó, la agarró por el cabello dorado y la sujetó contra la ijada de su caballo, y cuando se volvió y vio que

Sharpe estaba entre el lodo removido y la plata.

—¡Richard! —exclamó la mujer con los ojos bien abiertos y mirando con incredulidad.

Al igual que su secuestrador, con un gesto medio olvidado del pasado, se tocó la cara, el vientre y los pechos haciendo la señal de la cruz.

—¡Richard!

—Hélène.

Sharpe le sonrió y percibió el miedo de ella, su sorpresa y su belleza. Incluso allí la vista de aquella maravilla excesiva le punzó como un puñal.

Detrás de Sharpe, Harper refrenaba su caballo. Cogió las riendas de *Carabina*, se agachó y recuperó la espada y la mochila de Sharpe.

—¡Detrás, señor!

—¡Cuidado con los cabrones, Patrick! ¡Métales una bala dentro si se la llevan! —dijo Sharpe en español, una lengua que Harper había aprendido de Isabel.

—Eso está hecho, señor.

Los guerrilleros estaban intimidados por el hombre corpulento que estaba sentado en su caballo con dos armas, una de ellas más larga que cualquiera que hubieran visto en su vida. Junto a Harper iba Ángel, con su fusil entre las manos bien entrenadas. Ángel miraba fijamente a la mujer, que le parecía más hermosa que la lujuria.

El cielo se iba oscureciendo mientras entraba en la noche; el oeste se enrojecía con el sol poniente. Nubes de humo de color azul grisáceo bajo el cielo sin nubes se estiraban por encima del campo del saqueo y formaban delicados arroyos. Eran los detritus, los restos que se alejaban de la batalla que había tenido lugar y había terminado en la llanura de Vitoria.

El Matarife se quitó la pesada capa de los hombros.

—Puedes irte, inglés: no te mataré.

Sharpe se echó a reír.

—Contaré cómo mueres, cobarde.

El Matarife se agachó, cogió la cadena y se la anudó en el antebrazo. Sacó el cuchillo y, con una sonrisa condescendiente en los labios húmedos que se le entreveían en el pelo de la cara, se lo lanzó a Sharpe. Giró en el aire, reflejó el sol poniente y cayó a los pies de Sharpe.

Tenía el mango de hueso y una hoja tan larga como la de una bayoneta. La cuchilla parecía delicada. Era fina, con la punta de aguja, y los dos cantos tenían las marcas que les había dejado la piedra al afilarlos. Sharpe sabía que esa arma haría correr la sangre al mínimo golpe. En el puño del Matarife había una hoja similar, tomada prestada a uno de sus tenientes; brillante, afilada, mortífera.

El Matarife dio unos pasos hacia atrás y la cadena de plata se levantó ligeramente del barro. Los eslabones tintinearón con suavidad. El guerrillero sonrió.

—Eres hombre muerto, inglés.

Sharpe recordaba la terrible habilidad con la que su enemigo le había sacado los ojos al prisionero francés. Expectante, mantuvo la calma y esperó.

Los hombres del Matarife permanecían en silencio. Proveniente de la ciudad se oía el sonido de campanas de iglesia que anunciaba que los franceses se habían ido y que las primeras tropas aliadas entraban en las calles estrechas.

La cadena se tensó. El sol enrojecía los eslabones.

El Matarife sonrió. Su hacha estaba clavada en el suelo en el borde del círculo que habían formado sus hombres. Estiró contrarrestando la fuerza de Sharpe hasta que los eslabones de plata estaban tan tirantes como una barra de acero y la única prueba de las enormes fuerzas que se oponían eran los restos de barro que caían de los eslabones tensados.

Sharpe sintió la presión en el brazo. El Matarife estaba estirando con una fuerza extraordinaria. Sharpe dio un tirón y vio que los ojos del Matarife lo estaban juzgando.

El Matarife estiró. El brazo de Sharpe se levantó, dio un tirón y el Matarife gruñó y tensó. Sharpe se adelantó de una sacudida. Sabía que él no tenía la misma fuerza bruta que su enemigo, pero cuando vio que el Matarife sonreía y concentraba su fuerza para dar un fuerte estirón, Sharpe dio un salto adelante para que el hombre perdiera el equilibrio.

El Matarife estaba preparado; lo había estado esperando, lo había provocado. Recorrió el espacio de tres metros a la velocidad del rayo y su cuchillo se elevó para darle un tajo a Sharpe, y brilló bajo la luz del crepúsculo. El fusilero se apartó, sin molestarse en responder; retrocedió, y con la mano izquierda cogió la cadena para hacer más fuerza de palanca y tiró de ella con todas sus fuerzas, pero el Matarife no se movió.

El Matarife miró los dientes de Sharpe que rechinaban y se echó a reír.

—Tendrás una muerte lenta, inglés.

La muchedumbre, que la gente de la ciudad había engrosado, soltó un grito abrupto y breve en reconocimiento de la destreza del Matarife. Este agradeció los vítores saludando con su cuchillo y entonces enganchó su mano izquierda por encima de la cadena. Retrocedió y la tensó.

La fuerza sobrevino. Tiró de Sharpe hacia delante. Él no pudo aguantar y vio que para el Matarife aquél era un trabajo bien fácil. Sharpe apuntaló los pies, pero le resbalaron las botas en el lodo y se vio arrastrado hacia su oponente. Entonces empezaron los tirones, los tirones fuertes y depravados que le hicieron perder el equilibrio; dio un traspíe y cayó. La cadena le estaba arrancando el brazo y cuando la presión cedió él rodó hacia un lado, pues sabía que el cuchillo rajaría; tan sólo oyó al Matarife que reía.

—¡El inglés tiene miedo!

Sharpe se puso en pie. Tenía la casaca y los pantalones manchados de barro. La muchedumbre lo abucheaba, le chillaba. El Matarife tan sólo lo había puesto en ridículo para demostrar su fuerza. Ahora el Matarife sonreía; sonreía de alivio y triunfo. Había convertido ese tipo de lucha en su especialidad y jugaría con Sharpe igual que éste le había visto jugar con el prisionero francés.

El Matarife le hacía señales a Sharpe de que avanzara.

—¡Ven inglés, ven! ¡Venga! Ven a tu muerte.

Sharpe dejó caer el brazo izquierdo y lo dobló. Avanzó.

El Matarife esperaba. Estaba en cuclillas con el cuchillo bajo. Empezó a sacudir la cadena, intentando enrollarla en la espada de Sharpe, pero éste simplemente separó el brazo izquierdo y la cadena pasó de largo.

—Ven, inglés.

Ahora estaban cerca, a un metro y medio de distancia; ambos hombres se miraban fijamente a los ojos, ambos sostenían los cuchillos bajados. Ninguno de ellos se movía. La multitud estaba silenciosa.

Cuando el Matarife se movió lo hizo con la rapidez de un golpe de escorpión, pero Sharpe llevaba luchando toda su vida y su velocidad era tanta como la del español. Sharpe retrocedió y la hoja le pasó silbando junto a la cara. Sonrió.

El Matarife le chilló, en un intento de asustarlo, y entonces hizo un lazo con la cadena en lo alto para que cayera sobre la cabeza de Sharpe. Éste cogió el lazo cuando se le vino encima, estiró y dio un corte hacia arriba con su cuchillo mientras la guardia del español estaba levantada. Sharpe percibió el pánico repentino en su cara de bestia. El Matarife se percató de la rapidez de Sharpe mientras el cuchillo del fusilero azotaba hacia arriba.

—¡Uno!

El antebrazo derecho del Matarife sangraba. La muchedumbre seguía silenciosa.

Sharpe retrocedió con la misma velocidad con que se había movido hacia delante. El español gruñó. Había subestimado al inglés, incluso le había dejado vivir como un alarde de cara a la muchedumbre, pero ahora el Matarife planeaba la muerte de Sharpe. Dio un paso atrás y la cadena se tensó; estiró con gran fuerza, pero esta vez Sharpe puso el pie y se dejó arrastrar hacia delante. El Matarife tuvo que retroceder y seguir dando pasos atrás hasta que se encontró en el borde del espacio de lucha, sin tener dónde ir. Y Sharpe se rió de él.

—Eres un traidor, español, y tu madre follaba con cerdos.

El Matarife rugió y dio un salto adelante. El cuchillo se elevó acercándose a los ojos de Sharpe, cayó y dio un tajo hacia arriba.

—¡Uno! —gritó el Matarife triunfante y la muchedumbre gritó con él.

Sharpe siempre tendría terribles pesadillas después de aquel momento. El cuchillo

estuvo a menos de un centímetro de abrirle el vientre en canal, abrirlo desde la ingle hasta las costillas y derramarle las tripas sobre el barro lleno de plata. Pero nunca supo cómo su cuerpo se movió tan rápido o cómo su mano derecha había dado un tajo en el brazo del español. Gritó al saltar hacia atrás.

—¡Dos!

La marquesa soltó un grito y, aterrorizada, se tapó los ojos con las manos.

La muchedumbre exhaló un gran suspiro. El inglés no estaba tocado. El Matarife jadeaba, su gran pecho palpitaba bajo el abrigo de cuero negro. Tenía cortes en ambos antebrazos.

Harper exhaló un gran suspiro de alivio.

—Dios salve a Irlanda.

—¿Ganará? —preguntó Ángel.

—No lo sé, chico. Te diré una cosa.

—¿Qué?

—Le atravesaré la barriga de un disparo a ese cabrón antes de que mate al señor Sharpe.

Ángel levantó su fusil.

—Yo lo mataré. Soy español.

La cadena se tensó cuando Sharpe retrocedió. En la mano izquierda aguantaba el otro extremo de la cadena. Observó los ojos del Matarife, vio el momento cuando el guerrillero desafió la tensión de la cadena. Sharpe avanzó de repente. Arremetió con el cuchillo, con lentitud, mientras seguía observando los ojos entre las matas de cabello, y, en el momento en que el Matarife subió el brazo del cuchillo para atravesar con la punta la cara de Sharpe, el fusilero dio un latigazo con la cadena de plata.

El extremo golpeó la cara de la bestia, le dio un latigazo que le punzó en los ojos y lo cegó momentáneamente. Y Sharpe se giró, dio una patada y el tacón de su bota derecha fue donde él quería que fuera, a golpear contra la rodilla izquierda del Matarife con una fuerza tremenda, desgarrando y moliendo rótula y carne. El Matarife abrió los ojos de dolor mientras su cuchillo descendía desesperadamente para defenderse.

Sharpe se caía. Vio que la hoja venía hacia él y la sintió como una navaja en la piel, que le atravesaba la bota de cuero como si fuera algodón. Entonces se escurrió y se alejó de aquel hombre corpulento. El rugido de la multitud se oyó como el trueno en medio de los carros.

—¡Uno! ¡Uno! ¡Uno!

El Matarife dio un salto adelante y Sharpe oyó el grito de dolor cuando su peso cayó sobre la rodilla herida. El dolor le dio a Sharpe tiempo para rodar y ponerse de pie. La muchedumbre, que había jaleado con anticipación, se sumió en un silencio

incómodo.

Harper, que había visto cómo el tacón de la bota daba el golpe contra la rodilla, sonrió para sí.

El Matarife no había gritado el número con la multitud. Tenía la rodilla ardiendo, el dolor le ascendía hasta la ingle y le bajaba hasta el tobillo. Nunca se había enfrentado a un hombre tan rápido.

Sharpe se echó a reír.

—Eres lento, Matarife.

—Maldito seas, inglés.

El Matarife saltó hacia Sharpe con el cuchillo dirigido a la ingle del inglés, pero la rodilla se encogió, él dio un traspiés hacia delante y Sharpe retrocedió.

Patrick Harper se echó a reír.

El Matarife intentó ponerse en pie. Sharpe tiró y le hizo caer estiró hacia delante. El español volvió a intentarlo y de nuevo la cadena tintineó cuando Sharpe estiró de ella. Otra vez el Matarife se vio arrastrado hacia delante entre el barro y las monedas.

El Matarife volvió a intentarlo y de nuevo el fusilero lo derribó de un tirón; y esta vez Sharpe dio un salto adelante y su pie fue a parar sobre la muñeca derecha del Matarife, que clavó el cuchillo en el barro. El Matarife levantó la vista hacia su enemigo y vio la muerte.

Sharpe miró fijamente al hombre.

—Me has dejado vivir hace un momento, Matarife. Te devuelvo el favor.

Se separó. Dejó que el español se pusiera en pie, entonces volvió a estirar, cargando todo el peso de aquel hombre corpulento sobre la rodilla de manera que la cara de bestia se retorció de dolor y el gran cuerpo vestido de cuero volvió a caer en el barro. La muchedumbre seguía en silencio. El Matarife estaba a cuatro patas, mirando fijamente a Sharpe. Cuando el fusilero se le acercó, el guerrillero volvió a arremeter con su cuchillo contra la ingle de Sharpe, pero éste se movió más rápido.

El extremo suelto de la cadena dio unos latigazos y se enrolló en la mano del Matarife, lo echó atrás de un tirón y éste soltó un grito cuando la cadena le aplastó los dedos y le arrebató el cuchillo del puño. Sharpe le dio una patada y lo envió bajo el carro a medio saquear.

El fusilero se colocó detrás de su enemigo. Agarró al Matarife por el pelo y le levantó la cabeza de un tirón. La multitud observaba en silencio. Sharpe alzó la voz.

—¿Me oyes, Matarife?

—Te oigo.

Sharpe alzó aún más la voz.

—¡Tu hermano y tú trabajáis para los franceses!

—¡No!

Pero la cuchilla estaba junto al cuello del Matarife.

—Trabajáis para los franceses, Matarife. Os prostituís a los franceses.

—¡No!

El hombre corpulento y barbudo intentó agarrar a Sharpe por la muñeca, pero la cuchilla se apartó. La mano de Sharpe le dio un tirón a la cabellera espesa y grasienta y le golpeó con la rodilla en la columna, de forma que la enorme barba le sobresalió por encima del cuello.

—¿Quién mató al marqués?

Silencio. Sharpe no sabía cuál era la respuesta que esperaba, pero el silencio parecía sugerir que la pregunta no era una tontería. Estiró del pelo y apoyó la cuchilla sobre la piel del cuello del Matarife.

—¿Quién mató al marqués?

De repente el Matarife saltó hacia delante y con sus manos alcanzó la muñeca de Sharpe, pero éste estiró hacia atrás y agitó el cuchillo a ambos lados para dar un tajo en las manos de su enemigo.

—¿Quién lo mató?

—¡Fui yo! —dijo con un chillido.

Tenía las manos bañadas en sangre. Sharpe casi lo soltó de lo sorprendido que se había quedado con la respuesta. Lo que esperaba era que le dijera que había sido el inquisidor quien lo había hecho, pero tenía más sentido que ese hombre, el hermano del sacerdote astuto y cruel, fuera el asesino.

Volvió a poner el cuchillo en el cuello. Entonces habló en voz baja, para que sólo pudiera oírlo el Matarife. Los guerrilleros observaban a Sharpe y Harper observaba a los guerrilleros. Sharpe se agachó.

—Mataste a aquella muchacha para engañarme, Matarife.

No hubo respuesta. Sharpe recordaba aquel cuerpo colgado que giraba ensangrentado. Recordaba al prisionero ciego. Hizo una pausa y luego atacó. El cuchillo estaba muy afilado y era de borde muy delgado y, aunque el cuello de un hombre es duro, con sus cartílagos, venas, músculos y piel, el cuchillo cortó la garganta con tanta facilidad como si fuera de seda. Se oyó un grito sofocado cuando la sangre brotó, salpicó una y dos veces; luego el corazón ya no tuvo nada que bombear y Sharpe soltó el cabello negro. El Matarife se desplomó hacia atrás y su rostro barbudo y brutal cayó en aquella suciedad formada por sangre, barro y plata.

Todos los que miraban se quedaron en silencio.

Sharpe se volvió y se dirigió hacia la marquesa. Ella tenía los ojos puestos en el hombre que la sujetaba y sus ojos amenazaban de muerte. Lentamente y sacudiendo la cabeza, el hombre la soltó. Sharpe soltó el cuchillo. Ella corrió hacia él, tropezando en el barro y las monedas de plata. El la rodeó con su brazo izquierdo y ella se dejó estrechar contra su pecho manchado de barro.

—Pensaba que estabas muerto.

Las primeras estrellas se hacían visibles por encima del saqueo de un imperio.

El estrechaba a la mujer por la cual había atravesado España a caballo, por la que había cabalgado por aquel campo de joyas, oro, seda y diamantes.

Ella nunca sería suya y él lo sabía. Se había dado cuenta incluso cuando le dijo que lo amaba; sin embargo, él volvería a cabalgar por los campos de plata y perlas por ella; atravesaría el infierno por ella.

Se alejó de los hombres del Matarife y Harper le lanzó su espada y su mochila. Sharpe se preguntó por qué pesaba tanto. Se abrochó la espada y se dio cuenta de que tendría que entrar en la ciudad e ir en busca del inquisidor. Había que hacerle varias preguntas a ese inquisidor y Sharpe iba a ser tan delicado como la Inquisición en busca de respuestas.

Entraría en Vitoria y hallaría las respuestas al misterio que Hogan le había pedido que resolviera, pero él sabía que ésa no era la razón que le había llevado a ese lugar. Ni la victoria y ni el oro, sino la mujer que le engañaría, le mentiría y nunca le amaría, pero que era la Puta Dorada y, por esa única noche al menos, la mujer de Sharpe.

Epílogo

El ejército se había marchado siguiendo a los franceses hacia los Pirineos y Vitoria se quedó en manos de los batallones españoles. De los ingleses tan sólo se quedaron algunos oficiales del cuartel general y el South Essex. Este para vigilar a los prisioneros franceses que pronto iniciarían su viaje hacia Dartmoor o a la prisión.

Era una noche cálida y brillante con la luz de las estrellas. Sharpe se encontraba en el hotel que se había llenado de oficiales británicos la noche de la batalla y donde había disfrutado de una comida gratis. Estaba en una amplia estancia con vistas a la catedral sobre la colina.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Hélène le sonrió. Iba vestida con seda de color crema y un escote del que, si respiraba hondo, estaba seguro de que se le saldría el pecho por el cuello ribeteado de encaje.

Ella le había dado una caja. Estaba hecha de palo de rosa, pulida y bien brillante, y cerrada con dos cerrojos de oro que él descorrió.

—Venga —dijo ella—, ábrela.

El levantó la tapa. La caja estaba forrada de tafetán rojo. Sobre un canalón había un catalejo.

—¡Dios! Es precioso.

—¿Sí? —dijo ella satisfecha.

Lo levantó. El cañón era de marfil, los adornos de oro y se estiraba con extraordinaria suavidad. Había una placa grabada e incrustada en el marfil.

—¿Qué dice?

Ella sonrió, cogió la lente y la acercó a la luz de la vela.

—A José, rey de España y de las Indias, de su hermano, Napoleón, emperador de Francia.

Hélène se echó a reír.

—El catalejo de un rey para ti. Se lo compré a uno de tus jinetes.

—¡Es precioso!

Se lo cogió a ella, estiró totalmente de los tubos y observó con él la luna menguante que se elevaba sobre las colinas del norte. El último catalejo que había tenido, destruido por Ducos, era bueno, pero no era nada comparado con aquel instrumento.

—¡Es precioso! —volvió a decir.

—¡Por supuesto! Es francés. —Sonrió—. Mi forma de darte las gracias.

—De nada —dijo Sharpe y metió el catalejo en la caja.

—De nada, entonces. Sólo por mis carros, mi vida, cosillas de ese tipo. Nada —

respondió con tono jocoso.

Sharpe frunció el ceño y cerró la caja.

—No te vas a llevar nada de mí.

—Eres tonto, Richard Sharpe. —La marquesa caminó hacia la ventana, levantó sus brazos desnudos hacia las cortinas y se quedó callada observando la noche. Entonces, de repente, corrió las cortinas y se volvió hacia él—. Quédate estos diamantes. Te han hecho rico. Y no se los des a nadie, ni a mí, ni a nadie. Quédatelos.

—Sí, señora —dijo él sonriendo.

—Porque, Richard —y ella le tocó la cara con el dedo—, esta guerra no durará siempre y cuando llegue la paz necesitarás dinero.

—Sí, señora.

Se oyó un golpe en la puerta, un golpetazo sonoro, y Sharpe alzó la voz.

—¿Quién es?

—¡El oficial de servicio, señor! —Era la voz del capitán D'Alembord.

—¿Qué hay?

—Le necesito, señor.

La marquesa sonrió.

—Venga. Me espero.

Sharpe abrió la puerta.

—¡Acabo de llegar aquí, Peter!

El capitán, alto y elegante y algo más que borracho, se inclinó de forma exagerada ante Sharpe.

—Se requiere su presencia, señor. ¿Me disculpa, señora?

Se detuvieron en el extremo superior de la escalera. La mitad del batallón estaba en el comedor, con platos rotos y cubiertos. Sharpe dudaba de que tres cuartas partes de aquellos hombres hubieran comido alguna vez de semejante manera. Alguien había descubierto, en un cofre cerrado, una bandera tricolor francesa que se paseó por la habitación con gran jaleo. La mayoría de los hombres estaban borrachos. Algunos se habían quedado dormidos. Tan sólo en la cabecera de la mesa quedaba un resto de decoro, y tampoco era mucho.

El sargento Patrick Harper presidía. Junto a él, de blanco resplandeciente, con un velo de encaje proveniente del bagaje francés, estaba sentada Isabel. Llevaba al cuello un collar de diamantes. Sharpe dudaba que su marido le volviera a dejar llevarlo, al menos hasta que estuvieran a salvo lejos de los ladrones del ejército británico. Sharpe no había visto nunca a un hombre con tanto miedo como Harper. En la catedral se había estremecido. Sharpe le había dado a su sargento dos vasos grandes de whisky, pero tampoco eso le había frenado el miedo.

—¡Es ridículo, señor! Casarse...

—A las mujeres les gusta, Patrick.

—¿Por qué nos necesitan? ¿Por qué no lo hacen y nos lo dicen después? ¡Dios!

—¿Está seguro de que quiere seguir adelante con esto?

—No pienso decepcionarla. ¡Por supuesto que lo haré! —Estaba indignado—. ¡Lo que pasa es que no tengo por qué pasármelo bien!

Ahora sí se lo estaba pasando bien. Estaba borracho, había comido mejor de lo que un soldado podía y con una chica hermosa, embarazada y de ojos castaños junto a él.

—Es sorprendente cómo ella lo mantiene a raya —señaló el capitán D'Alembord.

Sharpe sonrió. Era de nuevo comandante, le habían devuelto su graduación y estaba provisionalmente al mando del South Essex. Sería temporal. No había servido el tiempo necesario como comandante para que lo ascendieran de graduación, así que tenía que esperar, con estos hombres, para ver quién reemplazaba al teniente coronel Leroy.

Wellington, extremadamente furioso por el saqueo del parque de bagajes, se había ahorrado los elogios a Sharpe.

El inquisidor, explicando que sus morados se debían a un tropezón en las escaleras, le había proporcionado al generalísimo una lista de los hombres que habían ofrecido su apoyo a una paz con Francia. A estos hombres ya los estaban visitando y les hacían oír argumentos, no amenazas, pero que sin duda eran lo mismo.

El inquisidor había ofrecido otra explicación para la muerte del marqués, un relato que habían seguido en silencio los oficiales españoles a los que se les había hecho escuchar. Miraron a Sharpe, a Wellington, y unos pocos, viendo la broma inherente a lo que decían, se habían echado a reír.

La marquesa, que hizo que Wellington sonriera en medio de la ira, se había llevado su fortuna de la casa del inquisidor. Le habían prometido un salvoconducto tan pronto como las carreteras hacia la frontera estuvieran limpias de las últimas guarniciones francesas. Wellington, como siempre sensible ante una cara bonita, escuchó su relato del tratado y recompensó su traición devolviéndole sus riquezas. Ella se iría a casa y Sharpe regresaba al sitio al que pertenecía, con sus hombres.

Esa noche había cenado con ellos, les había hecho un discurso avergonzado y se echó a reír cuando ellos vitorearon a la marquesa y, con aquel vestido, le gritaron que saltara arriba y abajo.

Ahora, en el extremo de la escalera con el capitán D'Alembord, sintió que le invadía el afecto que sentía por esos soldados cuya vida era tan dura y *cuyos* placeres tan pocos y que sabían tomarse con calma tanto la dureza como el placer. Miró al capitán D'Alembord.

—¿Por qué me necesita?

—Pensamos que se iba a ir a la cama pronto, señor. Creímos que le gustaría hacer

otro brindis con nosotros.

Sharpe se echó a reír. Bajó la escalera y oyó los vítores y las risas de sus hombres. Vio al dueño del hotel preocupado, que hacía una mueca de dolor cada vez que se rompía otro plato u otro vaso. Se encaminó hacia la cabecera de la mesa, alcanzó una botella de champán, a sonrió a Ángel, a quien le habían reservado un sitio de honor, y luego volvió a las escaleras.

—¿Dónde va señor? —le gritó una voz.

El no contestó, agitó el champán, subió los peldaños de dos en dos; los vítores, los gritos y los silbidos lo siguieron hasta el descansillo, y las peticiones, que eran muchas. Cuando se volvió en lo alto de la escalera, levantó la botella y se inclinó hacia ellos. Pidió silencio, que tardó en hacerse, pero finalmente las caras se quedaron mirándolo, enrojecidas por la bebida, y sonrieron ampliamente al comandante que regresó de la muerte para llevarlos a la victoria.

Se preguntó qué tenía que decir. Wellington, con la rabia que le provocaron los hombres que habían saqueado el parque de bagajes, llamó a su ejército «la escoria de la Tierra». Sharpe se rió en voz alta. El estaba orgulloso de ellos.

—¿'tallón? —Se detuvo. Ellos esperaban—. Revista a las siete de la mañana, incluidos los hombres casados. Buenas noches.

Se volvió, se echó a reír y los insultos de todos lo siguieron hasta la puerta de su habitación.

Entró. Lo primero que vio fue un par de zapatos en el suelo. Más allá, un vestido de color crema, tirado en el suelo. Ella estaba en la cama. Sonrió al ver el champán, luego le sonrió a él y Richard Sharpe, apoyado contra la puerta cerrada, pensó que aquello era lo que le había hecho atravesar España hasta aquella ciudad. Esa mujer, traidora como el pecado, que lo amaría y traicionaría al mismo tiempo. Era tan leal como la neblina de la mañana, tan dura como una bayoneta, y esto, pensó él, la convertía en una recompensa digna de un soldado.

Se desabrochó la espada, la dejó caer sobre una silla y se sentó en la cama. La marquesa le acercó la cara hasta la suya, lo besó y le puso las manos en los botones de la casaca. Ella era la Puta Dorada, el enemigo, y había sabido que ese hombre, por el deseo que sentía por ella, le daría su espada, su fuerza e incluso su vida. Él le daría todo lo que tenía, todo, salvo una cosa que ella quería; una cosa que no podía arrebatarle: el honor de Sharpe.

Nota histórica

«El material capturado —escribió Charles Ornan en su gran obra *History of the Peninsula War*— fue el mayor que hasta entonces hubiera encontrado un ejército europeo [...] desde que los macedonios de Alejandro saquearan el campamento del rey persa después de la batalla de Issus.»

«Muchos de nuestro hombres —escribió el comisario Schaumann—, y especialmente los que encontraron diamantes, se hicieron ricos aquel día.»

Edward Costello, un fusilero, calculó que se hizo con mil libras la noche de la batalla, ayudado por unos «cuantos golpes de mi fusil».

El saqueo de Vitoria fue realmente espectacular. En términos militares fue sorprendente: todos los cañones franceses excepto dos, ciento cincuenta y uno en total, y de los dos cañones que los franceses consiguieron salvar, uno se perdió durante la retirada. Pero lo que interesaba a los soldados no eran los cañones.

Nadie sabe realmente el valor de lo saqueado. Yo me temo que la cifra de cinco millones de libras es calcular bajo y bien podrían haber sido siete millones. En moneda actual equivaldría a algo así como 154 millones de libras. La mayoría de ello era en artículos «no negociables» como cuadros de Rubens, aunque incluso éstos tuvieron utilidad como lonas alquitranadas. Con el tiempo los cuadros fueron recuperados y algunos de ellos se los regaló a Wellington el nuevo rey, Fernando VII. Se pueden ver en Stratfield Saye o en Apsley House en Londres. Un objeto que no se recuperó nunca fue la corona de España.

Una buena parte del botín era extremadamente negociable y no solamente el oro. Schaumann, un oficial alemán del ejército de Wellington, que fue uno de los hombres que participó en la fiesta de la victoria en el hotel, se fijó especialmente en la cantidad de mujeres capturadas y en que muchas iban vestidas con uniformes de caballería especialmente confeccionados.

Schaumann, que tenía un ojo muy particular y muy bueno para las mujeres durante la campaña, se fijó en que, durante el saqueo, las mujeres francesas encontraron instintivamente un soldado *enemigo* a quien le ofrecieron su lealtad, a cambio de protección. A las que, como la marquesa, querían regresar a Francia con sus pertenencias, se les proporcionó un salvoconducto y una escolta. Las palabras «somos un burdel ambulante» se las dijo a Wellington un oficial francés.

El mismo Wellington calcula que los soldados británicos se llevaron monedas de oro por valor de un millón de libras, y fueron los terceros en entrar en el parque de bagajes, después de los franceses que huían y los ciudadanos de Vitoria. Mientras que él, para los fondos militares, sólo recibió cien mil monedas de plata. Entre los trofeos estaba el orinal de plata del rey José, que todavía utiliza el regimiento de caballería que se hizo con él, aunque para beber; y también el bastón de mando del mariscal

Jourdan, que Wellington envió al príncipe regente. El príncipe devolvió el obsequio: «Usted me ha enviado el bastón de un mariscal francés y yo le envío como recompensa el de un mariscal de Inglaterra». Salvo que tal mariscal no existía y había que designar uno, y así Wellington se convirtió en mariscal de campo.

Un mariscal de campo extremadamente infeliz después de su victoria. Estaba furioso con los hombres por saquear el bagaje; los describió con una frase con la que se le ha atacado siempre: «la escoria de la Tierra». Muchos de sus soldados sin duda lo eran, pero de ningún modo todos, y esa gente que cita la frase como una prueba de que Wellington despreciaba a los hombres que luchaban para él, normalmente se olvida de que le gustaba añadir: «Pero es maravilloso ver cómo hemos hecho de ellos unos buenos chicos». Wellington tenía motivos para estar enfadado: él esperaba utilizar el tesoro francés para pagar la campaña. Pero en defensa de la «escoria» hay que decir que resulta difícil entender que un soldado al que se le pagaba un chelín al día pudiera resistirse al campo de oro que le esperaba al este de Vitoria. Sin embargo, muchos lo hicieron; algunos regimientos mantuvieron el orden y pasaron sin detenerse, así que no tengo excusas para Sharpe y Harper.

La Junta Española prohibió la Inquisición y el rey Fernando VII la volvió a instaurar en 1814. No tengo pruebas de que la Inquisición hubiera participado en la política que acompañó la restauración de Fernando, pero la idea encaja bien. La Inquisición española quedó finalmente disuelta en 1834.

La idea de que el rey restaurado, Fernando VII, pudiera firmar la paz con Francia y echar a los británicos no es fruto de la ficción. Formaba parte de las bases del Tratado de Valencay firmado por Fernando y Napoleón y lo respaldaban aquellos españoles que deseaban restaurar el Imperio y derrotar a los nuevos liberales. Finalmente el tratado no se llevó nunca a cabo. Napoleón cumplió con su parte del trato, pues restauró a Fernando y liberó a todos los prisioneros españoles. Pero a Fernando VII le impidieron, la opinión pública más que otra cosa, firmar la paz con Francia que hubiera expulsado al ejército de Wellington y le hubiera permitido reconquistar el Imperio español exterior.

La batalla de Vitoria no fue la mayor que se libró en la Península, pero fue la que tuvo mayores consecuencias. En un momento en que la suerte de Napoleón parecía recuperarse después de la gran derrota en Rusia, la batalla animó a los aliados del norte a continuar la lucha hasta llegar a la gran victoria de Leipzig al año siguiente.

La batalla también echó a los franceses de España, salvo a las guarniciones de tres fortalezas. Las bajas fueron de ocho mil franceses y cinco mil hombres de Wellington. El saqueo del bagaje y la noche de bebida que siguieron a la batalla impidieron, en efecto, cualquier persecución por parte de los británicos, y es así que el resto del ejército de José consiguió llegar hasta Francia, abriéndose paso por las escarpadas rutas de los Pirineos, al norte de Pamplona.

El castillo de Burgos todavía está en ruinas. Fue minado para destruirlo y las minas, tal como se describe en la novela, explotaron demasiado pronto, aunque nadie sabe por qué. Vitoria es en la actualidad una ciudad industrial que ha crecido mucho, aunque la colina central, con las calles estrechas que rodean la catedral, se parece mucho a lo que debía de ser en 1813. El campo de batalla todavía se reconoce, al menos al oeste de la ciudad. El río sigue el mismo curso, los puentes están allí y la colina Aríñez ofrece una vista inmejorable. El área de Gamarra Mayor, allí donde tuvieron lugar los combates más duros (los británicos sufrieron 500 bajas al tomar la ciudad e intentar cruzar el puente), está, por desgracia, muy cambiada.

Un detalle feliz que hay que señalar es que Vitoria, cosa extraña en las ciudades españolas, señala la contribución que hizo el ejército de Wellington a la liberación con una estatua de cierta magnificencia en que se ve al general con sus hombres. Es una obra realmente fantástica, apreciada por un ejército de palomas y también por los habitantes de Vitoria, que le tienen tanto cariño como los londinenses al Albert Memorial.

En la mayoría de ciudades de España donde los hombres de Wellington murieron por la libertad de ese país, uno busca en vano cualquier recuerdo que reconozca el agradecimiento que Vitoria dispensa tan generosamente.

Fue una gran victoria. Wellington, cuando empezó la campaña, se había vuelto hacia la frontera de Portugal, había levantado su sombrero y, proféticamente, se había despedido de un país. «No te volveré a ver.»

Ahora, de resultas de la batalla de Vitoria, se enfrenta a un país diferente; la misma Francia.

Así que Sharpe y Harper volverán a marchar.

Notas

[1] Véase *Sharpe y el oro de los españoles* (Edhasa, 1997) y *Sharpe y su peor enemigo* (Edhasa, 1999). <<